


Misioneros Claretianos  
Provincia de Santiago



Alabar  
Servir  
Amar  
Conocer

La oración apostólica  
Meditaciones



© Misioneros Claretianos Provincia de Santiago  
Prefectura de Espiritualidad y Formación  
Madrid 2016

Maquetación: Miguel Ángel Gil Castro, cmf  
Portada: Jorge Ruíz Aragonese, cmf

## ORACIÓN FILIAL Y APOSTÓLICA



¡Oh Dios mío y Padre mío!,  
haced que os conozca  
y que os haga conocer;  
que os ame y os haga amar;  
que os sirva y os haga servir;  
que os alabe y os haga alabar  
de todas las criaturas.

Dadme, Padre mío,  
que todos los pecadores se conviertan,  
que todos los justos perseveren en gracia  
y todos consigamos la eterna gloria.

Amén.



# Contenido

## **Presentación. Orar apostólicamente**

JOSÉ RAMÓN SANZ ORTIZ, CMF 7

## **PRIMERA PARTE. INTRODUCCIÓN HISTÓRICO-BIOGRÁFICA**

### **La «oración apostólica» de Claret, oración autobiográfica**

SEVERIANO BLANCO PACHECO, CMF 17

## **SEGUNDA PARTE. MEDITACIONES**

### **I. «¡Oh Dios mío y Padre mío!»**

AQUILINO BOCOS MERINO, CMF 111

### **II. «Que os conozca y os haga conocer»**

PABLO LARGO DOMÍNGUEZ, CMF 127

### **III. «Que te ame y te haga amar»**

JOSÉ CRISTO REY GARCÍA PAREDES, CMF 147

### **IV. «Que te sirva y te haga servir»**

JULIO CÉSAR RIOJA BONILLA, CMF 157

### **V. «Que te alabe y te haga alabar»**

ADRIÁN DE PRADO POSTIGO, CMF 181

### **VI. «Que todos los justos perseveren en gracia»**

BONIFACIO FERNÁNDEZ GARCÍA, CMF 213

### **VII. «Que todos los pecadores se conviertan»**

ANTONIO BELLELLA CARDIEL, CMF 223

### **VIII. «Y todos consigamos la eterna gloria»**

CARLOS MARTÍNEZ OLIVERAS, CMF 237

### **IX. El «amén» del P. Claret**

ÁNGEL ESTEBAN, CMF 249

### **X. Apéndice. «Amén»**

JOSÉ ANTONIO GARCÍA-MONGE, SJ 255



# Orar apostólicamente

José Ramón Sanz Ortiz, CMF



Claret expresó su espíritu en escritos, acciones, imágenes, símbolos, oraciones densas, y fórmulas magistrales, que son parte esencial del carisma claretiano. La oración apostólica y la definición del misionero son dos piezas magistrales que condensan el núcleo de toda su vivencia misionera y de su experiencia religiosa fundante.

Este subsidio desea explicitar el tesoro escondido en la oración apostólica de San Antonio María Claret. Los misioneros claretianos recogemos, interpretamos y expresamos la vivencia carismática claretiana de modo plural. El trabajo misionero, la vida comunitaria y los tiempos y modos de orar se adaptan a los países, continentes y necesidades de las comunidades locales a las que servimos. Es difícil encontrar modos unívocos de comprender y vivir la experiencia misionera, la vida comunitaria, los tiempos y formas de orar de los claretianos. Su edad y origen ayudan a comprender la pluralidad de las sensibilidades a la hora de trabajar y orar.

Solemos decir que Claret era un *místico de la acción* que conjugaba la oración intensa y prolongada con una acción misionera igualmente intensa. ¿Qué es lo que Claret nos legó sobre la oración? ¿Qué deseaba como experiencia interna para sus misioneros? ¿Cómo integraba armónicamente la oración y la misión? Sin meditarlo sosegadamente y sin repasar lo que Claret fue escribiendo sobre la oración, sin analizar sus modos de orar y los consejos que ofrecía a otros, sabemos decir pocas cosas sobre la vida de oración de Claret. No formuló métodos nuevos para orar, pero sabemos que la oración prolongada configuraba su día. Afirmó, con insistencia, que el misionero debía orar porque la oración es el primer medio para hacer fruto. Compartió su modo de orar, y abrió la experiencia interna de

su oración en su Autobiografía y apuntes espirituales. Todo ello nos estimula a crecer en este camino de entrega, disponibilidad, y misión. Esta aparente falta de originalidad en la vida espiritual de Claret no nos centra en un método de oración, ni en las etapas que debe alcanzar la práctica orante, sino que nos centra en Dios y en el corazón ofrecido a Dios, en la misión y en aquellos a quienes se anuncia la Buena Nueva. Nos hace reconocer que sólo puede orar bien quien se entrega, con todo el corazón, a Dios, a Cristo, a María, a los hermanos, y a la misión. Por eso, orando con todo el corazón, nos entregamos del todo a Dios usando como métodos de oración aquellas formas o modos de orar de la tradición espiritual cristiana que se acomodan mejor a cada persona. Así, cada claretiano usa libremente los modos de orar que más le acercan a la experiencia profunda de Dios, a la experiencia del fuego del amor expresada en celo misionero, a la experiencia de ser habitados por el Espíritu que guía al misionero, que acerca a los pobres, y mantiene viva la conciencia clara de una misión recibida.

Sabemos que Claret oraba mucho, sabemos que diariamente meditaba y estudiaba la Biblia. Sabemos que la eucaristía concluía con una acción de gracias prolongada donde ardía en celo misionero. Sabemos que Claret practicaba muchas devociones que alimentaban y encendían su fervor. Sabemos que la intercesión formaba un núcleo esencial en su práctica diaria orando por el pueblo, por sus familiares y amigos, por la conversión de los pecadores, y por la iglesia. Y sabemos que la lectura de las vidas de santos, el estudio y la formación espiritual alimentaban su espíritu orante y su entusiasmo misionero.

Con estas meditaciones deseamos ayudar a profundizar la vida de oración de las comunidades claretianas. Ahondando en la fórmula de *la oración apostólica* encontramos las dimensiones esenciales de nuestra vida de oración. Esta formulación sencilla puede convertirse en *guía de discernimiento* para revisar nuestra vida de oración, y también en criterio de revisión de todas las dimensiones de nuestra vida misionera. Claret nos regala criterios de discernimiento que fácilmente ayudan a revisar nuestro modo de orar, criterios que ayudan a descubrir la fecundidad o esterilidad de la vida de oración,



criterios que permiten verificar si la oración es impulso para la acción misionera o si es ensimismamiento del que ora, criterios que ayudan a ver si la oración se expande en acción o si es simple búsqueda de autoconsuelo sin poder de transformación. Son criterios para verificar si la acción misionera nace realmente de la experiencia propia del corazón ubicado en Dios. Cada claretiano es invitado a construir su itinerario misionero creciendo en la oración y creciendo en la experiencia profunda del Dios de Jesús. Y cada claretiano es llamado a reconocer que la oración apostólica y la definición del misionero constituyen, por derecho propio, el Principio y Fundamento de la espiritualidad claretiana.

Todas las meditaciones son invitaciones a profundizar los rasgos carismáticos de la espiritualidad misionera claretiana y de la acción interior, del silencio y de la palabra. El sabor, el perfume, la profundidad de cada meditación reflejan la resonancia interior que esta perla preciosa produce en cada autor. Sería estupendo que cada uno de nosotros pudiésemos escribir el eco que produce cada una de estas expresiones en nosotros.

El equilibrio querido por Claret entre el conocer y el hacer conocer, entre el amar y el hacer amar, entre el servir y el hacer servir, entre el alabar y el hacer alabar, indica claramente que sin este equilibrio ni la oración ni la misión son sanas. Claret parece desear que el misionero organice el tiempo de cada día repartiendo sabiamente el tiempo entre estos dos núcleos: el interior del corazón y el exterior de la misión, entre la esfera de lo personal y la esfera de lo comunitario, entre la preparación para la misión y el anuncio misionero, entre el cultivar la experiencia de Dios y el compartir la buena noticia de Dios, entre el alegrarse y gozar y el alegrar a otros.... Cuando tomamos conciencia de la profundidad de esta fórmula de la oración apostólica reconocemos que todo parte de Dios y que todo vuelve a Dios como principio unificador de todo. Claret supo entrar en el abismo del amor y de la gracia recitando oraciones sencillas. La oración apostólica nos sumerge en este abismo de amor que hemos sido llamados a vivir y compartir. Esta oración madura en nosotros cuando toda acción está

habitada por la presencia de Dios, y cuando la gloria de Dios se refleja en nuestro ser profundo y en nuestro parecer, en nuestro hacer y en nuestro contemplar.

La oración apostólica indica estos principios de contraste para verificar la verdad de nuestra oración y misión. Señalo aquí algunos elementos que nuestros hermanos profundizan con precisión y profundidad.

**1) El que ora es hijo de Dios en el Hijo.** Esta conciencia profunda de “ser hijo de Dios”, de depender de Dios, es el centro de posibilidad de la oración.

¿Oro como hijo? ¿Vivo como el Hijo? ¿Construyo mi vida con las mismas coordenadas que el Hijo?

**2) El que ora desea profundamente conocer a Dios, amar a Dios, servir a Dios, alabar a Dios.** Este deseo profundo de Dios, de su reino, de su justicia, de su salvación, de su gracia, de su gloria, es la realidad que atrae al centro.

Al orar necesitamos preguntarnos si nos ubicamos en Dios o en los conceptos sobre él, necesitamos observar si nuestro centro es el amor de Dios o nuestra necesidad de ser amados, servidos, halagados, justificados. Conviene advertir si la oración despierta la actitud de servicio, el deseo de entrega, la alegría, la alabanza, la gratitud. Si estos indicadores no se notan, o decrecen en el tiempo, hemos de reconocer con honestidad que nuestra oración y misión necesitan ser renovadas desde su fundamento.

**3) El que ora busca la salvación y felicidad de todos.** El corazón enamorado de Dios, que se sabe hijo amado, acogido y perdonado, encuentra en la oración la fuente de la compasión. Recibe tanto de Dios que necesariamente buscará la salvación de todos, especialmente de los más alejados de Dios. En la oración Dios se desborda como fuente fecunda, como acción constante, y como imaginación apostólica, como palabra sabia y amor compasivo.

Podemos reconocer que la oración crece si en las tareas cotidianas pensamos más en Dios que en nosotros, si nuestro entusiasmo por la Gloria de Dios y la salvación de todos va siendo el horizonte permanente que lo mueve todo. Cada uno debemos contrastar nuestra vida con estas preguntas: ¿Busco la felicidad de todos? ¿Me he vuelto más compasivo y servicial? ¿Qué respondo a las dos preguntas anteriores? ¿Qué dice de mi oración la respuesta que doy? ¿Soy una bendición para quienes me rodean?

## ¿Existe un modo de orar claretiano?

Cada persona ora según el dictado de su corazón. La pluralidad es riqueza, aunque puede ser síntoma de dispersión. Somos invitados a orar como Jesús y como Claret. No tenemos un método común que defina nuestra práctica orante. Oramos con la oración de la Iglesia, oramos unidos a la misión recibida del Señor, oramos enraizados en la Palabra de Dios, oramos acompañando a la gente. Aunque la oración personal de los claretianos es pluriforme, podemos reconocer algunos *acentos profundamente claretianos de nuestra vida de oración* enraizados en Claret y en nuestra propia tradición: **la intensidad, la insistencia, la intercesión, la devoción, la gratitud, la cordialidad, la adoración y su proyección apostólica.** Oramos como hijos que saben, que conocen, que aman, que sirven, que alaban, que están centrados en la felicidad de los otros porque son tocados por la fuente de la Compasión y por el Compasivo.

Cristo es el Orante que ora en nosotros. Cristo es el que realmente conoce, ama, sirve, alaba, busca la salvación de todos. Nosotros deseamos que nuestra configuración con Cristo misionero pueda realizar equilibradamente la obra de Dios en nosotros y en los otros.

Estoy seguro que las meditaciones de este cuaderno nos ayudarán a realizar mejor nuestros retiros comunitarios, sacando a la luz la riqueza de la herencia carismática recibida. Es una oportunidad estupenda para estudiar, orar y compartir. Agradezco de corazón el sabio regalo de los hermanos claretianos que han elaborado estas meditaciones. Severiano Blanco realiza un estudio minucioso y

extenso de la génesis de esta perla preciosa de la oración apostólica. Es una introducción necesaria para una comprensión profunda de este tesoro espiritual. Agradezco de corazón la sabiduría y el trabajo desinteresado de Aquilino Bocos, Pablo Largo, José Cristo Rey, Julio César Rioja, Adrián de Prado, Bonifacio Fernández, Antonio Bellella, Carlos Martínez Oliveras y Ángel Esteban. Espero que su esfuerzo nos ayude a todos a pensar con más finura, a profundizar con más corazón, a orar con más pasión, y a refrescar el conocimiento de nuestro carisma presente en la hermosa y feliz fórmula de la oración apostólica. Gracias de corazón por vuestra colaboración porque nos ayudáis a entrar en nuestra verdad por esta puerta.

## **Uso de este material**

Conviene que cada comunidad vea cómo puede dinamizar este subsidio sus retiros comunitarios. Cada comunidad puede organizar el ritmo de sus retiros del modo más conveniente. Se ofrecen estas sugerencias para los retiros que cada comunidad adaptará sabiamente a su situación:

**1. Exposición de las líneas maestras** de cada meditación por uno de los miembros de la comunidad. El animador del retiro puede ofrecer algunas preguntas o puntos para la meditación y oración personal.

**2. Lectura personal** del texto considerando las *ideas centrales* y *sentimientos que despierta el texto relacionadas con la vida personal y con la misión de la comunidad*. Convendría que en cada retiro se leyese individualmente la parte correspondiente del estudio del Severiano Blanco para iluminar lo meditado desde la experiencia vivida de Claret. Durante el tiempo de revisión personal se pueden contrastar todas y cada una de las áreas y dimensiones de la vida personal y comunitaria con el lema del retiro.

**3. Reunión comunitaria.** Después de la oración y trabajo personal conviene compartir aquello que el Espíritu despierta en el corazón. Es importante cuidar esta comunicación de vida que puede realizarse

durante la eucaristía comunitaria o en otro contexto de oración y respeto. El animador del retiro puede sugerir algunos puntos para el momento de la puesta en común.

**4. Practicar el tema del retiro durante un mes.** Procura elegir una práctica que te ayude a concretar lo *sentido* en la oración o en el discernimiento.

**5. Hacer de la oración apostólica el modo de oración personal.** El maestro Peter Yang solía decir: «*Repetición más repetición alcanza la perfección*». La tradición eclesial nos enseña que con el tiempo la oración se vuelve cada vez más simple, más silenciosa, más abierta, más amorosa. Si lo deseas, intenta orar repitiendo toda la fórmula un tiempo suficientemente largo, o repitiendo sólo alguna de las cuatro peticiones. Podrás ver cómo madura este modo de orar, cómo te relaja, cómo te conduce al fondo del corazón donde la Presencia de Dios te enciende e ilumina. Si repites suavemente con fe verás cómo se despierta en ti el fuego misionero que te conduce a servir a los otros, verás cómo se incrementa tu configuración con Cristo, verás cómo crece tu comunión con Dios, y verás cómo se despierta en ti el Corazón del Hijo y de la Madre.

**6. Recita, conscientemente, la oración apostólica** en algún momento del día o al concluir tu tiempo de oración personal.

\*\*\*

Espero que las meditaciones elaboradas por nuestros hermanos ayuden a despertar el corazón misionero de quien equilibradamente ora y trabaja con la misma intensidad.

Que el Corazón de María inspire y anime nuestros retiros comunitarios. Y que nuestro santo fundador nos ayude a vivir mejor esta perla preciosa.

JOSÉ RAMÓN SANZ ORTIZ, CMF

*Prefecto de Espiritualidad y Formación*  
Provincia de Santiago



## **PRIMERA PARTE**

# **INTRODUCCIÓN HISTÓRICO-BIOGRÁFICA**





# La «oración apostólica» de Claret, oración autobiográfica

SEVERIANO BLANCO PACHECO, CMF



*¡Oh Dios mío y Padre mío!,  
haced que os conozca y que os haga conocer;  
que os ame y os haga amar;  
que os sirva y os haga servir;  
que os alabe y os haga alabar de todas las criaturas.  
Dadme, Padre mío,  
que todos los pecadores se conviertan,  
que todos los justos perseveren en gracia  
y todos consigamos la eterna gloria. Amén. (Aut 233).*

Esta plegaria de San Antonio María Claret, denominada convencionalmente y con buen fundamento «oración apostólica», creemos que es una construcción original del santo, simétrica, armónica, muy completa. Pero los sillares de tal construcción, a veces incluso agrupados, tenían ya una larga prehistoria cuando Claret los combinó. Varios elementos se encuentran en páginas casi iniciales de la Biblia. El Dios bíblico, amigo del hombre, que desea pasear con él por el paraíso a la hora de la brisa (Gn 3,8), se le da paulatinamente a conocer, manifestándole su misterio inabarcable y enseñándole un nombre para que le invoque (Ex 3,1-15). La elección de Israel es motivada exclusivamente por el amor gratuito de Dios, «por el amor que os tiene» (Dt 7,8); y Dios desea que ese amor sea correspondido: «amarás al Señor tu Dios» (Dt 6,5). Las grandes figuras religiosas de Israel son llamadas, además de amigos, «servidores de Yahvé» («mi siervo Moisés», «mi siervo David», «mi siervo Job»). La oración más común en Israel es la de alabanza: «alabad al Señor por su inmensa grandeza», etc.

Israel no es siempre fiel a esa vocación de conocer, amar y servir a su Dios. Éste tiene que lamentar: «¿Qué encontraron vuestros padres en mí de torcido, que se alejaron de mí vera y, yendo en pos de la vanidad, se hicieron vanos?» (Jr 2,5); ¿cómo es posible que Efraín, amado por Yahvé desde su «infancia», cuando salía de Egipto, olvide a su Dios y se vaya tras los ídolos de Asiria? (Os 11,5). Los profetas, hombres seducidos por el amor de Dios (Jr 20,7), abrasados en celo por él (1Re 19,10), intentan orientar o reconducir al pueblo a la correcta relación con Yahvé; le conocen y aman, y quieren que el pueblo le conozca, le ame y permanezca en su servicio. Ante los repetidos fracasos, se proyecta esa esperanza para tiempos mejores: «todos, grandes y pequeños, me conocerán» (Jr 31,34); «la alegría que encuentra el esposo con su novia la encontrará tu Dios contigo» (Is 62,5); Yahvé será servido por «un pueblo pobre y humilde» (Sof 3,12).

Varias páginas del Nuevo Testamento afirman el cumplimiento de tales esperanzas. A los gálatas recién convertidos les llama Pablo «los que habéis conocido a Dios, o, mejor dicho, los que habéis sido conocidos por él» (Gal 4,9); sin duda se refiere a la entrada en una comu-

nión de vida que va mucho más allá que lo meramente intelectual. Los paganocristianos de Tesalónica son aquellos que «abandonaron los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero» (1Tes 1,9), y ya no necesitan maestros, pues han sido educados directamente por Dios (1Tes 4,9). Tampoco los fieles joaneos necesitan maestros, pues «la unción que de él habéis recibido permanece en vosotros y no necesitáis que nadie os enseñe» (1Jn 2,27). El mismo Pablo se presenta a sí mismo como el que dedica su vida a «servir al Señor con toda humildad» (Hch 20,19); pero no lo tiene todo logrado desde el principio: «continúo mi carrera por si consigo alcanzarlo» (Flp 3,12); conoce incluso la propia debilidad, el riesgo de «quedar él mismo descalificado a pesar de haber orientado a otros» (1Cor 9,27). En cuanto apóstol, a veces conoce el éxito; algunos fieles son «su gloria y su corona» (Flp 4,1); pero, en algunos casos, sus fieles «se pasan a otro evangelio» (Gal 1,6), o el apóstol teme que, como la serpiente engañó a Eva, «se perviertan su mentes» (2Cor 11,3). San Pablo conoce, por tanto, la necesidad de perseverancia en los justos y experimenta también la conversión de pecadores de sus comunidades: con palabras duras entristeció a los corintios, pero «aquella tristeza os movió a arrepentimiento» (2Cor 7,9). El tema de la conversión de los pecadores y la perseverancia de los justos, petición recurrente en la oración y en la parénesis cristiana, está, pues, bien arraigado en el Nuevo Testamento, ya que es la perspectiva apostólica total. Con correctivo o con superación de una ironía latente, pudiera encontrar su formulación más cercana en Ap 22,11: «el injusto persista aún en su injusticia, y el impuro siga manchándose, pero el justo acreciente su justicia y el santo crezca en santidad».

# 1. «Larga prehistoria de esta oración»

## 1.1. Las potencias del alma dirigidas a Dios

Como el conjunto de su pensamiento teológico-pastoral, los temas de la oración apostólica de Claret tienen una profunda raíz bíblica: el corazón, la mente, las fuerzas, todo el ser del hombre debe estar orientado hacia su Creador y Padre (cf. Dt 6,5; Mt 22,37). Son temas, por lo mismo, ampliamente reflexionados por la patrística y por la teología y espiritualidad de las épocas siguientes; no podía ser de otro modo, tratándose de elementos tan centrales de la vida de fe como conocer a Dios, amarle, servirle, y desear que todo el género humano y toda la creación le glorifique y llegue a participar de su misma gloria.

En el siglo XIII, el filósofo-teólogo Raimundo Lulio, en una oración que guarda cierta analogía con la de Claret, escribe literalmente: «Humildemente os suplico por merced me deis prudencia para saber mucho memorar, *entender* y *amar*, honrar, alabar, bendecir y *serviros*»<sup>1</sup>. Aquí las operaciones son siete, entre las que, con una variante léxica, se encuentran las cuatro de la plegaria claretiana. En otro texto célebre del mismo autor, la plegaria se transforma en «apostólica», es decir, suspira por que otros practiquen lo mismo que él: «Decía el Amigo a su caro Amado que le enseñase medio de hacerle *conocer*, *amar* y *alabar a las gentes*»<sup>2</sup>; comparado este texto con el de Claret, en Lulio sólo falta el verbo «servir». Y estas operaciones del ser humano en relación con Dios las remacha aún más el místico mallorquín, en lenguaje más académico, en su Félix: «Amado hijo –dijo el ermitaño–, Dios es memorable, inteligible, amable, honorable y temible (...) y para ser memorado, conocido, amado, honrado y temido creó al hombre, el cual tiene ser para memorar, *entender*, *amar*, *honrar* y *servir a su Dios*»<sup>3</sup>; los cuatro últimos verbos del párrafo, con ligera variación en el orden, son prácticamente intercambiables con los utilizados por Claret.

---

<sup>1</sup> R. LULIO, *Libro de oraciones y arte de amar a Dios. De la Prudencia*, nº 2.

<sup>2</sup> *Libro del Amigo y del Amado*, nº 136.

<sup>3</sup> *Félix o Maravillas del Mundo*, cap. 46.

Tenemos la impresión de que R. Lull, siguiendo el análisis de las capacidades y potencias humanas, que él mismo realiza rigurosamente en otras obras, lo que desea es que todas ellas estén orientadas hacia su Creador. Es la radicalización del primer mandamiento del Decálogo. Y, para poder vivirlo así, el creyente necesita, por lo general, ser orientado y estimulado por personas experimentadas en ese campo.

Diversos autores espirituales hacen suyos esos deseos de conocimiento y amor de Dios y esas disposiciones a la alabanza y el servicio, al mismo tiempo que procuran inculcarlas a otros. En una antigua biografía de S. Vicente de Paúl, al describir la pedagogía de las Hijas de la Caridad con los párvulos, se dice que «al enseñarles a hablar, les enseñan a rezar a Dios, a conocerlo bien, a amarlo y a servirlo»<sup>4</sup>; y se ha hecho casi popular la reflexión apostólica que el propio San Vicente de Paúl se hacía a sí mismo: «No me basta con amar a Dios, si no lo ama mi prójimo»<sup>5</sup>. En el mismo siglo XVII, Fr. Antonio de Molina, monje de la cartuja de Miraflores (Burgos), que será muy apreciado y leído por Claret, invita a todos a «reconocer los beneficios de este liberalísimo Señor, pues todos son para tu bien y provecho, y por todos ellos debes amar, servir y alabar al común dador de ellos»<sup>6</sup>. Este mismo pensamiento tuvo que encontrarlo Claret repetidas veces en los escritos del P. Granada, que tanto manejó.

Un escritor conocido por Claret probablemente «siendo aún muy niño», ya que debió de ser el autor del libro *El Roser*, que hacía sus delicias (Aut 45), es el dominico Fr. Jaime Barón y Arín (1657-1734). Pues bien, en una de sus obras hace esta consideración: «¡Oh Dios mío y Creador mío! ¿Cuántos predicadores me enviáis para que os conozca, para que os ame y para que os sirva, como si no bastara, Dios de mi alma, vuestra bondad sola para que yo os amara, os sirviera y rendido os adorara?»<sup>7</sup>.

---

<sup>4</sup> L. ABELLY, *Vie de saint Vincent de Paul, instituteur et premier Supérieur Général de la Congrégation de la Mission*. París 1839, p. 146.

<sup>5</sup> *Conferencias*, vol. XII, 262.

<sup>6</sup> A. DE MOLINA, *Ejercicios espirituales de las excellencias, provecho y necesidad de la oración mental*. Burgos 1615. Pág. 368 de la ed. de 1806.

<sup>7</sup> J. BARÓN Y ARÍN, *Luz de la Fe y de la Ley, Entretenimiento cristiano entre Desiderio y Electo*, Libro

Es normal que la tradición luliana haya sido cultivada en su tierra mallorquina. Allí publicó, en 1760, la dominica Venerable Sor Ana María del Santísimo Sacramento unos comentarios a los cánticos de amor del Beato Lulio. En una de sus páginas leemos: «Amado de mi corazón y Dios de mi alma, pues me habéis criado para que os conozca, ame y sirva, dadme la luz de que necesito para conoceros, vuestro amor grande para amaros, y modo de cómo os dé gusto, y cumpla con mi obligación de serviros»<sup>8</sup>.

## 1.2. La fórmula entra en los catecismos

Era normal que la secular reflexión y experiencia espiritual acabase cristalizando en textos oficiales de la Iglesia. En 1556 se promulgó el célebre *Catecismo Romano*, o *de San Pío V*. En su parte IV, dedicada a la Oración, comentando la primera petición del Padre Nuestro, dice: «Pedimos que actúe también en la tierra aquel magnífico y armónico concierto de alabanzas con que el cielo exalta a Dios en su gloria, de forma que todos los hombres *conozcan* a Dios, le *adoren* y le *sirvan*». Unas líneas antes ha dicho: «deseamos y pedimos que en ellos [los pecadores] se restablezca la alabanza del nombre de Dios, de manera que, mediante una sincera conversión...». Cabalmente, a la tetralogía conocer, amar, servir y alabar añade Claret el deseo de «que todos los pecadores se conviertan».

En los siglos siguientes a Trento se fueron publicando diversos catecismos, sobre todo para niños, en los que, en relación con el primer mandamiento, o con el Padre Nuestro, o incluso como consideración preliminar a todo el conjunto doctrinal, solía aparecer, con algunas variantes terminológicas o algunos suplementos, la trilogía «conocer, amar y servir a Dios».

En Cataluña, y también en otras diócesis de España, gozó de gran éxito el *Compendi de la Doctrina Cristiana en forma de diàlogo entre pare y fill*, de F. Mateu y Smandia, que apareció en 1800 y tuvo numerosas edi-

---

Il cap. XV, p. 74 de la edición de Madrid 1828.

<sup>8</sup> *Exposición de los Cánticos de Amor compuestos por el Beato Raymundo Lulio*. T. II. Mallorca 1860; p. 4.

ciones, tanto en catalán como en castellano; Claret lo apreció altamente y lo utilizó para sus catecismos menores y para la parte dialogada de su *Catecismo Explicado* (1848). La edición de Smandia de 1834, titulada *Compendi o breu explicació de la doctrina christiana*, lleva una *Introducció* que se inicia con esta pregunta y respuesta: «*Pare. Per quin fi es criat lo home? Fill. Per amar y servir á Deu en esta vida y veurel en la gloria del Cel*». En la de 1849, titulada *Compendi o breu exêrcici de la doctrina christiana*, varía ligeramente la redacción pero no el contenido de la respuesta: «véuerlo en la gloria del cel».

Otro ejemplo muy cercano a Claret lo tenemos en un *Compendio del Catecismo Explicado*<sup>9</sup>, anónimo, editado en 1842. Al tratar de la primera petición del Padre Nuestro, dice: «le pedimos que las gentes que no le *conocen sean llamadas a su conocimiento y a la sumisión a su santa voluntad (...); que todos le adoren, le alaben, le sirvan* y le den gracias por sus beneficios» (p. 83). Y veinte páginas después, al explicar el primer mandamiento, indica que, «para amar a Dios con sinceridad y firmeza, es necesario adorarle y reverenciarle interiormente y honrarle con las alabanzas de nuestra boca y los actos de nuestro cuerpo» (p. 104).

Gran difusión tuvo también el *Catecismo de Mazo*<sup>10</sup>, también muy utilizado por Claret. En su edición de 1851, al comentar la primera petición del Padre Nuestro, dice: «pedimos que Dios sea conocido, adorado y alabado en todo el mundo», y seguidamente especifica: «pedimos que los idólatras, que aún adoran dioses falsos, *conozcan al Dios verdadero, le adoren, le alaben y le sirvan*» (p. 143).

---

<sup>9</sup> *Compendio del Catecismo Explicado [sic] o sencilla y breve ilustración de la Doctrina Cristiana y de los principios y fundamentos del Catecismo de los niños*, por un Presbítero Esclaustroado [sic]. Valladolid 1842.

<sup>10</sup> S. J. GARCÍA MAZO, *Catecismo de la Doctrina Cristiana*. Valladolid 1851 (10ª ed.); 545 pp.

### 1.3. En los catecismos de san Antonio M<sup>a</sup> Claret<sup>11</sup>

Las primeras publicaciones del misionero Claret, entre 1843 y 1850, son sus célebres Avisos a diversas clases de personas, sus devocionarios (*Camino Recto*, *Maná del Cristiano*) y sus catecismos. Algunos devocionarios (*Maná del Cristiano*, Vic 1850) incluyen un brevísimo catecismo.

Los catecismos de Claret, de muy diversa pretensión y envergadura, nacen en el ambiente esbozado; el misionero conoce gran parte de los que entonces están en circulación. A principios de 1848 publicó su *Compendi o breu explicació de la doctrina cristiana*<sup>12</sup>; siguiendo en casi todo a Smandía, tiene forma de diálogo entre un padre y su hijo, y, ya en su preámbulo, antes de hablar de la señal del cristiano, el padre pregunta a su niño *Per quin fi es criat lo home?* Y el hijo le responde: *Per amar y servir á Deu en aquesta vida, y véurerlo en la gloria del cel*». A partir de 1864 lo reelabora en castellano y lo edita o reimprime siete veces<sup>13</sup>; en su preámbulo, la respuesta acerca de del fin del hombre aparece muy enriquecida: «Para conocerle, amarle y servirle aquí en la tierra y después verle y gozarle por toda la eternidad en el cielo».

En diciembre de 1848 Claret, con la eficaz ayuda de Caixal, puso en marcha la editorial llamada Librería Religiosa con una publicación propia, el *Catecismo Explicado*<sup>14</sup>, que en vida del autor alcanzaría dieciocho ediciones en castellano y diez en catalán. Claret le antepone un preámbulo sobre el «Fin del hombre», en cuyo desarrollo aparecen, entre otros, los siguientes párrafos: «Para salvarte es indispensable que le ames y le sirvas, pues que para este fin te ha criado (...). Para amarle es preciso *conocerle*, y para conocerle basta pararte un instante en considerar sus obras (...). Muy justo es también que le *sirvas*, pues que siendo el supremo Señor de todo, se le debe de justicia todo

<sup>11</sup> «He escrito cuatro catecismos: uno para los párvulos, desde que hablan hasta los siete años, otro para los rústicos, otro de más extenso y otro explicado, con estampas» (Aut 285). Los cuatro acabaron ramificándose en doce (J. Bermejo, AEC p. 262, n. 245); además editó catecismos de otros autores.

<sup>12</sup> Editado en Barcelona, Vda. De Pla, 156 pp. Es el de Mateu y Smandia *augmentat y metodísat per lo Rt. ...*

<sup>13</sup> Desde 1866 se titula *Catecismo de la Doctrina Cristiana*, y la edición de ese año tiene 128 pp.

<sup>14</sup> *Catecismo de la Doctrina Cristiana explicado y adaptado a la capacidad de los niños y niñas y adornado con muchas láminas*. Librería Religiosa. Barcelona 1848; 484 pp.



obsequio, toda veneración y todo honor. Finalmente, así como el navegante desea llegar al puerto, el soldado pelea para alcanzar la victoria, y el viajero suspira siempre para llegar al término de su viaje; del mismo modo no debes tú perdonar medio para alcanzar la bienaventuranza de la gloria, en donde *verás a Dios cara a cara*» (pp. 12-13).

Tras la explicación, entra en las preguntas y respuestas que desea se memoricen y que son reproducción (a veces con leves variantes) de las de Matheu y Smandia:

-Pregunta: «¿Para qué fue criado el hombre?»,

-y responde: «Para *amar y servir* a Dios en esta vida y verle en la gloria del cielo» (p. 14).

En la decimoséptima edición, de 1865, que Claret presentó a Pío IX con el deseo de que, con las correcciones oportunas, se convirtiese en catecismo único para toda la Iglesia, la mencionada respuesta adquiere este tenor: «para *conocerle, amarle y servirle* aquí en la tierra y después *verle y gozarle* por toda la eternidad en el cielo» (p. 24). Y esta fórmula se repite tal cual en la última edición realizada por el autor, en 1867 (p. 26).

Aunque el Catecismo Explicado del P. Claret no llegó a imponerse como él deseaba, la tetralogía que venimos comentando tendrá exacta resonancia, unas décadas más tarde, en el Catecismo de San Pío X. En su explicación del *Padre Nuestro* encontramos dos números de máximo interés, pues parecen calcados de la oración claretiana:

290.- ¿Qué pedimos en la primera petición: SANTIFICADO SEA TU NOMBRE? - *En la primera petición Santificado sea tu nombre, pedimos que Dios sea conocido, amado, honrado y servido de todo el mundo y de nosotros en particular.*

291.- ¿Qué entendemos cuando pedimos que Dios sea conocido, amado y servido de todo el mundo? - *Entendemos pedir que los infieles vengan al conocimiento del verdadero Dios, los herejes reconozcan sus errores, los cismáticos vuelven a la unidad de la Iglesia, los pecadores se conviertan y los justos perseveren en el bien.*

No es preciso indicar que las dos últimas expresiones coinciden literalmente con las que coronan la Oración Apostólica.

## 2. «De pinceladas sueltas a un cuadro coherente»

### 2.1. Una trilogía/tetralogía muy utilizada por Claret

A partir de 1847, en siete ediciones o reimpressiones, publicó Claret tres obritas de espiritualidad compuestas por el P. Areso, S. Leonardo de Puerto-Mauricio y el P. Vicente Ferrer CM más algunos añadidos propios, agrupándolo todo bajo el título *La Verdadera Sabiduría*<sup>15</sup>. Al conjunto antepuso un prólogo personal que comienza con estas palabras: «La verdadera sabiduría del hombre consiste en saber *conocer, amar y servir* a Dios».

De los ejercicios espirituales realizados por Claret en julio de 1849, ejercicios fundacionales de su Congregación de Misioneros, sólo nos ha dejado una nota personal, breve pero enjundiosa: «Aquel se dirá que en este mundo ama a Dios si se complace en que Dios sea Dios y que sea amado y servido de todo el mundo y tiene pena de que sea ofendido y agraviado. Y procura hacerlo conocer, amar y servir de todos, e impedir todos los pecados que le es posible»<sup>16</sup>.

La primera carta a sus fieles diocesanos de Cuba, fechada el 20 de mayo de 1851, la inicia Claret con un recuerdo y glosa de la definición del catecismo: «Ninguno de vosotros puede ignorar el fin noble y excelente para el cual somos criados, que es para *conocer, amar y servir* a Dios aquí en la tierra y después *verle y gozarle* por toda la eternidad en el cielo» (EC I, p. 503). En Santiago de Cuba compuso también, en 1855, el librito *Ejercicios espirituales preparatorios a la primera comunión*<sup>17</sup>, en cuya segunda meditación advierte al niño: «Dios te ha dado entendimiento para *conocerle*, voluntad para *amarle*, y todo lo demás que hay en ti y fuera de ti para que le *sirvas*» (p. 18s). En estas formulaciones

---

<sup>15</sup> *La Verdadera Sabiduría, que ofrece a todos los fieles*. Vda. de Pla. Barcelona 1847, 352 pp.

<sup>16</sup> Editada por J. Bermejo en S. ANTONIO M. CLARET, *Autobiografía y escritos complementarios* (en adelante AEC). Ed. Claretiana. Buenos Aires 2008, p. 658.

<sup>17</sup> Barcelona 1856; 192 pp. Llegó a tener cinco ediciones en vida del autor.

se percibe como el autor sigue el análisis corriente de las potencias del alma y, desde él, inculca que toda la vida esté orientada hacia Dios.

En 1858 compuso y publicó Claret la *Carta al Misionero Teófilo*, como introducción a sus tres tomos de *Sermones de Misión*. En ella advierte al imaginario misionero que «el hombre es criado por Dios a su imagen y semejanza para que le *conozca, ame y sirva* aquí en la tierra y después sea eternamente feliz allá en el cielo con el mismo Dios que le crio», a lo cual todavía añade que Dios quiere que el hombre logre su fin «valiéndose de todo para *más conocer, amar y servir* a Dios, que es su Creador, su Padre y su único fin»<sup>18</sup>.

Tras fundar el seminario del Escorial y proporcionar a los alumnos su célebre manual *El Colegial Instruido*, como complemento del mismo publicó en 1861 el *Arte de Canto Eclesiástico*<sup>19</sup>, en cuya introducción, explicando el motivo de tan trabajoso escrito, recuerda a los seminaristas que «el gran Dios ha criado a los hombres a fin de que le *conozcan, amen, sirvan y alaben*, y después vayan al cielo y, alternando con los ángeles, canten sus eternas misericordias» (p. 6). Unos meses después de su publicación, en carta a M. Antonia París, dirá que con esa obra lo que pretende es «que Dios sea conocido, amado, servido y alabado bien y sabiamente» (EC II, p. 441). Un año más tarde, al redactar la Autobiografía, Claret mencionará esta obra y justificará su composición exactamente en los mismos términos: «Como somos criados para *conocer, amar, servir y alabar* a Dios, he pensado que, para llenar un clérigo todos sus deberes, necesitaba saber de *canto eclesiástico...*» (Aut 327). En esta época, por tanto, la fórmula tetralógica está ya casi petrificada. Entre las resoluciones de ejercicios espirituales de 1861, dice en forma de oración: «si estudio lo hago para *más conocer, amaros y serviros* y para *más servir y ayudar* a mis prójimos»<sup>20</sup>.

<sup>18</sup> *Sermones de Misión, escritos unos y escogidos otros por...* Barcelona 1858; vol. I, pp. 14 y 16.

<sup>19</sup> *Arte de Canto Eclesiástico y Cantoral para uso de los seminarios*, escrito por... Imp. Aguado, Madrid 1861; 170 pp. «Ha sido lo que más me ha costado arreglar, por la diversidad de pareceres que hay entre los cantores» (EC II, p. 453). Tuvo otras dos ediciones en vida del autor

<sup>20</sup> AEC p. 696. Los propósitos de ejercicios de S. Antonio M. Claret, de 1843 a 1870, son accesibles en diversas ediciones; por sus ilustrativas introducciones aconsejamos la de AEC pp. 635-730.

El P. Claret redactó su Autobiografía entre noviembre de 1861 y mayo de 1862. Cuando al redactarla al escribirla recuerda el fuego del amor de Dios que, ya en su infancia, encendía en él la lectura de algunos libros piadosos, espontáneamente prorrumpió en este anhelo: «Quién me diera que todas las almas *conocieran* (...), que todas las criaturas os *conozcan*, os *amen* y os *sirvan* con toda fidelidad y fervor» (Aut 42).

En noviembre de 1862 hace el arzobispo ejercicios espirituales mientras los dirige a los capellanes y seminaristas de El Escorial, y entre sus propósitos figura el siguiente: «Antes de comer diré: Señor, como para tener fuerzas y serviros mejor. Antes de estudiar diré: *Señor, estudio para más conoceros, amaros y serviros y para ayudar a mis prójimos*». Son prácticamente repetición de los del año anterior; pero tiene especial importancia que esta vez van precedidos de la «oración apostólica» que unos meses antes estampó en la Autobiografía, en la que falta el cuarto verbo, alabar, pero que va completada con una súplica tomada de Is 65,1:

«Pediré a Dios N. S. continuamente que haga:

Que le *conozca* y que le haga conocer.

Que le *ame* y que le haga amar.

Que le *sirva* y que le haga servir.

Le diré: *Señor, si os queréis servir de mí para la conversión de los pecadores, etc., aquí me tenéis*» (AEC p. 698; cf. Is 65,1).

Y esta página del cuaderno de propósitos la transcribe literalmente cuando, en 1865, redacta la continuación de la Autobiografía (Aut 743.7; 744.8); es signo de que los pensamientos allí expresados continúan vivos en el corazón y en la mente de Claret.

Todo nos deja la impresión de que, en estos años de estancia en Madrid, la trilogía «conocer, amar y servir», a veces en forma de tetralogía, añadiendo «alabar», es fórmula casi petrificada para Claret. Pero no es asunto de mera memorización o, menos aún, de rutina o inconsciencia, pues la fórmula admite variantes y glosas: «no deseo más que conocer vuestra santísima voluntad para cumplirla, no deseo

más que amaros con todo fervor y serviros con toda fidelidad» (Aut 136); o bien, «haced que os *ame*, que os *sirva* con todo fervor y que os *haga amar y servir de todas las criaturas*» (Aut 152).

Todavía en uno de sus últimos escritos, *El Egoísmo Vencido* (o vida de San Pedro Nolasco), compuesto en Roma en 1869 y editado solamente en su traducción al italiano, encontramos la célebre tetralogía completada con el rasgo escatológico típico de los catecismos: «Bienaventurado el que ama con fervor a Dios y procura que Dios sea cada vez más *conocido, amado, servido, alabado y glorificado* ahora y siempre»<sup>21</sup>.

## 2.2. Oración por los pecadores y por los justos

Claret pudo encontrar esta expresión, con múltiples variantes, en libros de devoción, así como en numerosos escritores eclesiásticos de la primera mitad del siglo XIX. En un breve muestreo, merece ser nombrado en primer lugar el obispo Félix Amat, que, en su *Tratado de la Iglesia de Jesucristo* (Madrid 1806), citando las *Constituciones Apostólicas*, dice: «el obispo no sólo ha de procurar que los justos perseveren, sino también que los pecadores hagan penitencia»<sup>22</sup>.

En los numerosos sermonarios del misionero capuchino Miguel de Santander, muy utilizados por Claret y por sus primeros Misioneros, nunca falta la mención expresa de esta doble intención; en el sermón introductorio su obra *Doctrinas y Sermones para la Misión* dice literalmente que «los designios de Dios en esta Santa Misión, que por su orden empezamos, son que los justos se adelanten en la virtud, que los pecadores se conviertan...»<sup>23</sup>.

La obra del franciscano Fr. Juan Laguna *Casos raros de vicios y virtudes para escarmiento de pecadores y ejemplo de virtuosos con-*

---

<sup>21</sup> A. M. CLARET, *L'egoismo vinto. ossia breve narrazione della vita di S. Pietro Nolasco*. Roma 1869, p. 67 (el manuscrito original castellano desapareció en la «semana trágica» de Barcelona, en 1909).

<sup>22</sup> Vol. VIII, p. 86. F. Amat fue quien administró la confirmación al niño Antonio Claret (cf. AEC p. 146, nota 39) y probablemente quién le preguntó «qué quería ser» (Aut 30). Pero Claret nunca le nombra en sus escritos, ¿debido quizá a la posible heterodoxia de algunas de sus obras?

<sup>23</sup> Madrid 1813<sup>4</sup>, vol. III, p. 14.

cluye diciendo que se ha escrito «para escarmiento de los pecadores y que se enmienden en sus vicios y para que los justos perseveren en gracia, huyan de la culpa y se ejerciten en la virtud»<sup>24</sup>. En un *novenario del gloriosos y milagrosísimo San Nicolás de Tolentino*, publicado por el agustino José Salvá en Palma en 1839, la oración inicial de cada día indica que dicha devoción se practica «para que los pecadores salgan de sus culpas y lloren sus pecados y para que los justos perseveren en la divina gracia» (p. 20).

Como no podía ser menos, la conversión de unos y el afianzamiento de otros es la pretensión de Claret en su acción apostólica. En su sermón introductorio a la Santa Misión recuerda a los oyentes el evangélico «venite ad me omnes» (Mt 11,28) y seguidamente lo comenta: «venid a mí todos: los que sois justos y fervorosos, os llama para comunicaros un nuevo espíritu y nuevas fuerzas para continuar y no aflojar (...). Venid a mí vosotros pecadores, que trabajáis como desterrados o presidiarios con la cadena del pecado con que os tiene el diablo amarrados (...); veréis como yo os aligero y quito estas cargas»<sup>25</sup>.

Estando de arzobispo de Santiago, en sus ejercicios espirituales de 1854 hace el propósito de «trabajar siempre a lo que conozca sea de gloria de Dios, perseverancia de los justos y conversión de los pecadores». Y, en los de 1859, ya en Madrid, al propósito de hacer tres horas diarias de oración mental, añade: «me acordaré de que Jesús en el huerto oro tres veces: por los pecadores, justos y almas del purgatorio». En un escrito breve, redactado probablemente en la época de Madrid (1857-68), habla Claret del deseo de Dios y de María de reconciliar a los pecadores y de que las «almas buenas» se sigan santificando: «Dios N. S. dio a conocer a María Santísima el deseo que tenía de remediar el género humano, para que después, como Madre y Abogada de los pecadores, intercediese por ellos... Con grande gozo las aceptara toda [las penalidades o tribulaciones] para remedio, alivio y conversión y salvación de las almas... Así se ha de exhortar

---

<sup>24</sup> Barcelona 1823, p. 355.

<sup>25</sup> A.M.CLARET, *Sermones de Misión*, Barcelona 1858, vol. I, p. 28.

a las almas buenas que hagan oración, que se ejerciten en la mortificación y que hagan obras buenas» (AEC p. 773-775). En su oración personal tiene permanentemente la perspectiva apostólica: «Diré a mi buen Dios: Señor, si os queréis servir de mí, miserable instrumento, para la conversión de los pecadores, aquí me tenéis» (Aut 788.12).

### **3. «Que os conozca y os haga conocer»**

#### **3.1. Deseoso de conocer a Dios y lo de Dios**

Si juntamos su mencionado propósito de estudiar para «más conocer» a Dios con su experiencia oracional de inmersión en lo divino<sup>26</sup>, percibimos lo completo del conocimiento de Dios a que Claret aspira y que desea transmitir: experiencial y teórico-racional o teológico.

##### *a) Formación teológica de Claret*

Este camino de la búsqueda de Dios es, por su misma naturaleza, más preciso y controlable que el experiencial. Dados los logros que en el santo percibimos, podemos hacernos una idea de sus esfuerzos en esta búsqueda. Y sobre dichos logros disponemos de información excepcional. El canónigo D. Dionisio González de Mendoza, hombre de estudios, exigente y objetivo, bachiller en filosofía, doctor en teología y licenciado en jurisprudencia, extraordinario colaborador de Claret en Cuba y en El Escorial y conocedor del santo como pocos, ha dejado este sorprendente testimonio acerca de él: «aunque generalmente se le tenía por hombre de mediana instrucción, y de este mismo parecer era yo también por los informes que me habían dado antes de tratarle, conocí, sin embargo, después que me habían engañado cuando me decían: ‘va Ud. a Cuba a tratar con un arzobispo que no sabe más que rezar’. Pues tuve ocasión de convencerme de que sus conocimientos eran vastísimos y profundos, principalmente en Teología Dogmática y Moral y en Sagrada Escritura, y de que era capaz de improvisar un sermón sobre cualquier asunto que se le designase (...). Su ciencia y virtud eran semejantes a las

---

<sup>26</sup> «En cada palabra del Padre Nuestro, Avemaría y Gloria veo un abismo de bondad y misericordia. Dios nuestro Señor me concede la gracia de estar muy atento...» (Aut 766).

montañas, que, miradas desde lejos, parecen bajas y pequeñas, pero que asombran por su grandeza y altura a medida que uno va acercándose a ellas. Y no solamente era muy sabio en las ciencias eclesiásticas, sino que también estaba muy instruido en las naturales y en otros ramos del saber humano (...). No he tratado ninguna persona más virtuosa que el excelentísimo Señor Claret y cuya ciencia me haya inspirado mayor respeto y cuidado para hablar en su presencia»<sup>27</sup>.

Otro gran conocedor y admirador de Claret, ya en la época de Madrid, fue D. Mariano Saniás, inicialmente misionero paúl y luego sacerdote diocesano. Su testimonio sobre el saber teológico de Claret es el siguiente: «A nadie he oído una explicación más clara breve y exacta de los diferentes sistemas de moderna Filosofía, y de la misma manera y con la misma facilidad manejaba las cuestiones intrincadas de la Teología Dogmática, poseyendo vastos conocimientos de Hermenéutica (...). En cuanto a la Sagrada Escritura, parecía que la estaba leyendo, aduciendo todos los testimonios que en ella se encontraban, referentes a la proposición que defendía»<sup>28</sup>.

Pero esta fama de sabio le venía a Claret desde muy atrás. El 2 de octubre de 1845, cuando era aún misionero itinerante por Cataluña, escribía a párrocos, coadjutores y demás eclesiásticos del contorno el párroco de San Lorenzo de Morunys: «Acaba de llegar en esta Villa el virtuoso no menos que sabio y celoso, D. Antonio Claret, presbítero, con el objeto de distribuir la palabra divina y administrar el santo sacramento de la penitencia...»<sup>29</sup>.

Evidentemente una formación así no se logra sino con una prolongada dedicación al estudio, que Claret cultivó a lo largo de toda su vida y cuya finalidad nos manifiesta en Aut 744.8. En su edad madura recuerda gozosamente su primera instrucción en el catecismo: «lo aprendí con tanta perfección...» (Aut 23); igualmente se aficionó en

---

<sup>27</sup> Carta de D. Dionisio al P. Xifré, escrita en Madrid el 8 de diciembre de 1879, en «Tesoro de Barriosuso» vol. IV (Doc., nº 728), p. 1586.

<sup>28</sup> Carta al P. Jaime Clotet, escrita en Barcelona en mayo de 1882; se conserva en Arxiu Claret de Vic.

<sup>29</sup> Circular inédita, conservada en el archivo parroquial de S. Lorenzo de Morunys; copia en Arxiu Claret.



la niñez por la Historia Sagrada («*El Pintón*», Aut 24); se dejó instruir por la lectura espiritual que su padre realizaba en casa y por las enseñanzas religiosas que le daban sus padres y el maestro (Aut 25-26). Aprendió de memoria el breve devocionario *Finezas de Jesús Sacramentado* (Aut 37), del que muchos años después reprodujo una pequeña parte en el librito ya mencionado *La Verdadera Sabiduría*. Su curiosidad y afición al mundo de lo religioso queda condensada en esta frase: «todo mi gusto era trabajar, rezar, leer y pensar en Jesús y en María Santísima» (Aut 50).

Naturalmente su estudio de la teología se dio ante todo en sus años de formación seminarística, primero en Vic y luego, tras el cierre del seminario, en Sallent. De esa época, aparte del certificado de estudios (Aut 105), nos queda el precioso testimonio de su primer biógrafo, el ilustrado D. Francisco de Asís Aguilar: «no se limitaba a estudiar las lecciones de clase, en las cuales tan buen concepto merecía... Después del seminario solía ir a la magnífica biblioteca episcopal de aquella ciudad, en la que se le veía como uno de los lectores más asiduos... Los libros de religión, y singularmente la Sagrada Biblia, formaban el objeto preferente de sus lecturas»<sup>30</sup>. Según su compañero de seminario D. Ignacio Alemany, «el Sr. Obispo le ordenó a él antes que a los otros por ver en él su extraordinaria virtud y sus conocimientos en Teología y en Moral»<sup>31</sup>.

Según el P. Jaime Clotet, el joven Claret, «desde los primeros años que estudió en el seminario de Vic, conforme consta en su libro de registro, su aplicación fue calificada de mucha, y, como si no bastase esta calificación, en los años sucesivos fue sustituida por la de muchísima»<sup>32</sup>. Y el propio testimonio de Claret: «...estudiante que estudiaba filosofía en aquel seminario. Era muy aplicado al estudio y asistía con toda puntualidad a las clases»<sup>33</sup>.

---

<sup>30</sup> *Vida del Excmo. e Illmo. Sr. D. Antonio María Claret...* Madrid 1871, p. 31. El dato lo confirma en parte el propio P. Claret en estos términos: «Ambos [él y Balmes] fueron muy amigos y pasaban juntos muchas horas en la biblioteca episcopal estudiando en una misma mesa» (Aut 856).

<sup>31</sup> Declaración en el Proceso Informativo de Vic, sesión 46.

<sup>32</sup> J. CLOTET, *Vida Edificante del Padre Claret, Misionero Apostólico*. Roma 2000; p. 57.

<sup>33</sup> *Un estudiante devoto de María Santísima del Rosario* (¿1855?), en AEC p.515.

A Claret la aplicación al estudio le acompañó toda la vida. En sus ejercicios de 1843, con la perspectiva de misionero popular por Cataluña, hace este propósito: después de la siesta y de rezar vísperas y maitines, «el resto de la tarde lo emplearé en el estudio u obligaciones del ministerio». En los que realiza en septiembre de 1850, como preparación a su consagración episcopal y proyectando cómo vivir la nueva época en que va a entrar, se propone: «nunca perder un instante de tiempo, y así siempre estaré ocupado en el estudio, oración, administración de sacramentos, predicación, etc., etc.». Y al año siguiente, iniciado ya el servicio episcopal en Santiago de Cuba, para los días en que esté en palacio especifica las materias y tiempos de estudio: «a las 6 Sagrada Escritura, a las 8 desayuno, horas... A las 9 Teología Dogmática y Moral, a las 10 Disciplina, Cánones y Leyes...». En los de 1861, en medio de su apostolado desbordante en Madrid, donde confiesa no tener un momento libre<sup>34</sup>, hace todavía un pequeño proyecto para su «demás tiempo»: «Estudiar, escribir y orar», especificando que «si estudio lo haré para más conoceros...», frase que repite literalmente en los de los años 1862, 1864 y 1865.

Signo de esa permanente inquietud por el saber es la biblioteca personal que Claret llegó a formar. En los años de Cuba hizo muchos pedidos a París, donde le servían los libreros hermanos Lavallée; y en los años de Madrid era cliente habitual de los libreros Aguado y Olamendi. Después de varios traslados, la biblioteca de Claret está actualmente instalada en la «sala noble» del CESC de Vic y consta de unos 1000 volúmenes. Sin duda bastantes se han perdido, y unos pocos, por avatares históricos, han ido a parar a diversas casas de la congregación claretiana u otros lugares. Un buen lote de sus libros personales pasó a la Real Biblioteca de El Escorial y allí permanece<sup>35</sup>.

---

<sup>34</sup> «No se puede V formar idea de las muchísimas ocupaciones que tengo; todos los días a las tres de la mañana ya estoy en pie; y no obstante añadir la noche al día, el tiempo no me alcanza para las cosas que sin buscarlas se me vienen encima» (carta a J. Caixal, EC II, p. 621; 28.1.1863).

<sup>35</sup> Al marchar a Francia en 1868, Claret dejó su biblioteca y demás pertenencias en su domicilio de Madrid (hospital de Montserrat), pero éste tuvo que ser desalojado casi inmediatamente. Su fiel colaborador D. Francisco Besalú y las Hermanas Vedrunas pusieron la biblioteca a buen recaudo;

El austero Claret se privaba de todo excepto de libros.

Dado este hábito de estudio, no es extraño que el arzobispo haya alcanzado los niveles de erudición eclesiástica que admiraba el cultísimo D. Dionisio González. En sus resoluciones de ejercicios de 1867 tiene Claret una anotación curiosa: «Cuatro miserias tendré presentes: 1.- Ignorancia de lo que debe saber; 2.- olvido de lo que ya sabía (...)».

Por testimonio del propio Claret, sabemos que lo suyo nunca fue mera información intelectual, sino que estudiaba con el corazón. Perseguió un conocimiento teológico y bíblico existencial, que tocase su vida íntima y apostólica, que nunca se quedase en la frialdad de la mente: «estudio para mejor conoceros, amaros...».

### *b) La otra «fuente de información» sobre Dios*

En efecto, a pesar de su gran aprecio por la formación académica, Claret siempre la consideró insuficiente, y así lo expresa cuando, al redactar la Autobiografía, habla de la humildad: «No me suceda lo que a Luzbel, que conocía muy bien que todo su ser natural y sobrenatural estaba totalmente dependiente de Dios, y fue soberbio, porque, como el conocimiento era meramente especulativo, la voluntad estaba descontenta, y deseó llegar a la semejanza de Dios» (Aut 347). Justamente porque sabe que lo divino se conoce con el corazón, aprovecha otros medios de «información» sobre Dios y las cosas de

---

al menos una vez Besalú envió libros a Claret, a su domicilio parisino (EC II, p. 1336). En 1877, al instalarse los Misioneros en Madrid, recuperaron la biblioteca del Fundador, y la conservaron en sus sucesivos domicilios de las calles Toledo, Colegiata y, desde 1906, Buen Suceso. Salvada casi milagrosamente de la guerra civil (1936-39), al término de ésta fue trasladada a la curia general de Roma, de donde pasó, en 2004, al CESC de Vic, que entonces se ponía en marcha. Se conserva en el Archivo General CMF, y copia en el CESC, un volumen mecanografiado por el P. Juan Postius en 1939 que lleva el título *Biblioteca del Beato P. Claret en Madrid*. Incluye una lista elaborada por el P. Juan Manuel Fernández (+ 1936) de 1120 volúmenes más 14 sin signatura, a la que añade Postius: «libros de la biblioteca llamada del Seminario que pasaron a aumentar la Biblioteca de San Lorenzo en virtud de RO de 1 de Mayo de 1876. Están todos marcados con un Ex-Libris que dice: Exmo. Sr. D. Antonio M. Claret, Presidente del Escorial»; son 694 volúmenes.

Dios: es el camino de la oración, la contemplación de la creación, de la historia, etc. Unos ojos de fe hacen que el hombre se tope con Dios en todas partes. Este camino es más difícil de seguir, pero el santo nos ha dejado en sus escritos bastantes pistas.

Es impresionante lo que refiere respecto de su modo de leer, ya en la niñez, un librito de espiritualidad, *El Buen Día y la Buena Noche*: «Después de haberle leído un rato lo cerraba, me lo apretaba contra el pecho, levantaba los ojos al cielo, arrasados en lágrimas, y me exclamaba diciendo: ¡Oh, Señor, qué cosas tan buenas ignoraba...!» (Aut 41).

Cuando sigue repasando su vida con ojos de fe, repite con frecuencia la expresión «el Señor me dio a conocer», o «me hizo entender» (v.gr. Aut 117, 118, 119). Unas veces es en la oración propiamente dicha y otras en la lectura de la Biblia (Aut 120). De este modo Dios se le va convirtiendo en un compañero de camino, en un interlocutor habitual. Al narrar el viaje a Roma para ofrecerse a Propaganda Fide, prorrumpo en una acción de gracias que es a la vez de petición por conocer: «dadme continuamente vuestra gracia para *conocer* lo que sea de vuestro agrado..., no deseo más que conocer vuestra santísima voluntad» (Aut 136).

En la cuenta de conciencia del año 1862 manifiesta al director espiritual: «de algún tiempo a esta parte, Dios N. S., por su infinita bondad, me da muchos conocimientos cuando estoy en la oración, con muchísimas ganas de hacer y sufrir para su mayor honor y gloria y bien de las almas» (Aut 761). Y luego añade: «la oración vocal a mí me va quizás mejor que la pura mental, gracias a Dios. En cada palabra del Padre Nuestro, Avemaría y Gloria veo un abismo de bondad y misericordia. Dios nuestro Señor me concede la gracia de estar muy atento y fervoroso cuando rezo dichas oraciones. En la oración mental también me concede el Señor, por su bondad y misericordia, muchas gracias; pero en la vocal lo conozco más» (Aut 766). Se percibe como, desde un alto nivel de madurez espiritual, lo más sabido y acostumbrado se transfigura en medio extraordinario de penetrar en la intimidad de Dios; «llegado a la plenitud de la experiencia mística, la oración de San Antonio María Claret - incluso la vocal, que en teoría podría ser menos íntima y más dispersiva- alcanza calidades altísimas

y se convierte en pura y afectuosa contemplación»<sup>36</sup>.

Entre las resoluciones de los ejercicios espirituales practicados en noviembre del mismo año 1862 encontramos la siguiente: «en cada cosa criada debo mirar como un espejo, en que se refleja la bondad, sabiduría, poder y hermosura de Dios»; y, seguidamente, alejándose de la información libresca, se apropia un elocuente párrafo de Donoso Cortés: «para saber lo que tengo de creer, no pregunto a los filósofos..., pregunto a las mujeres piadosas y a los niños; dos vasos de elección; los unos purificados por las lágrimas y los otros embalsamados con los perfumes de la inocencia».

De estos otros caminos del saber sobre Dios habla Claret en estos términos: «Iluminadme, Señor, para que no hierre jamás en la dirección de las almas. Yo bien sé, Señor, que el que tiene necesidad de sabiduría, basta que os la pida y vos la dais con largueza»; pero añade que ese saber no se recibe con soberbia, y por eso puede faltar incluso en «aquellos hombres que pasan plaza de sabios y de grandes teólogos» (Aut 190). Sin embargo, el santo nunca desdeña el saber teológico especulativo, pues en los mismos ejercicios de 1862 se propone «estudiar para más conoceros». Para Claret se trata de explorar caminos complementarios.

La lectura de los místicos es para el gran misionero una fuente de conocimiento de lo divino. En su cuenta de conciencia de 1864 manifiesta: «He leído otra vez las obras de Santa Teresa de Jesús, y por su lectura el Señor me ha comunicado muy grandes conocimientos, ¡Oh cuán bueno es el Señor! Como ya sabía las grandes pruebas que había de pasar, me previno con grandes conocimientos y auxilios espirituales» (Aut 797). Evidentemente se trata de una lectura muy peculiar, que va más allá de lo informativo; en ella hay oración e introspección.

En unas notas espirituales de la época de Confesor Real (1857-1869), multiplica el santo arzobispo sus afirmaciones respecto del conocimiento de Dios como don que el mismo Dios concede a quienes

---

<sup>36</sup> J. BERMEJO, en AEC p. 469, nota 62.

cultivan la interioridad, añadiendo que la oración humilde es a este objeto más eficaz que la especulación teológica: «Dios está en el alma del justo por alguna especial consolación o sentimiento, y entonces lo conoce... A veces hace Dios en el alma lo que el sol... que ilumina y calienta y hace ver los átomos del aposento. Hace conocer a Dios y al hombre... Con esta luz conoce la hermosura, bondad, omnipotencia y demás atributos de Dios... *Qui didicerunt a Domino Jesu Christo mi-tes esse et humiles corde, plus cogitando et orando proficiunt, quam legendo et audiendo* (S. Agustín, Epist. 147)» (AEC pp. 747-749).

Y el final corona la obra. El 18 de octubre de 1870 –seis días antes del fallecimiento del misionero contemplativo-, desde Fontfroide, escribe el P. Clotet al P. Xifré: «mi enfermo ha pasado la noche muy tranquilo... La contemplación de su estado actual me enternecía. Nosotros, que vimos al hombre activo como el fuego, vemos ahora al hombre paralizado como el tronco; ya no le queda memoria, ni entendimiento, ni voluntad para el mundo y sus habitantes... Casi no entiende otro lenguaje que el de los que viven en el cielo: los versículos de los salmos, las expresiones de la Biblia» (AEC p. 864). San Juan de la Cruz lo había dicho bellamente: «...y véante mis ojos/, pues eres lumbré dellos/ y sólo para ti quiero tenellos» (*Cant.Esp.*). Desde el lado terreno, Claret iba consumando su «aprendizaje de Dios».

### 3.2. Deseoso de darlo a conocer

«Yo les he dado a conocer tu nombre y se lo daré a conocer, para que el amor con que me has amado esté en ellos» (Jn 17,26). Es el «misión cumplida» de Jesús, que encuentra cierta resonancia en una de las últimas cartas de Claret: «Me parece que ya he cumplido mi misión. En París, en Roma he predicado la Ley de Dios<sup>37</sup>: en París como la capital del mundo y en Roma como la capital del catolicismo. Lo he hecho de palabra y por escrito» (EC II, p. 1423; 2.10.1869). Dar a conocer el proyecto salvífico del Padre ha sido la razón de su existir.

El profeta Jeremías confesó en algún momento que su servicio de la

---

<sup>37</sup> Expresión no especialmente frecuente en Claret pero predilecta de D. Paladio Currius, destinatario de la carta, y de su dirigida y mentora M. Antonia París.

Palabra se le había vuelto una carga insoportable, pero su empatía con Yahvé le incapacitaba para desentenderse de ella; «la Palabra de Dios era fuego en mi carne, prendido en mis huesos, y, aunque yo intentaba apagarlo, no podía» (Jr 20, 9). Según testimonio ya no fácil de verificar, parece que Claret en alguna ocasión, acosado por persecuciones y calumnias, habló con dolor de su ineludible obligación de hablar de las cosas de Dios: «si ladro me castigan los de fuera; si no, me castiga mi amo». Pero, en general, el gran misionero se felicita a sí mismo por haber sido elegido para difundir la Palabra. «No pocas veces me escapo de ir a la mesa de Su Majestad para tener más tiempo de predicar, sí, sí, esta es mi comida más sabrosa, mi única comida» (EC II, p. 351).

Hablar del Claret que da a conocer a Dios implica abarcar su vida entera. Su primer biógrafo, Francisco de A. Aguilar, esculpió una expresión insuperable: «fue apóstol antes que hombre»<sup>38</sup>; más recientemente se ha dicho que la predicación fue «su pasión dominante» (AEC p. 553). La entrega al ministerio de la Palabra determinó todo su ser y hacer. Naturalmente, el apostolado abarca muchas facetas, que no siempre son nítidamente separables; pero, en el ministerio de Claret, la función de enseñar o «hacer conocer» destaca enormemente sobre las demás. Y es claro que Claret no da a conocer un Dios abstracto, sino un Creador y Padre, que tiene un proyecto de salvación para el mundo. Al recordar su infancia, menciona sus razonamientos respecto de la salvación o condenación eterna; pensando en quienes sucumben a esta última, experimentaba «mucho lástima», y ahí radica la motivación del trabajo de su vida entera: «esta misma idea es la que más me ha hecho y me hace trabajar aún, y me hará trabajar mientras viva» (Aut 9).

Cuando menciona su temprano dominio del catecismo, afirma la necesidad de instrucción religiosa: «si no hay instrucción de Catecismo hay ignorancia completa en materia de Religión, aun en aquellos hombres que pasan por sabios» (Aut 26). En su deseo infantil de ser sacerdote (Aut 40) no podía especificarse todavía que su sacerdocio hubiese de estar volcado en el ministerio de enseñar. Claret conocía en Sallent a sacerdotes, e incluso un obispo jubilado, Mons. Félix Amat, que no tenían cura de almas; y cuando sea seminarista en Vic percibirá que hay muchos sacerdotes que apenas predicar ni administran sacramentos: canónigos y beneficia-

---

<sup>38</sup> *Biografía del Exmo. e Illmo...* p. 15.

dos, curiales, curas de misa y olla... Pero en esa época ya decide que su sacerdocio no va a ser así, sino decididamente pastoral: «Desde que [se] me pasaron los deseos de ser Cartujo..., pensé no sólo en santificar mi alma, sino también discurría continuamente qué haría y cómo lo haría para salvar las almas de mis prójimos... Las vidas de los santos que leíamos en la mesa cada día, las lecturas espirituales, que yo en particular tenía, todo me ayudaba a esto; pero lo que más me movía y excitaba era la lectura de la Santa Biblia, a [la] que siempre he sido muy aficionado» (Aut 113).

Tras esta información general, ofrece Claret en los números 114-119 de su Autobiografía una copiosa serie de textos de vocación profética, que contienen tres elementos principales: la elección y llamada a predicar, la perspectiva de persecuciones y la promesa de la poderosa e indefectible asistencia del Señor.

La percepción de esta llamada hará que Claret, que ya predica y catequiza siendo cura joven en su pueblo, piense en horizontes más amplios, y cada vez más específicamente focalizados en el ministerio de la palabra, de enseñar, de hacer conocer y vivir los contenidos de la fe: «En muchas partes de la Santa Biblia sentía la voz del Señor que me llamaba para que saliera a predicar. En la oración me pasaba lo mismo. Así es que determiné dejar el curato e irme a Roma y presentarme a la Congregación de *Propaganda Fide* para que me mandase a cualquier parte del mundo» (Aut 120).

A partir de aquí, toda la actividad claretiana estará centrada en dar a conocer a Dios. Evidentemente, en el intento de «hacerle conocer» va, al menos implícito, el de hacerle amar, servir y a alabar; pero Claret debe de tener claro el principio escolástico *nihil volitum quin praecognitum*: lo primero es que le conozcan. Y debemos comprender igualmente que la enseñanza catequística de Claret no será un estricto tratado «De Deo Uno et Trino», sino que este irá incluido en una presentación global de lo religioso.

De 1841 a 1850 Claret es evangelizador popular en Cataluña y – año y medio– en Canarias. Se encuentra con gran ignorancia religiosa en el pueblo, sin predicadores desde la supresión estatal de los religiosos varones en 1835-37, por lo que buena parte de su predicación se



centra en lo doctrinal, echando mano de eficaces recursos pedagógicos. En relación con su actividad en Lérida en febrero de 1846, decía el periódico madrileño *El Católico*: «El estilo del celoso misionero es enérgico, pero en idioma provincial llano y sencillo, para ser entendido por toda clase de oyentes, aunque entretreído de comparaciones bastante eruditas sacadas de la historia natural y de las ocurrencias vulgares, y muy nutrido de textos sagrados y de pasajes históricos tomados tanto de la historia sagrada, como de la eclesiástica y profana que se conoce le son bastante familiares: perora con mucha rapidez y claridad, de manera que dice unas palabras él en una hora, que acostumbra á durar sus sermones, que un orador regular no proferiría en doble espacio de tiempo»<sup>39</sup>. Y cuatro meses más tarde insiste el mismo periódico: «aunque improvisados, explanaba el Sr. Claret con la mayor claridad y precisión en el exordio un punto de doctrina cristiana, y luego entraba como de repente en el cuerpo del discurso moral»<sup>40</sup>. El propio P. Claret, en un escrito autobiográfico del verano de 1846, nos dice: «Predico el Santo Evangelio, me valgo de semejanzas y uso su estilo. Hago ver las obligaciones que tiene el hombre respecto a Dios, respecto a sí mismo y al prójimo, y cómo las ha de cumplir» (AEC p. 531).

Tanto para la eficacia de la evangelización popular como para la renovada fidelidad de las religiosas y de los sacerdotes, a quienes dirige frecuentemente ejercicios espirituales, considera que es de gran eficacia la permanencia de la doctrina en forma escrita. Por ello en esa década publica varios libritos de *Avisos* (A las Monjas..., A un Sacerdote que...) y varios *Catecismos*: «he escrito cuatro catecismos: uno para los párvulos, desde que hablan hasta los siete años, otro para los rústicos, otro de más extenso y otro explicado»<sup>41</sup>. Todos serán

---

<sup>39</sup> *El Católico*, t. XXIV, nº 2145, sábado 28 de febrero de 1846, p. 443.

<sup>40</sup> *El Católico*, t. XXV, nº 2251, sábado 20 de junio de 1846, p. 610.

<sup>41</sup> Aut 285. El de los párvulos, de 1847, tiene sólo 40 pp.; los otros tres aparecieron en 1848; el «de los rústicos» debe de ser el publicado en Canarias, de 104 pp.; el «de más extenso», llamado *Compendio o breu explicació...*, es el de Mateu y Smandia levemente retocado y tiene 146 pp. (cf. EC I, p. 216); el explicado con láminas tiene 430 pp. en catalán y 484 en castellano, y puede considerarse «obra de investigación», dado el número de catecismos consultados, que indica en EC I, p. 230s.

reeditados varias veces, en castellano y catalán, con numerosas modificaciones. Especialmente importante para el santo fue el de 1866, refundición del que él llamaba «de más extenso», con correcciones sugeridas en la curia romana y que Claret deseaba fuese el catecismo único para toda España.

En orden a potenciar esta educación religiosa del pueblo, en 1846 organizó Claret la *Hermandad Espiritual de los Buenos Libros*, que en 1848 dio paso a la compleja institución *Librería Religiosa*, editorial dotada de un amplio tejido de difusión por toda la Península y por las colonias y que a veces tuvo incluso imprenta propia. Regala muchísimos de sus libros, consciente de que «ésta es la mejor limosna que en el día puede hacerse» (Aut 328).

Las iniciativas de enseñanza al pueblo se multiplican en la vida de Claret. La predicación itinerante nunca le parece suficiente. En agosto de 1849 establece en Vic, con gran éxito, la Hermandad de la Doctrina Cristiana (cf. EC I, p. 309 y 317). Más tarde, a partir de 1851, lo hará en su diócesis de Cuba (Aut 560 y EC II, p. 556), de la que forman parte, ante todo, los seminaristas. Ya en un librito impreso en 1847<sup>42</sup>, que por reparos del metropolitano no llegó a difundirse (EC I, p. 260), preveía la existencia de un grupo de mujeres dedicadas al apostolado a las que llamaba «diaconisas»; entre sus cometidos se establecía: «se ejercitarán en instruir a las niñas en la doctrina cristiana, en enseñarlas a leer, a hacer oración mental, no sólo a las niñas, si que también a otras mujeres».

En su proyecto de evangelización itinerante, figura ante todo su Congregación de Misioneros, fundada en julio de 1849 tras varios ensayos previos de equipos de predicadores. Desde que, en octubre del mismo año, acepta el episcopado, comienza a reclutar algunos sacerdotes que le acompañen a Cuba y desempeñen el mismo ministerio; le será una ayuda muy eficaz en la reevangelización de aquella

---

<sup>42</sup> *Breve relación de las Constituciones de la Hermandad del Santísimo e Inmaculado corazón de María.*, en *Anales de la Congregación* 27(1931) 73-76. El manuscrito de Claret debe de haber perecido en 1936.

Isla. Estando en Canarias (1848-49), lamentaba la falta de ese tipo de misioneros: «a mí el corazón se me parte de pena, cuando considero en ese obispado de Vic tantos sacerdotes sin tener qué hacer y en estas Islas tanta necesidad (...); yo voy solo como un desesperado, predicando y confesando día y noche...» (EC I, p. 280). Junto con la predicación itinerante, Claret quiere que haya también predicación habitual en las parroquias; de ahí su edición de siete volúmenes de *Pláticas Dominicales* (1858-59), once de *Selectos Panegíricos* (1860-63), y dos de *Pláticas Doctrinales* (1868). Se trata de que los sacerdotes no adiestrados para la predicación al pueblo puedan al menos leerle una homilía en los domingos y fiestas.

Al imaginario «misionero Teófilo» le indica que debe predicar «las verdades que todo cristiano debe saber y creer, las cosas que ha de esperar y pedir, y le enseñarás el modo de hacer oración»<sup>43</sup>. Previamente le habla de la grandeza de su vocación: «El mayor sacrificio que puedes hacer a Dios es dedicarte a las misiones... Es tan grande el honor del hombre que se hace coadjutor de Dios en la conversión de las almas, que su dignidad no sólo es angélica, sino divina» (p. 5). En términos más emotivos que expositivos lo dirá Claret de sus Misioneros: «Yo tengo tanto cariño a los sacerdotes que se dedican a las misiones que les daría mi sangre y mi vida... Cuando considero que ellos trabajan para que Dios sea más y más conocido y amado, y para que las almas se salven y no se condenen, yo no sé lo que siento...» (EC II, p.352).

En sus años de Cuba escribió cinco Cartas Pastorales; tiene especial importancia la segunda, de 108 pp., dirigida al pueblo en 1853, «recordando en ella lo que les habíamos enseñado de palabra en las misiones y visita pastoral» (Aut 549).

Naturalmente, Claret estaba convencido de la necesidad de la enseñanza religiosa en la escuela, que en el siglo XIX, con la llegada del liberalismo, comenzó a ser cuestionada. Recién llegado a Cuba, se felicita de lo bien atendida que está la enseñanza de las niñas en Santiago, ya que «se las enseña con todo esmero tanto en la Religión

---

<sup>43</sup> Carta al Misionero Teófilo, en *Sermones de Misión*, vol. I. Barcelona 1857, p. 22.

como en los quehaceres de mujer, todas rezan y cantan muy bien el oficio...» (EC I, p. 557). Encuentra más deficiencia en la educación de los niños; por ello muy pronto pedirá a la Reina y al Gobierno de Madrid autorización para que se establezcan en la Isla colegios de jesuitas y escolapios, de modo que los niños sean debidamente instruidos en lo religioso. Cuando en 1857 regresó a la Península, se estaba revisando la Ley de Educación promulgada en 1855 («bienio progresista»), en la que la religión y el derecho de los religiosos a ejercer la docencia quedaban algo relegados; Claret, desde su posición de confesor real y a pesar de su abstención habitual en asuntos políticos, intervino con éxito: «he hecho cambiar el plan de estudios, que habían quitado toda intervención a la Iglesia, y ahora estará bien diferente, gs a Dios»<sup>44</sup> (EC I, p. 1414).

Como ya lo había hecho en Cuba, a los dos meses de llegar a Madrid establece las Conferencias al Clero (EC I, p. 1393), que son un medio de capacitarlo y exhortarlo a que enseñe al pueblo. Claret desea formar sacerdotes cultos, con buen bagaje intelectual<sup>45</sup>; de ahí el nivel de estudios que, a partir de 1860, impuso en su seminario de El Escorial, y de ahí también la prohibición de admitir en su congregación de Misioneros a sacerdotes de carrera corta.

En 1859, con la eficaz colaboración de D. Vicente Lafuente, puso en marcha la Academia de San Miguel (EC I, p. 1503) y, cinco años más tarde, como un cierto complemento de aquella, las Bibliotecas Populares y Parroquiales<sup>46</sup>, dos instituciones laicales orientadas a la evangelización de la cultura. Puede decirse que la vida entera de Claret estuvo dedicada a Dar a conocer a Dios y nunca cesó en excogitar los medios más eficaces. Era algo que llevaba en el corazón, y que plasmó en expresiones nítida y afectivamente insuperables en 1862, al redactar la Autobiografía: «¡Oh Dios mío! ¡No os conocen las gentes! ¡Oh si os conocieran! Seríais más amado. ¡Oh si conocieran vuestra

---

<sup>44</sup> Se trata de la célebre «Ley Moyano», promulgada el 9 de septiembre de 1857.

<sup>45</sup> Cf. Aut 869-872.

<sup>46</sup> *Plan de la Academia de San Miguel, fundada por el Exmo. e Ilmo...* Barcelona 1859; 40 pp. *Las bibliotecas populares y parroquiales organizadas por el Exmo. e Ilmo...* Madrid 1864; 32 pp.

sabiduría, vuestra omnipotencia, vuestra bondad, vuestra hermosura todos vuestros divinos atributos! Todos serían serafines abrasados en vuestro divino amor» (Aut 202).

## **4. «Que os ame y os haga amar»**

### **4.1. Siempre deseoso de crecer en amor a Dios**

San Antonio M. Claret, aunque algo alejado del barroquismo religioso de su tiempo, tuvo claro que la vida de fe no es meramente intelectual, sino que debe afectar a la sensibilidad interna de la persona; la relación con Dios es siempre «cordial», sin por ello caer en el sentimentalismo romántico. De hecho las primeras vivencias religiosas que Claret evoca cuando escribe su Autobiografía son predominantemente afectivas; el raciocinio teológico quedará para más tarde. Cuando leía el librito *El Buen Día y la Buena Noche*, «lo apretaba contra el pecho, levantaba los ojos al cielo arrasados en lágrimas, y me exclamaba diciendo: ¡Oh, Señor, qué cosas tan buenas ignoraba yo! ¡Oh Dios mío! ¡Oh amor mío! ¡Quién siempre os hubiera amado!» (Aut 41).

Ya en aquella época de la infancia descubrió a Dios como Padre, y el pecado como «una injuria a Dios que es mi Padre» (Aut 16). No sabemos cómo lo formuló entonces; cuando lo recuerde de mayor, lo dirá así: «¿Qué debo hacer yo por el honor de mi Padre que es así tan fácilmente ofendido y llevado al calvario para ser de nuevo crucificado? ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Padre mío! Dadme el que pueda impedir todos los pecados...» (Aut 17). Como puede observarse -y esto sucede con frecuencia en sus escritos- frecuentemente Claret no afina mucho en sus referencias a Dios, de modo que da al Padre y al Hijo los mismos atributos, habla del Padre crucificado, etc. En estas líneas pretendemos hablar sobre todo de la relación del gran misionero con Dios Padre.

Recordando aquellos fervores de niño menciona ya un auténtico «trato de amistad con Dios» (Sta. Teresa): «al anochecer, cuando apenas quedaba gente en la iglesia, entonces volvía yo y solito me las entendía con el Señor. ¡Con qué fervor, con qué confianza y con qué amor hablaba con el Señor, con mi buen Padre!» (Aut 40).

En referencia a las prácticas espirituales de su vida de seminarista, recuerda su fruto como un progresivo encenderse en él el amor de Dios: «pasaba en mí lo que en un taller de cerrajero, que el director mete la barra de hierro en la fragua y, cuando está bien caldeado... Vos, Señor mío y Maestro mío, pusisteis mi corazón en la fragua de los santos ejercicios espirituales y frecuencia de sacramentos, y así, caldeado mi corazón en el fuego del amor a Vos y a María Sma., empezasteis a dar golpes...» (Aut 342)

En el Claret adulto hay un amor a Dios espontáneo y un amor de convicción: le brota del corazón y al mismo tiempo razona por qué Dios debe ser amado. Es un amor en el que desea crecer, y lo pide a Dios mismo insistentemente: «dadme vuestra santísima gracia y vuestro divino [amor] y os doy palabra [de] que trabajaré» (Aut 35). Mirando hacia la propia historia, la ve como un cúmulo de amor de Dios derramado sobre él, amor al que lamenta no haber correspondido debidamente: «Ahora, que tengo más conocimientos que entonces, ahora que se ha agregado la multitud de beneficios que he recibido desde aquellos primeros días, que por gratitud debería ser un serafín de amor divino, soy lo que Dios sabe» (Aut 38). Al contemplar sucesos concretos que él considera especialmente «providenciales», considera que sólo con amor puede corresponder a tanta bondad de Dios. Así, en relación con su navegación a Roma en 1839, exclama: «¡Oh, cuan bueno sois, Padre mío! ¡Quién acertara [a] serviros siempre con toda fidelidad y amor!» (Aut 136).

Su entrega al apostolado la vive como pasión por la causa de Dios; es un salir por sus fueros, defender sus derechos. El evitar que sus hermanos se pierdan no es sólo caridad para con ellos, sino esfuerzo por que el plan de Dios no se frustre: «¿Cómo tendré caridad si, sabiendo cómo los carnívoros lobos están degollando a las ovejas de mi amo, callo? ¿Cómo tendré caridad si enmudezco al ver cómo roban las alhajas de la casa de mi Padre, alhajas tan preciosas que cuestan la sangre y la vida de un Dios, y al ver que han pegado fuego a la casa y heredad de mi amadísimo Padre?» (Aut 158). «El fin que me propongo es que Dios sea conocido, amado y servido de todos.

¡Oh quién tuviera todos los corazones de los hombres para amar con todos ellos a Dios! ¡Oh Dios mío! ¡No os conocen las gentes! ¡Oh si os conocieran! Seríais más amado» (Aut 202).

Ese amor filial adquiere a veces ribetes de compasión, de auténtico dolor por el Dios ofendido, ese Dios-Amor del que lamentaba el santo de Asís: «l'amore non è amato». Claret dirá expresamente: «me propongo [en mi apostolado] impedir los pecados que se cometen, las ofensas que se hacen a Dios. ¡Ay! Aquel Dios que es amado de los serafines servido de los ángeles... es ofendido de un vil gusano de la tierra, de un hombre. ¡Pasmaos cielos sobre esto!... ¡Ay Padre mío!, yo os defenderé aunque me haya de costar la vida, yo me abrazaré con Vos y diré a los pecadores: *satis est vulnerum, satis est*, como decía San Agustín» (Aut 203s).

Entre amor y acción apostólica hay en Claret un flujo y reflujo. Se entrega al apostolado por amor al Padre y pide al Padre que le dé amor para permanecer en la tarea, ya que «la virtud que más necesita un misionero apostólico es el amor. Debe amar a Dios, a Jesucristo, a María Santísima y a los prójimos. Si no tiene este amor todas sus bellas dotes serán inútiles» (Aut 438).

Esa entrega a la causa de Dios convirtió a Claret con frecuencia en objeto de calumnias y persecuciones; ya en su época de misionero en Cataluña tuvo que pasarse buena parte del año 1847 recluido en Vïc, debido a «la disposición del Capitán General y del Jefe político que dieron contra mí»<sup>47</sup>, mientras varios compañeros suyos continúan la actividad misionera. Cuando, unos 15 años más tarde recuerde tal situación, considerará que fue excelente ocasión de manifestar su amor a Dios y se propone seguir en la misma línea: «me he propuesto nunca jamás... excusarme, ni defenderme cuando me censuren, calumnien y persigan, porque perdería delante de Dios y de los hombres. Sí, éstos se valdrían de mis verdades y razones, que yo alegraría [como] de armas contra mí» (Aut

---

<sup>47</sup> Carta a Caixal de 6 de septiembre de 1847. En la misma le pide que recabe la opinión del metropolitano: «qué debo hacer para cumplir con la voluntad de Dios. Si iré continuando permaneciendo en ésta, orando, estudiando, escribiendo, confesando y dando ejercicios a monjas» (EC I, p. 243).

422). «Creo que todo viene de Dios, y creo que Dios quiere de mí este obsequio: que sufra con paciencia y por su amor las penas del cuerpo, del alma y del honor» (Aut 423).

Para afianzarse más en ese amor, Claret excogita medios, que seguramente no le son fáciles de formular. Sabe que, ante todo, hay que cultivar el «hambre y sed de este amor, y, así como el que tiene hambre y sed corporal, siempre piensa cómo se podrá saciar y pide a todos los que conoce le podrán remediar, así determino de hacerlo con suspiros y deseos encendidos, me dirijo al Señor y le digo con todo mi corazón: ¡Oh Señor mío, Vos sois mi amor! ¡Vos sois mi honra, mi esperanza, mi refugio! ¡Vos sois mi vida, mi gloria y mi fin! ¡Oh amor mío! ¡Oh bienaventuranza mía! ¡Oh conservador mío! ¡Oh gozo mío! ¡Oh reformador mío! ¡Oh Maestro mío! ¡Oh Padre mío! ¡Oh amor mío!» (Aut 444. 6). El santo misionero es consciente de que en amor a Dios todavía no da la talla, y él mismo busca el modo de lograrlo: «pidiéndolo y suplicándolo continua e incesantemente y sin desfallecer ni cansarse jamás de pedir, por más que se tarde en alcanzar» (Aut 443). Pero él goza de la firme esperanza de alcanzarlo, pues tres años antes había recibido una firme promesa: «En el día 27 de abril [de 1859] me prometió el divino amor<sup>48</sup> y me llamó *Antoñito mío*» (Aut 683).

El amor a Dios se convierte en Claret en el motivo de todos los ejercicios de virtud. Hablando de la mortificación como medio para hacer fruto apostólico, insensiblemente se pasa a interpretar cada acto de la misma desde la otra perspectiva: «si lo hace con el fin de agradar más y más a Dios, será un acto de amor de Dios» (Aut 415.10).

En 1861 y 1862, con versiones ligeramente diferentes, redacta Claret lo que tradicionalmente se ha llamado *Definición del Misionero* (EC II, p. 352 y Aut 494). En ella habla de arder en caridad, abrasar, «encender a todo el mundo en el fuego del divino amor». Se ha dicho certeramente que la *Definición del Misionero* no es sino la Autodefinition de Claret, y, en definitiva, la definición de Jesús mismo, siempre

---

<sup>48</sup> A pesar de la ambigüedad de la frase, creemos que se trata de amor de Claret a Dios y no a la inversa, pues el amor de Dios no puede diferirse, y la experiencia que aquí se narra es ya de ternura divina.



en íntima relación de amor con el Padre («Yo amo al Padre»: Jn 14,31) y deseoso de que la tierra arda («He venido a traer fuego a la tierra»: Lc 12,49). Claret contempla su vocación y cometido a la luz del de Jesús y de los apóstoles; de ahí su interés por gozar del título (¡el único que deseó!) de Misionero Apostólico; pues bien, intentando dar una cierta explicación del mismo, escribe: «el mismo Espíritu Santo, apareciéndose en figura de lenguas de fuego sobre los apóstoles el día de Pentecostés, nos da a conocer bien claramente esta verdad: el misionero apostólico ha de tener el corazón y la lengua de fuego de caridad» (Aut 440).

Una cierta culminación en las expresiones claretianas de amor a Dios pudiera ser el texto de Aut 445: «Yo no quiero más que [a] Vos, y en Vos y únicamente por Vos y para Vos las demás cosas. Vos sois para mí sufficientísimo. Vos sois mi Padre, mi amigo, mi hermano, mi esposo, mi todo. Yo os amo, Padre mío, fortaleza mía, refugio mío y consuelo mío. Haced, Padre mío, que yo os ame como Vos me amáis y como queréis que yo os ame. ¡Oh Padre mío! Bien conozco que no os amo cuanto debo amaros, pero estoy bien seguro [de] que vendrá día en que yo os amaré cuanto deseo amaros».

Pero, cuando redacta estas líneas, le quedan todavía ocho años de vida, en los que su experiencia de amor de Dios aún subirá mucho en quilates. Así, en su cuaderno de Luces y Gracias escribe el 16 de julio de 1863: «En estos días he tenido y tengo muchísimos deseos de amar a Dios. Lo deseo amar tanto como María Santísima. Como Jesús. Jesús nos dice que seamos perfectos como su Padre. Sea yo amante como el Hijo. Pedía el divino amor y decía: *vinum non habeo*. Me dijo (¿Jesucristo?): *Llena las tinajas de agua (...)*, cumpliendo bien en todas las cosas comunes y ordinarias, el Señor me concedería el divino amor» (AEC p. 818). Consecuencia de esta experiencia puede ser un propósito formulado en los ejercicios espirituales realizados en octubre del mismo año: «Pondré un sumo cuidado en hacer bien cada cosa en particular, como si no tuviera nada más que hacer».

En fecha indeterminada, probablemente hacia 1860/62, en la elaboración de un plan de vida, formula Claret el propósito de dedicar

media hora diaria, tras la celebración de la misa, a dar gracias y a «pedir gracias para mí y para los demás» (Aut 645.10); y, al especificar las gracias que pide para sí, comienza por el deseo de crecer en las virtudes teologales: «Credo, Domine, sed credam firmius. Spero, Domine, sed sperem securius. Amo, Domine, sed amem ardentius. Doleo, Domine, sed doleam vehementius» (Aut 655). Aquí el santo misionero se apropia un texto compuesto probablemente por el cartujo Fr. Antonio de Molina y que se encuentra también en autores posteriores.

Esta ansia de amar a Dios le embargó de tal manera en los próximos meses, que, a pesar de ser el año 1864 uno de los más duros en cuanto a persecuciones y calumnias<sup>49</sup>, y por tanto muy necesitado de mansedumbre, Claret sustituyó dicha virtud por la del amor de Dios como materia de examen particular; así lo formula en los propósitos de ejercicios realizados en diciembre de dicho año: «Llevaré examen particular del amor de Dios»; y este propósito, que es el séptimo, recibe forma peculiar en el octavo (que repetirá el año siguiente): «Tendré para con Dios corazón de hijo». Tenemos la impresión de que Claret está escalando las más altas cumbres de la mística, aquellas que describía San Juan de la Cruz en los conocidos versos: «ya no guardo ganado/, ni ya tengo otro oficio/, que ya sólo en amar es mi ejercicio» (Cant. Esp.).

Abundando en el mismo sentimiento, y sintetizando la expresión, formula Claret entre los propósitos de ejercicios de 1865: «Llevaré examen particular del amor de Dios, y por amor de Dios me esmeraré en hacer todas las cosas bien». Y ese amor no será ya sólo filial, sino también esponsal: «Tendré para con Dios corazón de hijo y de esposa». En los años sucesivos irá acentuando la interioridad y espíritu contemplativo de ese amor, según indican sus repetidas consideraciones sobre ser templos de Dios<sup>50</sup>, con citas de 1Cor 3,16 y 2Cor 6,16, muy frecuentes en las notas espirituales de esta época.

---

<sup>49</sup> Publica el librito de carácter autobiográfico *El consuelo de un alma calumniada*. Barcelona 1864; 32 pp.

<sup>50</sup> Así surge el opúsculo, también muy autobiográfico, *Templo y palacio de Dios Nuestro Señor*. Barcelona 1866; 68 pp.

En los propósitos de 1866, insistiendo en la identificación con Jesús, usa la imagen del espejo ustorio; Jesús sería ese espejo que lanza sus rayos sobre él «y así arderá en el divino amor como un serafín». Y en las resoluciones del año siguiente anota que San Miguel de los Santos, patrono de Vic y a quien Claret tiene gran devoción, pedía dos cosas a Dios con todo fervor: que le hiciera probar todos los padecimientos de los mártires y que le concediera todo el amor de los Ángeles y Santos. En los de 1868, realizados en París el mes de noviembre, manifiesta el deseo de que su jornada entera sea un continuo ejercicios de amor de Dios: «8. Pensaré que Dios está siempre en mi corazón, y así diré: Deus cordis mei et pars mea in aeternum... 13. En la cama dirigiré mi corazón al templo más cercano para pensar en el Señor Sacramentado, suplicando a los ángeles que velen por mí, y así, mientras yo dormiré, para hacer la voluntad de Dios, mi corazón vigilará» [cf. Cant 5,2] y completa el propósito referente al examen particular: «El examen particular del amor de Dios, haciendo y sufriendo, y jaculatorias por amor de Dios»; y concluye las resoluciones con una breve oración: «Dios mío, Vos sois omnipotente; hacedme santo. Os amo con todo mi corazón». Con pequeña variante, insiste en los ejercicios de 1869, realizados en Roma: «Procuraré andar siempre en la presencia de Dios, haciendo y sufriendo por su amor».

Finalmente, en 1870, aunque quizá no pudo hacer ejercicios espirituales, Claret redacta algunos propósitos, entre los que incluye la cita de Santa Teresa de Jesús «use siempre hacer muchos actos de amor, porque encienden y enternecen el alma», y, seguidamente, como proyecto genérico de vida, formula: «La causa impulsiva [de cuanto haga] será el amor de Dios. La causa intencional será la mayor gloria de Dios. La causa final será el hacer la voluntad de Dios». En unas notas redactadas el 26 de mayo de dicho año, el último de su vida: dice: «Deseo que tengo de morir para ir al cielo y unirme con Dios. *Desiderium habens dissolvi et esse cum Christo* [cf. Flp 1,23]. Como María Santísima mi dulce Madre. Tengo que ser una vela que arde, gasta la cera y luce hasta que muere».

## 4.2. Trabajando por que todos amen a Dios

En este apartado no es preciso que nos detengamos, ya que en toda la labor apostólica de Claret está al menos implícito el deseo de que Dios sea amado. Tanto su predicación como sus escritos, aun aquellos que aparentemente puedan tener carácter predominantemente doctrinal, van orientados a que el Dios conocido sea igualmente el Dios amado. Pero, en algunas expresiones del santo misionero, el deseo explícito de que Dios reciba el amor de los hombres adquiere acentos especiales o es objeto de expresiones peculiares. Nos limitamos a considerar un par de anécdotas.

En 1847, durante sus meses de «retiro forzoso» en Vic (EC I, p. 243), traduce Claret del francés al castellano el libro titulado *El amante de Jesucristo*<sup>51</sup>. Por las líneas iniciales del prólogo que redacta para su publicación en castellano, vemos que Claret pide habitualmente la gracia de amar a Dios, y considera que la llegada de ese librito a sus manos es la respuesta que Dios le da: «es una verdad innegable que el que pide alcanza; por mucho tiempo había yo pedido a Dios el divino amor... Y como el Señor no puede resistir a la fuerza de la oración, he aquí que se ha dignado concederme este libro de amor». Para Claret el hallazgo de esta obra fue una gracia excepcional; cuando lo está traduciendo, dice a su amigo Caixal que es «lo más hermoso que he leído en mi vida» (EC I, p. 231).

Al editar el librito, Claret se propone que su experiencia personal de amor de Dios sea compartida por el resto de la humanidad. Al final del prólogo dice expresamente: «leed este librito y conoceréis lo que debéis hacer para amarle. Seguid el ejemplo de este verdadero amante de Jesucristo, que está retratado en este librito... El amor de Dios es muy diferente del amor terreno; de éste dice el adagio: 'enamorado y señoría no desea compañía'. Pero el amor divino desea compañía, y

---

<sup>51</sup> *El amante de Jesucristo, o sea, historia de la vida y muerte de un verdadero discípulo de Jesucristo*. Barcelona 1848; 112 pp. Al parecer el autor fue Jean Antoine Pelisier (1715-1786); Claret lo traduce en julio de 1847 (cf. EC I, pp. 227 y 231), cuando la persecución y los desórdenes de la guerra dels Matiners le impiden salir de Vic.

quisiera, como fuego que es, convertir a todos en sustancia de fuego divino; leedlo, probadlo y lo veréis: no os digo nada más. Valetе»

En 1866, época de grandes progresos en su vida de oración y contemplación, compuso el santo arzobispo el librito ya mencionado *Templo y Palacio de Dios Nuestro Señor*, cuyo prólogo comienza recordando el fin del hombre: «Dios nuestro Señor ha criado nuestra alma a imagen y semejanza suya, para que le conozca, ame y sirva aquí en la tierra, y después sea feliz por toda la eternidad en el cielo». Dado el tono del opúsculo, es claro que el verbo amar tiene un relieve especial en estas líneas de presentación.

El capítulo quinto de la obra está dedicado a la «imitación de las virtudes de Jesús», entre las cuales Claret pone un énfasis especial en el amor de Jesús al Padre. Después de disertar sobre cómo Jesús amó al Padre con todo su espíritu durante toda su vida terrena, concluye: ¡«Oh, si de veras amáramos a Dios, cuántos pensamientos inútiles evitaríamos, cuántas palabras ociosas callaríamos, y con qué gusto, alegría, prontitud y esmero haríamos todas nuestras obras! El que de veras ama a Dios no sabe pensar sino en Dios, de Dios habla, para Dios trabaja, desea y procura que todos le conozcan, amen y sirvan y que no le ofendan»<sup>52</sup>. Y, páginas más adelante, insiste: «Aprendamos de Jesús a amar a Dios con todo nuestro corazón, amarle siempre, y a hacer continuos sacrificio de todas las cosas, y singularmente de nosotros mismos (...). Amad y veréis lo que os sucederá: cuando se pega fuego a una casa, todo se echa por la ventana; amad, arded en el fuego del divino amor, y echaréis por la ventana esos idolillos que adoráis. Amad y veréis cómo el amor, una vez dueño de vuestro corazón, se apoderará de todo lo demás, se apropiará el uso y dirección de todas vuestras facultades y corporales, os enseñará a consagrarle vuestros trabajos y padecimientos, vuestros placeres y vuestras penas; el amor todo lo dirigirá a él, y reducirá a su debida unidad esta multiplicidad que os divide, os derrama y disipa» (pp. 166 y 168).

---

<sup>52</sup> *Templo y Palacio*, p. 44-45.

## 5. «Que os sirva y os haga servir»

«Mi alma se ha empleado  
Y todo mi caudal en su servicio;  
Ya no guardo ganado  
Ni ya tengo otro oficio,  
Que ya sólo en amar es mi ejercicio»

En esta bella estrofa, ya recordada, del *Cántico Espiritual*, San Juan de la Cruz establece una estrecha relación entre amar y servir. Claret la estableció exactamente igual: el amor a Dios le llevó a consagrar la vida plenamente a su servicio, procurando al mismo tiempo que todos los hombres le amasen y sirviesen de la misma manera.

### 5.1. Una vida al servicio del evangelio

Es el título de una de las más conocidas biografías de Claret; y el recorrido que hemos realizado por su actividad «docente» («que os haga conocer») nos muestra que es un título certero. En la vida del misionero de Claret no hubo espacio para otra causa que la del servicio de Dios. Y dado lo noble de tal causa, se entregó a ella con pasión y sin tregua, con «todo su caudal», siempre con urgencia, aunque sin ansiedad. Es significativo el propósito que formuló en los ejercicios de 1850, ya esbozado en los de 1843 y actualizado en 1862 (Aut 647.16): «propongo nunca jamás perder un instante de tiempo, por lo que estaré siempre ocupado, o en el estudio, o en la oración, predicación, administración de sacramentos, etc.»

En sus consideraciones de niño, cuando vislumbró por primera vez la idea de ser sacerdote, lo pensaba en clave de servicio, aunque quizá algo impreciso: «me ofrecía mil veces a su santo servicio, deseaba ser sacerdote para consagrarme día y noche a su ministerio (...). Me dejé en sus divinas manos» (Aut 40).

En la reseña de su vida, redactada en 1856, recuerda que, a sus 12 años, «Cuasi siempre estaba en la presencia de Dios y mis deseos siempre eran de servir y amar a Dios» (AEC p. 534). Este dato lo glosa el P. Jaime Clotet en unos tempranísimos apuntes biográficos

sobre Claret en esta forma: «Apenas contaba los 12 años, cuando el Señor se sirvió escogerle para sí, destinándole a su servicio, a cuyo llamamiento respondió fielmente, ofreciéndose a servirle hasta la muerte» (en AEC p. 926). Y cuando en 1862 redacta la Autobiografía, al recordar lo feliz de su primer viaje a Roma, se ofrece al servicio de Dios en los siguientes términos: «¡Oh, cuan bueno sois, Padre mío! ¡Quién acertara [a] serviros siempre con toda fidelidad y amor! ¡Dadme continuamente vuestra gracia para conocer lo que es de vuestro agrado, y fuerza de voluntad para ponerlo por obra! (...). ¡No quiero otra cosa más que amaros con todo fervor y serviros con toda fidelidad!» (Aut 136). Y de forma parecida se expresa al recordar lo aprendido en el noviciado jesuítico de Roma: «Haced que os ame, que os sirva con todo fervor y que os haga amar y servir de todas las criaturas. ¡Oh criaturas todas, amad a Dios, servid a Dios! Probad y ved por experiencia cuan suave es amar y servir a Dios» (Aut 152).

Esta generosidad para el divino servicio parece ser en Claret algo casi obsesivo. Cuando, a los pocos años de establecerse en Madrid, resume lo que va siendo su actividad, concluye con esta oración: «¡Oh Dios mío, quién pudiera hacer que nadie os ofendiese! Antes bien, ¡quién me diera el haceros conocer, amar y servir de todas las criaturas! Esta es la cosa única que deseo; lo demás no me merece la atención» (Aut 641).

En sus ejercicios espirituales de 1862, realizados después de una agotadora actividad durante el viaje regio por Andalucía y de dirigir ejercicios a la comunidad del Escorial, hace este propósito: «Antes de comer diré: Señor, como para tener fuerzas y serviros mejor. Antes de estudiar diré: Señor, estudio para más conoceros, amaros y serviros y para ayudar a mis prójimos. Antes de acostarme diré: Señor, lo hago para reparar las fuerzas gastadas y serviros mejor» (Aut 744. 8; cf. 789.13s y AEC p 711). Esa purificación de la intención al comer, descansar y estudiar será la tónica de sus propósitos de ejercicios, con alguna variante en la formulación, a partir de dicho año.

En un apunte espiritual de hacia 1864, toma nota Claret de la vida de algunos santos, y en Santa Teresa observa: «Deseos de servir al Señor y deseos de padecer por Él. En la contradicción estaba la ma-

yor ganancia» (AEC p. 543). Y aproximadamente de la misma época debe de ser la siguiente anotación: «El hombre ha de estar contento de esta dependencia y necesidad que tiene de Dios. Como un Criado que está en un Palacio, que maneja las cosas de palacio y gusta de servir al Señor» (AEC p. 746).

Para Claret el servicio de Dios es sobre todo el servicio ministerial, el de la predicación y el confesionario, que él consideró de la máxima urgencia para que Dios recibiese de la humanidad el honor que le es debido. En gran medida, en Claret, el servicio a Dios se identifica con el servicio a los hermanos («a mis prójimos»): se trata de recuperar a los hombres para que amen a Dios.

Ese servicio en la vida de Claret tiene una constante: es servicio misionero. Desde muy pronto la parroquia le pareció poco: «Yo trabajaba cuanto podía, y la gente correspondía, se aprovechaba y me amaba muchísimo. Siempre me dio pruebas de amor, pero singularmente cuando traté de ausentarme para irme a las misiones... Como el curato no era el término de mi destino, sentía un deseo grande de dejarlo...» (Aut 111-112). Ese deseo se le encendía sobre todo con la lectura de la Palabra de Dios (Aut 113) y probablemente también con las vidas de algunos santos (cf. Aut 225ss). Eran estímulos para ir más allá, al ancho mundo. De ahí su intento, en 1839, de ofrecerse a Propaganda Fide y luego a la misión universal de la Compañía de Jesús, aunque ninguno de los dos planes se logró. También el ministerio episcopal consideró que le venía estrecho, por fijarle en un lugar y por el cúmulo de asuntos, a veces ajenos al ministerio, en que un obispo frecuentemente tiene que ocuparse: «mi espíritu es para todo el mundo» (EC I, p. 305).

De la parroquia se libró, se entregó a la itinerancia apostólica y explicitó con claridad su objetivo: «el fin que me propongo es que Dios sea conocido, amado y servido de todos... el Dios que es amado de los serafines, servido de los ángeles, temido de las potestades...» (Aut 202-203). A ese servicio de los ángeles quiere unir Claret el suyo.

Del episcopado no pudo librarse, pero acertó a realizarlo en forma



de permanente servicio a la causa de Dios, en forma misionera, y esquivando, en la medida de lo posible, «los muchos negocios a que tiene que atender un arzobispo» (EC I, p. 306) y que le distraen de su cometido principal. En Claret acabó realizándose lo que simpáticamente se le dijo en una carta anónima y quizá apócrifa: «Usted cree que Cuba es un obispado, y sin embargo no es más que una misión... Resígnese Usted a dejar su bonete, al que profesa demasiado cariño; pues ya sabe Usted perfectamente que, aunque la tarea es algo penosa, no es tan estrecha una mitra que no pueda moverse en ella la cabeza de un santo. El trabajo es arduo, pero el deber de Usted está en decir: *non recuso laborem*» (ECpas I, p.73s.). Y ciertamente Claret no rehusó la fatiga.

Llegó un momento en su vida en que parece que todo le recordaba cómo su actuar tenía que estar al servicio de Dios, que para él equivalía a entrega apostólica. Son interesantes sus observaciones sobre algunos animales, fidelísimos a la voluntad de su amo, y que a Claret le sirven de ejemplo y estímulo. «El Espíritu Santo me dice: *Perezoso, aprende de la hormiga la prudencia* (Prov 6,6), y yo la aprenderé no sólo de la hormiga, sino también del gallo, del burrico y del perro» (Aut 664). Acerca de los dos últimos se hace estas reflexiones:

\*«El burrico es un animal muy paciente; lleva las gentes y las cargas, y sufre los golpes sin quejarse. Yo también debo ser muy paciente en llevar las cargas de mis obligaciones y sufrir con resignación y mansedumbre las penas, trabajos, persecuciones y calumnias» (Aut 667,2).

\*«El *perro* es más leal que un hijo, más obediente que un criado y más dócil que un niño. No sólo hace voluntariamente lo que el amo le manda, sino que además mira la cara del amo para conocer su inclinación y voluntad, a fin de cumplirlas sin esperar que se lo mande, lo que hace con la mayor prontitud y alegría, y aun se hace participante de los afectos del amo; por manera que es amigo de los amigos del amo y enemigo de sus enemigos. Yo debo practicar todas estas bellas cualidades en el servicio de Dios, mi querido Amo. Sí, gustoso haré lo que me mande, estudiaré su voluntad para cumplirla, sin esperar que me mande; ejecutaré con prontitud y alegría todo lo que disponga por

sus representantes, que son mis superiores. Seré amigo de los amigos de Dios y trataré a los enemigos de Dios como Él disponga, ladrando contra sus maldades para que desistan de ellas» (Aut 671.2).

## 5.2. Procurando que otros sirvan a Dios

### a) *Que todos cumplan sus deberes*

Cuando Claret habla del servicio a Dios se refiere principalmente al cumplimiento de «su Santa Ley» y de los deberes del propio estado. Fue una preocupación que mantuvo durante toda su vida; cabalmente sus últimos escritos, editados ya póstumamente, tienen por objeto los deberes del hombre para con Dios<sup>53</sup>.

Sus libritos de *Avisos*, que figuran entre sus primeras publicaciones, son una llamada a que, en los diversos estados de vida (niños, jóvenes, padres de familia, militares, etc.), todos cumplan la voluntad de Dios. De gran importancia, y muy reeditados, fueron los avisos que redactó, en 1843 y 1844 respectivamente, para las monjas carmelitas de Vic y para los sacerdotes que hacían ejercicios espirituales bajo su dirección<sup>54</sup>; a éstos, antes de concluir, los exhortaba vehementemente a redactar un plan de vida.

Al comienzo de su ministerio itinerante, Claret, consciente de la urgencia de un «hospital de campaña» para una población relativamente privada de predicadores y confesores durante una década, da gran importancia a la realización de confesiones generales, para lo cual tiene que preparar a veces tanto a los penitentes como a los confesores. Pues bien, pensando en unos y otros, el misionero edita varias obras ajenas en las que se encuentran exámenes de conciencia detallados<sup>55</sup>, en los que, además de la casuística a que da lugar el Decálogo, aparecen bastante desmenuzados «los deberes del propio

---

<sup>53</sup> *La santa Ley de Dios explicada* (Barcelona 1870, 124 pp.) y *Libro de Vida* (Barcelona 1871, 8 pp.).

<sup>54</sup> *Reglas de espíritu que a unas religiosas muy solícitas de su perfección...* (Vic [Manuscrito] 1843); *Avisos a un sacerdote que acaba de hacer los ejercicios de San Ignacio* (Vic 1844<sup>1</sup>; 24 pp.).

<sup>55</sup> *Verdadera Sabiduría* (Barcelona 1847), *Nuevo Manojito de flores* (Barcelona 1847), *Modo fácil de confessare be y ab brevedat* (Vic 1848)...

estado». Es por tanto una inquietud que encontramos al comienzo y al final de la vida ministerial de Claret; podemos considerarle como un Francisco de Asís que pide insistentemente: «servidle con ternura y humilde corazón». Ni siquiera en sus hermanos en el episcopado presupuso Claret esa íntegra entrega al servicio que Dios les había encomendado; por ello les brindó sus prestigiosos Apuntes que para su uso personal y para...<sup>56</sup>, redactados durante su viaje de Cuba a la Península, de carácter muy autobiográfico, y que son en gran medida un manual de las obligaciones del obispo.

Capítulo aparte se merecen las exhortaciones que Claret hace a sus Misioneros a «trabajar» por la gloria de Dios. Al superior general, P. Xifré, le dirá: «Pocos hemos de hacer mucho; y en lugares que los jesuitas no podrán trabajar, por la prevención terrible que hay contra ellos, nos introduciremos nosotros» (EC I, p.1419); «Expresiones a todos los Misioneros, mis queridos hijos, a quienes amo muchísimo, de quienes espero me ayudarán en la grande obra de convertir almas...» (EC I, p. 1789). O bien: «diga a mis queridísimos hermanos los Misioneros que se animen y que trabajen cuanto puedan, que Dios y la Stma. Virgen se lo pagarán... Cuando considero que ellos trabajan para que Dios sea más y más conocido (...)» (EC II, p.352). «Si los Misioneros de Barcelona no pueden trabajar en aquella diócesis, mande algunas ternas a otras diócesis. Trabajemos cuanto nos sea posible» (EC II, p.437). Con especial apremio le pide, en carta de 1 de mayo de 1863, que reúna, forme y envíe misioneros a las diversas diócesis, que serán el único medio de conjurar una serie de males que están amenazando (cf. EC II, p. 651s).

Cuando, al final de sus días, haga balance de su tarea pastoral, afirmará que ha predicado la Ley de Dios, de palabra y por escrito, en los más diversos ámbitos geográficos (cf. EC II, p. 1423). Ha exhortado a todos al servicio divino.

---

<sup>56</sup> *Apuntes de un plan para restaurar la hermosura de la Iglesia*. Madrid 1857, 1865<sup>2</sup>. En 1934, con motivo de la beatificación de Claret, se hizo una edición bilingüe, en latín y castellano, con el certero título *Episcoporum Stimulus*.

## b) Estimulando a los sacerdotes

Como hemos apuntado, el principal servicio a Dios es para Claret la tarea pastoral. Le preocupa sobremanera que los sacerdotes cumplan debidamente sus deberes y lamentará siempre la existencia de clérigos indolentes o no capacitados para predicar y exhortar al pueblo. Hablando de sus sobrinos seminaristas, de cuya vocación duda, desea evitar por encima de todo que vayan a ser «sacerdotes para comer, como tantos otros que por desgracia mucho abundan; lo que yo sentiría en el alma» (EC II, p. 19). Cuando en 1862 redacta su Autobiografía, al referir la impresión que ya de niño le causaba la idea de la condenación, se hace esta consideración: «ni sé comprender cómo los otros sacerdotes que creen estas mismas verdades que yo creo, y todos debemos creer, no predicán ni exhortan para preservar a las gentes de caer en los infiernos» (Aut 13).

En marzo de 1847, cuando apenas ha comenzado la colaboración con el canónigo Caixal en la distribución de libros, ya le reconviene confidencialmente: «V. treballi, o sino li renyaré, y ja comenso antes de tenir culpa; ante infirmitatem adibe medicamentum. Ja sab q. la imprenta va a son carrech»<sup>57</sup>. En agosto de 1848, escribiéndole desde Gran Canaria, lamenta la ociosidad de muchos sacerdotes de aquella Isla: «¿Cómo cuidarán de la salud ajena aquellos que tanto descuidan la propia?», y seguidamente, pensando en los de Tarragona, le dice: «trabajen por Dios cuanto puedan, por la gloria de Dios y bien de las almas, yo no sé qué más hacer...» (EC I, p. 275s). Poco después, todavía desde Canarias, escribe al obispo de Vic: «estos pobrecitos vivían abandonados a sí mismos, no tenían sacerdotes que los avisaran e instruyeran en sus obligaciones (...) [estos sacerdotes] ni oran, ni leen, ni estudian, sino entregados a una fatal ociosidad...»; al parecer en el seminario habían estudiado teología jansenista, que los condujo a no absolver los pecados, de modo que «así los sacerdotes estaban muy bien, porque no tenían que confesar, pues que [los fieles] sabiendo que no serían absueltos ya

---

<sup>57</sup> «Usted trabaje, que si no le reprenderé, y ya comienzo, antes de que tenga culpa: *aplica el medicamento antes de que llegue la enfermedad*. Ya sabe que le imprenta va a su cargo» (EC I, p. 207).

no se acercaban. ¡Ay Dios, en qué abandono estaba todo!». Y respecto de la escasez de sacerdotes aptos continúa: «el corazón se me parte de pena cuando considero en ese obispado de Vic tantos sacerdotes sin tener qué hacer y en estas Islas tanta necesidad» (EC I, 279s).

En su viaje por Andalucía en el otoño de 1862, Claret se encontró con pasquines e impresos anticlericales que algunos revolucionarios habían hecho circular pocas semanas antes; y tomó nota de un texto que le debió de parecer significativo: «los sacerdotes católicos son traidores a sí mismos, traidores a la religión y a la patria... Deberían ser la luz del mundo, pero lo llenan de tinieblas con su ignorancia e inmoralidad» (Aut 733). En el título de ese capítulo de la Autobiografía, el arzobispo misionero habla de «calumnias», pero sin duda, después de lo que ha visto principalmente en Canarias y en Cuba, sabe que hay un fondo de verdad, que a él le duele profundamente y desea remediar.

A su llegada a Cuba, se preocupó por movilizar a su clero para una digna atención de sus feligresías. Además de sacarlo de la miseria económica en que estaba, procuró capacitarlo, dado su bajo nivel intelectual, pastoral y hasta moral; para ello tomó algunas medidas de emergencia (ejercicios espirituales de inmediato) y trazó un programa de formación permanente. Admira la velocidad de relámpago con que se hizo cargo de la situación de la diócesis y pudo enviar al Gobierno de Madrid un informe preciso y bien fundado y una serie de peticiones para mejorar la situación económica del clero y hacer frente a una larga serie de carencias pastorales<sup>58</sup>.

En una de sus primeras circulares al clero cubano, fechada el 8 de mayo de 1851, pide a los sacerdotes: «que leáis a vuestros feligreses en el ofertorio de la misa algún trozo de nuestro catecismo, a fin de que haya uniformidad...» (EC I, p. 497). Y el 27 del mismo mes, en

---

<sup>58</sup> Cf. sendos Memoriales a la Reina y al Consejo de Ministros, de mayo de 1851 en EC I, pp. 515-534. Respuesta positiva, de septiembre de 1852, en ECpas I, pp. 184-197. Se le cumplía una promesa: «cuando nos trasladamos a la corte para despedirnos de S. M. la Reina nuestra Señora nos prometió el Gobierno acceder a cuanto en justicia reclamásemos con propio conocimiento de causa» (EC I, p. 513).

misiva a los párrocos, les dice: «Siendo tan vasto vuestro respectivo territorio, el ejercicio de la cura de almas no os dejará tiempo para muchos días para abrir un libro de teología moral. Pues para remediar este mal hemos dispuesto las cosas de modo que cada año podáis trasladaros por un mes a esta ciudad, enviándoos un sustituto. Durante este tiempo, recogidos en el seminario de San Basilio, os ocuparéis exclusivamente en encomendaros a Dios y en conferencias diarias de liturgia y de teología moral (...). Os exhortamos a desplegar todo vuestro celo por la salud de las almas y para la mayor gloria de Dios» (EC I, p. 513s). Para la actualización de los sacerdotes en las ciencias eclesiásticas estableció en las principales ciudades las conferencias al clero, «tres cada semana: una de rúbricas y dos de moral; yo siempre las presidía» (Aut 554).

Pero esa falta de idoneidad ministerial en los sacerdotes, Claret no la encontró sólo en Canarias y en Cuba. En la continuación de la Autobiografía consignó que, en 1864, una señora de Madrid le dijo: «Hay mucha ignorancia en los clérigos. Menos mal sería que en algunas parroquias de los campos no hubiese cura y que los fieles rezasen el rosario en lugar de oír misa, que no que vaya un sacerdote tonto e inmoral, que no hace más que escandalizar» (Aut 814).

Ya en agosto de 1857, cuando aún no lleva tres meses en Madrid, puede escribir a su representante en Santiago: «hemos empezado las conferencias al clero, y cada vez se va aumentando el número» (EC I, p.1386). Inicialmente las tuvieron en la iglesia de Italianos; dos años más tarde las trasladará a la del hospital de Montserrat, del que ha sido nombrado protector (EC I, p. 1780s; Aut 635).

Naturalmente la preocupación por un clero competente comienza por un buen sistema formativo. Cuando Claret llegó a Santiago de Cuba se encontró con que, de su seminario o «Colegio de San Basilio», hacía más de treinta años que no se ordenaba un solo seminarista interno. De inmediato cambió la dirección y el sistema formativo, y en pocos años pudo iniciarse un cierto goteo de ordenaciones (cf. EC I, p. 877 [1853]); en 1862 escribía el arzobispo, ya dimisionario, sobre los seminaristas que allí había dejado: «muchos de ellos ya se

han ordenado y otros se van ordenando» (Aut 556). A sus Misioneros, en las Constituciones que les redactó en junio de 1857, les proponía como gran medio para favorecer la gloria de Dios dar «ejercicios a toda clase de personas, y sobre todo a sacerdotes, estudiantes y religiosas» (Const. 1857 n° 89). En esa línea, escribía al P. Xifré el 4 de septiembre de 1862: «Digo que V. debe dedicarse con moderación en dar ejercicios a los estudiantes [=seminaristas] no tanto para aumento de la Congregación (...) como para formar así buenos clérigos» (EC II, p. 529). Y en las Constituciones elaboradas bajo su dirección en 1864 y aprobadas por Roma al año siguiente, establece como medio eficaz de promover la gloria de Dios «Dirigir los seminarios y promover en ellos la oratoria, la teología moral y las rúbricas»<sup>59</sup>.

Pero el gran proyecto formativo de clérigos el P. Claret lo puso en marcha, con gran éxito, en su seminario supradiocesano de El Escorial. El nivel intelectual y moral de aquel centro, que funcionó de 1860 a 1868, superaba notablemente al de los seminarios españoles del momento. Incluso periódicos extranjeros elogiaron este singular seminario y manifestaron las grandes esperanzas que suscitaba (cf. Aut 872, reproduciendo un artículo del periódico francés *Le Monde* de 27 de abril de 1865).

### *c) Creando asociaciones apostólicas sacerdotales*

Si en algo se distinguió Claret fue en idear y poner en marcha instituciones apostólicas, tanto de sacerdotes como de seglares, que constantemente espoleasen al pueblo cristiano en su deber de servir a Dios. Él tiene muy claro que el hombre necesita que se le recuerde su ser criatura, cuya realización se cifra en servir en este mundo a su creador y gozar de Él en la eternidad. Es idea fundamental de los catecismos claretianos.

Desde sus tiempos de cura ecónomo de Sallent idea algún tipo de trabajo apostólico en equipo; ya en la cuaresma de 1839 se pro-

---

<sup>59</sup> Const. 1865 n° 63. Esta orientación constitucional estará en vigor hasta pasado el Concilio Vaticano II.

cura la ayuda de cuatro sacerdotes de parroquias cercanas (EC I, p. 87). Pero las iniciativas se multiplicarán a partir de su nombramiento de Misionero Apostólico, en 1841. En 1842-43, en los ocho meses de su «servicio-retiro» en la parroquia de San Juan de Olò, dada la escasa ocupación que el minúsculo lugar le ofrecía, se entrega a la preparación de sacerdotes apóstoles. Por allí van pasando de dos en dos algunos de los que concluyen la carrera en el seminario de Vic y Claret los adiestra para la predicación y catequesis (cf. EC I, p. 113s), de modo que en el futuro no sean meros sacramentalizadores ni, menos aún, curas de misa y olla. Este tono debieron de tener también los ejercicios que Claret dirigió a sendos grupos de sacerdotes en Campdevánol y Gombreny en julio de 1843, en los que sembró la inquietud misionera en Mn. Esteban Sala, tenido años más tarde por «l'hereu» de Claret. Cuando éste habla del fruto de los ejercicios en los sacerdotes, dice: «He visto felicísimos resultados de muchísimos sacerdotes que se han convertido de veras, y no pocos han salido muy celosos y fervorosos predicadores» (Aut 308).

En años sucesivos, entregado Claret ya de lleno a la predicación itinerante, continúa su esfuerzo por asociar a su acción misionera un buen número de sacerdotes. En agosto de 1845 pide a Roma facultades especiales para un grupo de diez y seis colaboradores, divididos en dos listas (EC I, p. 148s); constituyen la llamada *Hermandad Apostólica*. Ciertamente algunos de ellos no podrían dedicarse a la misión, sino apoyarla de otros modos, pues eran canónigos y profesores del seminario, con residencia obligada en Vic. Otros, en cambio, se entregarán siquiera de forma esporádica, a la predicación itinerante, como el mismo Claret, e irán dando forma a una agrupación misionera cada vez más estable.

De ésta tenemos clara noticia en la primavera de 1846, cuando se nos informa de que Mn. Esteban Sala, miembro de la primera lista de 1845, que ha predicado el Mes de María en la barcelonesa basílica de Santa María del Mar, es un miembro de «la sociedad que tiene establecida en Vich el R. P. y predicador apostólico D. Antonio Claret; cuyos socios se obligan a ir a predicar donde el Sr. Vicario General



de Vich disponga, sin recibir estipendio alguno»<sup>60</sup>. En la segunda lista figura D. Manuel Vilaró, a quien encontraremos a principios de 1847 acompañando a Claret en su campaña misionera tarraconense (EC I, p. 199). En la misma lista aparece el hoy San Francisco Coll («un de nostres companys», EC I, p. 221), el cual, en mayo de 1847, predica en Gerona. Sin explicitar nombres, escribe Claret desde Vic en octubre del mismo año: «los compañeros y yo también nos ocupamos de hacer novenas de almas» (EC I, p. 251).

Esa creación de un equipo de servidores del evangelio suscita emulación en otras diócesis; desde Tarragona escribe a Claret el canónigo Caixal en enero de 1848: «lo que V. ha hecho en Vich, en ese semillero de jóvenes apóstoles, ¿no podría hacerlo en otros obispados? ¿No me había V. prometido que vendría a plantearlo en ésta?» (ECpas I, p. 53s). Probablemente varios de los sacerdotes mencionados en las listas de 1845 o de «los compañeros» de 1847 asisten en el verano de 1846 a las conferencias de pastoral que imparte Claret en la capital de la diócesis y cuyo eco llegó hasta la Santa Sede<sup>61</sup>. Entre los asistentes encontramos al cisterciense exclaustrado del monasterio de Poblet, futuro claretiano, P. Ignacio Carbó (EC I, p.198s).

Un proyecto ambicioso diseñado por Claret, quizá evolución de la *Hermanidad Apostólica* y de su remodelación tras las conferencias del verano de 1846, sería la acción de un equipo sacerdotal orientada en tres frentes o como triple ofensiva renovadora de la vida eclesial: misiones populares, ejercicios espirituales y distribución de buenos libros. Las tres secciones estarían lideradas respectivamente por el propio P. Claret, el dominico exclaustrado Francisco Coll y el canónigo de Tarragona José Caixal<sup>62</sup>.

Un hito en la preocupación por preparar obreros para la viña del Señor fue la fundación, ya formalmente, de la Congregación de Mi-

---

<sup>60</sup> Periódico *La Esperanza*, 13 de junio de 1846 (en F. GUTIÉRREZ, el P. Claret en el p.. p.50).

<sup>61</sup> Cf. J. ÁLVAREZ GÓMEZ, *Misioneros Claretianos I*. Madrid 1993, p. 175.

<sup>62</sup> Cf. J. M. LOZANO, *Constituciones y Textos sobre la Congregación de Misioneros*. Ed. Claret. Barcelona 1972; pp. 84-87

sioneros, el 16 de julio de 1849. La fecha es llamativa, pues es pleno verano, cuando no se puede salir a predicar misiones, ya que el pueblo está muy ocupado en sus faenas agrícolas; además el convento de la Merced, que será la residencia de la naciente comunidad, aún no está acondicionado para ser habitado. Sin embargo, Claret considera conveniente ponerse ya a vivir juntos, aunque sea en domicilio provisional (el seminario de Vic) para tener un cursillo intensivo de pastoral en orden a la mejor capacitación; tienen «conferencias de catequizar, de predicar, de oír confesiones, de moral, de mística y ascética» (EC I, p. 316).

Algunas de estas conferencias son externas, es decir, abiertas a otros sacerdotes que deseen aprovecharse de ellas: «asisten 56 eclesiásticos y algunos de ellos saldrán muy aventajados predicadores; algunos han pedido vivir con nosotros...» (EC I, p. 316). Ante la noticia de su designación, ya en agosto de 1849, para la mitra de Cuba, una de las objeciones que Claret presenta al nuncio es su ocupación en adiestrar misioneros: «actualmente me hallo con 59 discípulos eclesiásticos, y algunos saldrán predicadores y muy aventajados; (...) si me retiro, con este nombramiento, todo se va al suelo» (EC I, p. 305).

A Cuba se llevó un buen grupo de sacerdotes colaboradores, que le resultaron fidelísimos; allí se le agregaron algunos más (Aut 502 y 514). Al cabo de algunos años les dedica este recuerdo agradecido: «muchísimas gracias debo dar a Dios por haberme deparado tan buenos compañeros. Todos fueron de conducta intachable... Todos estaban dispuestos para trabajar, y con gusto se ocupaban en lo que se les mandaba, ya fuese en las misiones, que era lo más común, ya en cuidar de alguna parroquia o vicaría foránea... Nuestra casa era como una colmena, en que ya salían unos, ya entraban otros, según las disposiciones que les daba, y todos siempre contentos y alegres» (Aut 606-608).

En los años de Madrid, Claret establecerá sendos equipos de colaboradores, en torno a la iglesia del Hospital de Montserrat y en El Escorial. De algunos de estos sacerdotes, como Pedro Llausás o Carmelo Sala (Aut 816; EC II, p. 60), sabemos que, al menos eventualmente, predicaban misiones y ejercicios espirituales, al estilo del santo obispo con quien vivían.

Tenemos la impresión de que Claret era un nuevo Pablo de Tarso, que incorporó numerosos colaboradores a su servicio evangelizador, pero con alguna diferencia significativa entre ambos. El fogoso Pablo no siempre pudo ser seguido por los que incorporaba a su tarea; tal vez le faltó comprensión con personas más débiles, que no podían seguir su ritmo; generalmente le acompañaron durante un «viaje» o campaña misionera. En tono de lamento llegó a decir: «todos buscan sus cosas, y no las de Jesús, pero Timoteo ha permanecido junto a mi como un hijo junto a su padre» (Flp 2,21). En cambio Claret apenas tuvo defecciones que lamentar; incluso los que acabaron tomando otros derroteros, quizá no sin su consejo (P. Juan N. Lobo, E. de Adoain), dejaron sobre él excelentes testimonios. Otros (Paladio Currius, Dionisio González) permanecieron a su lado hasta que la revolución los separó; era alguien con quien resultaba gratificante colaborar, acompañándole incluso en situaciones dolorosas.

#### *d) Incorporando seglares al apostolado*

Sus intentos, en la época de Cataluña, de incorporar a los seglares a la acción pastoral, abarcan desde la invitación a los padres a que enseñen el catecismo a sus hijos<sup>63</sup>, pasando por la erección de la *Archicofradía del Corazón de María* en numerosas parroquias, hasta la idea de la ya mencionada, y malograda, *Hermanidad del Santísimo e Inmaculado Corazón de María*, asociación en que habría sacerdotes y seglares, hombres y mujeres, todos comprometidos en tareas catequísticas. Este apostolado de los seglares lo reafirmó estableciendo en Vic, a finales de agosto de 1849, la *Hermanidad de la Doctrina Cristiana* (EC I, p. 309).

En Cuba Claret realizó una movilización general por la evangelización de su diócesis. En vistas a la implicación de los laicos en la tarea, o sencillamente a la permanencia del fruto de una rápida conversión, tras la primera misión predicada en Santiago de Cuba (febrero de

---

<sup>63</sup> En 1848 editó el catecismo de Matheu y Smandia titulado *Compendi o breu explicació de las doctrina cristiana en forma de diálogo entre pare y fill* (156 pp.).

1851), estableció «algunas Congregaciones y una Escuela de Cristo para los hombres solos; la Congregación de Dolores para hombres y mujeres; la Cofradía del Rosario; la Hermandad de la Doctrina Cristiana y la de San Luis para los Estudiantes» (EC I, p. 472). A los seglares que llevó de la Península como empleados de palacio (Aut 602-605)<sup>64</sup> les encomendó tareas apostólicas, y de dos de ellos, Felipe Vila e Ignacio Betriu, dice expresamente que «enseñaban muy bien la doctrina cristiana» (Aut 604s).

Llegado a Madrid, Claret entra muy pronto en contacto con las Conferencias de San Vicente de Paúl, movimiento seglar de evangelización y caridad, al que el santo misionero alienta con gran interés y constancia. Pero su creatividad referente al apostolado seglar se vuelca en sus dos creaciones ya mencionadas, y de distinta envergadura: la Academia de San Miguel y su complemento de Bibliotecas Populares y Parroquiales. Seglares muy convencidos y cultos, junto con sacerdotes de una formación por encima de lo común, garantizarán una animación religiosa adecuada a los tiempos.

Y en su promoción del servicio apostólico no sacerdotal, debe mencionarse el apoyo que Claret presta a las congregaciones femeninas de vida activa que entonces se están multiplicando. Ya lo había hecho en Cuba con las claretianas y ursulinas. En Madrid son muchas las que, dado su status de arzobispo y confesor real, le buscan como valedor para su aprobación civil y pontificia. Él a todas anima con decisión en su acción apostólica y en la santificación personal de sus miembros. Para Claret se trata sencillamente de poner al servicio de Dios y de su causa todos los brazos y corazones disponibles.

## **6. «Que os alabe y os haga alabar»**

Claret nunca fue monje ni dedicó ninguna etapa de su vida primordialmente al culto y la alabanza divina; en algún tiempo le rondó

---

<sup>64</sup> A los cuatro mencionados en estos números precedía en la lista de pasaportes para Cuba el joven Miguel Yter, más tarde sacerdote, que ya había colaborado con las misiones de Claret en 1846-47 (AEC p. 285).

la atracción por la vida contemplativa; pero no fue por el gusto de la belleza del canto gregoriano, sino por huir de lo que él veía como peligros para su salvación. Empezó el camino hacia la cartuja de Montealegre, pero no llegó a pisarla (Aut 77, 88 y 89).

Sin embargo, son innegables los rasgos de contemplación en su vida. En sus devocionarios y otros escritos el tema de la alabanza (a veces en su variante de acción de gracias o de bendición) está muy presente. En sus catecismos mantiene normalmente la definición de oración que está en el de Matheu y Samndía: «Levantar el corazón a Dios y pedirle mercedes», pero en la explicación de las láminas de su catecismo mayor va mucho más allá en cuanto a motivación, insinuación de fórmulas, etc. Al comenzar la explicación del *Padre Nuestro*, dice: «Mira lo alto de la estampa, donde el eterno Padre está rodeado de Serafines que lo alaban incesantemente; reflexiona que es el Padre natural de Jesucristo, el cual queriendo ser hermano nuestro con haberse hecho hombre por nosotros, quiere también que tengamos por Padre adoptivo al que lo es suyo natural, y que cual Él lo llamemos también Padre; y es tan grande el amor que nos tiene este buen Padre que quiere que nos tengamos por hijos suyos, de cuyo beneficio somos deudores a Jesucristo y a su ley de gracia»<sup>65</sup>. El propio Claret experimentará con el tiempo que en las palabras del Padre Nuestro hay mucho más que doctrina y peticiones: «En cada palabra del Padre nuestro, Ave María y Gloria veo un abismo de bondad y misericordia. Dios nuestro Señor me concede la gracia de estar muy atento...» (Aut 766); su actitud debe de ser ahora admiración, alabanza, adoración...

Con reflexiones previas como la de su catecismo explicado, es normal que Claret, cuando no se vea constreñido por el estilo sobrio de estos manuales de iniciación, al hablar de la oración se explaye en términos muy distintos, más ricos y cálidos. Así, cuando escribe para los seminaristas *El Colegial Instruido*, describe la oración como «una elevación del alma a Dios, alabándole por ser quien es, dándole gra-

---

<sup>65</sup> *Catecismo de la Doctrina Cristiana, explicado y adaptado... y adornado con muchas estampas.* Barcelona 1860<sup>14</sup>; p. 199.

cias por los beneficios recibidos, pidiéndole los auxilios que necesita y suplicándole el perdón de los pecados... Por medio de la oración conversamos con Dios, con Jesucristo, con María Santísima, ángeles y santos, les comunicamos nuestros pensamientos y deseos...»<sup>66</sup>. (Ed 1860 I, p.48s). Se trata, por tanto, de un «conversar», tomando la alabanza como actitud y acción principal del orante; y el motivo primordial de la alabanza es la inabarcable riqueza de Dios. A la alabanza sigue la acción de gracias. Claret, por tanto, nos deja la impresión de que su oración es predominantemente contemplativa; sólo en un segundo momento viene la petición e intercesión.

Un año después del *Colegial*, y como complemento del mismo, publicó Claret su manual de *Canto Eclesiástico*<sup>67</sup>. En su presentación hace el santo arzobispo una auténtica apología de la oración de alabanza: «La misma naturaleza humana hace prorrumpir al hombre en alabanzas a su Criador, pues que cuando su entendimiento se halla convencido de la existencia de un Dios inmenso, omnipotente, sapientísimo, bonísimo, de quien ha recibido el ser que tiene y todo lo demás que posee, y cuando el corazón se halla lleno de amor e inflamado de la caridad que derrama y comunica el Espíritu Santo, entonces no puede menos el hombre de prorrumpir en alabanzas a su buen Dios, y éstas no pocas veces tienen la perfección del verso y la melodía del canto» (p. 6). Por el final de estas líneas, percibimos que Claret desea que la alabanza a Dios sea, no solo convencida y devota, sino también bella: la poesía y la música dignificarán esa peculiar forma de oración.

## 6.1. «Que os alabe»

Al componer la *continuación* de su Autobiografía, Claret consigna que, por entonces, se viene haciendo a sí mismo esta advertencia: «El gallo canta en las horas de día y de noche. Yo debo alabar a Dios en todas las horas del día y de la noche» (Aut 664.2). No sabemos con precisión en qué momento tuvo Claret esta intuición de lo que el gallo

---

<sup>66</sup> *El Colegial o Seminarista teórica y prácticamente instruido...* vol I. Barcelona 1860; p. 48s.

<sup>67</sup> *Arte de Canto Eclesiástico para uso de los Seminarios*. Madrid 1861; 170 pp. EC II, p. 207 y 453.

debía recordarle; seguramente fue entre 1862 (redacción de la Autobiografía) y 1865 (continuación de la misma). Estamos en la época de Madrid, en la que la vida de oración del misionero arzobispo alcanzó cimas elevadísimas y se convirtió, si no lo era ya antes, en actitud permanente, «a todas las horas», aun en medio de una actividad asombrosa.

Esta actitud personal la ilustra claramente con el ejemplo de los dos extremos del compás, que encontramos en un propósito formulado en los ejercicios de 1866: «Me figuraré que mi alma y mi cuerpo son como las dos puntas de un compás, y que mi alma, como una punta, está fija en Jesús, que es mi centro, y que mi cuerpo, como la otra punta del compás, está describiendo el círculo de mis atribuciones y obligaciones con toda perfección». Pero tal propósito está ya implícito entre los de 1864, combinado con el ejemplo de Marta y María: «Me figuraré continuamente que mi alma es María, y mi cuerpo Marta, y que Jesús se halla sentado en mi corazón, y le diré con el mayor afecto: *Deus cordis mei, et pars mea, Deus in aeternum* (Ps 72, 26). Compás. *Christum habitare per fidem in cordibus vestris*» (Ef 3,17) (AEC p. 706)<sup>68</sup>.

Cuando Claret compone la Autobiografía, al contemplar lo que hasta entonces ha sido su vida, constantemente prorrumpe en exclamaciones de alabanza de Dios por la providencia que ha tenido con él. En correspondencia él desea glorificar a Dios. Ya la composición misma de la Autobiografía, con desgana y «mucha repugnancia» (EC II, p. 442), desea que sea «para la mayor gloria de Dios y de María Santísima» (Aut 1).

En su descripción del viaje a Roma en 1839, para ofrecerse a Propaganda Fide, al recordar que pudo sortear las partidas de guerrilleros en el Pirineo y que en Marsella tuvo la ayuda providencial de un joven misterioso, concluye: «Oh, cuántas gracias debo dar al Señor, que me libró a mí y a aquellas gentes que estaban presas. Y para mayor gloria de Dios debo decir (...). Bendito seáis, Padre mío, por la grande

---

<sup>68</sup> Ya va gestando el librito *Templo y palacio*, de ahí que piense en Jesús como entronizado en su corazón.

providencia y cuidado que siempre y en todas partes habéis tenido de mí» (Aut 125). Y recordando de cuánta utilidad le fueron los cuatro meses de noviciado jesuítico, exclama: «¡Bendito seáis, Dios mío, que tan bueno y misericordioso habéis sido conmigo! Haced que os ame y os sirva con todo fervor, y que os haga amar y servir de todas las criaturas. ¡Oh criaturas todas, amad a Dios, servid a Dios!» (Aut 152).

Al considerar el acierto que tuvo en su discernimiento tras regresar de Roma a España, prorrumpo nuevamente en la alabanza: «Bendito seáis, Dios mío, que todo lo habéis dispuesto del modo mejor para gloria vuestra y salvación de las almas» (Aut 169). Seguirán años de predicación itinerante en los que le impelerá sobre todo la salvación del prójimo; pero la glorificación de Dios será motivo más fuerte que la salvación de los descarriados. En una mirada de conjunto, recuerda que San Juan de Ávila «ni de día ni de noche pensaba en otra cosa que en extender la gloria de Dios con la reformation de costumbres y la conversión de los pecadores» (Aut 230 y 301); y Claret glorifica a Dios por haberle permitido conocer a este misionero modélico: «Gloria sea dada a Dios N. S, que me ha hecho conocer los escritos y obras de este gran Maestro» (Aut 303).

Al narrar algunos efectos saludables de su predicación popular en Cataluña, y en especial de su acierto en el uso de símiles, concluye: «Bendito seáis, Dios mío, que me habéis enriquecido con este don... Todo sea para vuestra gloria» (Aut 299). En esos años de itinerancia misionera debe de haber sido alabado muchas veces por las gentes; por ello, ya en los propósitos de ejercicios de 1843 elige la humildad como materia de examen particular y se propone «No hacer ni decir nada en alabanza propia. Si uno es alabado, referirlo todo a Dios, diciendo: *Non nobis Domine non nobis sed nomini tuo da gloriam*» (AEC p. 654). La fórmula «Ad majorem Dei gloriam», que tantas veces debió de oír en sus meses de novicio jesuita, la tuvo Claret en sus labios y en su mente toda la vida.

Dado el éxito de sus predicaciones, decido conjurar de una vez por todas el peligro de la autoglorificación; por ello, al menos a partir de 1843 lleva examen particular sobre la humildad; unos años después,



las persecuciones le aconsejarán cambiarlo por la mansedumbre. Repite con frecuencia su propósito de no hablar después de haber predicado; «si me hablan, cortaré la conversación» (AEC p. 677). En esa actitud de ahuyentar toda autocomplacencia, se hace la curiosa consideración: «Ay, soy nada. De mí nada tengo, sino el pecado; si algo bueno hay en mí, es de Dios. Yo soy un burro malo cargado de joyas» (AEC p. 688).

Uno de los hitos en sus planes de apostolado amplio y duradero fue la fundación de su Congregación de Misioneros, en julio de 1849. Una cierta bonanza política le permitió reunir establemente a quienes ya venían trabajando con diversos grados de compromiso y colaboración. Ante tal hecho no puede sino exclamar: «Oh Dios mío, bendito seáis por haberos dignado escoger a vuestros humildes siervos para hijos del Inmaculado Corazón de vuestra Santísima Madre» (Aut 492). Y en la fórmula de vida que años más tarde<sup>69</sup> les ofreció, afirma taxativamente que el Hijo del corazón de María procurará «siempre y únicamente la mayor gloria de Dios» (Aut 494).

El anecdotario sería interminable. Cuando considera el bien que realizó en Cuba con el establecimiento de Cajas de Ahorros, surge en su corazón la doxología: «Con la ayuda del Señor me salió muy bien. Sea todo para gloria de Dios» (Aut 569).

Hasta en las adversidades, que a veces suponían una cierta paralización de su actividad apostólica, percibía Claret la mano de la providencia, lo cual le llevaba a la oración de bendición y alabanza. Pensando en algún bien concomitante a los temblores de tierra que tuvieron lugar en Santiago de Cuba en 1852, exclama: «Bendita y alabada sea la bondad y misericordia de Dios, nuestro buen Padre de toda clemencia y de toda consolación» (Aut 536).

En la regla de vida que elabora para sí inmediatamente antes de su consagración episcopal (octubre de 1850), Claret toma nota de

---

<sup>69</sup> Los dos manuscritos que se conservan son de 1861, pero el cofundador Jaime Clotet afirma que la fórmula Claret la pronunció y desarrolló en los ejercicios fundacionales.

un texto de Cornelio a Lapide en el que, comentando Hch 2,3, dice: *Pauca loqui, et cum discretione; multa operari cum fervore ac jugiter laudare Deum*. Y este propósito figura nuevamente en su plan de vida durante los años de confesor real, según redacta en 1862 (Aut 653). Entre los propósitos de septiembre de 1850 figura, además, éste: «propongo andar siempre en la presencia de Dios y dirigir a él todas las cosas, no buscando en cosa alguna mi alabanza, sino sólo y únicamente la gloria de Dios» (AEC p. 662).

En sus años de arzobispo de Santiago, como le sucedía ya cuando era misionero popular, le llegaron con frecuencia grandes elogios, ya en la prensa, ya en conversaciones directas, especialmente por boca de algunas autoridades civiles de la Isla. Frente a ello, entre sus propósitos de ejercicios de 1855, figuran estos: «Si me tributan alabanzas... diré: non nobis, Domine, sed nomini tuo da gloriam... Nunca hablaré después de haber predicado; si me hablan cortaré la conversación». Y en unas notas espirituales, probablemente de la época de Madrid, cree escuchar al universo que le dice como a San Agustín: «hombre, ama a Dios, *Coelum, terra et omnia dicunt mihi ut amem te*»; a lo que intenta responder inmediatamente: «*Alleluia*. Bendito y alabado sea Dios. Bendito y alabado sea el Stmo. Sacramento del Altar. Bendita y alabada sea María...» (AEC 773).

En otro apunte personal de este tiempo de confesor real, cuando va desarrollando su espiritualidad de amor sponsal a Dios, Claret se hace esta observación: la esposa «se interesa vivamente en su gloria y en todo lo que a él [el esposo] pertenece. Percibe un placer inexplicable en oír alabarle, en verle honrado y respetado» (AEC p. 758). No es extraño que este misionero contemplativo promueva con tanto interés la oración y el canto de alabanza.

## 6.2. «Que os haga alabar»

La oración apostólica en su totalidad manifiesta el deseo que tiene Claret de que las características de su espiritualidad las vivan igualmente los demás. El texto citado más arriba acerca de lo que le recordaba el gallo, con su continuo canto, tiene una segunda parte que

ha quedado para este lugar: «el gallo canta en las horas de día y de noche. Yo debo alabar a Dios en todas las horas del día y de la noche. Y además debo exhortar a los otros para que lo hagan» (Aut 664.2).

#### *a) Para comenzar: lucha contra la anti-alabanza*

Ante todo se propuso Claret erradicar la anti-alabanza de Dios, es decir, la blasfemia, que al parecer era muy frecuente en la Cataluña de sus tiempos de misionero popular. Para ello, en abril de 1845, mediante una hoja volante, establece la *Sociedad contra la Blasfemia*<sup>70</sup>. Al redactar la Autobiografía lo recordará en estos términos: «También desde un principio di a luz una hoja que contenía unas recetas para curar la blasfemia, que en aquellos días [en] que comencé a predicar era cosa horrorosa la multitud y gravedad de blasfemias que se oían por todas partes; parecía que todos los demonios del infierno se habían diseminado por la tierra a fin de hacer blasfemar a los hombres» (Aut 316).

Los miembros de la asociación firmarán una cédula y se comprometerán a cosas tan sencillas como: «al oír blasfemar, renegar u otras palabras malas, decir *Ave María Purísima, Alabado sea Jesucristo, Jesús María José*, u otras expresiones semejantes, y a más corregir con caridad y dulzura al blasfemo». Y el santo celebra el éxito de su iniciativa, pues, sólo dos años más tarde, «en muchos lugares ya no se blasfemaba la milésima parte de lo que antes se acostumbraba». Probablemente sobre la insistencia de Claret en esta materia se dio un vasto anecdótico. Un testigo de la misión que el santo predicó en Lérida en 1846 atestigua, en carta dirigida a un claretiano en 1883, que en aquella ciudad un grupito de niños, al oír a un adulto blasfemar, cumplieron literalmente las recomendaciones del santo misionero (cf. *El Beato I*, p. 244).

Los esfuerzos en esta dirección continuarán en años sucesivos. Al parecer, la blasfemia no era sólo costumbre inculta de campesinos y

---

<sup>70</sup> *Sociedad espiritual de María Santísima instalada por (...) el día cinco de abril de 1845 a fin de desterrar el maldito vicio de la blasfemia* (6 páginas). La reeditó varias veces en años sucesivos, en *Breu Noticia (...) de la Arxiofraria* (1847) y en *Nuevo Viaje en Ferrocarril* (Barcelona 1862ss).

arrieros; se daba también, y con notoriedad, entre las gentes de capital. Cuando Claret, en mayo de 1857, se establece en Madrid, al sentirse respetado y altamente apreciado por buena parte de los ministros, solicita del Presidente del Gobierno medidas legales y penales contra este vicio. El éxito fue inmediato; ya el 22 de agosto de dicho año puede escribir a su amigo Caixal, ahora obispo de Seo de Urgel, y siempre en desacuerdo con que Claret estuviese cercano al Gobierno liberal de Madrid: «Yo voy aprovechando todas las ocasiones; ya habrá visto las disposiciones que se han dado, por instancia mía, contra la blasfemia, impureza, etc., etc. También he inclinado la voluntad del Gobierno a favor de las misiones» (EC I, p. 1396).

El 8 de septiembre Claret se explaya de esta forma con D. Paladio Currius, a quien ha dejado en Santiago con diversos cometidos de confianza: «Gracias a Dios se va haciendo mucho bien; la Reina, el Presidente de Ministros y todos los Ministros me tienen todas las consideraciones; de aquí es que, valiéndome de esta confianza, les he pedido varias cosas en pro de la Religión y se han conseguido, v. gr., contra la blasfemia se ha dado una Real Orden, contra la deshonestidad, y se han recogido muchas mujeres públicas...»<sup>71</sup>.

### *b) Inculcando una forma peculiar de oración*

El misionero Claret, en su predicación popular, ora con sus oyentes. Muy probablemente desde los comienzos utiliza varias de las oraciones que irá incluyendo en las sucesivas ediciones del Camino Recto, entre las cuales no faltan las de alabanza. En 1860 publica el opúsculo *Cánticos espirituales que se cantan en las misiones... en el arzobispado de Cuba*; como indica en la presentación, «con ellos se da gloria a Dios y se graban muy profundamente en la memoria las verdades del dogma y de la moral evangélica». Los entiende, por tanto, como medio de instrucción al pueblo, pero también como oración de calidad, de glorificación de Dios; y para que ésta vaya incluso

---

<sup>71</sup> La Real Orden se promulgó el 1 de agosto de 1857, y su éxito no fue total, pues hubo de repetirse el 16 de abril de 1859. Ver EC I, p. 1414, texto y nota.

adornada de belleza, indica que «se ha de procurar que todos canten, y a la vez, sin anticiparse ni hacer rabos»<sup>72</sup>. Como encabezamiento de la colección imprime el conocido Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal. Está claro que, tratándose de la alabanza divina, se interesa por los contenidos y por la forma harmónica.

Para motivar o guiar la oración de alabanza en el pueblo, además de las plegarias del Camino Recto, edita desde muy pronto obras ajenas que considera podrán cumplir esa finalidad. De 1848 es la edición del *Trisagi que a instancias dels devots de la Santíssima Trinitat...*<sup>73</sup>; es una devoción que Claret intenta difundir y fundamentar, para lo cual publica, en 1856, *Origen del Trisagio*<sup>74</sup>. La segunda parte de esta obrita la constituyen unas reflexiones variadas en forma de novena, en memoria de los nueve coros de ángeles. La primera explica el origen de tal plegaria (recitada por los querubines en Is 6) y su difusión por el imperio de oriente bajo el influjo de varios emperadores y concilios. A estos preámbulos siguen oraciones a la Trinidad, entre las que destaca una letanía a cada una de cuyas invocaciones se responde: «toda criatura te ame y glorifique». En esa misma línea de alabanza a la Trinidad, edita Claret en 1858, el opúsculo *Ramillete de lo más agradable a Dios*; es un breve devocionario cuyo capítulo IV se titula *Alabanza de Dios a imitación de los Serafines del cielo, como dice Is IV,4 y el Apocalipsis IV, 8*<sup>75</sup>; y, en efecto, el contenido es una colección de atributos de Dios en cuya recitación el creyente debe deleitarse.

En 1853, tras su primera visita oficial a la diócesis, dirige al pueblo una extensa carta Pastoral, en la que incluye esta elevada exhortación: «Creed, pues, hijos, la existencia de un Dios; adorad el misterio de la Santísima Trinidad, y alabadle sin cesar, ya rezando el trisagio, ya diciendo al principio y fin de vuestros rezos aquel verso: Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo»<sup>76</sup>. Pareciera que el autor es un autorizado profesor de

---

<sup>72</sup> *Colección de Opúsculos, por el Excmo.e Ilmo...* Barcelona 1860. Tomo IV, p.123s.

<sup>73</sup> *... y per alcanzar remey en totes las necessitats ha traduit en catalá...* Barcelona 1848. 48 pp.

<sup>74</sup> *Origen del Trisagio*. Vich 1856; 64 pp. Reimpresión en Barcelona en 1863.

<sup>75</sup> *Ramillete de lo más agradable a Dios y útil al género humano, por el Excmo...* Madrid 1858; 32 pp.

<sup>76</sup> *Carta Pastoral que el Excmo.... dirige al pueblo de su diócesis*. Barcelona, L. R. 1853, p. 7.

teología en alguna prestigiosa universidad y no un pastor-predicador popular.

La misma impresión nos deja en su *Devocionario de los Párvulos*<sup>77</sup>, publicado en 1859. El autor mismo indica que, en realidad, va dirigido a las madres, ya que los supuestos destinatarios no saben aún leer. Pues bien, Claret desea que desde el principio los pequeños aprendan a hacer oración de alabanza. En el prólogo, con clara alusión al Salmo 8, versículo 3, dice expresamente: «En este librito están contenidas las expresiones con que habéis de alabar a Dios, ya que el Señor gusta de ser alabado por boca de los infantes y de los niños ya desde el tiempo de su lactancia». El capítulo tercero está dedicado a «Alabanzas a Dios»; comienza con el trisagio de Isaías y luego va repitiendo la fórmula «bendito y alabado sea», aplicándola a varios atributos divinos, hasta concluir de forma global: «bendita y alabada sea la esencia de Dios y todos sus divinos atributos». Es una oración intelectualmente refinada, muy elevada incluso para la madre que enseña a orar a su niño. En este caso puede discutirse la pedagogía del arzobispo, pero debe admirarse su aversión a cualquier tipo de dicotomía entre teología y oración; deseaba que los fieles hiciesen oración apoyada en cimientos sólidos.

En la espiritualidad que inculca a sus seminaristas de El Escorial, Claret desea que la oración de alabanza tenga un puesto relevante. Le dice que para un clérigo digno, Dios debe ser «como un padre que le procura todo bien, a quien invoca continuamente, y le alaba y sirve sin cesar, dirigiéndolo todo a su mayor honor y gloria. Hazlo tú también, y verás cómo adelantarás en la perfección»<sup>78</sup>.

### *c) Por la dignidad del culto y, en especial, del canto litúrgico*

Es significativo que este misionero, que se mueve habitualmente con prisas y funda una congregación de Misioneros y no una orden de coro, tenga tanta inquietud por la dignidad de la liturgia. Al poco tiempo

---

<sup>77</sup> *Devocionario de los párvulos que en obsequio de la santa infancia del Niño Jesús se ofrece a los niños y niñas desde su concepción y nacimiento hasta la edad de siete años.* Barcelona 1859; 64 pp.

<sup>78</sup> *Colegial Instruido I.* Barcelona 1860, p. 61.

de llegar a su diócesis de Santiago, en 1851, envía al Gobierno de Madrid su célebre Memorandum y sus peticiones de que se cumplan las obligaciones concordatarias sobre el sostenimiento del culto y clero (EC I, pp. 611-614); en él se interesa ciertamente por remediar la misera situación económica en que se encuentran sus sacerdotes, pero no sólo eso: las funciones litúrgicas deben realizarse con la máxima dignidad, lo cual exige urgentemente una aportación económica. Algunos templos y su ajuar estaban «tan indecentes que no me he atrevido a celebrar en ellos los Santos Misterios, y he buscado un almacén... » (EC I, p. 612). El arzobispo es atendido por el Gobierno, el cual asigna casi de inmediato una partida presupuestaria para «reparaciones de sus fábricas, edificación de nuevas iglesias y dotación de ornamentos y vasos sagrados de las mismas» (ECpas I, p. 188).

En la catedral de Santiago Claret reorganiza cuidadosamente la actividad de los canónigos, para los que «se arregló una capilla muy bien dotada y muy bien montada: hacía venir de la Península músicos y organistas, y se hacían unas funciones lucidísimas» (Aut 552). Cuando en 1859 se hace cargo de El Escorial, lo primero que organiza es la corporación de capellanes, los cuales, ayudados en el canto por los seises y por seminaristas que van ingresando, realizarán una liturgia de dignidad cuasimonástica. El culto tendrá la primacía entre las diversas actividades del monasterio. En noviembre de 1861, en carta a D. Paladio Currius, «Celador o Vicario de Coro», dirá Claret acerca de la compra de ornamentos nobles: «yo adelantaré el dinero y se pagará cuando se pueda, pues el culto debe ser lo primero que se debe atender» (EC II, p.394). No sólo el canto de las horas debería hacerse con la suma corrección, sino también las misas privadas de los capellanes, cuya forma de celebrar vigilará diligentemente el Celador<sup>79</sup>.

En los reglamentos para capellanes y seminaristas promulgados en enero de 1867, a unos y a otros inculca lo que él llama «espíritu eclesiástico», que debe traducirse en realizar «con decoro, modestia y

---

<sup>79</sup> Este cargo lo desempeñará el P. Currius, el cual deberá observar detalles tan nimios como si algún capellán «celebra la misa en menos de veinticinco minutos o en más de treinta» (EC II, p. 1098).

aptitud las funciones eclesiásticas» (EC II, pp. 1098 y 1102).

Pero lo que hizo célebre la acción de Claret en El Escorial fue su ya mencionado *Método de Canto Eclesiástico*, que, según propia confesión, le costó bastante confeccionar «por la diversidad de pareceres que hay entre los cantores» (EC II, p. 453). Pero la fatiga quedó compensado por un enorme éxito editorial, pues a los dos años tuvo que realizar una segunda edición, de la que dice a su amigo Caixal que «es asombrosa la demanda que tiene esa obrita del Canto; hoy mismo he tenido que desprenderme de 60 ejemplares que tenía para mí» (EC III, p. 439). En esta obra, «con la mayor brevedad y facilidad se enseña el modo de cantar y alabar a Dios» (Aut 327). A Claret le preocupa la calidad del canto; en relación con la primer edición dice a la M. París que lo que se propone es que Dios sea «alabado bien y sabiamente» (EC II, p. 441). Y al P. Xifré, comentándole que ha salido la segunda edición, le añade que ha regalado diez ejemplares a cada seminario de España, que todos «han recibido muy bien; ¡ojalá que en todos los seminarios se enseñara dicho Canto y se cantara sabiamente!» (EC II, p. 725).

En el apartado segundo del prólogo expresa Claret su motivación para la publicación del libro en estos términos: «Debemos alabar a Dios. Es verdad que Dios ve el fondo de nuestro corazón, y oye los afectos más recónditos, aunque no se manifieste con palabras ni cánticos; pero ya lo necesitamos nosotros y nuestros prójimos, que con el canto nos enfervorizamos nosotros y enfervorizamos y provocamos santamente a nuestros semejantes a amar y alabar a Dios». Como confirmación de este pensamiento, aduce la autoridad de la Suma Teológica de Santo Tomás: «la alabanza de boca es necesaria, no por Dios, sino por el mismo que alaba, cuyo afecto se excita por la misma alabanza. Además aprovecha al prójimo, que con el canto que oye se le excita al afecto hacia Dios. Y como por la diversidad de la melodía de sonidos los ánimos de los hombres se disponen de varias maneras, saludablemente fue instituido que las divinas alabanzas fuesen cantadas»<sup>80</sup>. Con tal motivación no es extraño que Claret procure que

---

<sup>80</sup> 2ª 2ae, q. 91, a. 1,2.



se haga «sabiamente», pues de lo contrario no cumpliría su finalidad.

Esta preocupación de Claret por la dignidad del culto, y en especial por el canto bien ejecutado, debió de conocerse muy pronto, pues, antes de que él publicase su Método, ya le habían dedicado un manual parecido: *Método científico-práctico de canto llano*<sup>81</sup>, compuesto por el organista barcelonés Miguel Masramón. La dedicatoria va en estos términos: «El notorio celo con que V. E. I. ha procurado siempre promover la mayor gloria de Dios y todo lo concerniente a su religioso culto me ha sugerido la idea de que su venerable nombre serviría de grande recomendación a un libro cuya publicación se dirige a fomentar (...). Séame permitido cooperar con reglas y modelos de canto al grande y notabilísimo objeto a que aspira V. E. I. con sus ejemplos y palabra» (ECpas III, p. 469). El «parecer» de Masramón es uno de los muchos que Claret tiene en cuenta al componer su *Método*, según indica en el prólogo.

### **6.3. «Os haga alabar de todas las criaturas»**

La expresión recuerda de inmediato el conocido Cántico de las Criaturas, de San Francisco de Asís («loado seas por toda criatura, mi Señor»), santo ciertamente muy admirado por Claret (Aut 654). Pero Francisco resulta modélico a Claret no principalmente como poeta o contemplativo, sino sobre todo «por su celo por la salvación de las almas» (Aut 226) y por su humildad (Aut 343 y AEC p. 748 y 765); Claret, con su percepción carismática, veía en Francisco ante todo a un predicador. Y en segundo lugar a un místico desprendido de lo creado. Su célebre *Deus meus et omnia* lo aplica Claret repetidas veces a una vida centrada en Dios y a la intimidad contemplativa, como puede verse en las resoluciones de ejercicios espirituales de 1865 y 1866. No se encuentran en Claret referencias a la admiración de Francisco por los seres inanimados.

Cuando el santo misionero habla de «criaturas» se refiere normalmente a los seres humanos. Sólo éstos pueden ser ayudados por él a conocer, amar, servir y alabar a Dios; y en ello se ocupa. En Claret no

---

<sup>81</sup> Editado en Barcelona, imprenta de los Herederos de la viuda de Pla. 1858.

destaca especialmente la vena poética o la contemplación de la belleza de lo creado, aunque sus conocimientos filosóficos y teológicos hacen que tome en consideración su bondad y hermosura. Lo que inquieta al misionero es la situación del hombre; nacido para la evangelización, Claret percibe por todas partes la presencia de pecadores necesitados de «reanimación», de creyentes muy deficientemente instruidos y, por lo mismo, necesitados de una elemental formación catequética, y de justos amenazados por el cansancio y tibieza y expuestos a múltiples influjos negativos.

Ello no significa, sin embargo, que Claret no captase la «voz» de lo creado, que pregona una alabanza del Creador por ser resplandor de su belleza. En sus ejercicios espirituales realizados en febrero de 1851, recién llegado a su diócesis cubana, hace el propósito de dedicar cada tarde un tiempo al estudio de Ciencias Naturales. Y en los de 1862 formula: «En cada cosa criada debo mirar como un espejo en que se refleja la bondad, sabiduría, poder y hermosura de Dios, y a él debo dirigir mi atención y amor».

Hombre de talento práctico, conocedor desde niño de la agricultura y de los comienzos de la industrialización, puede decirse que él percibe las cosas de forma predominantemente «utilitaria» y no tanto con talante bucólico. Cuando, siendo arzobispo de Santiago, idea la granja-escuela de Puerto Príncipe, lo hace «para los pobres», para «recoger a niños y niñas pobres»; las plantaciones programadas, y en parte realizadas, tendrían como finalidad principal la manutención del numeroso internado, aun sin descuidar el orden y la belleza (Aut 567); los niños adquirirían allí mismo el hábito de trabajar con sus manos y la destreza para el progreso agrícola (Aut 563s).

Pensando principalmente en dicha granja escribe el libro *Delicias del Campo*<sup>82</sup>, que es un cúmulo de saber sobre Historia Natural y una obra sumamente útil para aprendizaje de agricultura. Pero junto a esta

---

<sup>82</sup> *Las Delicias del Campo. Obra utilísima por su objeto a todos los que viven en el campo, dada a luz por...* Santiago de Cuba 1855 (por entregas) y Barcelona 1856<sup>2</sup> y 1860<sup>3</sup>. Citamos por esta edición.

finalidad utilitaria no faltan las llamadas a contemplar la sabiduría del Creador en sus criaturas. Hablando del aire y su naturaleza afirma: «Su estructura es tan curiosa, su flexibilidad tan incalculable, sus hebras tan finas, y su tejido tan maravilloso que prueban manifiestamente la sabiduría de la mente y el poder de la mano que le formó» (p. 52). Cuando describe la luz y el arcoíris, hace esta reflexión: «saquemos nosotros de aquí un recuerdo de Dios, y sea la luz de que estamos hablando una imagen de Dios uno y trino, así como la luz es una en sí y tiene tres colores. Y no sólo la luz recuerda la unidad de esencia en Dios y trinidad de personas, sino que a más nos trae a la memoria el misterio inefable de la Encarnación, o que el Verbo es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo» (p. 68). Tras describir el proceso de germinación de las semillas, eleva el pensamiento a la sabiduría del Creador, que «todo lo ha dispuesto en número, peso y medida, y si alguna cosa no sale con perfección es sin duda que por algún incidente aquella cosa no anda acompañada de todos los requisitos que le señaló el Autor de la naturaleza» (p. 122). Para Claret, por tanto, la naturaleza debe ser contemplada y escuchada no sólo con los sentidos, sino también con la fe, pues lleva «noticia de su Autor».

No es extraño que en la biblioteca personal de Claret, un pastor y contemplativo, figuren algunas enciclopedias de Historia Natural; para él contenían mucho más que información científica. En consonancia con esto, cuando en 1861 establezca en El Escorial su colegio de segunda enseñanza, lo dotará enseguida de un gabinete de Historia Natural, con una riqueza documental y pedagógica como no se conocía en la España de la época. El 26 de mayo de 1862, cuando aún no ha concluido el primer año de funcionamiento, Claret pasa aviso a D. Dionisio González, director del colegio, de que hay «carta de París que están en camino siete cajas de los gabinetes de física y de historia natural» (EC II, 476); y en marzo de 1866, ponderando las cualidades de este centro de enseñanza, escribe D. Dionisio a la Reina Isabel: «merecen especial mención un gabinete de Historia Natural y otro de Física que según el dictamen de personas inteligentes es el mejor de

España»<sup>83</sup>. En septiembre de ese mismo año, Claret propone que, como agasajo a los Reyes en su visita al colegio, los alumnos «podrían hacer también alguna maniobra en [=con] los aparatos del gabinete de química» (EC II, p. 1050).

En su empeño por la recuperación del esplendor del monasterio, Claret hizo plantar diez mil árboles frutales, pero también otros muchos de adorno; no todo era utilitarismo. El arzobispo procuró, además, que los seminaristas de El Escorial aprendiesen el cultivo de la tierra: «A los que son aficionados a la horticultura, se les señala a cada dos un pedacito de tierra. A los que son aficionados a la floricultura igualmente se les señala un pedacito de tierra en el jardín que llaman del Picadero, que está cerca del bosquecillo, que es donde tienen la tierra de cultivo»<sup>84</sup>. El alto nivel intelectual del establecimiento no debía estar reñido con la familiaridad y admiración por la naturaleza.

Ciertamente Claret no fue un Francisco de Asís; vivió inquieto, a veces «como un desesperado», por el destino de las «criaturas» racionales, por la correcta relación del hombre con su Creador, por la salvación. Pero el gran misionero no careció de sensibilidad hacia la belleza de la creación inanimada. Supo «escuchar» su lenguaje y enseñar a otros a escucharlo, e incluso manifestó inquietudes dignas del más sano ecologismo: «Soy de parecer que las cúspides de los montes y las lomas más encumbradas nunca se habrían de permitir talar ni sacar árbol alguno de ellas, por grandes que fuesen y por espesos que se hallasen; cuantos más haya, mejor» (*Delicias* p. 86). Entre las criaturas llamadas a servir y alabar a su Creador se reservaba un espacio a la flora y fauna.

---

<sup>83</sup> Carta incluida en *Tesoro de Barriosuso IV*, p. 1348.

<sup>84</sup> CLARET, *Miscelánea interesante*. Barcelona 1865 p. 133; cf. p. 119.

## 7. «Que los pecadores se conviertan y los justos perseveren en gracia»

La frase, como enunciado o como súplica o deseo, aparece numerosas veces en los escritos de Claret. En realidad no podía ser de otra manera; en el Sallent de principios del siglo XIX, a pesar de ser ciudad políticamente de inclinación liberal, el ambiente general es religioso. La pequeña parroquia es atendida por tres sacerdotes; otro tiene montada una preceptoría para futuros seminaristas. Allí vive el arzobispo jubilado Félix Amat; un sobrino suyo, Félix Torres Amat, será también obispo; y de Sallent saldrá el arzobispo Claret... En ambiente tan eclesiástico el asunto de la «salvación eterna» ocupa habitualmente el pensamiento y preocupación de las gentes.

Seguramente que en su infancia, e incluso juventud, Claret oyó allí predicaciones de frailes, tan abundantes en Cataluña, y en el resto de España, hasta la exclaustración de 1835ss. En esa predicación popular se daba gran peso al tema de las «verdades eternas». En casa del niño Antonio Claret se leen libros devocionales: «Mi padre todos los días, después de haber comido... me hacía leer un libro espiritual, y por la noche nos quedábamos un rato de sobremesa y siempre nos contaba alguna cosa de edificación» (Aut 25). «Apenas tenía seis años que ya mis padres me mandaron a la escuela. Mi maestro..., hombre muy activo y religioso... El catecismo lo aprendía con tanta perfección...» (Aut 22s).

La atención del niño se fijó muy pronto en los puntos fundamentales de la escatología, lo que le llevó a sus conocidas meditaciones nocturnas del «siempre, siempre, siempre» (Aut 8). «Esta idea de la eternidad de penas quedó en mí tan grabada que, ya sea por lo tierno que empezó en mí, o ya sea por las muchas veces que pensaba en ella, lo cierto es que es lo que más tengo presente. Esta misma idea es la que más me ha hecho y me hace trabajar aún y me hará trabajar mientras viva, en la conversión de los pecadores» (Aut 9).

Surge la preocupación de Claret por el cambio en los pecadores, que pronto se extiende a la perseverancia de quienes llevan una vida

cristianamente arreglada pero podrían torcer el rumbo. Claret tendrá por tanto una visión global de la salvación, como lo expresa él mismo al hablar de los medios para hacer fruto en sus misiones: «El primer medio de que me he valido siempre y me valgo es la oración. Este es el medio máximo que he considerado se debía usar para obtener la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos y el alivio de las almas del purgatorio» (Aut 264). Esta tríada, como visión global del camino hacia la salvación, la formulará de muchas maneras, y muy repetidamente. En el *Catecismo Explicado*, al comentar la séptima obra espiritual de misericordia, yendo más allá de la formulación tradicional, dice literalmente: «Esta oración no la has de hacer por ti únicamente, si que también por tus prójimos, por la conversión de los pecadores, por la perseverancia de los justos y por las animas benditas; a imitación de Jesús, que en el huerto de Getsemaní oró por tres veces...»<sup>85</sup>.

Cuando, en su última estancia en Roma, compone la pequeña biografía de S. Pedro Nolasco, Claret añade algunas matizaciones a esta triple petición: «Imploremos a Dios que envíe santos a la tierra, y el mundo será salvado; entretanto roguemos: 1º, por los pecadores más dispuestos a convertirse; 2º, por los justos que se encuentran en peligro próximo de pecar, y 3º, por las almas del purgatorio más próximas a salir de él»<sup>86</sup>.

Esta panorámica de la salvación, realizada como en tres vertientes, Claret la tuvo presente hasta los últimos días de su vida. El 10 de agosto de 1870, refugiado ya en el monasterio de Fontfroide, en una peculiar meditación sobre la pasión, escribe: «He conocido que se ha de orar del modo siguiente: Jesús en la Cruz en las tres horas de agonía. María Sma., S. Juan, la Magdalena y las Marías. Todas las almas buenas se han de unir en espíritu con las sobredichas y pedir al Eterno Padre por la conversión de los pecadores y perseverancia de los justos y alivio de las almas del Purgatorio. Las tinieblas que se vieron significan los pecadores, sus ignorancias y maldades» (AEC p. 829)

---

<sup>85</sup> *Catecismo explicado*, Barcelona 1848, p. 457. Y cf. AEC p. 252, nota 201.

<sup>86</sup> *L'egoismo vinto*, p. 72.

Sobre el alivio de los purgantes, que no fue incluido en la Oración Apostólica, nos limitaremos a mencionar las abundantes «novenas de ánimas» predicadas por Claret y su librito *Auxilio a los difuntos*<sup>87</sup>, dado a la imprenta precisamente en un mes de agosto para poder disponer de él en septiembre (cf. EC I, p. 240), al comienzo de las predicaciones. Era una devoción muy en sintonía con el «natural compasivo» del misionero. Pero, en realidad, tales novenas le sirvieron de disimulo. El mismo Claret nos dice que «en aquellos tiempos tan calamitosos... no se podía dar a la función nombre de misión, sino de Novena de Ánimas, de la Virgen del Rosario, del Santísimo Sacramento, de tal Santo, para no alarmar a los constitucionales que tenían la autoridad y gobernaban en aquellas ciudades en que predicaba» (Aut 292). Eso sí, los temas tratados serán los de una misión, frecuentemente comenzando por el de Ánimas, y el supuesto septenario o novena podía alargarse muchos días más que los que la palabra indica (cf. Aut 295).

### **7.1. «Que los pecadores se conviertan»**

Impresiona el lenguaje de Claret en un propósito formulado en los ejercicios espirituales de 1862: «Deseo que mi palabra sea como la lanza que partió el Corazón de Jesús; así parta el corazón de los pecadores y se conviertan».

Era una formulación de un hombre maduro que ya en la escuela y catequesis infantil había aprendido los conceptos de pecado y pecador, así como diversas especies de pecados, según el Decálogo y los Mandamientos de la Iglesia. Y la presencia del pecado había sido para él desde muy pronto una realidad palpable. En muy tierna edad experimentó los horrores de la guerra de la independencia (o «del francés», que decían en Cataluña), causados por «hombres malos». En su pueblo natal pudo percibir rencillas entre vecinos, quizá en su propia familia, que se sabe que no tenía relaciones cordiales por ejemplo con la de los obispos Amat<sup>88</sup>. El ambiente de guerra civil que se

---

<sup>87</sup> *Auxili dels difunts*. Barcelona 1847; 96 pp. *Socorro a los difuntos*. Barcelona 1848, 104 pp.

<sup>88</sup> No debe de ser casual la omisión del nombre de Mons. Félix Amat en Aut 30; cf. J. SIDERA, *Claret*

instaló en Cataluña a partir de 1814 tuvo que notarse en enemistades, quizá odios, en la pequeña población. «Cuando el P. Claret se asomó al pueblo [ya ordenado sacerdote], lo primero que vio y sintió fue el odio entre hermanos, desencadenado por la cuestión de sucesión al trono, pero que tenía raíces más profundas. Las consecuencias, además de las muertes, incendios y saqueos, eran el espanto...» (AEC p. 7). Y los brotes de anticlericalismo que Claret sufrirá en sus años de sacerdote en Sallent (EC I, p. 76s), aunque fueran más bien aislados, quizá ya estén presentes en su infancia.

Él se daba cuenta de la existencia de católicos cuya vida no se correspondía con tal nombre, cosa que formulará con más precisión al escribir la Autobiografía: «al ver la facilidad con que se peca, con la misma con que se bebe un vaso de agua, como por risa y por diversión; al ver la multitud que están continuamente en pecado mortal...» (Aut 11). De joven estudiante en Barcelona sufrió en carne propia el pecado de estafa y el intento de seducción (Aut 72s). No es extraño que, una vez pasado el pensamiento de hacerse monje, «discurría continuamente qué haría y cómo lo haría para salvar las almas de mis prójimos» (Aut 113).

Seguramente ya desde la educación catequético-escolar Claret supo de la existencia de «infieles», de herejes y de cismáticos, con la calificación de precitos que por entonces se les aplicaba indiscriminadamente. Ignoramos en qué centró su pensamiento al decidirse a marchar al Líbano con el obispo Vilardell: ¿Sólo la animación de aquel vicariato católico? ¿Apostolado entre los cristianos no católicos de Siria y Líbano, o entre musulmanes? ¿Se imaginaría que allí había paganos? Sin duda el mundo pagano se puso ante sus ojos al decidir ofrecerse a Propaganda Fide, y también al ingresar en la Compañía, desde la que podría ser enviado a cualquier parte del mundo (Aut 138s).

Son significativas algunas de las oraciones que compuso en el noviciado jesuítico de Roma, especialmente aquella en que, dirigiéndose a María, dice: «Dignaos por caridad dar una compasiva mirada a este

---

*y los Amat, en Arxiu Claret, Vic 2005 (cinco folios mecanografiados).*



mundo perdido. Reparad cómo todos han abandonado el camino que se dignó enseñarles vuestro santísimo Hijo, se han olvidado de sus santas leyes y se han pervertido, tanto que se puede decir: *non est qui faciat bonum...*» (Aut 157).

En su apostolado popular por Cataluña detectó de inmediato dos grandes males: «en aquellos días en que comencé a predicar era cosa horrorosa la multitud y gravedad de blasfemias que se oían por todas partes... Igualmente la impureza había traspasado sus diques» (Aut 316s). Quizá más esporádicamente se encuentra Claret con un ateísmo o indiferentismo incipiente, debido al influjo de «libros malos, periódicos impíos y folletos heréticos y demás escritos perniciosos» (Aut 311). Por otra parte, sus largas horas de confesionario, su insistencia en la conveniencia de una confesión general, junto con sus publicaciones para ayudar a fieles y sacerdotes a esta práctica (cf. EC I, p. 180s)<sup>89</sup>, prueban ampliamente su conocimiento de la vida moral de la época. Otro tanto puede decirse de los Avisos que publica en los años 1844-46.

El paréntesis de Canarias es una época dorada para Claret. El pueblo no ha sido envenenado por problemas de guerra civil ni por influjos ideológicos extraños. Padece naturalmente la ignorancia común de una larga época de abandono, pero es dócil y se aprovecha de la misión. Más problemático resulta al misionero el estado de los sacerdotes, ociosos y con muy deficiente formación; él les predica ejercicios y termina confesando con tristeza: «de éstos quedo muy disgustado» (EC I, p. 274).

En Cuba el estado de cosas es mucho más complejo y lastimoso: hay desórdenes político-sociales por movimientos independentistas, esclavitud y todos sus derivados, ansia de lucro de negociantes europeos, frecuencia del amancebamiento y adulterio, y en general una vida

---

<sup>89</sup> En 1845, en castellano, y en 1846, en catalán, publica *La cesta de Moisés entre las siete bocas del Nilo o Avisos saludables a los jóvenes para preservarse del siglo* (Vic. 144 pp.). En 1847 edita *la Verdadera Sabiduría* (Barcelona, 352 pp.) y *Nuevo Manojito de flores* (Barcelona, 424 pp.), que contienen exámenes de conciencia y oraciones para antes y después de la confesión. De 1848 es el librito *Modo facil de confessarse bé y ab brevedat y de combregar ab utilitat* (Vic 16 pp.).

afectivo-sexual bastante desordenada. Claret percibe muy pronto los diversos aspectos de la situación y así lo va comunicando a personas de confianza; unas cuantas expresiones suyas nos proporcionan un cuadro panorámico. Al medio año de haber llegado a la Isla, en agosto de 1851, intercede ante el capitán general para evitar la ejecución de unos cabecillas de insurrección, con los cuales él se siente comprensivo, «pues a más de ver con mis propios ojos las cosas que otros ven, muchísimos me han abierto y confiado sus corazones; sé las quejas, planes y motivos que allá en sus adentros abrigan» (EC I, p. 586).

Tras la primera visita-misión en la capital, el 8 de mayo de 1851 escribe a los párrocos anunciando su visita pastoral al resto de la diócesis y les pide que la vayan preparando, exhortando «a todos los que viven amancebados que salgan de un estado tan detestable, que al momento se separen y, separados que estén, o se casen o se olviden... A los que se apoderan de lo ajeno, a los que sostienen pleitos, a los que están enemistados..., que procuren enmendarse» (EC I, p. 496s). Por los mismos días, escribiendo a la Reina, le dice con pesar y esperanza: «voy encontrando muchos males que corregir, porque desgraciadamente la moral está aquí muy corrompida. Pero no puedo menos de confesar al mismo tiempo que estos isleños son muy dóciles y escuchan mi voz y mis exhortaciones» (EC I, p. 522). Y en carta a sus diocesanos del 21 de junio les manifiesta que, en lo que va conociendo de la diócesis, le ha causado dolor «la multitud de individuos que han vivido hasta aquí en continuo y público contubernio, haciéndose cada vez más común, produciéndose con esto graves escándalos» (EC I, p. 542).

Con su amigo el canónigo Caixal, en carta del 6 de julio, se explaya confidencialmente en estos términos: «La deshonestidad en esta Isla está en todo su auge; la fornicación se comete con poco escrúpulo, como si anduvieran al común a orinar; el vivir amancebado se llama vivir honestamente; los adulterios se miran como pasatiempo y diversión; el amo con la misma libertad se mezcla con la esclava mulata que con su esposa; etc., etc. Pero yo no lo extraño, porque nunca jamás han leído ni han oído predicar que fuese pecado» (EC I, p. 554). Claret debió de

recordar más de una vez la indicación que le había hecho su obispo Casadevall: «es la voluntad de Dios que sea Usted el apóstol de aquella voluptuosa Isla» (ECpas I, p. 76).

De estos últimos párrafos se desprende que Claret percibe mucha presencia del pecado, y mucha labor misionera por delante, pero que sabe excusar misericordiosamente, debido al largo abandono pastoral sufrido por la diócesis, y que la bondad natural de los cubanos le permite mirar al futuro con esperanza.

En noviembre de 1852, escribiendo al P. Esteban Sala, entra en el grave asunto de los esclavistas y negociantes europeos. Afirma que explotan a los esclavos como si fuesen ganadería, que «los hacen bautizar, es verdad, pero en lo demás viven como brutos», que abusan sexualmente de las esclavas, y, por supuesto «son enemigos de misiones, religión y moralidad»; en concreto, los negociantes españoles, y singularmente los catalanes, «son malísimos, son pésimos, nunca confiesan ni comulgan, ni van a oír misa, todos o viven amanecidos o tienen ilícitas relaciones con mulatas y negras, y no aprecian otro Dios que el interés» (EC I, p. 705).

Junto con estos desórdenes, preocupan a Claret algunos factores de incipiente descatalogización de la Isla. Por un lado, al no existir colegios de religiosos españoles, «las familias que cuentan siquiera con una fortuna muy mediana envían sus hijos a Norte-América para educarse, es decir, a recibir las impresiones de la niñez de manos enemigas; a llenarse de errores contra la pureza del dogma católico; diré mejor, a habituarse a no profesar religión alguna, aprendiendo a... ver todas las sectas más o menos respetadas que la religión católica» (EC I, p. 648). La prohibición en Cuba de comunidades de jesuitas, escolapios, etc., hace que muchos cubanos sean educados en «país enemigo» (EC I, p. 651). Además van entrando en la Isla bastantes protestantes, procedentes de EE UU o de Europa, algunos de los cuales hacen propaganda un tanto sucia de sus creencias: llegaron a introducir biblias falsificadas, que exteriormente parecían ser la edición católica del P. Felipe Scío pero que en realidad eran biblias reformadas encuadernadas en pastas falsas, con la finalidad de engañar. Esto llevó a Claret a publicar,

en 1854, con cierta dosis de indignación, una carta pastoral sobre la Fe Verdadera (EC I, pp. 963-971). Dos años más tarde, abundando en la misma preocupación, hace esta consulta a su amigo Caixal: «pensaba escribir en diálogo una sátira ridiculizando los errores más principales de los Protestantes, para ver si se detiene o entorpece algún tanto la marcha a este impetuoso torrente que todo lo va invadiendo o inundando: quid tibi videtur?» (EC I, p. 1168). Ignoramos la respuesta del prelado de Urgel; el hecho es que Claret fue adelante en su propósito y publicó dicha obra satírica<sup>90</sup>.

En la época de Madrid Claret no informa con mucho detalle sobre la situación moral, pero en sus escritos aparecen diversas alusiones o anécdotas que proporcionan un cuadro no muy lucido. Ya hemos visto como, a las pocas semanas de su llegada, valiéndose del aprecio que le van manifestando la Reina y varios ministros, presenta al Presidente del Gobierno una serie de propuestas para mejorar la situación: velar más por el orden público, evitar la venta de libros que inciten a la insurrección o la inmoralidad y las representaciones teatrales y bailes que vayan en esa dirección, prohibir legalmente la blasfemia y el trabajo en domingo y días festivos, combatir la prostitución, urgir las visitas pastorales de los obispos y favorecer las misiones...<sup>91</sup>.

Muy pronto percibirá desórdenes en la vida sentimental de la Reina, lo que hará que en septiembre de 1857 no se acerque a confesarla. Claret duda seriamente de si continuará en Madrid (dice a sus colaboradores de Cuba que no le envíen pertenencias), «porque exigen cosas que mi conciencia no puede salvarse [sic!]» (EC I, p. 1412). Pasadas unas semanas volverá a ejercer su ministerio en palacio, bajo ciertas condiciones; pero en febrero de 1858 los desórdenes se repiten. Claret dialoga extrasacramentalmente con su ilustre penitente y logra de ella buenas palabras, de

---

<sup>90</sup> Se trata de *El Viajero recién llegado*. Barcelona 1856; 20 pp. La obra tuvo otras tres ediciones en vida del autor, y en total se tiraron 30.000 ejemplares. En 1857, estando ya en Madrid, editó la obra, de autor desconocido, *Antídoto contra el contagio Protestante*. Barcelona 1857; 62 pp. Entre esta y sucesivas ediciones, llegaron a tirarse 38.000 ejemplares.

<sup>91</sup> El manuscrito de Claret, inédito, sin nombre ni fecha e integrado por doce puntos, se encuentra en el *Archivo de Narváez*, actualmente en la Real Academia de la Historia. Cf. alusión en EC I, pp. 1396 y 1414.

las que da cuenta al Nuncio: «Ayer estuve... Palabras, promesas, etc., etc., muchas; veremos el resultado, alguna esperanza parece que hay» (EC I, p. 1521). Mal que bien, siguió adelante como confesor.

Uno de los asuntos morales que preocupan a Claret desde su llegada a Madrid es la desunión y tensión social, con constantes conatos de revolución. Él lo considera, ante todo, fruto de ambición y también de doctrinas funestas importadas del extranjero; se va dando alguna forma de perversión social. Ya el 8 de agosto de 1857 escribe a uno de los compañeros de Cuba: «Temo una revolución grande antes de mucho tiempo... El mundo está malo, malísimo, los comunistas lo van a devorar todo». Y a su vicario general dice en la misma fecha: «Nos vamos apresurando aprovechando antes de que venga la tempestad del comunismo... Ya se destacó una fuerte guerrilla por Andalucía. Otras cosas peores sucederán» (EC I, pp. 1387 y 1390). Efectivamente en julio había tenido lugar en Arahal y Utrera (Sevilla) un fuerte enfrentamiento entre campesinos republicanos y el ejército.

De la acción de los gobernantes en su conjunto no espera mucho. Y teme que los desórdenes sociales tendrán también repercusión en la vida de la Iglesia; años más tarde aconsejará al P. Xifré tener una casa en Argel o en Orán, que pueda servir de refugio en caso de que los Misioneros sean expulsados de España (EC II, pp. 1008 y 1244). El 16 de diciembre de 1857 escribe a Caixal: «*Videte quomodo ambulatis, quoniam dies mali sunt*, como dice S. Pablo. Hemos de pensar que del Gobierno no hemos de esperar sino persecución y no protección, y si ostentan protegernos es para más oprimirnos. La voz es de católicos, pero el espíritu es de protestantes; espíritu que se ha infiltrado casi en todos los estados, espíritu de orgullo, de desobediencia, de insubordinación» (EC I, p. 1473).

Como en Cuba, también en la Península preocupan a Claret las ideologías no acordes con el catolicismo. En las clases más populares, sin afinar en distinciones, considera que hacen estrago el socialismo y el protestantismo, que, sin duda, tienen en común su carácter antimonárquico y, a los ojos de muchos, antiespañol, y son factores de perturbación; en Aut 717-735 enumera varios errores y embus-

tes propalados por estos grupos. En los niveles más intelectuales o cultivados, considera que se va extendiendo el panteísmo bajo el influjo de la filosofía alemana de Hegel, Strauss, Schelling (Aut 871).

En su tiempo se da una fuerte, aunque reducida, militancia protestante; mezclando algunos datos, Claret dirá que «los protestantes e impíos no se cansan de expender libros malos, hojas sueltas y toda especie de escritos perniciosos y estampas obscenas; ¿por qué no haremos otro tanto nosotros en el buen sentido?» (EC II, p. 604). Sabe, además, que en Madrid campa por sus respetos la masonería, importada de Inglaterra (Aut 869), siempre enemiga de la Iglesia e incluso dispuesta al asesinato de eclesiásticos activos como él (Aut 688). Durante su viaje por Andalucía en el otoño de 1862, vio ciertos pasquines de una especie de socialismo libertario con principios destructores de la familia que debieron resultarle estremecedores: «el hombre no debe reconocer a otro padre ni otra madre que la tierra, porque los hombres son como los hongos y las setas, etc. Sin contar con Dios para nada» (Aut 719.1). No es extraño que, unos meses después, escribiese al P. Xifré en este tenor: «la justicia de Dios está muy irritada y no hay otro medio que la morigeración de las costumbres para detenerla... La sociedad está sobre una pendiente, y sólo la religión la puede contener, y ésta la han de promover los Misioneros» (EC II, p. 651).

Esta panorámica nos muestra que, en boca y pluma de Claret, la «conversión de los pecadores» no es asunto de imaginación ni moda de un predicador decimonónico; sabe a qué se refiere. Pero el santo misionero no es un derrotista. Él cuenta con el poder de un Dios que es todo misericordia, con la peculiar sensibilidad de su corazón («yo naturalmente soy muy compasivo»: Aut 9), con la bondad natural de muchas gentes, y con los éxitos que su acción apostólica va teniendo. Su oración por la conversión de «todos los pecadores» no se mueve en lo quimérico.

Claret cree profundamente, como hemos visto (Aut 264), en el poder de la oración, que él practica incesantemente y pide a otro que

la practiquen<sup>92</sup>. A las monjas trinitarias de Madrid les pidió en unos ejercicios espirituales que, ya que eran redentoras de cautivos, le ayudasen a él a redimir a los cautivos del pecado»<sup>93</sup>. Por otra parte, su predicación, sus escritos y sus instituciones apostólicas causan un fruto que le sorprende a él mismo. En su época de Cataluña, su cédula contra la blasfemia logró que en dos años la blasfemia se redujese a «la milésima parte». Y una oración publicada en una hoja volante redujo enormemente los pecados de lascivia: «tocando por mí mismo los felices resultados que esta hoja estaba produciendo, me resolví a escribir otras...» (Aut 318). Una y otra vez afirma que la fe continúa viva en el corazón del pueblo, pero que debe ser reanimada después de un largo tiempo de abandono. En aquella época de predicación itinerante frecuentemente las gentes acudían a la misión desde pueblos muy alejados; y se dieron algunas conversiones sonadas, como la del herejarca de Alforja (Tarragona) (Aut 472). En Canarias tiene que predicar con frecuencia en las plazas ya que el gentío no cabe en las iglesias, y confiesa día y noche; los penitentes aguardan largas colas para confesarse con él y recuperar la paz: a veces «han de esperar nueve días con sus noches, antes no les toca su vez»; así podrá decir que «me tienen de tal manera robado mi corazón que será para mí muy sensible el día en que los tendré que dejar» (EC I, p. 280). En Madrid conocerá en directo conversiones que tenían que ver con su persona: asesinos que dieron marcha atrás y hasta se confesaron con él (Aut 688).

De los cubanos afirma que tienen una disposición excelente; a pe-

---

<sup>92</sup> «No sólo oraba yo, sino [que] además pedía a otros que orasen, como las Monjas, Hermanas de la Caridad, Terciarias y a todas [las] gentes virtuosas y celosas. A este fin les pedía que se oyesen la santa Misa y que recibiesen la sagrada Comunión, que durante la Misa y después de haber comulgado, que presentasen al Eterno Padre a su Santísimo Hijo y que en su nombre y por sus méritos le pidiesen...» (Aut 265).

<sup>93</sup> «Las exhorto, pues son de la redención de cautivos, que oren, que rueguen por tantos cautivos del pecado; ayúdenme con sus oraciones, pues yo tengo que... rescatar tantas almas de la esclavitud de satanás... yo pelearé con el arma de la divina palabra y el ruido de las voces, y Vdes. con la oración me ayudarán, pues sé por experiencia que la predicación sin oración no hace nada; oren ahora y después partiremos la ganancia» (ejercicios predicados en 1859; notas inéditas, tomadas por una religiosa de la comunidad).

sar del estado de abandono y desorden moral en que estaban, muy pronto puede escribir a la Reina: «No puedo menos de confesar que estos isleños son muy dóciles y escuchan mi voz y mis exhortaciones como de un padre que los ama tiernamente» (EC I, p. 522). Y poco más tarde dirá a Caixal: «nosotros todos hemos predicado contra este vicio [la impureza], y hemos conseguido cuanto se puede esperar. Todos han hecho su confesión general; los casados se han corregido, los amancebados se han separado o casado... Los sacerdotes de esta ciudad [Santiago] y cercanías todos se han enmendado... A más de los ejercicios que hicimos al principio, cada mes se hace el día de retiro espiritual, cada semana hay tres días de conferencia...» (EC I, p. 555). En toda esta movida, Claret continúa con la intención muy clara: «me propongo el impedir los pecados que se cometen, las ofensas que se hacen a Dios» (Aut 203); «me obliga a predicar el ver la multitud de almas que caen en los infiernos, pues que es de fe que todos los que mueren en pecado mortal se condenan...» (Aut 205).

«Es imposible, Sr. Mío –escribe al obispo de Vic en abril de 1852– explicar los felices resultados de la misión y visita; hemos de sufrir mucho y trabajar muchísimo, pero los frutos son centuplicados, gs. a Dios. Cada población da un completo vuelco, tanto en lo moral como en lo político, aunque de esto nunca jamás les hablo» (EC I, p. 630).

Sobre el influjo de Claret en evitar revoluciones en Cuba, que él entiende que traen siempre grandes males para la religión y para la patria, nos cuenta una curiosa anécdota: «Mientras estaba despachando en el Cobre, el General Lemery, que se hallaba de Comandante G[enera]l del departamento del Centro en la Ciudad de Puerto Príncipe, me escribía con el mayor encarecimiento que pasara luego allá, porque convenía para apagar la revolución, que se hallaba muy encendida» (Aut 521).

Tanto en Cuba como más tarde en Madrid, llega a la convicción de que su predicación detiene levantamientos y desórdenes: «yo estoy moralizando al pueblo, que es como si dijera destruyendo los elementos de revolución» (EC I, p.1443, nov. 1857). Y la Reina, convencida igualmente de ello, o del poder y autoridad moral de su mera presencia en la capital, le pone muchas dificultades para que se ausente.



Sólo dos años después de su llegada a la corte, pudo hacer una visita a sus Misioneros de Vic. Más tarde no le fue fácil conseguir autorización para ir a Gracia a presidirles los capítulos generales de 1862 y 1864: «no conviene que se sepa anticipadamente que yo salgo del lado de la Reina, aunque sea por pocos días» (EC II, p. 469); «he pensado ir sólo con mi capellán y el paje, para no llamar tanto la atención de los malos... importa que no me entretengáis muchos días por aquí [=ahí], pues S. M. me ha encargado que vuelva tan pronto como pueda, y toda la gente sensata me dice lo mismo» (EC II, pp. 785 y 789). Repetidas veces le dijeron algunos amigos que su predicación disipaba revoluciones que se estaban tramando en la capital.

Pero no eran solamente amigos de Claret quienes pensaban así. Han quedado curiosos testimonios de revolucionarios que vieron frustrados sus planes revolucionarios a causa de la actividad apostólica de Claret; según el anarquista Jaime Brossa: «Su residencia en Madrid, cuando más tarde fue nombrado confesor de Isabel II, fue una verdadera catástrofe para el movimiento revolucionario español» (AEC p. 212, nota 67).

En esta lucha de Claret contra el mal, no está de más recordar la presencia de S. Miguel Arcángel en su espiritualidad. Cuando el misionero se acercaba a predicar en un pueblo o ciudad, «nunca jamás me olvidaba de invocar al glorioso San Miguel y a los ángeles custodios, singularmente de mi guarda, al del reino, de la provincia, de la población» (Aut 268). En las Constituciones para sus Misioneros, escritas en 1857, en el número primero, San Miguel figura como compatrono de la Congregación, y desde los orígenes figura en el escudo de la misma. Lo elige también como protector de la Librería Religiosa (Aut 329) y finalmente le pone por titular de su gran institución laical para la evangelización de la cultura, la Academia de San Miguel (Aut 332). Claret intentó que esa su devoción al arcángel luchador por los derechos de Dios se difundiese en el pueblo, para lo cual publicó un breve folleto, doctrinal y de oración<sup>94</sup>. En su elemental sección doctrinal, entre las

---

<sup>94</sup> *Excelencias y novena del glorioso príncipe San Miguel*. Barcelona 1859; 24 pp.

funciones que atribuye al arcángel, son dignas de subrayarse las siguientes: «Él alegra y anima las reuniones de los Católicos, hace invencibles a los fieles que le siguen, conforta a los pusilánimes, da confianza y ánimo a los pecadores que se quieren convertir, reprime los vicios, calma las pasiones y rechaza el ímpetu de los demonios tentadores». Debe observarse que Claret compone el folleto al mismo tiempo que crea la Academia de San Miguel; de ahí que, junto al tema habitual de la conversión de los pecadores, ahora aluda a la «animación de las reuniones», seguramente las de los diversos «coros» de la Academia.

## 7.2. «Que los justos perseveren en gracia»

A pesar de las frecuentes menciones que hace Claret sobre la presencia del pecado en la sociedad y sobre el peligro de condenación de los pecadores, él no contempló a las gentes de su tiempo principalmente como una *massa damnata*; todo lo más, pudo verla como *damnabilis*, frágil y necesitada de apoyos, de los que entonces, en comparación con épocas pasadas, en buena medida carecía. Afirma expresamente que la fe continúa viva en el corazón del pueblo. «Vio que, a pesar de todo, el pueblo conservaba la fe, pero poco iluminada, debido al analfabetismo general y a la falta de catequistas y «catecismos» adecuados»<sup>95</sup>.

Él se hace muy pronto consciente de las prácticas de vida cristiana que se realizan en el seno de su familia; y es de suponer que no piense que sea una excepción en Sallent. En el Vic de sus años de seminario ve como las iglesias están llenas de fieles, que acuden a diversas prácticas de piedad. Desde el inicio de su predicación itinerante, percibe como las gentes acuden a oírle, se interesan por lo religioso; y la experiencia del confesionario le convence de ello más profundamente. Sus primeros libritos no son para «alejados», sino para creyentes interesadas en las prácticas de piedad (devocionarios), en los conocimientos religiosos (catecismos) y en el progreso en la vida espiritual y moral (*Avisos*).

---

<sup>95</sup> J. BERMEJO, en AEC p. 8.

Desde el comienzo de su ministerio misionero, él cuenta con el respaldo de personas santas, que con la oración respaldarán su acción apostólica; por eso pide oraciones por su predicación a toda clase de personas, «como las Monjas, Hermanas de la Caridad, Terciarias, y a todas las gentes virtuosas y celosas» (Aut 265). Según su primer biógrafo, Claret creó una especie de asociación entre sus oyentes que cumplieran gustosamente este encargo del misionero<sup>96</sup>. Estos eran, sin duda, muchos de los justos que él desea que perseverasen en gracia.

La multitud de justos la percibe en las masas ansiosas de «la divina palabra». Entre ellos están los canarios que «le han robado el corazón» (EC I, p. 280), los cubanos, mayoritariamente dóciles a las exhortaciones del arzobispo y de sus misioneros (EC I, p. 522), etc. En sus misiones, tanto en la época inicial como en la de arzobispo y confesor real, deja consignas para que los fieles recién reconciliados no retrocedan ni los pueda la seducción del mal. Deudor del estilo un tanto negativo o «precavido» de la época, al final de sus misiones deja consignas como las que siguen: «Antes morir que pecar, Huir de las ocasiones y peligros de pecar, Frecuentar los sacramentos, Devoción a la Santísima Virgen y sobre todo rezar todos los días el Santo Rosario, Andar siempre en la presencia de Dios. Éstas son las cinco importantísimas advertencias o instrucciones que con tanto encarecimiento os dio en su despedida el muy celoso operario de Jesucristo»<sup>97</sup>.

En sus *Avisos a un sacerdote*<sup>98</sup> intenta que el fruto que los clérigos hayan sacado de los ejercicios espirituales realizados bajo su dirección no se lo lleve la primera ráfaga de viento, sino que permanezca y se acreciente; se trata de una perseverancia que es más que mera repetición o recuerdo estéril. Para ello les inculca sobre todo que se tracen un plan de vida («proyecto personal») y se atengan a él, sin dejar las cosas a la mera espontaneidad, y que se ejerciten en una serie

---

<sup>96</sup> F. DE ASÍS AGUILAR, o. c., p. 87

<sup>97</sup> Pastoral de D. Fernando Blanco, obispo de Ávila, tras la misión predicada por Claret en 1860; p. 13.

<sup>98</sup> *Avisos a un sacerdote que acaba de hacer los ejercicios de San Ignacio, a fin de conservar el fuego que el divino Espíritu haya encendido en su corazón*. Vich 1844, 24 pp. De este folleto publicó 12 ediciones.

de prácticas que los mantengan despiertos.

Indudablemente cuenta Claret entre los justos a los miembros de la Archicofradía del Corazón de María, que establece en numerosas parroquias, a los de las Conferencias de San Vicente de Paúl, por las que tiene gran estima, a los asociados en los coros de la Academia de San Miguel, y a los que trabajan en las Bibliotecas Populares y Parroquiales. Ni que decir tiene que justos son los misioneros de su tiempo, los fundados por él –de los que tantos bienes espera– y los de órdenes y congregaciones por cuya restauración o primera implantación trabaja denodadamente, como los capuchinos («estoy tratando con el Gobierno de restablecer los capuchinos»: EC I, p. 1406) o redentoristas, en cuyas Reglas le parece encontrar lo mismo que hacen sus Misioneros, «y esto es un consuelo, pues uno se confirma más en ello» (EC II, p.572). Su carta «Al presidente de uno de los coros de la Academia de San Miguel» (EC II, 580-607) es un auténtico manual de espiritualidad seglar, en el que se proponen varios medios para adelantar en la perfección, cautelas a tener en cuenta, etc. En medio de muchas consignas especialmente condicionadas por la época, llama la atención la orientación cristocéntrica y eucarística de estas propuestas.

Objeto de atención esmerada por parte del gran apóstol fue desde el comienzo de su vida misionera la vida religiosa. En los años de su predicación por Cataluña dirigía ejercicios habitualmente tanto a las monjas de clausura como a las religiosas de las nuevas congregaciones que iban surgiendo. Lo mismo hará en sus años de Madrid<sup>99</sup>. Pero de esa época destaca especialmente su trabajo por reformar conventos en Andalucía, al visitarlos y predicar durante su viaje con los reyes en el otoño de 1862. Debió de ser para Claret una gran sorpresa encontrarse con que en la mayor parte de los monasterios femeninos no se llevaba vida común. «Les hacía ver la necesidad que tenían de aspirar a la perfección si se querían salvar, que no basta

---

<sup>99</sup> En su diócesis cubana sólo tuvo una comunidad de Ursulinas en Camagüey y el convento recién fundado de M. Inmaculada o Claretianas en Santiago. No consta que les haya dirigido ejercicios, pero sí pláticas.

con ser monjas para salvarse...Les decía cuán necesaria era la vida común para la perfección... Les presentaba los ejemplos de Jesucristo, Apóstoles, discípulos, y de todas las comunidades en que hay perfección, que todas son de vida común» (Aut 714).

En este campo da la preocupación de Claret por la fidelidad de los religiosos, se conservan unos interesantes apuntes del mes de mayo de 1869, que forman parte de sus trabajos de preparación para el concilio Vaticano I. En ellos la idea predominante es la del retorno a las fuentes, junto con el cuidado de no menospreciar observancias tenidas por insignificantes: «El espíritu se pierde por la inobservancia de cosas pequeñas al parecer, pero que son de grande trascendencia. Como los cabellos de Sansón, como la corteza de la fruta: *«Qui spernit módica.... Quia super pauca fuisti fidelis supra multa te constituam.* Dios ama mucho la fidelidad del hombre en cosas pequeñas. Dios nos llama con inspiraciones, con lectura, con sermones, por medio de los confesores, etc., etc. Nos dice: *Si vis ad vitam ingredi... Si vis perfectus esse...* Cuando el hombre es fiel... Si al oír la voz de Dios no endurece su corazón... Si le dice: *Loquere, Domine, quia audit servus tuus... Domine, quid me vis facere?* Cuando el hombre es fiel a la vocación y corresponde con una grande fuerza de voluntad, puede muchísimo. Y si es perseverante, sin dejar ni aflojar en lo comenzado, es inexplicable lo que hace, siempre, empero, ayudado de la gracia de Dios» (AEC p. 579)

Esta preocupación por la vida consagrada la debió de exponer Claret al papa Pío IX en sus encuentros de noviembre de 1865, y el pontífice le confirmó en lo que ya era su experiencia personal: «Es más fácil fundar de nuevo que reformar. El año 1865 me hablaba el S. P. Pío IX de una orden vieja y me dijo: *recedant vetera, nova sint omnia.* En una fundación, los que entran tienen las primicias del espíritu, pero una orden vieja, ¡Ay! En una huerta de frutales, cuando los árboles se hacen viejos, se vuelven feos, carcomidos, y dan poco fruto» (Ib. p. 580). Efectivamente en 1849, hablando de la reciente congregación de las Carmelitas de la Caridad o Vedrunas, Claret escribía gozosamente a Caixal: «En ellas reina el espíritu de pobreza evangélica, de oración y caridad... Si es susceptible [el Instituto] de alguna perfección se la daremos, pues

que en nuestras manos lo tenemos» (EC I, p. 317). Igualmente, cuando, en 1860, solicite de Roma la aprobación de las Constituciones de las Adoratrices, dirá al Papa: «He tenido tiempo y lugar para probar el espíritu de la fundadora y de las demás señoras asociadas, y puedo asegurar a V. Bd. que son llevadas del buen espíritu... no puedo menos que recomendarle, ya que tan abundantes y sabrosos frutos está produciendo» (EC II, p. 111). En cambio, para comentar lo que había visto en 1862 en un monasterio de Andalucía, echaba mano de las patéticas expresiones que le había escrito una novicia: «Por la sangre de N.S.J.C. le suplico que me saque de este infierno. No es convento, es una casa de vecindad; aquí no hay sosiego; todo es puro laberinto. Nada de lo que hay me gusta. Se el Prelado supiera lo que pasa en este convento, ya lo habría cerrado. Me encuentro próxima a profesar y seré una monja para el infierno» (Aut 712).

Pero Claret fue hombre de esperanza y atendió también asiduamente a las órdenes femeninas antiguas. Según carta del redentorista P. Vittorio Lojódice a su superior general, escrita en noviembre de 1865, el arzobispo Claret «da ejercicios a casi todos los monasterios de monjas»<sup>100</sup>. De algunos de estos ejercicios nos ha quedado fiel testimonio, en el que se muestra el fruto que Claret espera de sus desvelos: «por último nos dijo... sean muy buenas, sean mi corona, hijas mías... En el Cielo nos veremos y entonces ¡ay Dios mío! Cuando me digan ¿se acuerda? Yo soy una de aquellas monjitas a quien dio los ejercicios, desde entonces yo tomé tan a pecho...»<sup>101</sup>.

Como no podía ser menos, Claret se interesa por la perseverancia y el progreso espiritual de sus Misioneros. Ya en las primeras Constituciones, compuestas en 1850 y revisadas y editadas en 1857, se dedica un capítulo<sup>102</sup> a *Los Medios de que se han de valer los Misioneros para la propia santificación*; en él se detallan una serie de prácticas periódicas y de actitudes. En las de 1865, primeras aprobadas por Roma, la

---

<sup>100</sup> Cf. carta completa en *Studia Claretiana* XXII (2005) p. 89.

<sup>101</sup> Ejercicios dirigidos en 1859 a las trinitarias de Madrid. Notas inéditas tomadas por una de las monjas.

<sup>102</sup> En la edición de 1857 abarca los nn. 48-63.

mayor parte de los medios indicados se distribuyen por otros capítulos, quedando para el título expresado sólo el n. 27 de la Segunda Parte. En él se pide que el misionero renueve cada día el propósito de adelantar y que cultive con especial cuidado la rectitud de intención.

## **8. Horizonte universal: «la eterna gloria»**

En los catecismos de Claret y en los demás utilizados en su tiempo, figuraba como fin último del hombre la contemplación eterna de Dios en el cielo. Era obligado que este deseo de salvación universal figurase en la Oración Apostólica. Claret asimiló desde niño esta perspectiva de la existencia humana, la cual le acompañó durante toda su vida. La naturaleza de la gloria, tal como era presentada en catecismos y predicaciones, la hacen automáticamente deseable para el creyente, aun cuando este deseo deba equilibrarse con la prohibición moral de desearse la muerte. Pero tal equilibrio no siempre es fácil, y la experiencia mística lleva más allá que la moral común.

En los escritos de Claret encontramos diversas expresiones de su deseo personal de pasar al cielo. Ya en 1855, escribiendo desde Cuba al obispo Caixal, le dice: «Consérvese bueno, que yo también haré lo posible, aunque más quisiera ir al cielo, porque estoy cansado ya de vivir sobre la tierra» (EC I, p. 1120). Pero esta ansia de morir y entrar a participar de la gloria de Cristo se irá acentuando a medida que entre en su –relativa- vejez. En marzo de 1868 escribe al P. Xifré: «¡Oh, con que gusto moriría si el Señor me lo permitiera! La semana pasada me pensaba que ya había llegado el permiso divino, yo estaba muy contento... tanto es el deseo que tengo de ir con Cristo» (EC II, p. 1249); y en octubre de 1869 dice a D. Paladio Currius: «Tengo muchas ganas de morir... Me parece que ya he cumplido mi misión» (Ib., p. 1423).

En unos propósitos formulados en mayo de 1870, con gran lucidez y aplicándose textos bíblicos, escribe: «La tierra será un destierro para mí. Mis pensamientos, afectos y suspiros se dirigirán al cielo. *Conversatio nostra in coelis est* [Flp 3,20]. No hablaré ni escucharé sino cosas de Dios y que llevan al Cielo. Deseo que tengo de morir para ir al Cielo y unirme con Dios. *Desiderium habens dissolvi et esse*

*cum Christo* [Flp 1,23]. Como María Santísima, mi dulce Madre. Tengo de ser como una vela que arde, gasta la cera y luce hasta que muere» (AEC p. 730). Y en su lecho de muerte, en Fontfroide, como delicada réplica a quienes le indicaban que no es lícito desearse la muerte, volvió a citar el texto latino de Flp 1,23<sup>103</sup>; con él dejaba claro que su actitud no era de desesperación sino de ardiente esperanza.

Dado que la esperanza de la gloria no era asunto suyo individual, sino la perspectiva última y total de su apostolado, Claret recoge en sus *Sermones de Misión* hasta tres extensas variantes de predicación sobre la gloria del cielo<sup>104</sup>. Igualmente, en su edición de los *Ejercicios de San Ignacio*, siguiendo al gran maestro de espiritualidad y a su comentarista Joseph Pergmayr, la meditación XV versa sobre la gloria del cielo. Entre sus muchas consideraciones, todas de cierto peso filosófico-teológico y sin divagaciones imaginativas, dice que el alma bienaventurada «ama cuanto puede amar, tiene cuanto puede tener, goza cuanto puede gozar, que es el mismo Dios. De Dios vive enamorada, en Dios se halla sumergida, y en Dios está engolfada. En Dios encuentra todas las cosas...Dios es para ella un Padre amabilísimo, un esposo dulcísimo, un amigo fidelísimo que jamás perderá»<sup>105</sup>.

Tras sus primeros años de sacerdocio vividos en Sallent, su deseo de ayudar a todos en su caminar hacia la gloria le lleva a ofrecerse para una misión universal. Es un ardor apostólico que se caldeará aún más en el noviciado de Roma: «Como en las recreaciones no se hablaba de otra cosa que de virtudes, de la devoción a María Santísima y de la manera de ganar almas para el cielo, así es que en aquellos días prendió en mí tan fuertemente la llama del celo...» (Aut 153). En el interior de Claret, todavía novicio jesuita, llega a surgir el dilema que manifiesta San Pablo en Flp 1,23-24: elegir entre la propia ventaja (ir pronto al cielo) y la de los demás (seguir ayudándolos en ese camino): «¡Oh Jesús y María! El amor que os tengo me hace desear la muerte

---

<sup>103</sup> Proceso Informativo de Carcasona, sesión 3ª.

<sup>104</sup> *Sermones de Misión*, vol. II. Barcelona 1858, pp. 264-339.

<sup>105</sup> *Ejercicios espirituales de San Ignacio explicados por...* Barcelona 1859; p. 209.



para poder estar unidos en el cielo; pero es tan grande este amor, que me hace pedir larga vida para ganar almas para el cielo» (Aut 164). Y le gustaría que los demás sacerdotes gastasen la vida en lo mismo; frente a la aspiración a canonjías y prebendas, exclama: «La mejor canonjía es el amar mucho a Dios y salvar almas, a fin de tener un lugar distinguido en la gloria del cielo» (Aut 631).

Naturalmente, al fundar su Congregación de Misioneros, Claret le pone como finalidad, junto con la santificación de sus miembros, «la salvación de todos los habitantes del mundo»<sup>106</sup>, aunque de momento los efectivos sean muy pocos; y en su *fórmula o definición* dirá que el misionero piensa *siempre y únicamente* en «la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas» (Aut 494).

Esta perspectiva de ayudar a todos a conseguir la gloria hace que a Claret le llamen la atención los santos que han vivido a fondo esa inquietud. Leyendo una biografía de Santa Rosa de Lima, toma nota de esta frase que se le atribuye: «Vaya, Padre mío, y no tema; vaya a convertir a esos infieles... ¿Qué mayor dicha puede tener que bautizar, aunque no sea más que a un indiazuelo, y entrarle en el cielo por la puerta del bautismo?» (Aut 239).

Cuando escribe la Autobiografía, Claret mira con cierta nostalgia hacia sus años de predicador popular por Cataluña y en especial hacia sus conversaciones con «arrieros y gente ordinaria» (Aut 461) en vez de reyes y cortesanos, como entonces le toca. Pues bien, recordando sus conversaciones con aquellos añorados compañeros de camino, hace notar cómo intentaba elevar sus pensamientos a la gloria del cielo: «Cuando iba de viaje, a las gentes que se juntaban conmigo... al pasar cerca de un río, les hablaba de cómo el agua nos enseña que nosotros hemos de pensar que andamos hacia la eternidad. Al oír el canto de los pájaros, de una música, etc., les hablaba del cántico eterno y nuevo del cielo. Y así de lo demás. Con estas conversaciones familiares había observado que se hacía muchísimo bien» (Aut 336).

---

<sup>106</sup> Constituciones de 1857, nº 1.

En junio de 1855 escribía Claret a su amigo Caixal acerca de sus trabajos en Cuba: «A más de darles el pasto espiritual, se les da también el corporal, por medio de limosnas, de las cajas de ahorros y de los cuadernos de agricultura» (EC II, p.1119). Efectivamente, un año antes había publicado el folleto *Reflexiones sobre la agricultura*<sup>107</sup>, y en 1856 vería la luz el libro ya mencionado *Las Delicias del Campo*. En la introducción a las «Reflexiones» sospecha Claret que más de un lector se cuestionará: «¿A qué viene que un Prelado se ocupe de estas materias, cuando su elemento es la Sagrada Teología y Cánones y la moral cristiana? No hay duda que ésta es mi principal obligación; pero no considero fuera de razón el ocuparme en la propagación y perfección de la Agricultura...». Y continúa explicando que el amor a sus fieles diocesanos le hace sentirse obligado a procurarles el bien integral, temporal y eterno. Pero quizá haya algo más.

En los propósitos de ejercicios de 1858 consigna Claret: «La materia que más frecuentemente tengo que tratar es del cielo, por razones que Dios me ha dado a conocer». Sin duda el arzobispo tomó esto muy en consideración, pero ese recuerdo de la eternidad no le llevó en absoluto a desentenderse de este mundo; compatibilizando las tareas, al año siguiente comienzan con la restauración material de El Escorial, saneamiento de sus fincas rústicas, etc. Es el mismo Claret que vive en profunda experiencia mística (el pensamiento en el cielo) y en desbordante actividad apostólica; sabe muy bien que se dirige, y debe dirigir a otros, hacia la eterna gloria. Pero lo deslumbrante de la meta no le hace menospreciar las bellezas del camino. Del fluir de los ríos, del canto de los pájaros... de todo hace lo que llamaban los medievales una «lectura anagógica»: la hermosura de lo de aquí abajo tiene la virtud de remitir a la hermosura eterna de lo de arriba, a la eterna gloria.



---

<sup>107</sup> Barcelona 1854. 22 pp. Estaba proyectando la granja-escuela de Camagüey, con sus plantaciones, etc.

Cuando el misionero Claret, arzobispo y confesor real, redacta su Autobiografía e incluye en ella la *Oración Apostólica*, lleva ya más de 20 años entregado al ministerio de la predicación, la pluma, el confesionario, el Gobierno eclesiástico, la oración... En ese tiempo no se ha dado tregua en su esfuerzo por que Dios sea conocido, amado, servido y alabado; y su estilo no experimentará especiales cambios en los ocho años que le quedan de vida.

La *Oración Apostólica* no es, por tanto, un programa ante la perspectiva de una nueva época, sino la descripción de un itinerario ya prolongado. Hace dos décadas que su vivir consiste en estar inmerso en el conocimiento y amor de Dios y embarcado exclusivamente el su servicio. Por lo mismo, la *Oración Apostólica*, admirable resumen de esa forma de vivir, puede llamarse oración por el afianzamiento y la culminación; es la manifestación de un sublime deseo: que el Dios que le orientó por las sendas del apostolado y la contemplación no abandone la obra de sus manos (Salmo 138,8), que el que comenzó y continúa en él obra tan excelente, la lleve a término hasta el día de Cristo Jesús (cf. Flp 1,6). Claret experimenta que le ha tocado un lote hermoso, le encanta su heredad (cf. Salmo 16,6) y quiere saborearla más a fondo.

La *Oración Apostólica* de Claret contiene una autobiografía en miniatura; no una autobiografía anecdótica, sino de vivencias y actitudes. No una descripción en mosaico de sucesos y gestas, sino una definición íntima y unitaria de su persona.



**SEGUNDA PARTE**

**MEDITACIONES**



# I. «¡Oh Dios mío y Padre mío!»

AQUILINO BOCOS MERINO, CMF



## 1. Una primera aproximación

Con esta invocación comienza la llamada «Oración apostólica» de San Antonio María Claret, Fundador de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María (Misioneros Claretianos), que se halla en el n. 233 de la Autobiografía.

Esta exclamación revela su profundo sentimiento religioso y desvela su encendida caridad apostólica. Exclama desde un corazón totalmente enamorado de Dios a quien tiene por Señor y por Padre. La exclamación «Oh Dios mío y Padre mío» hay que entenderla en el conjunto de la oración y ésta, a su vez, en el más amplio contexto de su biografía misionera. Para evitar simplificaciones, que a veces se dan en quien no ha leído con detenimiento sus obras, es obligado ensanchar la mirada y contemplar la comprensión que Claret tiene de la relación entre Dios, el hombre y el mundo.

Si situamos al P. Claret como si fuera un hombre de nuestro tiempo, que se mueve en la secularidad y postmodernidad, difícilmente podríamos asegurar su talante profundamente religioso, expresado ya en sus

primeros años de vida, cultivado por sus padres y vida parroquial y acrecentado en la lectura de la Palabra de Dios, en la oración personal, en las asociaciones a las que se fue adscribiendo y a su fidelidad vocacional al ministerio. Su entorno estaba marcado por signos creyentes y eran notorias las convicciones cristianas. Todo en su ambiente era teocéntrico. El hombre, el cosmos, la historia tenían a Dios como su origen y su fin. Claret contempla su existencia como una trayectoria guiada por la providencia divina. «La divina providencia siempre ha velado sobre mí de un modo particular ...» (Aut 7). «Oh Dios mío, qué bueno sois, qué rico en misericordia habéis sido para conmigo» (Aut 21). «Cuántas gracias debo dar a Dios! ¡Bendito seáis, Padre mío, por la grande providencia y cuidado que siempre y en todas partes habéis tenido de mí!» (Aut 125).

La interjección «Oh» es la expresión de una emoción pura de asombro y admiración. Las exclamaciones, con interjecciones, son apoyaturas del lenguaje del corazón. Eran comunes en los santos y en los libros de piedad de siglo XIX y XX antes del Vaticano II. Hoy están más en desuso. Pero no debemos minusvalorarlas porque forman parte del entramado del sentimiento religioso y de la espiritualidad cristiana, basada en el Antiguo Testamento y en el Nuevo Testamento. Jesús en la cruz clama al Padre: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?», haciendo referencia al salmo 22, 1. Tomás confiesa ante Jesús resucitado: «¡Señor mío y Dios mío!» (Jn, 20, 28).

## **2. El itinerario de crecimiento espiritual de Claret**

Hoy conocemos muchos estudios de espiritualidad claretiana. Vemos como la gracia de Dios se historifica en Claret, testigo, misionero y apóstol. Aconsejo hacer este sencillo trabajo personal: tomar la Autobiografía, los documentos autobiográficos, los propósitos y las notas espirituales del P. Fundador y examinar atentamente el progresivo crecimiento de Claret confrontando fechas y textos y comparando las expresiones por él usadas. Como les ha sucedido a otros, verán muy claras en él estas tres etapas:

1. Los años previos a la fundación, caracterizados por la imitación



exterior de las virtudes apostólicas de Jesús, de María, de los Profetas, de los apóstoles, de los santos.

2. Los años de Cuba y primeros de Madrid, caracterizados por la interiorización de la presencia de Dios a través de la vivencia de las virtudes teologales y las virtudes pasivas.

3. Los años posteriores a la recepción de las especies sacramentales hasta la muerte, que son años de transformación en Cristo. «Es Cristo quien vive en mí».

En la MCH se dice textualmente. «Imitando, reviviendo y dejándose transformar interiormente por Cristo y bajo el dinamismo y la urgencia del celo apostólico, Claret vive con abnegación, pobreza y mansedumbre y cultiva todas aquellas virtudes que le disponen a ser un instrumento adecuado para extender el Reino de Dios. El título de Misionero Apostólico expresa su definición esencial» (MCH, 56).

La *oración apostólica*, que ha venido recitando en su corazón, bien puede situarse en la tercera etapa. Claret ha vivido intensamente la imitación externa de Jesús, ha tenido experiencia de la calumnia y de la persecución, ha derramado su sangre, ha experimentado profundamente la presencia de Dios en su vida, se halla caldeado por la caridad apostólica y se encuentra libre para la total entrega al servicio de la gloria de Dios.

### **3. La Autobiografía como referencia**

Al comentar la primera exclamación de la *oración apostólica*, lo haremos desde la Autobiografía. Sólo en alguna ocasión se hace referencia a los Propósitos y Notas espirituales de Claret. Pero bien merecería comentarla desde estos escritos personales y las Luces y gracias.

#### **3.1. Claret escribe para nosotros**

Pedro Laín Entralgo concibe las autobiografías como un amplio marco de referencia personal en él tienen cabida las confesiones, los diarios íntimos y las memorias. «Tomad» –dice– en vuestra mano un relato autobiográfico cualquiera. ¿No es asombroso esto de que un hombre

tome la pluma y cuente a los demás la trama de su propia vida? ¿Por qué el hombre se entrega a tan peregrina faena? Tal vez logremos contestar a esta incitante pregunta haciéndonos otra directamente conexa con ella: ¿a quién cuenta el hombre su vida cuando en verdad quiere contarla? Tres respuestas son posibles: el hombre puede contar su vida a Dios, a sí mismo y a los demás hombres. Nacen así tres géneros literarios, humana y literariamente distintos: las «confesiones», los «diarios íntimos» y «las memorias».

«Entendámonos. Si un hombre escribe sus recuerdos para que alguien los lea, es a los hombres, a los demás hombres, a quienes inmediatamente destina su narración. Pero, hablando a los hombres, el narrador de sí mismo puede dirigirse en última instancia al Dios personal en que cree, un Dios oidor y juzgador de cuanto los hombres hacen. Es el caso de San Agustín. San Agustín «confiesa» su vida a Dios, y mediante la confesión y la alabanza trata de «justificarse» ante Él. Cuando tal es la intención del escritor, los hombres son «testigos» de la confesión, la cual, en consecuencia, está dirigida a sus posibles lectores con un designio rigurosamente adoctrinador, edificante. Por eso, las confesiones no son nunca cínicas, aunque a veces lleguen a ser terriblemente sinceras»<sup>1</sup>

Estas consideraciones dan pie para pensar en el valor de la autobiografía del P. Claret como una confesión de cómo vive su relación con Dios en el servicio misionero. Los coloquios con Dios –Señor y Padre-, con Jesús, con María, que suele intercalar en sus narraciones y al final de los capítulos, son confesiones de fe y de estímulo para cuantos los leyeren.

*La oración apostólica* corresponde al n. 233 de la Autobiografía de nuestro santo Fundador. Es la conclusión del capítulo XII de la primera parte, en el que el P. Claret describe los estímulos que le movían a misionar, que fueron los ejemplos de los Profetas, de Jesucristo, Apóstoles, Santos Padres y otros Santos.

---

<sup>1</sup> Pedro Laín Entralgo, *Vestigios. Ensayos de crítica y amistad*. Madrid, 1948, 367.

Para hacerse cargo del hondo y extenso contenido de esta plegaria hay que apreciar la espiritualidad apostólica de Claret, cuyo itinerario, en gran parte, está reflejado en la Autobiografía. También, por supuesto, en sus cartas y muchos escritos espirituales y apostólicos. Prestamos aquí especial atención a la Autobiografía por ser toda ella una confesión de cómo entendía y vivía su vocación de apóstol. Está escrita entre 1861 y 1862. La alargó después hasta 1865. Son los años de su madurez humana, espiritual y pastoral. La escribe por mandato del director, P. José Xifré, y lo hace con cierta repugnancia. Le resulta penoso (cf Aut 1)<sup>2</sup>. Quienes le conocieron de cerca llegaron a confesar que había omitido mucho de cuanto extraordinario Dios había hecho en él. Don Paladio Curríus escribió: Sobre lo que él mismo dice de sí, nosotros podemos atestiguar, por lo visto, ser verdad mucho más de lo que él dice; mucho más de lo que tal vez calla por su grande humildad. «¡Quién le supiera imitar».<sup>3</sup>

Para los Misioneros claretianos, la Autobiografía tiene un valor fundante. Señala la roca en la que hemos sido tallados (cf. Is 51,1b). Es el texto básico para inspirar y moldear la vida misionera. Tiene valor paradigmático, pues en ella descubrimos el proceso de una vida entregada al Evangelio. Destaca la espiritualidad de quien se siente apasionado por la causa de Jesús y se deja mover por el Espíritu a fin de que todos los hombres vivan como hijos de Dios y sean felices.

---

<sup>2</sup> El Plan General de la Congregación recoge este tema en el n. 120. «Claret escribió la Autobiografía por mandato expreso del P. Xifré, su director espiritual y entonces Superior General de la Congregación (cf. Aut. I; EA p. 102). Sin tal mandato no se le hubiera ocurrido un intento semejante, puesto que una obra de este género resultaba extraña a su carácter y temperamento. Una vez comenzada la obra, se dio cuenta de que podía resultar provechosa para sus hijos Misioneros. La escribió, pues, con un deliberado propósito formativo. La escribió como Fundador para los Misioneros de su Congregación (cf. EA pp. 77-99). Se trata de un documento testimonial y pedagógico (cf. EA p. XVII)».

<sup>3</sup> *Carta de Paladio Curríus a Clotet*, Valls, 6 de enero de 1880. Fotocopia: AG.CMF: GC 19, 29. San Ignacio decía que todos los santos de la Iglesia «fueron más llenos de gracia, y favores de Dios, que lo que sus historiadores dicen de ellos»

### 3.2. La «oración apostólica»

Dejando de lado la cuestión de si es original, lo que se puede afirmar con seguridad es que es una oración propia, refleja muy bien sus inquietudes, aspiraciones, deseos y es coherente con su modo de vivir su vida misionera. Al terminar la narración de su primer viaje a Roma, con el que intentaba ponerse a disposición de la Congregación de *Propaganda Fidei* para que le enviaran a cualquier parte del mundo, hace esta oración: «¡Oh cuán buenos sois, Padre mío! ¡Quién acertara siempre a serviros con toda fidelidad y amor! Dadme continuamente vuestra gracia para conocer lo que es de vuestro agrado y fuerza de voluntad para ponerlo por obra! ¡Ay Señor y Padre mío, no deseo más que conocer vuestra santísima voluntad para cumplirla, no quiero otra cosa más que amaros con todo fervor y serviros con toda fidelidad! ¡Madre mía, Madre del amor hermoso, ayudadme!...» (Aut 136).

En los ejercicios espirituales de 1849 no hizo propósitos, pero dejó escrito en un papelito este pensamiento: «Aquel se dirá que en este mundo ama a Dios si se complace en que Dios sea Dios y que sea amado y servido por todo el mundo y tiene pena de que sea ofendido y agraviado. Y procura hacerlo conocer, amar y servir de todos, e impedir todos los pecados que le sea posible»<sup>4</sup>.

En el n. 42 de la Autobiografía deja ya esta exclamación: «¡Oh, Dios mío!, haced que todas las criaturas os conozcan os amen y os sirvan con toda fidelidad y fervor ¡Oh, criaturas todas! Amad a Dios, porque es bueno, porque es infinita su misericordia».

Por otro lado, tenemos la llamada «definición del misionero» o «recuerdo» –dos textos muy coincidentes<sup>5</sup>– que son una apretada síntesis del espíritu de Claret, que reflejan su personalidad interior y la fuerza de su celo apostólico<sup>6</sup>. Son textos contemporáneos a la oración apostóli-

---

<sup>4</sup> *Mss. Claret*, II, 10. Citado SAN ANTONIO MARÍA CLARET, *Autobiografía y escritos complementarios*, edición preparada por José María Viñas y Jesús Bermejo, Editorial Claretiana, Buenos Aires, 2008, p. 658.

<sup>5</sup> Cf. Aut 494 y *Mss. Claret*, X, 87.

<sup>6</sup> Cf. SAN ANTONIO MARÍA CLARET, *Autobiografía y escritos complementarios*, . . . , p. 381. Nota 563. El P.

ca. Pablo VI, comentando esta definición al Capítulo General de 1973, dijo: «Ved ahí, proyectado hacia vosotros, todo un programa de santidad, fundado en la renuncia valiente de sí mismo, fruto de su fecunda vitalidad evangélica. Os señala claramente, con expresiones de neto dinamismo paulino, el bien a que debe aspirar vuestra vida personal y comunitaria: el seguimiento y la imitación de Cristo a impulsos de una caridad siempre operante»<sup>7</sup>.

## **4. Trasfondo de la exclamación «Dios mío y Padre mío»**

### **4.1. La búsqueda de la gloria de Dios**

Claret es un creyente y un apóstol al que la gloria de Dios le tiene preocupado. Sólo si Dios es Dios todo estará en orden. Dios es infinitamente bueno y es Padre. Es nuestro creador y todo debe dirigirse a su gloria. Le duele que los hombres estén lejos de Dios, que vayan contra su voluntad. Se compadece y busca la forma de llevarles a un conocimiento de su belleza, de su sabiduría, de su amor.

Cuando inicia sus correrías misioneras por Cataluña se proponía la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas (Aut 199). En los propósitos de ejercicios renovaba este propósito: «Haré todo por Dios» (1843). «No buscaré en cosa alguna alabanza, sino sólo y únicamente, la gloria de Dios» (1850). «Todo lo haré para mayor gloria de Dios», repite ese mismo año. «Haré cada cosa con mayor cuidado, y diré: Ad maiorem Dei gloriam. Por vos, Señor» (1860).

No es, pues, de extrañar que, al explicar el motivo de su predicación, diga: «El fin que me propongo es que Dios sea conocido, amado y servido de todos. ¡Oh quién tuviera todos los corazones de los hombres para amar con todos ellos a Dios! ¡Oh Dios mío! ¡No os conocen las gentes! ¡Oh si os conocieran! Seríais más amado. ¡Oh si conocieran vuestra sa-

---

Clotet escribió: «A nadie convenía mejor la definición que a nuestro amado Padre». JAIME CLOTET, *Vida edificante del Padre Claret, Misionero y Fundador*. Transcripción, revisión y notas de Jesús Bermejo, PCI, Madrid, 2000... p. 261.

<sup>7</sup> Pablo VI, *Alocución al Capítulo General*, Documentos Capitulares CMF, Barcelona, 1973, pp. 12-13

biduría, vuestra omnipotencia, vuestra bondad, vuestra hermosura todos vuestros divinos atributos! Todos serían serafines abrasados en vuestro divino amor. Esto es lo que intento: hacer conocer a Dios para que sea amado y servido de todos». (Aut 202) A continuación, como consecuencia, añade: «También me propongo el impedir los pecados que se cometen, las ofensas que se hacen a Dios. ¡Ay! Aquel Dios que es amado de los serafines, servido de los ángeles, temido de las potestades y adorado de los principados, pues este Dios es ofendido de un vil gusano de la sierra, de un hombre! ¡Pasmaos, cielos, sobre esto! ¡Ah! Si un noble caballero viera a una dama inocente y virtuosa injuriada y ultrajada, no podría contenerse, tomaría su parte y la defendería. Pues ¿qué no debo hacer yo al ver a Dios ofendido y ultrajado?» (Aut 203).

En la definición del Misionero dirá que éste no piensa sino cómo imitará y seguirá a Jesucristo en procurar siempre y únicamente la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas (Aut 494). Coincide con el objeto que señaló a la Congregación de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María en las Constituciones de 1862: buscar en todo la gloria de Dios. Al final de su vida, Claret escribirá este obsequio: «Todas las cosas que haré y cada una en particular será con la mayor perfección posible. La causa impulsiva será el Amor de Dios. La causa intencional, la mayor gloria de Dios. La causa final será hacer la voluntad de Dios».<sup>8</sup>

## 4.2. Dios es mi Padre

Cuando Claret habla *de* Dios aparece un conjunto de atributos divinos: Es el Señor, el bien absoluto, perfectísimo, eterno, todopoderoso, sapientísimo, omnipotente, compasivo, misericordioso, providente, y otros varios que emplea en su Catecismo y en diferentes escritos. Cuando habla *con* Dios la relación se hace reverencia, admiración, veneración, alabanza, agradecimiento, filiación, intimidad, ternura, confianza, fortaleza, disponibilidad y entrega. El Espíritu Santo enseña a alabar a Dios continuamente<sup>9</sup>. Le llama *Señor* y le llama *Padre*.

---

<sup>8</sup> San Antonio María Claret, *Autobiografía...* Buenos Aires, 2008, p. 729.

<sup>9</sup> Cf. San Antonio María Claret, *Autobiografía...* Buenos Aires, 2008, p. 664.

Recurre con frecuencia a la bendición: «Bendito seáis Dios mío»<sup>10</sup>. En una ocasión dice: «Bendito seas, Padre mío» (Aut 125). A veces dice Dios, y añade «que es mi Padre». Entresaco de la Autobiografía algunos textos donde hace referencia a la invocación a Dios como Padre:

«...el pecado no sólo hace condenar a mi prójimo, sino que principalmente es una injuria a Dios, que es mi Padre. ¡Ah! esta idea me parte el corazón de pena y me hace correr como... Y me digo: si un pecado es de una malicia infinita, el impedir un pecado es impedir una injuria infinita a mi Dios, a mi buen Padre» (Aut 16).

«Ay, Dios mío! ¡Ay, Padre mío! Dadme el que pueda impedir todos los pecados, a lo menos uno, aunque de mí hagan trizas» (Aut 17).

«¡Cuántas gracias debo dar a Dios! ¡Bendito seáis, Padre mío, por la grande providencia y cuidado que siempre y en todas partes habéis tenido de mí!» (Aut 125)

«¿No sería yo el mayor criminal del mundo si no procurara impedir los ultrajes que hacen los hombres a Dios, que es mi Padre? ¡Ay, Padre mío! Yo os defenderé, aunque me haya de costar la vida.» (Aut 204).

«No busco, Señor, ni quiero saber otra cosa que vuestra santísima voluntad para cumplirla, y cumplirla, Señor, con toda perfección. Yo no quiero más que [a] Vos, y en Vos y únicamente por Vos y para Vos las demás cosas. Vos sois para mi suficiéntísimo. Vos sois mi Padre, mi amigo, mi hermano, mi esposo, mi todo. Yo os amo, Padre mío, fortaleza mía, refugio mío y consuelo mío. Haced, Padre mío, que yo os ame como Vos me amáis y como queréis que yo os ame. ¡Oh Padre mío! Bien conozco que no os amo cuanto debo amaros, pero estoy bien seguro que vendrá día en que yo os amaré cuanto deseo amaros, porque Vos me concederéis este amor que os pido por Jesús y por María» (Aut 445).

---

<sup>10</sup> Cf. Aut. 82, 152, 169, 250, 299, 305, 322, 324, 354, 356, 492, 613 703. A veces esta expresión es fruto del sentimiento de veneración y gratitud.

Se manifiesta, a través de estos ejemplos, cuál es su relación filial con Dios, que es su Padre, a quien se confía y de quien todo lo espera. Lo es todo: amigo hermano, esposo. La ternura es evidente y en el fondo de las exclamaciones están las ascuas encendidas del Espíritu. Ni es algo ficticio ni intimista. Es un amor puro y elevado. Tiene ecos de una experiencia mística singular, propia de los santos que quedan atrapados por el Tú que les posee y ellos sienten que les es suficientísimo.

Quizá convenga aclarar, para quienes su relación personal con Dios llegue a ser familiar a través de Jesucristo y el Espíritu Santo, que en el P. Claret esta relación con el Padre se halla simultaneada con las tres personas del Dios uno. La Autobiografía está cargada, no podía ser menos, de referencias a Jesucristo y no tantas -es verdad- al Espíritu Santo<sup>11</sup>.

### 4.3. Padre mío y Padre de todos los hombres

Claret es muy consciente de que «somos criados para conocer, amar, servir y alabar a Dios» (Aut 327). Pero ¿qué alcance dar al posesivo «mío», pronunciado en la *oración apostólica* y en tantas otras ocasiones al referirse a Dios y Padre? Es una forma de enfatizar la relación que media entre Dios y el alma elegida, en este caso el misionero apostólico. La madre que tiene varios hijos, cuando toma al pequeño en sus brazos, exclama «¡hijo mío, amor mío!». Pero no excluye a los otros hijos. Claret no es un hombre solitario, ni tiene una visión solipsista de la vida, sino se siente misionero en la Iglesia, Cuerpo de Cristo, con visión universal.

---

<sup>11</sup> El P. Claret habla del Espíritu Santo en el *Catecismo explicado* y en el *Colegial instruido* al tratar los sacramentos del bautismo, confirmación y orden. En la Autobiografía pueden verse estos textos: nn. 118, 156, 439, 440, 443, 653, 664. Es texto clave el n. 687: «El Señor me dijo a mí y a todos estos Misioneros compañeros míos: *Non vos estis qui loquimini sed Spiritus Patris vestri, et Matris vestrae qui loquitur in vobis*. Por manera que cada uno de nosotros podrá decir: *Spiritus Domini super me, propter quod unxit me, evangelizare pauperibus misit me, sanare contritos corde...*». Lo es igualmente este texto sobre el amor a los enemigos: «Vivo ego, iam non ego, vivit vero in me Christus (Gal 2,20). El que tiene el Espíritu de Cristo entiende bien este precepto y lo cumple. Quien no tiene el Espíritu de Cristo no entiende ni practica esto». Autobiografía... Buenos Aires, 2008, p. 777.



Ya desde niño manifiesta un celo sin límites en forma de compasión. Más tarde, el amor filial al Padre le encendía el celo por la salvación de todos los hijos dispersos. Siendo seminarista, se siente identificado con el Siervo para ser luz de todas las naciones. La parroquia le parece estrecha para su misión. No quiere ser obispo para no atarse a un lugar porque «mi espíritu es para todo el mundo». Estando en la Corte del Reino muestra sus deseos de correr por todo el mundo predicando el Santo Evangelio. Sueña con que su Congregación se extienda por el mundo.

Tiene el norte muy claro y recordará esto: «El Señor me dio a conocer que no sólo tenía que predicar a los pecadores sino también a los sencillos de los campos y aldeas había de catequizar, predicar, etc., etc., y por esto me dijo aquellas palabras: Los menesterosos y los pobres buscan aguas y no las hay; la lengua de ellos se secó de sed. Yo el Señor les oiré; yo el Dios de Israel no les desampararé (ib., 17). Yo haré salir ríos en las cumbres de los collados y fuentes en medio de los campos, y los que en el día son áridos desiertos, serán estanques de buenas y saludables aguas. Y de un modo muy particular me hizo Dios Nuestro Señor entender aquellas palabras: *Spiritus Dominis super me et evangelizare pauperibus misit me Dominus et sanare contritos corde* (Is. 61, 1)» (Aut 118).

El misionero apostólico ha recibido como dones la propia vocación y los cuatro puntos cardinales, cinco talentos, para estar siempre disponible a anunciar el Evangelio por el mundo entero<sup>12</sup>.

Si se dirige en la oración al Padre a quien ama entrañablemente, sabe que es Padre de todos los hombres. Vive centrado y flechado en el amor que le ha encendido por dentro y le hace contagiar a los demás su propia experiencia de salvación. No se detiene en el camino, no le interesan las cosas que pueden interrumpir su misión. Atiende a todo tipo de personas y para todas tiene un mismo mensaje: vivir como hijos del Padre.

---

<sup>12</sup> Cf. San Antonio María Claret, *Escritos Espirituales*, Bac, Madrid, 1985, p. 259.

## 5. Resonancias en nuestra vida misionera

La exclamación: «Oh Dios mío y Padre mío» no nos deja, no puede dejarnos, indiferentes. Cuestiona nuestra sensibilidad ante Dios, ante nuestro Padre. Nos pide examinar nuestra intimidad, es decir, nuestra estrecha y confiada relación con quien nos ama y es suficientísimo. Nos sugiere avivar la pasión por Dios, por los hombres, que nos gritan desde sus pobrezas, y por todas las cosas, es decir, la creación entera.

Esta exclamación nos advierte que antes de entrar en el contenido de la *oración apostólica* tenemos que tener el corazón preparado. Nadie puede dirigirse a Dios, que es nuestro Padre, desde la distracción, la frivolidad, la dispersión, el cansancio, el desinterés. Y menos desde el olvido de nuestros pecados. Nos pide estar en sintonía y esto requiere observar cómo andamos, entre otros, en estos puntos:

### 5.1. La imagen de Dios

Hemos sido creados a imagen de Dios y quiere relacionarse con nosotros. Para Claret, Dios es Padre y mantiene a lo largo de su vida una relación de filiación. Trata de identificarse con Cristo, el Hijo del Padre, para mayor gloria de su nombre. ¿Podemos decir nosotros lo mismo? ¿Nuestra relación con el creador, el salvador, el santificador, brota de un corazón abierto, enraizado, apasionado?

De la imagen que tengamos de Dios depende nuestra relación con Él<sup>13</sup>. También la frialdad o el ardor por su gloria. ¿Te has preguntado por qué, a veces, ni te atreves a decir «Oh Dios mío y Padre mío»? No estamos hablando de sensiblería, sino de fe profunda en quien es fuente de vida y de amor. Un claretiano, llamado a arder en caridad, no puede por menos de sentir profunda ternura ante el Padre, Dios del amor. Se siente impulsado a amar al prójimo (cf Aut 448). «Quien tiene el Espíritu de Cristo ama a Dios y de este mismo tallo brota el amor al prójimo, al que mira como el hijo de Dios, la imagen de Dios,

---

<sup>13</sup> Aconsejo vivamente la lectura de dos números monográficos de la revista VIDA RELIGIOSA dedicados a Imágenes de Dios, cuadernos 2 y 3 de 2010.

la obra de Dios, redimido con la sangre de Jesucristo, el destinado para el cielo»<sup>14</sup>

## 5.2. Humildad y reconocimiento

La invocación aquí, en el comienzo de la plegaria, brota de un corazón humilde que reconoce de dónde proceden todos los beneficios de los que disfruta y cómo se le han dado para servir. Hoy no son buenos tiempos para la humildad. Demasiada egolatría y, por lo mismo, olvido de Dios y del prójimo. La humildad es una virtud humilde, pero no es bajeza. La humildad va unida a la verdad y a la caridad. La humildad nos da la medida exacta de lo que somos. Nos es imprescindible para aceptar la propia condición terrena. Cuando no hay humildad se corre el riesgo de acaparar, manipular, la imagen de Dios en favor propio o de turbios intereses; no se acepta la verdad y no se descubre el límite, el por qué de la tristeza y de las zonas oscuras del interior humano.

La humildad brota del reconocimiento y, por eso, es una virtud lúcida. Es la virtud de los santos. Si la humildad es andar en verdad, vemos que nos hay proporción entre Dios y el hombre, entre nuestro Padre celestial y nosotros, limitadas criaturas. El P. Claret considera que esta virtud es la primera y más esencial para que el misionero de fruto. «Conocí que en esto consiste la virtud de la humildad, esto es, conocer que soy nada, que nada puedo sino pecar, que estoy pendiente de Dios en todo: ser, conservación, movimiento, gracia; y estoy contentísimo de esta dependencia de Dios, y prefiero estar en Dios que en mí mismo». (Aut 347)

Uno de los sentimientos más genuinos del espíritu de Claret es el reconocimiento y la gratitud hacia Dios por los beneficios recibidos. Por eso, hay que valorar la exclamación como una salida de sí, como una permanente derivación hacia quien le otorga tantos bienes. Entre los muchos textos, relato estos dos: «¡Oh Dios mío! ¡Qué bueno habéis sido para mí!... Yo no he conocido hasta muy tarde las

---

<sup>14</sup> San Antonio María Claret, *Autobiografía*,... Buenos Aires, 2008, p. 777.

muchas y grandes gracias que en mí habíais depositado» (Aut 35). «¡Bendito seáis, Dios mío, que me habéis enriquecido con ese don, que es vuestro y no mío, pues conozco que de mí ni una palabra puedo decir, ni un pensamiento bueno puedo tener! Todo sea para vuestra gloria» (Aut 299).

Claret se identifica con lo dicho por San Agustín: La humildad es «signo de Cristo» y señal también de los cristianos, porque «donde está la humildad está la caridad». Un claretiano que dice en su corazón: «Dios mío y Padre mío» está haciendo una confesión en la soberanía de Dios y está acogiéndose a su infinita bondad. Es un acto de veneración y de alabanza.

### **5.3. Compasión y el celo apostólico**

La experiencia de la ternura de Dios y de su fuerza liberadora del límite, del pecado, lleva al amor compasivo y al celo apostólico. Claret tuvo siempre fijos los ojos en Jesús, el Hijo del Padre, nuestro salvador. Se dirigía a Dios, Padre compasivo y misericordioso. Cuando le invoca en su *oración apostólica*, su interior rezuma compasión hacia el prójimo que no es feliz, que puede perderse y que no puede gozar de la bondad divina. Estas son sus palabras: «Yo, naturalmente, soy muy compasivo; y esta idea de la eternidad de penas quedó en mí tan grabada, que, ya sea por lo tierno que empezó en mí, o ya sea por las muchas veces que pensaba en ella, lo cierto es que es lo que más tengo presente. Esta misma idea es la que más me ha hecho y me hace trabajar aún, y me hará trabajar mientras viva en la conversión de los pecadores, en el púlpito, en el confesionario, por medio de libros, estampas, hojas volantes, conversaciones familiares, etc., etc» (Aut 9). Y en el n. siguiente añade: «La razón es que, como yo, según he dicho, soy de corazón tan tierno y compasivo que no puedo ver una desgracia, una miseria que no la socorra, me quitaré el pan de la boca para dar al pobrecito y aun me abstendré de ponérmelo en la boca para tenerlo y darlo cuando me lo pidan, y me da escrúpulo el gastar para mí recordando que hay necesidades para remediar; pues bien, si estas miserias corporales y momentáneas me afectan tanto, se deja

comprender lo que producirá en mi corazón el pensar en las penas eternas del infierno, no para mí, sino para los demás que voluntariamente viven en pecado mortal» (Aut 10).

Esto nos lleva a pensar que para conjugar los verbos *conocer*, *amar*, *servir* y *alabar*, que figuran en la *oración apostólica* se requiere, como predisposición, la compasión y la caridad apostólica. La compasión lleva a un compromiso apasionado con el prójimo. El samaritano se compadeció y curó al apaleado. Claret nos sigue invitando a revestirnos de los sentimientos de Cristo quien se solarizó con nosotros, buscaba la oveja perdida y se compadecía de la muchedumbre extenuada. El samaritano se compadeció e hizo todo lo que se podía hacer para sanar al apaleado (Lc 10, 25-37). La exclamación «Oh Dios mío y Padre mío» nos hace salir de nosotros mismos, ser conscientes de las reales necesidades del mundo y compartir nuestros bienes espirituales y materiales.

#### **5.4. La confianza y la entrega**

La invocación «Oh Dios mío y Padre mío» viene sustentada en la confianza que Claret tiene con Dios Padre. Sabe que le acoge como es, con sus limitaciones y debilidades y esto le da confianza, seguridad, en el servicio misionero. Su entrega es fruto de la confianza que envuelve la relación de Claret con el Padre. Todo lo que sea para mayor gloria suya lo hará por amor. Ya no le importan las calumnias, ni las persecuciones. Todo lo soporta por amor de los elegidos, para que ellos también alcancen la salvación y la gloria eterna en Cristo (cf. 2 Tim 2,10).

Claret dedica el capítulo XXX de la primera parte de la Autobiografía a la virtud del amor a Dios y al prójimo. Comienza diciendo: «La virtud más necesaria es el amor. Sí, lo digo y lo diré mil veces: la virtud que más necesita un misionero apostólico es el amor. Debe amar a Dios, a Jesucristo, a María Santísima y a los prójimos. Si no tiene este amor, todas sus bellas dotes serán inútiles; pero, si tiene grande amor con las dotes naturales, lo tiene todo» (Aut 438).

Más adelante, subraya el servicio misionero de la Palabra. «La palabra

divina sacó de la nada todas las cosas. La palabra divina de Jesucristo restauró todas las cosas. Jesucristo dijo a los Apóstoles: *Euntes in mundum universum, praedicate evangelium omni creaturae*. San Pablo dijo a su discípulo Timoteo: *Praedica Verbum*. La sociedad no perece por otra cosa sino porque ha retirado a la Iglesia su palabra, que es palabra de vida, palabra de Dios. Las sociedades están desfallecidas y hambrientas desde que no reciben el pan cotidiano de la palabra de Dios. Todo propósito de salvación será estéril si no se restaura en toda su plenitud la gran palabra católica» (Aut 450).

Hoy el servicio misionero de la Palabra está especialmente necesitado de confianza y entrega. Necesitamos testigos. Con palabras de Pablo VI: «Paradójicamente, el mundo, que a pesar de los innumerables signos de rechazo de Dios lo busca sin embargo por caminos insospechados y siente dolorosamente su necesidad, el mundo exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos mismos conocen y tratan familiarmente, como si estuvieran viendo al Invisible» (EN 76). ¿No es esto lo que se esconde tras la exclamación de Claret al iniciar su *oración apostólica*?

## II. «Que os conozca y os haga conocer»

PABLO LARGO DOMINGUEZ, CMF



¡Oh Dios mío y Padre mío!,  
haced que os conozca y que [os] haga conocer;  
que os ame y os haga amar;  
que os sirva y os haga *ser[vir]*;  
*que os alabe y os haga alabar de todas las criaturas.*  
*Dadme, Padre mío, que todos los pecadores se conviertan,*  
*que todos los justos perseveren en gracia*  
*y todos consigamos la eterna gloria. Amén.*<sup>1</sup>

La oración filial y apostólica del P. Claret posee una estructura diáfana. Contiene una invocación inicial dirigida a Dios, dos breves series de peticiones y la interjección conclusiva habitual «amén».

La primera serie de peticiones incluye cuatro verbos: conocer, amar, servir, alabar. Los verbos en cuestión no se hallan solo en esta plegaria de la *Autobiografía*; aparecen en otro lugar de la misma; en efecto, tratando el P. Claret del séptimo medio de que se valía para hacer fruto,

---

<sup>1</sup> San Antonio María Claret, *Autobiografía y escritos complementarios*. Edición del bicentenario preparada por José María Viñas y Jesús Bermejo, nº 233 (Buenos Aires, Editorial Claretiana, 2008) 238. En el texto, en adelante, citaremos con la abreviatura «Aut».

escribe: «Somos criados para conocer, amar, servir y alabar [a Dios]» (Aut 327). En otros pasajes está presente la terna «conocer, amar, servir»: así, al exponer el fin que se proponía cuando iba a una población enviado por el prelado, escribe el Fundador: «Esto es lo que intento: hacer conocer a Dios para que sea amado y servido de todos» (Aut 202); en otra oración, al referir sus ocupaciones ordinarias y extraordinarias, eleva a Dios una oración que contiene este anhelo: «¡Quién me diera el haceros conocer, amar y servir de todas (las) criaturas!» (Aut 641). En la lista de los propósitos que hizo en noviembre de 1962 figura el siguiente: «Pediré a Dios N. S. continuamente que haga que le conozca y que le haga conocer, que le ame y que le haga amar, que le sirva y que le haga servir» (Aut 743; en relación con el estudio, cf. 744 y 789).

¿Se inspiró el P. Claret para adoptar esta terna en el libro de los *Ejercicios Espirituales* de Ignacio de Loyola? En una página de Internet se aduce un supuesto pasaje ignaciano de este tenor: «El hombre ha sido creado para conocer, amar y servir a Dios y mediante esto salvar su alma»<sup>2</sup>; pero, en realidad, el texto de Ignacio de Loyola dice más bien lo siguiente: «El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor»<sup>3</sup>. Donde sí hallamos el mismo trío verbal y en el orden preciso en que la propone el P. Claret es en un texto editado en su tiempo: «En este beneficio de la creación considera el fin que Dios ha tenido en criarte, y a qué fin te ha ordenado; y verás que en esto te ha hecho más merced, que en toda aquella nobleza que te dio: pues te ha criado para conocer, amar y servir a la infinita Magestad del mismo Dios en esta vida, y después en el cielo conocer claramente su infinita bondad y gozarla con un abismo de deleites por toda la eternidad»<sup>4</sup>. Encontramos este trío de verbos en la oración y

---

<sup>2</sup> Cf. <http://www.autorescatolicos.org/misc02/antoniorivero36.pdf>.

El propio P. Claret o anteriormente algún otro pudo incluir (en la oración o en una forma literaria diferente) el motivo de la alabanza, mencionado expresamente por Ignacio de Loyola.

<sup>3</sup> Cf. *Ejercicios espirituales* de Ignacio de Loyola. Autógrafo del autor [23] (Madrid, Apostolado de la Prensa, 1956) 23) 25.

<sup>4</sup> Cf. *Manual de piadosas meditaciones en donde no solo se manifiesta la necesidad que todos tenemos de practicar la oración mental, y el modo para hacer ejercicios espirituales* [...] añadido y enmendado considerablemente en esta edición, sacado a luz por los PP. de la Casa de la Congrega-



vivencia teológica de otras personalidades de la época del P. Claret: por ejemplo, en el beato Guillermo José Chaminade, fundador de los marianistas<sup>5</sup>.

A su vez, la díada o binario «amar y servir» se halla en otra plegaria similar a la oración apostólica: «¡Bendito seáis, Dios mío, que tan bueno y misericordioso habéis sido conmigo! Haced que os ame, que os sirva con todo fervor y que os haga amar y servir en todas las criaturas» (Aut 152). Lleva a evocar una máxima, esta vez sí, de Ignacio de Loyola: «En todo amar y servir». El Catecismo del P. Ripalda (edición de 1880), tras enumerar los diez mandamientos, concluye: «Estos diez mandamientos se encierran en dos: en servir y amar a Dios sobre todas las cosas, y a tu prójimo como a ti mismo».

Aquí glosamos la primera petición («que os conozca y que os haga conocer»). Nos detenemos inicialmente en el verbo con que arranca la primera serie de peticiones; recordamos luego una lista de testimonios que reflejan esta doble diligencia (conocer y hacer que otros conozcan); examinamos seguidamente la primera parte de esta petición («que os conozca»); tratamos a continuación la segunda parte de la petición («que os haga conocer»); cerramos con una conclusión.

---

ción de la Misión de esta ciudad (Barcelona, Imprenta de Sierra y Martí, enero de 1833) 64 (Hemos respetado la ortografía del texto, pero no los acentos). Estamos, pues, al menos ante la segunda edición de esta obra. Se repiten las mismas palabras en otro lugar: «Considera, que siendo tú criado para conocer, amar y servir a Dios en este mundo, y después gozarle en el cielo [...]» (p. 369). Esta repetición de los mismos verbos y el mismo orden denota un probable esquema fijo usado por los Paúles.

En una biografía de san Vicente de Paúl, se informaba que las Hijas de la Caridad, una vez habían sido destetados los niños que entregaban a nodrizas que vivían en el campo, los llevaban de nuevo al Hospital y, «al enseñarles a hablar, les enseñan a rezar a Dios, a conocerlo bien, a amarlo y a servirlo» (L. Abelly, *vie de saint Vincent de Paul, instituteur et premier Supérieur Général de la Congrégation de la Mission*. Nouvelle édition [París, Débecourt – Canuet, 1839] 146).

<sup>5</sup> Cf. *María, mujer en misión*. El carisma mariano del Beato Guillermo José Chaminade, Fundador de los marianistas, monográfico de *Ephemerides Mariologicae* 51 (2001). En Internet hallamos estos dos títulos, obra de marianista: Jean Baptiste Ambruster, sm, *En Jésus, Fils de Marie, connaître, aimer, servir Marie*; Id., *Avec G.-Joseph Chaminade, connaître, aimer, servir Marie*. Otro título similar es de J. Millot, *Connaître, aimer, servir la Très Sainte Vierge* (ediciones de 1923 y años siguientes).

## 1. «Haced»: la llave que abre la primera secuencia de peticiones

Para los gramáticos, «haced», en nuestro caso, es el verbo principal que introduce cuatro oraciones subordinadas; para nosotros, es la petición-clave que abre la primera serie de peticiones concretas en que se desgana la oración filial y apostólica. La otra petición-clave será «dadme» y dará acceso, en paralelo, a la segunda serie de súplicas que componen esta breve y densa oración.

«Haced» es un ruego, no una orden. Lo pronunciamos, no desde una posición de superioridad, sino desde la reverencia propia de la criatura y la confianza propia del hijo: la invocación inicial va dirigida al que es *Dios* y es *Padre*. Él es el Señor, nuestro dueño, y no lo tratamos como un dominguillo. Si le pedimos, es porque Él mismo lo quiere, de suerte que, al rezar, estamos cumpliendo su voluntad: pedir a Dios es ya una forma de obedecerle. El profeta Isaías reprochó a Acáz que, alegando no querer tentar a Dios, rehusara pedirle una señal que Dios mismo quería darle. Si los romanos cansaban a los dioses con sus prolijas oraciones, Acáz lo cansa con su negativa a orar (cf. Is 7,10-13). Ejercitarnos en esta oración filial y apostólica es, sin duda, una obediencia que podemos eludir, quizá porque nos sentimos desganaos y porque acudir a la oración puede producir hastío; pero a la vez sería una obediencia que corresponde al deseo más radical que nos habita, pues llevamos tatuada o inscrita dentro una vocación teologal.

«Haced»: no es una petición vana, porque Dios no está cruzado de brazos, como los *dioses ociosos* de ciertas religiones, que son suplantados por poderes intermedios, un poco al modo como el emperador dejaba el ejercicio del Gobierno en sus sátrapas. Dios tendrá sus mensajeros, pero es la realidad viviente que todo lo sustenta y anima, incluida la propia actividad confiada a los mensajeros. Podemos dirigirnos a Él directamente, porque tiene los ojos abiertos y los oídos atentos a cada persona, a cada comunidad. Nos es inmediato; y nos es inmediato en el Mediador mismo. El «abbá, Padre», el padrenues-

tro, las oraciones de la liturgia, estas otras súplicas de la devoción personal y común van dirigidas a Dios mismo, no a criaturas intermedias, por grandes y santas que sean o se nos antojen.

A este Dios ubicuo, que está presente por esencia, presencia y *potencia* en todo, ¿dónde le pide Claret que actúe? La acción suscitadora de Dios aquí reclamada alcanza las dos vertientes del orante: la filial y la apostólica, la discipular y la misionera. Esta acción se va diversificando según el término o esfera que alcanza cada vez en la persona: primero, la inteligencia; luego, el corazón; a continuación, la práctica responsable, por último la práctica doxológica. El discípulo misionero pide conocer y dar a conocer, amar y hacer amar, servir y hacer servir, alabar y hacer alabar. Pide que la acción de Dios toque toda su realidad personal.

Dios está en el comienzo de todo, y en particular cada comienzo de la vida teologal y ministerial de cada uno. Es su gracia la que inspira, sostiene y acompaña cuantas obras emprendemos. Él está en el principio, medio y final de todo proceso y actividad. Él nos hace obrar y obra en nosotros con nosotros.

## **2. El binario «conocer»–«hacer conocer»: aguas arriba hasta los orígenes**

Las dos vertientes (la inmanente, la que se queda dentro, y la proyectiva, la que se lanza apostólicamente) figuran en la primera serie de peticiones de la oración. Ambas vertientes aparecen combinadas en muchos textos de la Tradición cristiana. Aquí nos interesa el contenido de la primera petición, la relativa al conocimiento de Dios. Ofrecemos un breve puñado de testimonios, remontándonos desde nuestra tradición claretiana hacia las fuentes últimas. Así, las dos vertientes se hallan en el documento de nuestro Capítulo General de 1991, titulado justamente *Oyentes y servidores de la palabra*; las encontramos en el comienzo de la Constitución dogmática *Dei verbum* del Concilio Vaticano II: «escuchando con devoción y proclamando con valentía la Palabra de Dios [...]» (DV 1); las expresa el lema dominico *contem-*

*plata aliis tradere* (transmitir a otros lo contemplado)<sup>6</sup>; se registran en la dinámica de acogida de la Palabra tal como la presenta 1 Jn 1,1-4, donde el autor se refiere a su experiencia directa de ver, palpar y oír la Palabra de vida, por un lado, y, por el otro, a la diligencia de manifestar esa Palabra a los miembros de la comunidad; aparecen en la declaración de Pablo: «creí, por eso hablé» (2 Cor 4,13; cita de Sal 116,1, con otro sentido del que tiene en nuestras versiones); están presentes en la vida misma del Hijo: «Os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15,15; cf. 12,49); «el Hijo único, que está vuelto hacia el Padre, es el que [lo] ha revelado» (Jn 1,18). En esta doble vertiente se representa una existencia pulsante, que acoge y entrega, se apropia y comunica, recibe y transmite.

No es bueno separar lo que Dios ha unido y lo que han unido sus santos: conocer, amar, servir y alabar se ensamblan y promueven mutuamente. Dios no es simplemente un bello teorema. El mandamiento principal es el de amar a Dios, un Dios que se hace presente en el hondón del alma y que se ha revelado en la historia como amor pródigo. Si lo conocemos y reconocemos de verdad como Señor, nos decidiremos a servirle, pero sabiendo que el de servidor es un título de honor, pues Dios nos llama a tomar parte en la realización de su designio, como llamó a Abraham, a Moisés, a los profetas, a María, a Pablo. Preguntaba el Catecismo del P. Astete: «¿Y para qué fin ha criado Dios al hombre?». La respuesta sonaba así: « Para servirle en esta vida y después gozarle en la eterna». En fin, la alabanza brotará también del conocimiento de Dios y de sus obras: los salmos e himnos de alabanza prodigan los motivos para ejercitarnos en ella.

### **3. «Que os conozca»**

«Que os conozca»: tal es el primer deseo determinado que se expresa en esta oración. No es un deseo menor, no se refiere a bienes que responden a necesidades corrientes de la vida diaria. Apunta alto; apunta a la más alta forma de vida: «En esto consiste la vida eterna:

---

<sup>6</sup> Cf. *Summa Theologica*, II, II, 188, 6.

en que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo» (Jn 17,3).

### **3.1. El conocer humano y la tarea de búsqueda**

«Todos los hombres *desean* por naturaleza saber» –decía Aristóteles al comienzo de su *Metafísica*–. Este deseo es señal de una carencia: ni la especie humana ni ninguno de los que la formamos nacemos bien equipados de conocimientos; más bien acusamos una ignorancia inicial radical. A lo largo de la vida tratamos de proveernos de los conocimientos necesarios y de almacenarlos en la despensa de la memoria personal y de la memoria colectiva, que se pueden sedimentar en escritos o en otros sistemas de registro y conservación. Nos ayudan a vivir y a dar sentido u orientación a la vida, a vivir bien.

La historia humana lo es de constante búsqueda. Somos buscadores por constitución: andamos tras el sustento diario, el cobijo, la dracma perdida, un trabajo; rastreamos las huellas y restos del pasado, exploramos territorios desconocidos, perforamos las entrañas de la tierra, sondeamos las profundidades de las aguas, lanzamos sondas espaciales, indagamos las raíces y causas de los males que padecemos y los remedios para vencerlos, buceamos en las profundidades del alma, buscamos la persona con quien compartir la vida. Recabamos información y las bibliotecas y hemerotecas nos la preparan; los buscadores de internet ofrecen respuestas casi ilimitadas y varias veces al día activamos los motores de búsqueda. En fin, las nuevas técnicas nos han proporcionado el GPS. Si los alquimistas andaban tras la piedra filosofal, todo el mundo, en último término, persigue algo que dé cumplimiento a la apertura ilimitada y al anhelo de nuestro ser.

Buscamos señales: el cazador anda tras las huellas de la pieza, el perro husmea las señales olfativas que ha dejado la presa, los médicos preguntan por síntomas inmediatos o emplean complejas técnicas para detectar indicios de que les permitan hacer el diagnóstico de un mal agazapado que no se delata ni sale a la plena luz del día.

Hay búsquedas muy personales, como la de los orígenes familiares. La película *Secretos y mentiras* narra la historia de una joven negra, optometrista, que ha crecido en la casa de los padres adoptivos. Después de darles sepultura, quiere averiguar quién la dio a luz. La policía le abre los ficheros para que pueda informarse. Averigua que su madre era una mujer blanca. Se pone en contacto con ella por teléfono y conciertan una cita. En la película aparecen nuevos personajes, se revelan secretos y se desenmascaran mentiras; al final, el grupo experimenta una catarsis profunda. Y la madre dirá: «¡Esto sí es vida!». Los medios de comunicación han informado sobre historias de niños que (al parecer, dolosamente), fueron entregados a unos padres adoptivos, a la vez que a la madre natural se la informó que la criatura había fallecido. Comprendemos el deseo de estas personas y la búsqueda que emprenden (o la de las propias madres).

Cuando hemos encontrado, descansamos; pero el hallazgo es rampa de despegue para ulteriores búsquedas. La respuesta despierta nuevas preguntas; la solución, nuevos problemas. La vida es una búsqueda interminable. «Quien dice “basta” está perdido» (San Agustín).

### **3.2. El Dios buscado que ha salido y sale al encuentro**

No conocemos ya de entrada los secretos del mundo ni sabemos si vivimos en una realidad a la postre amiga y si hay Alguien «al otro lado» o en lo más profundo y cuál es su rostro. Pero todo hombre desea por naturaleza saber. Estamos hechos para la verdad, para el bien, para la belleza, y de una u otra forma andamos tras estas realidades y en ellas queremos descansar, por más que haya verdades que nos asusta conocer, obstáculos que se interponen en la búsqueda de lo valioso, tentaciones a poner la inteligencia y las energías al servicio de la injusticia, intentos de sofocar el anhelo de belleza. Los fracasos pueden hacernos desistir y el mal es, para muchos, motivo de escándalo y de protesta. Pero la voluntad de verdad puede renacer, deshacer engaños, consolidar logros y alcanzar nuevos hallazgos.

Clásicos de la teología sostienen que nos habita «un deseo natural de ver a Dios». Él es la Verdad primera, el Bien sumo y perfecto, la Be-

lleza infinita, la realidad de las realidades. A Él nos acercamos cuando crecemos en el conocimiento de la verdad, en el amor efectivo al bien, en la contemplación de la belleza. En la revelación que ha hecho de sí, la Verdad primera cobra el perfil de una fidelidad eterna e inquebrantable; el Bien sumo, el perfil de la Bondad suma; la Belleza infinita, el perfil de una hermosura con rostro. La luz que pedía Goethe y el calor que reclamaba Unamuno irán así a la par.

Dios, que da el deseo de conocerlo, da el deseo de buscarlo y hace la invitación apropiada. El salmista oía en su corazón: «Buscad mi rostro», y prometía y pedía: «Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro» (Sal 26 B 8). *Quaerere Deum* («buscar a Dios») era la consigna de los monjes. Y Nicolás de Cusa escribió: «Tú [Dios], tú eres el que da la vida y el ser. Tú eres el que buscamos por diferentes caminos y ritos y el que invocamos con nombres divinos, porque, por esencia, tú te mantienes desconocido a todos e inefable». También el loco de Nietzsche buscaba a Dios. De Agustín de Hipona hasta Edith Stein hallamos una lista de buscadores impenitentes y egregios de la verdad que acaban encontrándose con la Verdad Primera.

«No me buscarías si no me hubieras encontrado» (Pascal). De siempre tenemos ya cierto saber de Dios. Ese primer barrunto y todo ulterior conocimiento hallan su fuente en Él mismo. Lo formula bien un principio: «No podemos conocer a Dios sin Dios». Si lo conocemos es porque se *da* a conocer y en tanto se *da* a conocer. Es gracia destinada a cada persona, no privilegio otorgado a un pequeño círculo de favoritos.

¿Ha dado o da Dios señales de vida? ¿Ha dejado o deja algún vestigio suyo? ¿Se lo puede encontrar? La Plegaria eucarística IV responde así: «Y cuando por desobediencia perdí [el hombre] tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte, sino que, compadecido, tendiste la mano a todos, para que te encuentre el que te busca». El Segundo Isaías confiesa al Señor que en verdad es un Dios escondido (Is 45,15), pero añade casi a renglón seguido, dejando la palabra a Dios mismo: «No te hablé a escondidas, en un país tenebroso, no dije a la estirpe de Jacob: «Buscadme en el vacío» (Is 45,19). Este Dios, al que nadie ha visto nunca y que habita en una luz inaccesible, no ha

permanecido mudo, embozado en un silencio eterno. Ha hecho llegar su palabra, se ha revelado, se ha dado a conocer: «Dios ha hablado, ya no es el gran desconocido, sino que se ha mostrado» (Benedicto XVI, citado en *Evangelii gaudium*, 175).

Hay incluso personas que han dado testimonio de cómo Dios salió irrefragablemente a su encuentro *sin que lo buscaran*. En ellas se cumplió a la letra la promesa citada por Pablo: «Me encontraron los que no me buscaban; me revelé a los que no preguntaban por mí» (Is 65,1) .

Tanto para los que lo buscan como para los que lo han hallado sin buscarlo, la búsqueda ulterior al «encuentro» no tiene término. Se incentiva con cada nuevo descubrimiento. Si la búsqueda humana en general tiene un horizonte que siempre está por delante, con más razón sucede en el caso de Dios. Decía san Agustín: «Para que el que ha de ser encontrado sea buscado, está oculto; para, una vez hallado, se lo siga buscando, es inmenso». Sigue y seguirá siendo una gracia, y por eso el P. Claret y sus Misioneros la piden humildemente, por la cuenta que les trae a ellos, por la cuenta que les trae a aquellos a quienes son enviados. Es una gracia buscarlo, lo es encontrarlo, y lo será en todo momento. No cambia de estatuto, nunca pasa a ser botín que tomamos y sobre el que ejercemos nuestro dominio. Entre los propósitos del Fundador, en los Ejercicios de 1962 figura este: «Pediré a Dios N. S. continuamente que haga que le conozca y que le haga conocer» (Aut 743). Y como la oración y el estudio son los dos pies del misionero, en los mismos Ejercicios se propone decir, antes de estudiar: «Señor, estudio para más conoceros, amaros y servirlos y para ayudar a mis prójimos» (cf. Aut. 744; casi del mismo tenor es un propósito de los Ejercicios de 1963: Aut 789).

Aparecen así las dos vías –oración y estudio– por las que el santo espera alcanzar su único fin: el conocimiento de Dios. Para nuestro uso presente, podemos entender el estudio como representante de un variado haz de actividades: lectura de la Escritura, de textos de la tradición y de biografías de santos, contemplación de las obras de las manos de Dios (cf. Sal 18 A 2) aunque se trate del humilde lirio del campo, percepción de signos de la presencia y providencia divinas, asombro ante «los relámpagos de ternura» (Schopenhauer) o ante el



coraje y fidelidad de sus testigos, admiración por la acción del Espíritu en el corazón de gentes que escuchaban su palabra o acudían a su confesonario, reflexiones personales.

Pedir a Dios que se dé a conocer, que muestre su rostro, y buscar ese rostro se ensamblan. Pedir es una forma de buscar. Implica confianza, receptividad, dejar que el otro se revele. Estudiar es otra forma de buscar: requiere aplicación, además de receptividad ante el testimonio y enseñanza de aquellos que han sido maestros en la búsqueda o consideración de los acontecimientos (cf. Lc 2,19.51). Claret no parece pedir un saber puramente nocional, sino cierto conocimiento sabroso de Dios y de sus atributos.

#### **4. «Que os haga conocer»**

Pasamos al segundo miembro de la petición: «que os haga conocer». El primer verbo de la frase puede resultar algo extraño. Parece más natural decir: «que os *dé a* conocer». Pero el P. Claret lo pudo adoptar para preservar la armonía y uniformidad con las demás peticiones, en las que encaja bien el verbo «hacer». Dejamos a un lado esta cuestión, que carece de importancia.

«Que os haga conocer»: esa es y no otra, esa es y no puede dejar de ser, la petición del discípulo misionero. Aparece en segundo lugar, después de la petición para el propio orante (que siempre necesita este don), y no porque sea de interés secundario, como un pequeño adorno o complemento de la primera, pues son dones gemelos. Figura en ese lugar, y así lo manifiestan los testimonios de nuestro binario registrados más arriba, porque se trata de recibir para poder transmitir, de conocer para poder ayudar a conocer. El discípulo se sabe un perpetuo aprendiz, pero se sabe también transmisor de lo recibido. El Espíritu está presente y actúa en cada persona, pero Dios no maneja el principio absolutista «todo por el pueblo, pero sin el pueblo»; suscita profetas, testigos, maestros y lugartenientes del Espíritu que hagan resonar en voz alta lo que este susurra en el interior de cada cual.

#### 4.1. Diagnósticos sumarios del tiempo presente

El P. Claret hizo su diagnóstico de los males que amenazaban a España (cf. Aut 695) y de los castigos que iban a sobrevenir (cf. Aut 685). Se refirió a la descatolización, la República y el comunismo. En cuanto a los castigos, mencionaba el primero y tercero de los males indicados, y añadía los cuatro archidemonios («que promoverán de un modo espantoso el amor a los placeres —el amor al dinero —la independencia de la razón —la independencia de la voluntad»: Aut 685,2º) y las grandes guerras y sus consecuencias.

En nuestro tiempo, en relación con la cuestión de Dios (con la búsqueda de Dios y la fe en Él), se han hecho no pocos diagnósticos. En Occidente vivimos en una estación de la cultura que no parece propiciar la búsqueda de Dios, el conocimiento y la fe teologal. El tipo de cultura en que vivimos le dejaría poco espacio. Las preguntas y preocupaciones penúltimas ocupan el primer plano y han desplazado a la pregunta y preocupación última. Los intereses de la gente se centran en cuestiones como la salud, la vivienda, el trabajo, las relaciones afectivas, el colegio de los niños, las vacaciones, la seguridad y el fin de la violencia, etc. Son cuestiones reales, y sentidas quizá en conexión con la justicia y la equidad, pero desenganchadas de la cuestión de Dios, de su realidad, y de la cuestión sobre el modo de vivir todas estas preocupaciones en Dios, ante Dios y hacia Dios. Por añadidura, la sociedad del ocio ha derivado en buena medida hacia la sociedad del espectáculo (Mario Vargas Llosa), del entretenimiento algo banal. Siguen resonando las carencias que acusaba el poeta y volvemos a plantear sus preguntas:

The Eagle soars in the summit of Heaven, / The Hunter with his dogs pursues his circuit. / O perpetual revolution of configured stars, / O perpetual recurrence of determined seasons, / O world of spring and autumn, birth and dying! The endless cycle of idea and action, / Endless invention, endless experiment, / Brings knowledge of motion, but not of stillness; / Knowledge of speech, but not of silence; / Knowledge of words, and ignorance of the Word. / All our knowledge brings us nearer to death, / But nearness to death no nearer to God.

/ Where is the Life we have lost in living? / Where is the wisdom we have lost in knowledge? Where is the knowledge we have lost in information? / The cycles of heaven in twenty centuries / Bring us farther from God and nearer to the Dust.

«Se cierne el águila en la cumbre del cielo, / el cazador y la jauría cumplen su círculo. / ¡Oh revolución incesante de configuradas estrellas! / ¡Oh perpetuo recurso de estaciones determinadas! / ¡Oh mundo del estío y del otoño, de muerte y nacimiento! / El infinito ciclo de las ideas y de los actos, / infinita invención, experimento infinito, / trae conocimiento de la movilidad, pero no de la quietud; / conocimiento del habla, pero no del silencio; / conocimiento de las palabras e ignorancia de la Palabra. / Todo nuestro conocimiento nos acerca a nuestra ignorancia, / toda nuestra ignorancia nos acerca a la muerte, / pero la cercanía de la muerte no nos acerca a Dios. / ¿Dónde está la vida que hemos perdido en vivir? / ¿Dónde está la sabiduría que hemos perdido en conocimiento? / ¿Dónde el conocimiento que hemos perdido en información? / Los ciclos celestiales en veinte siglos / nos apartan de Dios y nos aproximan al polvo»<sup>7</sup>.

Como haciéndose eco de las pérdidas deploradas por el poeta, el card. Danneels lamentaba a finales del s. XX una «deforestación de la memoria»; otro cardenal, Paul Poupard, en el Sínodo para Europa celebrado en octubre de 1999, señaló tres males: «el agnosticismo intelectual, la amnesia cultural, la afasia religiosa». Y el documento romano que contenía el orden del día para este Sínodo hacía un diagnóstico bastante severo y unas previsiones poco halagüeñas: «La supremacía cultural del marxismo ha sido sustituida por la de un pluralismo indiferenciado y fundamentalmente escéptico o nihilista... Grande es el riesgo de una progresiva y radical descristianización del continente». Se manejaba la hipótesis de una especie de apostasía del mismo (cf. Delumeau).

Aunque activada a raíz del bus ateo y de otras manifestaciones, la cuestión de Dios no aparece como una cuestión impostergable («de eso te oiremos mañana» –dirían los nuevos oyentes del Areópago–).

---

<sup>7</sup> Th. St. Eliot, *El primer coro de «La Roca»*. Versión de Jorge Luis Borges.

No pertenece a la agenda del tiempo presente. Hay silencio sobre lo esencial (Guitton), salvo la referida voz algo estridente de los ateos y la palabra confesante de los creyentes. Se palpa el miedo ante la violencia de los Islamistas que ejecutan a quienes profesan otras creencias o los condenan al exilio. En resolución y sumariamente: por un lado, en estas regiones nuestras, se condena a Dios al ostracismo; por el otro, en Oriente, fuerzan el exilio de los cristianos.

¿Podría ser representativa de un sector significativo de la población la reacción del asesino Grenouille, protagonista de la novela *El perfume*, de Patrick Süskind? Avanzado el relato, vemos a Grenouille encarcelado y condenado. Antes de que se procediera a la ejecución, «entró en la celda [del Grenouille] un sacerdote para confesarle, pero salió al cabo de un cuarto de hora sin haberlo conseguido. El condenado, al oír la mención del nombre de Dios, le había mirado con una incomprensión tan absoluta como si oyera el nombre por primera vez y después se había echado en el catre y conciliado inmediatamente un sueño profundo. Cualquier palabra ulterior habría carecido de sentido»<sup>8</sup>.

En el libro «*Que te haga conocer*», donde se recogen y articulan las ponencias del taller sobre la transmisión de la fe tenido en Polonia el año 2007, se dedica un apartado a la indiferencia religiosa. Allí se dice: «De manera especialmente visible en algunas zonas de los países del antiguo telón de acero, se trata de una actitud opaca a la experiencia religiosa, que ni siquiera niega a Dios o la religión, sino que vive ajena a este ámbito o a esta dirección del espíritu humano. Las personas que así viven no se declaran simplemente «a-teas», sino «a-religiosas»[...]. Hablamos de *a-religiosidad* porque este nuevo sujeto cultural afirma no entender siquiera la pregunta sobre Dios, ni siente la nostalgia de Dios o la ira contra Él, ni siquiera ante situaciones extremas como la injusticia sin remedio o la muerte. En pocas palabras, la cuestión de Dios habría dejado de tener relieve o importancia para el sujeto de la sociedad contemporánea, postmoderna»<sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> P. Süskind, *El perfume. Historia de un asesino* (Barcelona, Seix Barral, 1997) 215.

<sup>9</sup> Misioneros Claretianos, *Que te haga conocer. Taller sobre la transmisión de la fe. Polonia 2007*

Probablemente, ante esta situación, el P. Claret dejaría resonar la queja de Dios: «Dos pecados ha cometido mi pueblo: me han abandonado a mí, fuente de aguas vivas, y se han excavado aljibes, aljibes agrietados que no retienen el agua» (Jer 2,13).

Ha habido y hay también manifestaciones del anhelo: «Estamos sin noticias, sin noticias de esperanza, / estamos sin noticias, sin noticias de amor, / estamos sin noticias, sin noticias de Dios» (Jean Mogin). Esta queja nos hace recordar cómo Dios es «el Dios de la esperanza» (Rom 15,13) y es amor (1 Jn 4,8). Las corrientes que preconizan un modelo no-dual de conocimiento tratan de conectar con las tradiciones sapienciales de Oriente y Occidente. Diversos filósofos ateos han revisado su posición y afirman la realidad de Dios. Jóvenes se declaran insatisfechos y protestan contra la reducción de la vida a producir y consumir. El Atrio de los gentiles sigue adelante.

#### **4.2. La pregunta humana y la convicción del misionero**

¿Somos «seres que vagan cerca de los brocales a los que se les ha quitado el pozo» (R. Char)? El misionero está convencido de que «nuestra tristeza infinita solo se cura con un infinito amor» (EG 265 b), «está convencido de que existe ya en las personas y en los pueblos, por la acción del Espíritu Santo, una espera, aunque sea inconsciente, por conocer la verdad sobre Dios, sobre el hombre, sobre el camino que lleva a la liberación del pecado y de la muerte» (RMis 5, cit. en EG 165 a).

Una y otra vez, los seres humanos nos vemos en la precisión de optar por un camino, por una figura que podamos dar a la vida; también el misionero, que es consciente de su fragilidad y de las tendencias que lo habitan y se sabe apremiado a secundar las llamadas del Espíritu. Él pertenece a esta sociedad, sabe que hay zonas de su personalidad que necesitan ser evangelizadas, sigue siendo un buscador, pero la luz de la Buena Noticia ha llegado a su orilla y siente la llamada a dejar resonar este mensaje y a invitar a su acogida. El misionero claretiano, a la

---

(Buenos Aires, Editorial Claretiana, 2008) 32-33.

vez que recita la oración filial-apostólica, quiere aprender en la escuela del Fundador el ejercicio de esta misión de dar a conocer a Dios.

## **5. Darlo a conocer. Preguntas y respuestas básicas**

Conocer a Dios es un bien. Y lo es darlo a conocer. Querer este segundo bien (y, por tanto, pedirlo, porque sin Dios no podemos hacer nada) pertenece esencialmente a la condición del misionero. El P. Claret sabe que su identidad misionera no es un añadido casual a su condición de discípulo conocedor, sino una vocación, y que esta se le impone con urgencia inexcusable. Su afán evangelizador, como el del apóstol Pablo, no se debe a un gusto personal o una iniciativa propia.

¿Quién dará a conocer a Dios? El propio Claret. El discípulo misionero que es nuestro Fundador se ofrece para la misión y se equipa para cumplirla. No puede descargar sobre otro esta vocación. El «¡ay de mí si no anuncio el evangelio!» implica que no puede pensar ni remotamente en la dicha eterna propia desentendiéndose del destino final de los prójimos. La búsqueda de la gloria de Dios y la de la santificación propia son inseparables de la búsqueda de la salvación de los hombres. Su santidad personal se forja en la fragua del amor a Dios y del amor al prójimo, traducidos en tantas iniciativas y actividades y en la aceptación de los golpes y sufrimientos que entraña el ejercicio de la misión en un contexto hostil. Lo que sí hará, lejos de eludir la misión y endosársela a otros, es tomar sobre sí otra «carga»: la de suscitar una leva de misioneros que participen de sus afanes, hombres que tengan su mismo espíritu y se empeñen en la misma misión que él (Aut 489).

¿Qué motivo lo impulsa a emprender esta tarea? Se moviliza a partir de su condición teologal: se moviliza porque ama a Dios, su Padre, y quiere que sea amado; porque tal es la voluntad de este Padre, al que quiere agradar; porque ama a Cristo («la caridad de Cristo nos apremia»); porque ama al prójimo, su hermano, y desea su bien, que en último término es su salvación, la realización de su vocación suprema, que es la vocación teologal. Este es el motivo que lo impulsa, y no otro; y como sabe que declarar expresamente este motivo hace mella en los oyentes, lo expone con todas las letras y sonidos. Ese

es el motivo que no le deja sosiego a Claret y que lo impulsa en todo momento a emprender y reemprender su tarea apostólica. Se trata de un impulso irreprimible. «Anunciaré tu nombre a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré» (Sal 22,23).

*¿Por qué* desea precisamente *dar a conocer* a Dios? Porque no es conocido y no es reconocido. Lo indica en un texto ya citado parcialmente: «¡Oh Dios mío! ¡No os conocen las gentes! ¡Oh si os conocieran! Seríais más amado. ¡Oh si conocieran vuestra sabiduría, vuestra omnipotencia, vuestra bondad, vuestra hermosura todos vuestros divinos atributos! Todos serían serafines abrasados en vuestro divino amor. Esto es lo que intento: hacer conocer a Dios para que sea amado y servido de todos» (Aut 202).

Es verdad que Dios se comunica a cada conciencia, a través de una revelación silenciosa; pero esta revelación resulta muchas veces desatendida o queda acallada y sepultada por voces demasiado humanas o aparece desfigurada por falsas imágenes de Dios. De hecho, además de tal revelación silenciosa, Dios se ha dado a conocer progresivamente en su revelación histórica. El apóstol Pablo parece empalmar ambos modos, el inmediato en el corazón y el que viene mediado por la palabra y la historia: en los *Hechos de los Apóstoles* se presenta a Pablo como un mensajero que da a conocer al Dios desconocido y, sin embargo, buscado a tientas por los hombres, que tienen ya una primera y borrosa noticia de él. En la *Carta a los romanos* se refiere él a la revelación histórica: «¿Cómo van a invocar a aquel en quien no creen? ¿Y cómo van a creer en él, si no les ha sido anunciado? ¿Y cómo va a ser anunciado si nadie es enviado? Por eso dice la Escritura: ¡Qué hermosos son los pies de los que anuncian buenas noticias! [...] En definitiva, la fe surge de la proclamación, y la proclamación se verifica mediante la palabra de Cristo» (Rom 10,14-15.17).

Claret pretende dar a conocer a este Dios vivo y verdadero bajo las especies de Padre, pues bajo estas se ha revelado en la palabra y vida de Jesús. Unas 30 veces resalta el Fundador en la *Autobiografía* la paternidad divina o invoca a Dios con la exclamación «¡Padre mío!». La oración que comentamos contiene justamente esa invocación. Desde

su sensibilidad filial escucha a Dios, habla a Dios y habla de Dios.

*¿A quién* darlo a conocer? Al prójimo, que no es para Claret una nada opaca, sino ese hermano por quien murió Cristo y que está llamado a gozar de la salvación. No le es indiferente la suerte eterna que pueda correr. Busca al justo, para que persevere en gracia, busca al pecador para que se convierta y pide para todos y para sí la eterna gloria, como declara la segunda parte de esta oración apostólica.

De nuevo: *¿a quién* darlo a conocer? *A todo* prójimo. El Fundador era muy sensible al universalismo de la voluntad salvífica de Dios y al universalismo de la misión. Deseaba que se cumpliera la profecía: «Todos conocerán al Señor, desde el pequeño al grande» (Jer 31,34); y esta otra: «Nadie hará daños ni estragos en todo mi monte santo, pues rebosa el país conocimiento del Señor como las aguas colman el mar» (Is 11,9).

*¿Cómo* hacerlo conocer? El misionero Claret se valía de todos los recursos. Lo daba a conocer con la palabra (cf. Aut 439, 448-453), con los escritos de todo género (en cuya redacción se siente amanuense de Dios), con su forma apostólica de vivir y de anunciar (en Aut 811 ss. aduce casos de conductas poco edificantes de sacerdotes y señala el efecto que producen en la gente; de ahí que en Aut 816 declare: «¡Oh cuánto conviene que los Misioneros sean mortificados, muy virtuosos y ejemplares!»). Se valía de todos los medios a su alcance. Ponía en ejercicio su capacidad de inventiva y los conocimientos y destrezas que había conseguido.

Percibe que la tarea es ingente, pero no se encoge; más bien, se crece ante la misión, y ve a los Hijos del Corazón de María como una milicia poderosa en el combate que hay que entablar. A la obediencia al querer de Dios se junta la esperanza, que aparece confirmada por los frutos, tan copiosos que le tentará el demonio de la vanidad. Hacer conocer, hacer amar, hacer servir y hacer alabar van unidos, como van unidos conocer, amar, servir, alabar. Él no pretende formar eruditos, sino despertar las conciencias, suscitar conversiones.

Hoy, para nosotros, como para él en su tiempo, la misión debe ir más allá de un trabajo de mantenimiento. Tenemos por delante es-



tas dos operaciones: la de emprender una y otra vez la tarea de la transmisión de la fe; la de ser Iglesia en salida, según el apremio de *Evangelii gaudium*. Acusamos la dificultad de la transmisión a las nuevas generaciones en un contexto cultural pluralista, ya caracterizado sumariamente arriba, y donde la Iglesia figura en un puesto poco gratificante cuando los jóvenes responden por los espacios en que se dicen palabras que les resultan significativas. Por otro lado, el papa Francisco nos propone, además de cuidar la acogida de los que llaman a la puerta, salir a los ámbitos de vida de los que no se acercan a ella. Tenemos como modelo la confianza y la esperanza del Fundador. Y con Eliot diremos: «no penséis en las cosechas, sino solo en la propia sementera».

La conciencia de la dificultad que entraña la misión puede figurar como un motivo más para recitar la oración filial y apostólica.

## **Conclusión**

Una máxima latina decía que nada se quiere sin haberlo conocido previamente; el orden, pues, es el siguiente: primero, conocer; luego, amar. Pero algunos teólogos enseñan que esa máxima no vale en el caso de Dios. El Espíritu Santo derrama el amor de Dios en nuestros corazones (cf. Rom 5,5) antes de que tengamos un conocimiento de Dios, de su realidad efectiva, de sus propiedades o atributos, de su acción en la creación y en la historia.

Esto, sin embargo, en nada afecta a la verdad de que el conocimiento de la verdad santa de Dios y de la esplendidez de sus dones fomenta el amor. Tal es la pretensión del misionero: dar a conocer ese Misterio de santidad y de amor que es Dios para renovar y acrecentar en el pueblo el amor a Dios, para cumplir el primer mandamiento. Su personal vivencia del *Patris mei* lo habilitará más para ejercitar su misión.



## III. «Que te ame y te haga amar»

JOSÉ CRISTO REY GARCÍA PAREDES, CMF



Fijamos hoy nuestra atención y nuestros sentimientos en el primer deseo que nuestro santo Padre Fundador expresa en su oración apostólica: «¡que te ame y te haga amar!». Se trata de una súplica apasionada. No de un propósito, basado en el propio esfuerzo. No ama a Dios quien quiere, sino aquel a quien se le concede. El amor a Dios es una forma de participar en el Amor que fluye en la Trinidad. Quien se siente sumergido en esa corriente divina de Amor, desea así mismo convertirse en humilde mediación para otros: «que te haga amar». Esa la misión de aquel que arde en caridad y abraza por donde pasa.

### 1. Experiencia de Claret

#### 1.1. El presupuesto: la compasión

En su autobiografía Antonio María Claret se define como un hombre profundamente compasivo.

##### *a) Profunda y espontánea*

Nos cuenta que sentía una profunda y espontánea empatía con las personas necesitadas de alimento, aquejadas por cualquier miseria

corporal o psicológica<sup>1</sup>. Mostró –ya desde niño- una peculiar empatía con «los ancianos y estropeados». Nos relata en su Autobiografía que esto lo descubrió cuando siendo todavía niño sentía una fuerte tendencia a cuidar de su abuelo materno, que lo distinguía de sus hermanos y primos<sup>2</sup>. También sentía una especial compasión hacia los obreros en aquellos momentos en que habían de ser corregidos o humillados<sup>3</sup>. La empatía hacia el sufrimiento o la humillación del otro configuró y modeló el carácter de Antonio María Claret y su modo de tratar a los demás. Cuando nos recuerda cómo trataba a los obreros, nos dice que había recibido del cielo un «espíritu de dulzura», o ternura<sup>4</sup>. Cuando Claret describe su forma de ser y de relacionarse, nos dice que era un hombre pacífico, muy alejado de la violencia<sup>5</sup>.

### *b) Ante las desgracias espirituales*

A esta compasión hacia los demás se fue incorporando un nuevo tipo de compasión que tenía mucho que ver con las desgracias espirituales de los seres humanos. La situación de caída en pecado mortal y la posibilidad de condenación eterna –según la teología del tiempo-

---

<sup>1</sup> «Eso me daba mucha lástima (el para siempre del penar en el infierno), porque yo, naturalmente, soy muy compasivo» (Aut., 9).

<sup>2</sup> «Daba la mano a mi abuelo Juan Clará, padre de mi madre, y como era de noche y a él ya le escaseaba la vista, le advertía de los tropiezos con tanta paciencia y cariño que el pobre viejo estaba muy consolado al ver que yo no le dejaba, ni huía como los demás hermanos y primos, que nos dejaron a los dos solos. Y siempre más le profesé mucho amor hasta que murió: y no solo a él, sino también a todos los viejos y estropeados...» (Aut., 28)

<sup>3</sup> «La pena mayor que tenía era cuando oía que mis padres habrían de reprender a algún trabajador porque no había hecho bien su labor. Estoy seguro que sufría yo muchísimo más que el que era reprendido, porque tengo un corazón tan sensible que, al ver una pena, tengo yo mayor dolor que el mismo que la sufre (Aut 32).

<sup>4</sup> «Yo lo hacía así sin saber por qué, pero con el tiempo he sabido que era por una especial gracia y bendición de dulzura con que el Señor me había prevenido. Así era como de mí los trabajadores siempre recibían con humildad la corrección y se enmendaban; y el otro compañero, que era mejor que yo, pero que no había recibido del cielo el espíritu de dulzura... Allí aprendí cuánto conviene tratar con afabilidad y agrado a todos, aun a los más rudos, y cómo es verdad que más buen partido se saca del andar con dulzura que con aspereza y enfado» (Aut., 34) .

<sup>5</sup> «Siempre estaba contento, alegre y tenía paz con todos. Ni jamás reñí, ni tuve pendencias con nadie, ni de pequeño, ni de mayor» (Aut., 50).

hicieron que Claret sintiera de modo muy especial el grado máximo de compasión y el deseo de evitar de todas formas esos males. En ese caso la compasión adquiriría su grado máximo de paroxismo<sup>6</sup>.

Eso le sucedió cuando de niño se vio asaltado por los pensamientos del infierno eterno donde serían atormentadas todas las personas que murieran en pecado mortal. Ese pensamiento infantil –nunca superado posteriormente– encendió de tal manera su compasión, que deseaba ser misionero, sobre todo, *por compasión*: para impedir como fuera que las almas de los ignorantes pecadores cayeran en el infierno de penas. Por consiguiente, la compasión, la empatía con el mal físico y espiritual de la gente –en su exacerbación máxima como es la condenación eterna– estuvieron en el origen, en el centro y en el fin de su vocación apostólica. El pecado mortal le parecía el causante de toda esa desgracia y por eso aprendió a odiarlo hasta casi con un talante morboso.

Más llamativa es la forma que adquiere su compasión cuando se trata del mismo Dios. Antonio María Claret sufre ante las ofensas que se infieren al buen Dios, vejado y ofendido por los pecados de los seres humanos. En el pecado descubrió, sobre todo, su dimensión teológica, como ofensa al mismo Dios. La compasión tuvo entonces un referente que era el mismo Dios. Sentía una profundísima compasión por el Dios que sufre las ofensas de quienes deberían no ofenderlo<sup>7</sup>.

---

<sup>6</sup> «La razón es que, como yo, he dicho, soy de corazón tan tierno y compasivo que no puedo ver una desgracia, una miseria que no la socorra, me quitaré el pan de la boca para dar al pobrecito, y aun me abstendré de ponérmelo en la boca para tenerlo y darlo cuando me lo pidan, y me da escrúpulo el gastar para mi recordando que hay necesidades para remediar; pues bien, si estas miserias corporales y momentáneas me afectan tanto, se deja comprender lo que producirá en mi corazón el pensar en las penas eternas del infierno, no para mi, sino para los demás que voluntariamente viven en pecado mortal» (Aut, 10).

<sup>7</sup> «¡Ah! esta idea me parte el corazón de pena y me hace correr como... Y me digo: si un pecado es de una malicia infinita, el impedir un pecado es impedir una injuria infinita a mi Dios, a mi buen Padre» (Aut, 16). «Si un hijo tuviese un padre muy bueno y viese que, sin más ni más, le maltratan, ¿no le defendería?» (Aut, 17).

## 1.2. El eje: la cordialidad, el amor

La compasión y la empatía se tornan, pues, el eje de la vida y conducta de Claret. Estas son las raíces y el contexto de la cordialidad, hacia la cual Claret era tan sensible. Él define su devoción a María con el superlativo de «cordialísima» (Aut, 43).

### a) Evangelizar «cordialmente»

Claret encuentra en su propio corazón la sede de su personalidad, el ámbito donde –en última instancia- todo repercute y se asienta<sup>8</sup>. La vocación misionera de Claret tiene su asiento en «su corazón» seducido por la compasión hacia los pecadores<sup>9</sup>.

Cuando Antonio María Claret habla de su método de catequesis dice cómo intentaba captar la benevolencia de las personas<sup>10</sup>. En su evangelización tenía como objetivo «llegar al corazón». Para ello, un

---

<sup>8</sup> «Mientras estaba yo en estos santos pensamientos ocupado con grande placer de *mi corazón*, de repente me vino una tentación, la más terrible y blasfema contra María santísima...» (Aut, 51). «En medio de esta barahúnda de cosas, estando oyendo la santa Misa, me acordé de haber leído desde muy niño aquellas palabras del Evangelio: ¿de qué le aprovecha al hombre el ganar todo el mundo, si finalmente pierde su alma? Esta sentencia me causó una profunda impresión... fue para mí una saeta que me hirió *el corazón*; yo pensaba y discurría qué haría, pero no acertaba». (Aut, 68). «Como acababa de hacer los ejercicios me hallaba muy fervoroso. Así es que todo mi afán era aspirar a la perfección, y como en el noviciado veía tantas cosas buenas, todo me llamaba la atención; todo me gustaba mucho y se me grababa *en el corazón*» (Aut, 142). Dice que el ejemplo de las santas le causaba mucha impresión: «Oh, qué impresión tan grande causaban en mi corazón!» (Aut 234).

<sup>9</sup> «Os digo con franqueza que yo, al ver a los pecadores, no tengo reposo, no puedo aquietarme, no tengo consuelo, *mi corazón* se me va tras ellos, y para que vosotros entendáis algún tanto lo que me pasa, me valdré de esta semejanza. Si una madre muy tierna y cariñosa viera a un hijo suyo que se cae de una ventana muy alta o se cae en una hoguera, ¿no correría, no gritaría: *hijo mío, hijo mío, mira que te caes*? ¿No le cogería y le tiraría por detrás si le pudiera alcanzar? ¡Ay, hermanos míos! Debéis saber que más poderosa y valiente es la gracia que la naturaleza. Pues si una madre, por el amor natural que tiene a su hijo, corre, grita, y coge a su hijo y le tira y le aparta del precipicio: he aquí, pues, (lo) que hace en mí la gracia» (Aut. 211).

<sup>10</sup> «En los primeros días presentaba la virtud y la verdad con los colores más vivos y halagüeños, sin decir una palabra contra los vicios y viciosos. De aquí es que, la ver que eran tratados con toda indulgencia y benignidad, venían una y más veces, y después se les hablaba con más claridad, y todos lo tomaban a bien y se convertían» (Aut 290).

misionero no debe tener un corazón contaminado por la vanidad, sino configurado por la *humildad*<sup>11</sup>; y con la humildad, la *mansedumbre*, como Jesús «manso y humilde de corazón» (Aut 356). La mansedumbre permite poseer «no solo la tierra de promisión y la tierra de los vivientes que es el Cielo, sino también los corazones terrenos de los hombres»<sup>12</sup>.

### *b) El amor es un don*

Claret comprendió que la virtud más necesaria para el misionero es el amor a Dios y al prójimo<sup>13</sup>:

*«La virtud más necesaria es el amor; la virtud que más necesita un misionero apostólico es el amor ... Si no tiene este amor, todas sus bellas dotes serán inútiles; pero, si tiene grande amor con las dotes naturales, lo tiene todo» (Aut. 438).*

Después de esta afirmación fundamental recurre Claret a la imagen del fuego en el fusil<sup>14</sup>, o del fuego material en la locomotora del

---

<sup>11</sup> «Se me había llenado la cabeza de vanidad, y cuando oía que me alababan, mi corazón contaminado se complacía en aquellos elogios que me tributaban.» (Aut, 341). «A fin de no dejarme llevar de la vanidad, procuraba tener presentes los doce grados de la virtud de la humildad que dice San Benito y sigue y prueba Santo Tomás (2-2 q. 161 a.6), y son los siguientes: El primero es manifestar humildad en lo interior y en lo exterior, que es *en el corazón* y en el cuerpo, llevando los ojos sobre la tierra; por eso se llama *humillitas*» (Aut, 355)

<sup>12</sup> Cf. Aut. 372. «Así son los hombres. Si se les trata con mansedumbre, todos se presentan, todos vienen y asisten a los sermones y al confesonario; pero, si se les trata con aspereza, se incomodan, no asisten y se quedan allá murmurando del ministro del Señor» (Aut 373). Y, citando a Sant 3, 13-15, advierte que «la ciencia sin dulzura, sin mansedumbre, la llama diabólica... El celo amargo es arma de que se vale el diablo y el sacerdote que trabaja sin mansedumbre sirve al diablo y no a Jesucristo. Si predica, ahuyenta a los oyentes, y si confiesa, ahuyenta a los penitentes» (Aut 376).

<sup>13</sup> A la virtud del amor le dedica Claret el capítulo 30 de la Autobiografía.

<sup>14</sup> «Hace el amor en el que predica la divina palabra como el fuego en un fusil... La divina palabra si se dice naturalmente bien poco hace; pero si se dice por un Sacerdote lleno de fuego de caridad, de amor de Dios y del prójimo, herirá vicios, matará pecados, convertirá a los pecadores, obrará prodigios. Lo vemos esto en san Pedro, que sale del Cenáculo ardiendo en fuego de amor, que había recibido del Espíritu Santo y el resultado fue que en dos sermones convierte a ocho mil personas» (Aut 439).

ferrocarril, o en la máquina de un buque de vapor<sup>15</sup>. Este don del amor debe ser pedido, suplicado a la Santa Trinidad<sup>16</sup> y debe ser deseado. Así lo expresaba Claret en una bellísima oración:

*«¡Oh Señor mío, Vos sois mi amor! ¡Vos sois mi honra, mi esperanza, mi refugio! ¡Vos sois mi vida, mi gloria, mi fin! ¡Oh amor mío!... Haced, Padre mío, que yo os ame como Vos me amáis y como queréis que os ame... ¡Oh Jesús mío! Os pido una cosa que yo sé me la queréis conceder. Sí, Jesús mío, os pido amor, llamas grandes de ese fuego que Vos habéis bajado del cielo a la tierra. Ven, fuego divino. Ven, fuego sagrado; enciéndame, abrázame, derrítame y derrítame al molde de la voluntad de Dios... Oh Madre mía, María! ¡Madre del divino amor, no puedo pedir cosa que os sea más grata ni más fácil de conceder que el divino amor, concedédmelo, Madre mía! ¡Madre mía, amor! ¡Madre mía, tengo hambre y sed de amor! ¡Oh Corazón de María, fragua e instrumento del amor, enciéndame en el amor de Dios y del prójimo» (Aut 444-448).*

Claret llega a hacer en el número 448 una gran declaración de amor al prójimo que llama mucho la atención por la pasión que encierra:

*«¡Oh prójimo mío!, yo te amo, yo te quiero por mil razones... Te amo, y por amor te libraré de los pecados y de las penas del infierno. Te amo, y por amor te instruiré y enseñaré los males de que te has de apartar y las virtudes que has de practicar, y te acompañaré por los caminos de las obras buenas y del cielo» (Aut 448)<sup>17</sup>.*

Claret amó de corazón a sus enemigos, porque en su corazón no cabía el odio<sup>18</sup>.

---

<sup>15</sup> Cf. Aut 441.

<sup>16</sup> Cf. Aut. 443.

<sup>17</sup> «El misionero apostólico ha de tener el corazón y la lengua de fuego de caridad. El V. Avila fue un día preguntado por un joven Sacerdote qué es lo que debía hacer para salir buen predicador, y le contestó muy oportunamente: amar mucho. Y la experiencia enseña y la historia eclesíastica refiere que los mejores y mayores predicadores han sido siempre los más fervorosos amantes» (Aut 440).

<sup>18</sup> «No obstante de haber marchado siempre con esta precaución en este terreno, no he escapado de las malas lenguas. Unos por despecho, porque no he querido ser instrumento de sus injustas preten-



## 2. Actualidad espiritual del tema (raíces bíblicas y teológicas)

### 2.1. El mandato misionero: amar

La misión de la Iglesia ha sido comprendida siempre o casi siempre a partir del llamado mandato misionero: «Id por todo el mundo y proclamad el Evangelio a toda la creación» (Mc 16,15), o «Id y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado» (Mt 28,18-20). Se olvidan, sin embargo, otros mandatos misioneros<sup>19</sup> y entre ellos el mandato misionero del amor:

*«La gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto... Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor... Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando... No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca; de modo que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo conceda.<sup>17</sup> Lo que os mando es que os améis los unos a los otros». (Jn 15, 8.12-13.14-17).*

La gloria del Padre es que los discípulos de Jesús demos fruto. Y esto sucederá si permanecemos en su amor, si amamos a los demás como amigos, si somos capaces de dar la vida por los otros. En este mandato la clave de la misión no está en la transmisión de la doctrina, sino en el ejercicio del amor.

En manera alguna quiero contraponer las diversas formas de dis-

---

siones; otros por envidia; éstos por temor de perder lo que tienen, aquellos por malicia, y no pocos por ignorancia, sólo porque han oído hablar, han dicho de mí todas las picardías imaginables y me han levantado las más feas y repugnantes calumnias; pero yo he callado, he sufrido y me he alegrado en el Señor, porque me ha brindado un sorbito del cáliz de su pasión, y a los calumniadores les he encomendado a Dios después de haberles perdonado y amado con todo mi corazón» (Aut, 628).

<sup>19</sup> Cf. José Cristo Rey García Paredes, *Cómplices del Espíritu: el nuevo paradigma de la Misión*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 2015, pp.101-114.

curso: el discurso amoroso o de la cordialidad y el discurso doctrinal. Pero sí, quisiera resaltar el discurso de la cordialidad como una dimensión olvidada e incluso frecuentemente ausente en la misión evangelizadora.

Esto es lo que, ante todo, encontramos en la forma cómo Antonio María Claret realizó su tarea evangelizadora.

## **2.2. Los impulsos: «Hombres que arden en caridad» (XXIV Capítulo General)**

El misionero claretiano es un hombre «que arde en caridad» y que, por lo tanto, «abrsa por donde pasa». La unción del Espíritu nos habilita para amar con celo profético. El mismo Espíritu Santo nos muestra que un misionero apostólico ha de tener corazón y lengua de fuego: «la virtud que más necesitamos es el amor: a Dios, a Jesucristo, a María Santísima y a los prójimos». Sin amor no somos nada.

Jesús es la pasión que nos impulsa a seguir el camino que la Misión nos propone. Como Él, buscamos la gloria de Dios y la salvación del ser humano. Y lo hacemos:

- *Orando*: la oración enciende nuestro amor a Dios y a los hermanos.
- *Trabajando*: el trabajo misionero expresa ese amor y lo comunica.
- *Sufriendo*: el sufrimiento nos acrisola en el mismo sufrimiento de Jesús, nos solidariza con los crucificados de este mundo y nos hace creíbles.

Quien ama a Jesús se siente amado por el Padre, arde en caridad, irradia y testimonia el amor que le abrsa y da mucho fruto:

- desea y procura... «que Dios sea cada vez más conocido, amado y servido».
- su espíritu es «para todo el mundo».
- así participa en la misión que viene de Dios. «Caritas Christi urget nos» (2 Cor 5,14).

## 2.3. Desafíos

El amor de Dios enciende en nosotros el deseo de compartirlo:

- *un deseo eficaz*: por eso, procuramos por todos los medios posibles «encender a todo el mundo en el fuego del divino amor» y llevar su Palabra hasta los confines de la tierra.
- *un deseo, necesario*: en todo proceso de crecimiento y de anuncio misionero, que se enfría con facilidad. Por eso, necesitamos encenderlo una y otra vez con la Palabra de fuego que viene de Dios y forjarlo en el duro yunque de la vida apostólica con sus luchas y contradicciones.

Entonces podremos ser audaces en la misión, gozarnos en las privaciones, abordar los trabajos, abrazar los sacrificios, complacernos en las calumnias, alegrarnos en los tormentos y gloriarnos en la cruz (cf. CC 39-45).

Se constata en nuestras sociedades un notable enfriamiento religioso, especialmente en las nuevas generaciones. Parece que los lazos de alianza de Dios con su Pueblo son cada vez más débiles. El Amor no es amado, al menos de forma consciente, cultivada. Dios no está en el horizonte de la vida de muchos hombres y mujeres.

Nuestra condición de Misioneros del Amor es impedir que Amor no sea amado. Nuestra tarea principal es favorecer en nuestros contemporáneos el compromiso de la Alianza con el único Dios. No bastan las llamadas al amor al prójimo, a la solidaridad.... En la raíz de todo está el amor a Dios con todo el corazón, toda el alma y todas las fuerzas. Y desde ahí surge y crece el amor al todo.

## 3. Pistas para la reunión comunitaria

### 3.1. Puntos para contemplar y compartir

Podríamos decir que el XXIV Capítulo General fue un comentario espiritual, misionero y práctico no solo a la definición del Hijo del Inmaculado Corazón de María, sino también a la primera parte de la oración apostólica de nuestro Padre Fundador: «Señor mío, Dios mío, que te ame y te haga amar».

- Abrimos un diálogo comunitario sobre lo que ha significado para nosotros el documento capitular «Hombres que arden en caridad».
- Abrimos también un espacio contemplativo para la Adoración eucarística. Durante ella se va leyendo despacio el Himno a la Caridad de 1 Cor 13:
  - *Características del amor –agape- (1 Cor 13,4-6):*
    - es paciente,
    - es servicial;
    - no es envidioso,
    - no se engríe;
    - es decoroso;
    - no busca su interés;
    - no se irrita;
    - no toma en cuenta el mal;
    - no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad.
  - *Lo omnímodo del amor (1 Cor 13, 7):*
    - Todo lo excusa.
    - Todo lo cree.
    - Todo lo espera.
    - Todo lo soporta.
  - *Amor no acaba nunca (1 Cor 13,8).*
    - Desaparecerán las profecías.
    - Cesarán las lenguas.
    - Desaparecerá la ciencia.
    - Amor no acaba nunca.

¿Es así nuestra misión?

### **3.2. Textos de Claret**

Pueden servirnos los textos de las notas, descubriendo en ellos, invitaciones a amar a nuestro Dios y a hacer que otros amen a nuestro Dios.

## IV. «Que te sirva y te haga servir»

JULIO CÉSAR RIOJA BONILLA, CMF



### 1. Vamos a ver: situándonos

«Yo dormía y soné que la vida era alegría. Me desperté y vi que la vida era servicio. Serví y comprendí que el servicio era alegría» (Rabindranath Tagore). «El que no vive para servir, no sirve para vivir» (Teresa de Calcuta). «Hay mayor felicidad en dar que en recibir», «El que quiera ser el más importante que sea el servidor de todos», «Yo he venido para servir» (Jesús de Nazaret). Podríamos continuar: «Los grandes de las naciones...». Servir es una palabra clave en la vida, solemos decir que nuestra vocación es de servicio, que una Iglesia que no sirve, no sirve para nada.

Pero, un día opté por ser religioso, por servir a Dios y a los demás, no sé si es lo mismo. Pero en demasiadas ocasiones siento el peso del servicio realizado, la fatiga, el cansancio, porque el verdadero servicio implica por entero al que lo realiza y eso cansa. Sin embargo por el tipo de cansancio también podemos descubrir la autenticidad o no del propio servicio realizado. Porque hay un cansancio que es amargura, y hay un cansancio que es felicidad.

Es verdad que me embarqué en la Vida Religiosa y en el servicio a los demás y sobre todo me basé en la fuerza de voluntad para poder contrarrestar las tendencias internas y de la propia institución o congregación que me impulsan en muchas ocasiones a la pasividad, la indiferencia o encerrarme en mí mismo. El problema aparece cuando asumo el servicio de manera voluntarista, como una obligación que me exige sacrificarme por los que me necesitan. Pero la mera fuerza de voluntad tiene sus límites y siente la tentación de buscar el acomodado. ¿Para qué tanto trabajar si no hay respuesta, si no se ven los frutos?, el esfuerzo que he hecho durante mi vida es desproporcionado. Me estoy haciendo viejo, soy menos romántico y menos ingenuo.

Es verdad que siempre he tenido claro que servir no es tanto dar la vida como el encontrarla (Lc 9,23). Por eso hoy no busco resultados, no persigo reconocimientos, no me decepciono por mis crecientes limitaciones, sino que busco servir porque en el mismo hecho de servir soy feliz. Se trata de esa felicidad serena y profunda que es capaz de vivirse incluso en la cruz. No es alegría por haber hecho lo que debía, sino alegría por haber sido yo mismo, por haber vivido de verdad, porque vivir de verdad es servir. Esa es Buena Noticia para los hombres, es Evangelio, porque Dios mismo es feliz amando, y ama sirviendo. Así como el servicio concreto es el termómetro del amor auténtico, de igual modo la alegría es el termómetro del verdadero servicio.

¿Pero dónde está la alegría cuando oigo y veo tanta cerrazón en mí mismo y en mis hermanos de comunidad sobre la realidad? ¿Cuándo valoramos las cosas negativamente y nos reclinamos cada vez más en nosotros mismos, cuándo no somos capaces de arriesgar, cuándo hay tantos quejidos?

¿Qué nos está ocurriendo? ¿Cuál es nuestro universo de sentido? ¿Somos capaces de poner a prueba, de poner en crisis nuestro entramado mental y vivencial, nuestro modo de vivir y de sentir, para no caer en ensoñaciones, y someter a juicio nuestro modo de estar en la vida? En demasiadas ocasiones valoramos la realidad que nos rodea como algo penoso, lo que provoca lamentos constantes ante la situación actual: nos persiguen, no hay valores, se pierde la fe,

predomina el laicismo. Incluso en lo social sabemos que la situación está mal, pero eso no afecta mucho a nuestra economía, nuestros criterios, valoraciones e ideologizaciones. Nuestros lamentos no deben ser de aflicción sino de tedio, pero eso sí, bien comidos y con buenos techos y con mejores palabras.

No estamos dispuestos a saber, a preguntarnos sobre nuestras fuentes de información, sospechar de nuestras convicciones, canales de acceso, análisis que utilizamos sobre lo que acontece. Las preocupaciones y valoraciones de la gente y las nuestras en muchas ocasiones van por caminos muy diversos. Cuando creemos que controlamos la situación, que somos de los que más estamos preparados, que sabemos lo que pasa, la realidad la llenamos de tópicos y se desencadena una dinámica muy peligrosa. La pereza y la negligencia para asumir la realidad que está en constante cambio, nos llevan a vivir desde lo irreal.

Se trata de abordar los miedos y temores, de no defendernos de la realidad personal e institucionalmente, de saber lo que nos pasa a nosotros y a la sociedad. No hay que dar nada por supuesto, todo puede ser puesto en cuestión en este ámbito, el único absoluto es el Señor. Debemos cuestionarnos nuestras ideas, percepciones, sentimientos, lo que leo, de lo que me alimento, lo que me da consistencia, lo que pienso de la vida cotidiana, de la Vida Religiosa, social y eclesial. Modificar la percepción de la realidad es uno de los retos más difíciles y apasionantes que tiene hoy la Vida Religiosa y esta modificación tiene que ver con las ubicaciones, las percepciones espacio temporales y la sensibilidad. Cambiar lo que hemos hecho normal es muy difícil.

Despertar a la realidad, a lo que hay, es para transformarla, la realidad no es sólo lo que estamos viviendo nosotros, damos por supuesto que esa es la realidad, sin darnos cuenta en ocasiones que lo que está más globalizado es la pobreza. La realidad siempre es poliédrica. Este es el primer aspecto que debemos considerar si queremos servir, ir más allá de nuestros prejuicios de nuestras visiones miopes. Seguro que si hacemos ahora un análisis de la realidad, cada uno aportaría

sus matizaciones. Lo sustancial es cambiar de ubicación geográfica, mental, espiritual y sobre todo la sensibilidad.

Servir es todo esto: mirar, situarse desde un universo de sentido y una sensibilidad.

Para orar:

### **HAZ DE MÍ SEÑOR, INSTRUMENTO DE TU PAZ**

Donde haya odio, ponga yo amor,  
donde haya miseria, ponga liberación,  
donde haya pobreza, ponga desarrollo,  
donde haya ignorancia, ponga educación,  
donde haya desencuentro, ponga cercanía,  
donde haya violencia, ponga purificación,  
donde haya conflicto, ponga diálogo,  
donde haya adiestramiento, ponga escolarización,  
donde haya armas, ponga alimentos,  
donde haya enfermedades, ponga medicación,  
donde haya paro, ponga yo empresas,  
donde haya muerte, ponga semillas de resurrección.

Que no busque mi comodidad, sino el servicio,  
que no sea irresponsable ante el hermano.

No vea al otro como rival, sino como algo mío.

No vea al otro como un cualquiera, porque es sagrado.  
Que no lo humille o menosprecie, porque es otro Cristo.

Sea yo la luz para el ciego,  
bandera para el desesperanzado,  
pan para el hambriento,  
alegría para el amargado, sal para el corrupto,  
remanso para el cansado,



música para el violento, oliva para el armado.  
Sea para todos y en todo un servidor y un hermano.  
Porque es pacificando como se conquista,  
sirviendo como se reina, compartiendo como te enriqueces,  
saliendo de ti como te encuentras, cargando con el otro como te alivias,  
es perdiendo como ganas y es muriendo como vives.  
Lo dijo nuestro Maestro.

**Para pensar y dialogar:**

¿Cómo me sitúo ante la realidad, cual es mi universo de sentido?

Servir es alegría. ¿Por qué hay entre nosotros tantos quejidos?

¿Tantas comodidades individuales e institucionales, hacen de nuestro servicio un cansancio con amargura y en ocasiones escéptico; nada cambia?

¿Qué tengo que cambiar para servir más y mejor?

## 2. Vamos A Juzgar: «que te sirva»

Servir a Dios es lo primero que se nos viene a la cabeza al escuchar la oración del P. Claret, ¿pero a qué Dios? Esta es la pregunta más determinante: ¿en qué Dios creemos? ¿Cómo es el Dios del servicio?

Te cuento una historia, la historia de «El cuarto rey mago»: «Se cuenta que había un cuarto Rey Mago, que también vio brillar la estrella sobre Belén y decidió seguirla. Como regalo pensaba ofrecerle al Niño un cofre lleno de perlas preciosas. Sin embargo, en su camino se fue encontrando con diversas personas que iban solicitando su ayuda.

Buscó y buscó y buscó... y dicen que estuvo más de treinta años recorriendo la tierra, buscando al Niño y ayudando a los necesitados. Hasta que un día llegó a Jerusalén justo en el momento que la multitud enfurecida pedía la muerte de un pobre hombre. Mirándolo, reconoció en sus ojos algo familiar. Entre el dolor, la sangre y el sufrimiento, podía ver en sus ojos el brillo de la estrella.

La tristeza llenó su corazón, ya viejo y cansado por el tiempo. Aunque aún guardaba una perla en su bolsa, ya era demasiado tarde para ofrecérsela al Niño que ahora, convertido en hombre, colgaba de una cruz. Había fallado en su misión. Y sin tener adonde ir, se quedó en Jerusalén para esperar que llegara su muerte. Apenas habían pasado tres días cuando una luz aún más brillante que la de la estrella llenó su habitación. ¡Era el Resucitado que venía a su encuentro! El Rey Mago, cayendo de rodillas ante Él, tomó la perla que le quedaba y extendió su mano mientras hacía una reverencia. Jesús le tomó tiernamente y le dijo:

Tú no fracasaste. Al contrario, me encontraste durante toda tu vida. Yo estaba desnudo, y me vestiste. Yo tuve hambre, y me diste de comer. Tuve sed, y me diste de beber. Estuve preso, y me visitaste. Pues yo estaba en todos los pobres que atendiste en tu camino. ¡Muchas gracias por tantos regalos de amor! Ahora estarás conmigo para siempre, pues el cielo es tu recompensa».

¿Nosotros cómo servimos?: lo hacemos desde nuestro «estilo de vida» que no es otro que el seguimiento en pobreza, castidad y

obediencia. Es verdad que hoy no usamos expresiones sacrificiales para dar razón de los votos, hablamos más bien de servicio. Sacrificio y servicio suponen percepciones distintas. Cuando se confunden se produce malestar. Nuestros votos no son sacrificios, son modos evangélicos de estar en la vida, de servir. Jesús es el desvivido no el sacrificado. Podemos no ser portadores de Buenas Noticias, cuando con nuestros votos no se arriesga nada para servir a los más pequeños, sino que sólo se evita algo. Los votos nos hieren y nos duelen y eso no podemos ocultarlo y esas heridas nos llevan a sanar: porque vivimos la herida de nuestra tendencia a la posesión, podemos sanar a los esclavizados por el dios dinero; porque estamos heridos en nuestra tendencia a la exclusividad en la ternura y el cariño, podemos crear espacios más amplios de ternura y de consuelo; porque estamos heridos en la tendencia a dictar nuestra propia vida, nos abrimos disponiblemente a otras posibilidades de vida.

Las heridas si curan bien, quedan en el cuerpo como recordatorios de todos aquellos que están heridos y a los que debemos servir. Desde aquí puede empezar la historia del seguimiento. Pobreza, castidad y obediencia son un camino apasionante para servir a Dios y al prójimo, son un camino de seguimiento de Jesús. Quizás en el no logremos mucha perfección, pero podemos por pura gracia y fortaleza del Espíritu, hacer un poco más visible que lo único que cuenta en esta historia es ser cauces de Misericordia (misericordia quiero y no sacrificios). Hacer que las criaturas de Dios, especialmente los más pequeños, encuentren respiro y un poco más de ternura y compañía, para que puedan barruntar que vivimos por el Dios de la Vida.

Debemos de ser samaritanos, esa es una de las parábolas que resume nuestra vida de servicio. El samaritano es aquel que «ve», se «fija» en el otro, para hacerse cargo de él. Su mirada compasiva le lleva a acercarse al hermano mal herido, se siente afectado y responsable de su desvalimiento. Pospone sus proyectos, interrumpe su itinerario y con su pequeño gesto comienza el milagro. Carga y se responsabiliza del hermano. Jesús termina diciendo: «Vete y haz tu lo mismo», en eso consiste servir a Dios.

**Para orar:**

**VETE Y HAZ TU LO MISMO**

Vete y discierne (un discernimiento que es don y gracia).

Vete y modifica tu percepción de la realidad.

Vete y modifica tu ubicación.

Vete y modifica tu sensibilidad.

Vete y modifica las percepciones espacio temporales.

Vete y modifica tus percepciones sobre el estado de perfección.

Vete y descúbrete más humano de carne y hueso.

Vete y acaba con tu costra ideológica.

Vete y analiza la realidad neoliberal.

Vete y aprende a vivir en minoridad.

Vete y no uses al otro como medio sino como criatura.

Vete y crea futuro para los más jóvenes.

Vete y no tengas miedo al futuro y a la muerte.

Vete y viviendo en la perplejidad siéntete como el sanador-herido.

Vete y cambia el concepto de Dios por los rostros y los nombres.

Vete y aprende la pedagogía de Jesús en el Evangelio.

Vete y aprende que Dios está abajo.

Vete y descubre la gratuidad y la misericordia.

Vete y verás que la Cruz no engaña.

Vete y estate junto a los crucificados.

Vete y vive en fidelidad al entregado y los entregados (la memoria).

Vete y pruébate.

Vete y combina el corazón y la razón.

Vete y aprende el buen humor.

Vete y ábrete al perdón y revitaliza el diálogo.

Vete y renuncia a lo más propio de ti mismo.

Vete y vive la compasión, la abnegación y el desvivirse.  
Vete y asume tu historia personal y la de aquellos que viven a tu lado.  
Vete y aprende a servir y en ello encontrarás la perfecta alegría.

**Para pensar y dialogar:**

¿Por qué algo tan alternativo como los votos, no parecen hoy alternativas de servicio?

Servir a los pobres y servir a Dios: los pobres son el rostro y los nombres de Dios. ¿Lo vivo así?

¿Mis heridas recuerdan las heridas de todos los caídos de la historia, sé cuáles son mis heridas o creo que yo no estoy herido?

### 3. Vamos a actuar: «y te haga servir»

Vamos ahora a actuar para que otros y nosotros le podamos servir, le hagamos servir. Te propongo diez pistas para caminar y un modelo: el Padre Claret. Estas son las pistas:

- 1. Déjate afectar:** Dime hasta dónde llega tu dolor y te diré hasta dónde tienes vida auténtica. La parábola de Jesús acerca del buen samaritano es un ejemplo claro: la persona más rica y auténtica de la parábola no es el que más reza, ni el que más sabe, ni el que más tiene... es el que más sentimientos posee y aquel que se deja afectar por la realidad que se encuentra en su vida diaria.
- 2. Arriesga:** La salvación y la realización personal no llegan por la seguridad, sino por el riesgo de la entrega: «El que quiera ganar su vida la perderá y el que esté dispuesto a perderla la ganará» (Mc 8,35). Cuando el criterio es la seguridad, nos buscamos a nosotros mismos y nos encerramos poniendo límites a los de fuera y, sin darnos cuenta, así nos los ponemos a nosotros mismos. Jesús lo tiene claro. La persona se realiza y se enriquece cuando se abre y arriesga sin miedo para realizar los deseos y sueños más profundos y comprometidos. La clave del riesgo está en darse: «Cogió el pan lo partió y se lo dio diciendo: tomad y comed, esto es mi cuerpo que será entregado...» (Mt 2, 26).
- 3. Sé generoso:** Vencer la tentación de la posesión. La seguridad del dinero, del trabajo, de la vida cómoda, pueden matar la auténtica vocación y grandeza de una persona y llevarse así lo mejor de sus sueños; en especial, la dimensión comunitaria, fraterna y tu capacidad de compromiso. Hay un modo de ser, trabajar, de servir, de vivir según Dios, y aquí está la clave fundamental, la gratuidad que genera el verdadero amor: «Ha echado lo que tenía para vivir» (Mc 12, 44).

- 4. Busca el verdadero reconocimiento:** Considerar que la vida viene por el aplauso es entregarse a lo que los demás quieren de nosotros, haciéndonos mercancía y entrando en modos de vida que los cambia y dirige la empresa, el mercado, el consumo... Siempre podemos estar más alto. Siempre va a haber llamadas más fuertes y seductoras que las del servicio y la entrega, pero no por eso más verdaderas y profundas. A Jesús cuando le tentaron con el éxito, huyó con rapidez.
- 5. Que el servicio sea tu poder:** Caer en la tentación del poder fuera del servicio acaba anulando al que lo ejerce y al que lo sufre: «Mirad los jefes de los pueblos los oprimen y tiranizan...» Pero hay otros modos: «Entre vosotros que no sea así, el que quiera ser el primero que sea el último y el que quiera ser el jefe que sea el servidor de todos». Necesitamos personas que ejerzan el poder con la autoridad del servicio en todos los campos: sociales, políticos, económicos, culturales, religiosos, eclesiales.
- 6. Aporta lo que eres y puedes:** «Tus cinco panes y dos peces», cosa de pocos para muchos, ahí está el misterio. La grandeza del misterio de lo comunitario y del verdadero compromiso no está en dar mucho o poco, no está tanto en el saber, tener o poder, sino en el querer, en el darse, en la vida. O nos iniciamos desde el comienzo a ser para los demás y en la generosidad, o como lo dejemos para mañana, lo mismo diremos mañana, porque la dinámica y sensibilidad de la entrega se ejerce ya o corremos el peligro de que nunca llegue.
- 7. Ábrete a la comunidad:** Jesús vive en comunidad viva y profunda con sus apóstoles y discípulos más cercanos; toda su vida quiere ser levadura y grano de mostaza en medio del mundo para sembrar y hacer crecer la masa con la fraternidad del Reino, que se mete en todas las hendiduras y entresijos: política, economía, salud, familia, niños, pobres,

prostitutas, gente de la calle, cárceles, empresarios, trabajadores, pescadores, en la plaza, en la sinagoga, en el mercado, en el templo, en los caminos... Ahí está gran parte de la originalidad de estar en el mundo, en la sociedad, en la vida y en la religión, desde los últimos, para ser fieles a Dios y hacer verdadera comunidad. No hay ni habrá nada más original.

**8. Adéntrate en el mundo:** Encarnarse, meterse en el mundo, como la levadura en la masa, como la sal en el guiso, como el grano de trigo en la tierra, todo para servir, para darse y entregarse, para hacer el mundo según Dios. El mundo está abierto y necesita que nos sembremos en él. En los templos de la política, de la economía, de la cultura, del mundo obrero de la Iglesia, de la Vida Religiosa, necesitamos personas que vengan de un proceso vivo y profundo de su «Nazaret» particular, de su vida privada y consagrada donde uno se encuentra con el amor del Padre y se va sintiendo llamado a ser y darse para los demás.

**9. Desde abajo para ser universal:** Desde dónde estamos en el mundo, es decir, cómo nos pensamos y realizamos nuestra persona, que nivel de universalidad hay en nuestras opciones y comportamientos de vida en las distintas dimensiones de nuestra existencia. Jesús nos invita a pensar y sentir desde la universalidad que se ejerce cuando nos acercamos a los últimos y los pequeños, ellos nos dan la medida de la universalidad.

**10. Haciéndolo todo en nombre de Cristo:** Vivir desde el Padre es la clave fundamental desde la que vivió Jesús. Confiar en Él: «Si esto hace con los lirios y con los pájaros que no hará por vosotros, hombres de poca fe» (Mt 6, 28). Hacer lo que hemos visto que Jesús ha aprendido de su Padre. Desde una mirada creyente. Para llegar a la identidad con Cristo, poder decir con Pablo: «Ya no soy yo quien vivo, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2, 20).



### **3.1. La vida misionera de Claret<sup>1</sup>**

Ahora te pongo un modelo que ya te sabes, y resalto algunas cosas del servicio de Claret.

Era un apóstol. Por eso, los horizontes de una parroquia no satisfacían el ansia apostólica de Claret. Consultó y decidió ir a Roma a inscribirse en Propaganda Fide, con objeto de ir a predicar el Evangelio a tierras de infieles. Corría el mes de septiembre de 1839. Tenía 31 años.

#### **En Roma busca su identidad misionera**

Con un hatillo y sin dinero, a pie, un joven cura atravesó el Pireneo camino de la ciudad eterna. Había ido a Roma para ofrecerse como misionero del mundo, pero Dios parecía no quererle ni misionero ad gentes ni tampoco jesuita. Regresado a España, fue destinado provisionalmente a Viladrau, pueblecito entonces de leñadores, en la provincia de Gerona. En calidad de Regente (el párroco era un anciano impedido) emprendió su ministerio con gran celo. Tuvo que hacer también de médico, porque no lo había ni en el pueblo ni en sus contornos.

#### **Misionero Apostólico en Cataluña**

Como Claret no había nacido para permanecer en una sola parroquia, su espíritu le empujó hacia horizontes más vastos. En julio de 1841, cuando contaba 33 años, recibió de Roma el título de Misionero Apostólico. Por fin era alguien destinado al servicio de la Palabra, al estilo de los apóstoles. Esta clase de misioneros había desaparecido desde san Juan de Ávila. A partir de entonces su trabajo fue misionar. Vic iba a ser su residencia. Claret, siempre a pie, con un mapa de hule, su hatillo y su breviario, caminaba por la nieve o en medio de las tormentas, hundido entre barrancos y lodazales. Se juntaba con arrieros y comerciantes y les hablaba del Reino de Dios. Y los convertía. Sus huellas quedaron grabadas en todos los caminos. Además de la

---

<sup>1</sup> [https://www.ewtn.com/spanish/Saints/Biograf%C3%ADa\\_de\\_Antonio\\_Mar%C3%ADA\\_Claret.htm](https://www.ewtn.com/spanish/Saints/Biograf%C3%ADa_de_Antonio_Mar%C3%ADA_Claret.htm)

predicación el P. Claret se dedicaba a dar Ejercicios Espirituales al clero y a las religiosas, especialmente en verano. En 1844, por ejemplo, los daba a las Carmelitas de la Caridad de Vic, asistiendo a ellos santa Joaquina Vedruna. Durante este tiempo también publicó numerosos folletos y libros. De entre ellos cabe destacar el «Camino Recto», publicado en 1843 por primera vez y que sería el libro de piedad más leído del siglo XIX. Tenía 35 años.

En 1847 fundaba junto con su amigo José Caixal, futuro obispo de Seu D'Urgel, y Antonio Palau la Librería Religiosa. Ese mismo año fundaba la Archicofradía del Corazón de María y escribía los estatutos de La Hermandad del Santísimo e Inmaculado Corazón de María y Amantes de la Humanidad, compuesta por sacerdotes y seglares, hombres y mujeres.

### **Apóstol de Canarias**

El 6 de marzo de 1848 salía hacia Madrid y Cádiz camino de Canarias con el recién nombrado obispo D. Buenaventura Codina. Tenía 40 años. Y es que tras la nueva rebelión armada de 1847 ya no era posible dar misiones en Cataluña. Desde el Puerto de la Luz de Gran Canaria hasta los ásperos arenales de Lanzarote resonó la convincente voz de Claret. Claret tuvo que predicar en las plazas, sobre los tablaos, al campo libre, entre multitudes que lo acosaban. 15 meses de su vida en las Canarias, y dejó atrás conversiones y prodigios, profecías y leyendas. Los canarios vieron partir con lágrimas en los ojos un día a su padrito y lo despidieron con añoranza. Era en los últimos días de mayo de 1849. Aún perdura su recuerdo.

Fundador de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María. Poco después de su vuelta a Cataluña, el 16 de julio de 1849, a las tres de la tarde en una celda del seminario de Vic fundaba la Congregación de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, idea que venía madurando desde hacía tiempo. Tenía 41 años. «Hoy comienza una grande obra» -dijo el P. Claret.

## **Nombramiento.**

Este hecho de capital importancia puso pronto en peligro su recién fundado Instituto. El P. Claret era nombrado Arzobispo de Santiago de Cuba. Aceptó el cargo, después de todos los intentos de renuncia, el 4 de octubre de 1849 y el día 6 de octubre de 1850 era consagrado obispo en la catedral de Vic. Tenía 42 años. El lema que eligió para su escudo arzobispal fue todo un proyecto de vida: «Charitas Christi urget nos» (el amor de Cristo nos apremia). Y aún le dio tiempo, antes de partir, para concebir una nueva fundación, las Religiosas en sus Casas o las Hijas del Inmaculado Corazón de María, actual Filiación Cordimariana. En el puerto de Barcelona un inmenso gentío despidió al Arzobispo Claret con una apoteósica manifestación.

## **En Cuba**

En el viaje hacia La Habana aprovechó para dar una misión a bordo para todo el pasaje, oficialidad y tripulación. Y al fin... Cuba. Seis años gastaría Claret en la diócesis de Santiago de Cuba, trabajando incansablemente, misionando, sembrando el amor y la justicia en aquella Isla en la que la discriminación racial y la injusticia social reinaban por doquier. Se enfrentó a los capataces, les arrancó el látigo de las manos. El P. Claret tenía una capacidad inventiva que denotaba un ingenio poco común. En Holguín se organizaron fiestas populares. El número fuerte del programa era el lanzamiento de un globo tripulado por un hombre. El artefacto aerostático era de los primeros que se ensayaban en aquellos tiempos. No tuvo éxito; comenzó a elevarse, pero el piloto perdió el control y cayó en un pequeño barranco. El Arzobispo estudió el problema y un día sorprendió a todos: «Hoy he dado con el sistema de la dirección de los globos». Y les mostró un diseño, que todavía hoy se conserva.

## **Era un hombre práctico**

Fundó en todas las parroquias instituciones religiosas y sociales para niños y para mayores; creó escuelas técnicas y agrícolas, estableció y propagó por toda Cuba las Cajas de Ahorros, fundó asilos, visitó cuatro veces todas las ciudades, pueblos y rancherías de su inmensa diócesis. Siempre a pie o a caballo.

Una de las obras más importantes que llevó a cabo el P. Claret en Cuba fue la fundación, junto con la Madre Antonia París, de las Religiosas de María Inmaculada, Misioneras Claretianas, que tenía lugar después de muchas dificultades el 27 de agosto de 1855 con la profesión de la Fundadora. Pero ni siquiera en Cuba le dejaron en paz sus enemigos. La tormenta de atentados llegó al culmen en Holguín, donde fue herido gravemente cuando salía de la iglesia por un sicario a sueldo de sus enemigos al que había sacado poco antes de la cárcel. El P. Claret pidió que perdonaran al criminal. A pesar de todos sus enemigos siguieron sin perderle de vista. Al cabo de seis años en Cuba un día le entregaron un despacho urgente del capitán general de La Habana en el que se le comunicaba que su Majestad la Reina Isabel II le llamaba a Madrid. Era el 18 de marzo de 1857.

### **Confesor de la Reina y Misionero en la Corte y en España**

Llegado a Madrid, supo el P. Claret que su cargo era definitivamente el de confesor de la Reina. Contrariado aceptó, pero poniendo tres condiciones: no vivir en palacio, no implicarle en política y no guardar antesalas teniendo libertad de acción apostólica. Tenía 49 años cuando regresó de Cuba. En los 11 años que permaneció en Madrid, su actividad apostólica en la Corte fue intensa y continuada. Pocas fueron las iglesias y conventos donde su voz no resonara con fuerza y convicción. Desde la iglesia de Italianos, situada en la actual ampliación de las Cortes y desde la iglesia de Montserrat, donde está situado actualmente el Teatro Monumental, desarrolló una imparable actividad. Principalmente se hizo notar en sus misiones al pueblo y en sus ejercicios al clero. Mientras acompañaba a la Reina en sus giras por España aprovechaba también para desarrollar un intenso apostolado. A primeros de junio de 1858 la real caravana rodaba por las llanuras de la Mancha, Alicante, Albacete, Valencia... Luego al noroeste de España: León, cuenca minera de Mieres y Oviedo, Galicia, Baleares, Cataluña, Aragón y Andalucía. El recorrido por el sur fue de un gran entusiasmo, que aprovechaba el confesor real para misionar por todas partes, llegando a predicar en un solo día 14 sermones: Córdoba, Sevilla, Cádiz, Granada, Málaga, Cartagena y Murcia. Más tarde

otra vez por el norte: País Vasco, Castilla la Vieja y Extremadura. El Reino de Dios era anunciado y el pueblo respondía con generosidad.

### **Presidente del Monasterio de El Escorial**

La Reina le nombró Presidente del Real Monasterio de El Escorial para su restauración, dado su lastimoso estado a raíz de la ley de exclaustración de 1835. Desempeñó este cargo desde el año 1859 hasta el año 1868. Corto tiempo, pero suficiente para dar muestras de su talento organizador. Se repararon las torres y alas del edificio, así como la gran basílica. Se restauraron el coro y los altares, se instalaron dos órganos, se adquirió material científico para los gabinetes de Física y laboratorios de Química, se restauró la destartalada biblioteca y se construyó otra nueva; se repoblaron los jardines, se plantaron gran cantidad de árboles frutales y de jardín. Con todo, el Arzobispo ponía anualmente en manos de la Reina un buen superávit. Parecía un milagro. Con la restauración material emprendió la espiritual. Creó una verdadera Universidad eclesiástica, con los estudios de humanidades y lenguas clásicas, lenguas modernas, ciencias naturales, arqueología, escolanía y banda de música. Estudios de Filosofía y Teología, con Patrística, Liturgia Moral y ciencias Bíblicas, lenguas caldaica, hebrea, arábiga, etc. Con la ayuda inestimable de su colaborador de Cuba, D. Dionisio González de Mendoza, hizo de este monasterio uno de los mejores centros de España. Y gracias a su afán recuperó su esplendor la octava maravilla del mundo.

### **Apóstol de la Prensa**

«Antonio, escribe», -sintió que le decían Cristo y la Virgen-. Como una enorme y sensible pantalla de radar, Claret escrutaba continuamente los signos de los tiempos: «Uno de los medios que la experiencia me ha enseñado ser más poderoso para el bien es la imprenta, -decía-, así como es el arma más poderosa para el mal cuando se abusa de ella». Escribió unas 96 obras propias (15 libros y 81 opúsculos) y otras 27 editadas, anotadas y a veces traducidas por él. Sólo si se tiene en cuenta su extrema laboriosidad y las fuerzas que Dios le daba, se puede comprender el hecho de que escribiera tanto llevando

una dedicación tan intensa al ministerio apostólico. Claret no era solamente escritor. Era propagandista. Divulgó con profusión los libros y hojas sueltas. En cuanto a su difusión alcanzó cifras verdaderamente importantes. Jamás cobraba nada de la edición y venta de sus libros; al contrario, invertía en ello grandes sumas de dinero. ¿De dónde lo sacaba? De lo que obtenía por sus cargos y de los donativos. «Los libros -decía- son la mejor limosna». El año 1848, como ya hemos dicho, había fundado la Librería Religiosa junto al Dr. Caixal, futuro obispo de Seo de Urgel, precedida por la Hermandad espiritual de los libros buenos, que durante los años que estuvo bajo su dirección hasta su ida a Cuba imprimió gran cantidad de libros, opúsculos y hojas volantes, con un promedio anual de más de medio millón de impresos. En el primer decenio de la fundación recibió la felicitación personal del Papa Pío IX. Aún sacerdote había fundado la Hermandad del Santísimo e Inmaculado Corazón de María, cuya finalidad era la de mantener permanentemente la difusión de los libros y que constituyó uno de los primeros ensayos de apostolado seglar activo por estar integrada por sacerdotes y seglares de ambos sexos.

Una de sus obras más geniales fue la fundación de la Academia de San Miguel (1858). En ella pretendía agrupar las fuerzas vivas de las artes plásticas, el periodismo y las organizaciones católicas; artistas, literatos y propagandistas de toda España para la causa del Señor. En nueve años se difundieron gratuitamente numerosos libros, se prestaron otros muchos y se repartió un número incalculable de hojas sueltas. Y fundó las bibliotecas populares en Cuba y en España, donde más de un centenar llegaron a funcionar en los últimos años de su vida. Bien merece el P. Claret el título de apóstol de la prensa.

### **Director espiritual y cofundador**

La obra más significativa del P. Claret fue la fundación de la Congregación de Misioneros Hijos del Corazón de María. Pero en la espléndida floración de nuevos institutos religiosos que se operó en el siglo XIX, fue el confesor real el más decidido colaborador que se encontraron casi todos los fundadores y fundadoras de su tiempo. Con la Madre París ya había fundado en Cuba el año 1855 el Instituto de Religiosas

de María Inmaculada, llamadas Misioneras Claretianas, para la educación de las niñas. Bajo su dirección espiritual se incluyen santa Micaela del Santísimo Sacramento, fundadora de las Adoratrices, y santa Joaquina de Vedruna, fundadora de las Carmelitas de la Caridad. Intervino directa o indirectamente en otras fundaciones. Se relacionó con Joaquín Masmitjà, fundador de las Hijas del Santísimo e Inmaculado Corazón de María, con D. Marcos y Dña. Gertrudis Castanyer fundadores de las Religiosas Filipenses, con María del Sagrado Corazón fundadora de las Siervas de Jesús, con la Beata Ana Mogas fundadora de las Franciscanas de la Divina Pastora. Le encontramos con Francisco Coll fundador de las Dominicas de la Anunciata. También tuvo parte en la fundación de las Esclavas del Corazón de María, de la M. Esperanza González. Y habría que añadir su influjo en la Compañía de Santa Teresa, Religiosas de Cristo Rey, etc. Todas estas instituciones nacieron o germinaron gracias al P. Claret.

### **Un hombre santo**

La suntuosidad cortesana no impidió al P. Claret vivir como el religioso más observante. Cada día dedicaba mucho tiempo a la oración. Su austeridad era proverbial y su sobriedad para las comidas y bebidas, admirable. Este era su horario: dormía apenas seis horas levantándose a las tres de la mañana; antes que se levantaran los demás tenía dos horas de oración y lectura de la Biblia, luego otra hora con ellos, celebraba su Eucaristía y oía otra en acción de gracias; desde el desayuno hasta las diez confesaba y luego escribía. Lo que peor soportaba era la hora de audiencia hacia las doce. Por la tarde predicaba, visitaba hospitales, cárceles, colegios y conventos.

### **Su pobreza era ejemplar**

Un día se llevó un susto al llevarse la mano al bolsillo. Le pareció haber encontrado una moneda, pero enseguida se repuso, no era una moneda, sino una medalla. En una ocasión no teniendo otra cosa para poder auxiliar a un pobre empeñó su cruz arzobispal. Claret era un verdadero místico. Varias veces se le vio en estado de profundo ensimismamiento ante el Señor. Un día de Navidad, en la iglesia de las

adoratrices de Madrid, dijo haber recibido al Niño Jesús en sus brazos. Privilegio incomparable del que fue objeto fue la conservación de las especies sacramentales de una comunión a otra durante nueve años. Así lo escribió en su Autobiografía: «El día 26 de agosto de 1861, hallándome en oración en la iglesia del Rosario de La Granja, a las siete de la tarde, el Señor me concedió la gracia grande de la conservación de las especies sacramentales, y tener siempre día y noche el santísimo sacramento en mi pecho». Esta presencia, casi sensible, de Jesús en el P. Claret debió ser tan grande, que llegó a exclamar: «En ningún lugar me encuentro tan recogido como en medio de las muchedumbres».

### **Un hombre perseguido**

No es de extrañar que un hombre de la influencia del P. Claret, que arrastraba a las multitudes, atrajera también las iras de los enemigos de la Iglesia. Pero las amenazas y los atentados se iban frustrando uno a uno, porque la Providencia velaba sobre él que se alegraba en las persecuciones. Fueron numerosos los atentados personales que sufrió en vida. La mayor parte frustrados por la conversión de los asesinos. Pero fue peor, con todo, la campaña difamatoria que se organizó a gran escala por toda España para desacreditarlo ante las gentes sencillas. Se le acusó de influir en la política, de pertenecer a la famosa camarilla de la Reina con Sor Patrocinio, Marfori y otros, de ser poco inteligente, de ser obsceno en sus escritos refiriéndose a su libro «La Llave de Oro», de ser ambicioso y aún de ladrón. Pero Claret supo callar, contento de sufrir algo por Cristo.

### **Ante el reconocimiento del Reino de Italia**

El 15 de julio de 1865 el Gobierno en pleno se reunía en La Granja de San Ildefonso para arrancar a la Reina su firma sobre el reconocimiento del Reino de Italia, que equivalía a la aprobación del expolio de los Estados pontificios. El P. Claret ya había advertido a la Reina que la aprobación de este atropello era, a su parecer, un grave delito, y la amenazó con retirarse si lo firmaba. La Reina, engañada, firmó. Claret no quiso ser cómplice permaneciendo en la corte. Oró ante el Cristo del Perdón, en la iglesia de La Granja, y escuchó estas palabras: «An-



tonio, retírate». Transido de dolor al verse obligado a abandonar a la Reina en aquella situación, se dirigió a Roma. Allí el Papa Pío IX le consoló y le ordenó que volviera otra vez a la corte. La familia real se alegró inmensamente de su retorno. Pero una nueva tempestad de calumnias y de ataques se desencadenó contra él. Se puede decir de Claret que fue uno de los hombres públicos más perseguidos del siglo XIX.

## **Desterrado**

El 18 de septiembre de 1868 la revolución, ya en marcha, era incontenible. Veintiún cañonazos de la fragata Zaragoza, en la bahía de Cádiz, anunciaron el destronamiento de la Reina Isabel II. Con la derrota del ejército isabelino en Alcolea caía Madrid, y la revolución, como un reguero de pólvora, se extendió por toda España. El día 30, la familia real, con algunos adictos y su confesor, salía para el destierro en Francia. Primero hacia Pau, luego París. El P. Claret tenía 60 años. Los desmanes y quema de iglesias se prodigaron. El 30 de marzo de 1869 Claret se separaba definitivamente de la Reina y se iba a Roma.

## **Padre del Concilio Vaticano I**

El día 8 de diciembre de 1869 se reunían en Roma 700 obispos de todo el mundo, superiores de órdenes religiosas, arzobispos, primados, patriarcas y cardenales. Comenzaba el Concilio Ecuménico Vaticano I. Allí estaba el P. Claret. Uno de los temas más debatidos fue la infalibilidad pontificia en cuestiones de fe y costumbres. La voz de Claret resonó, ya con dificultad, en la basílica vaticana el 31 de mayo de 1870: «Llevo en mi cuerpo las señales de la pasión de Cristo, -dijo, aludiendo a las heridas de Holguín- ojalá pudiera yo, confesando la infalibilidad del Papa, derramar toda mi sangre de una vez». Es el único Padre asistente a aquel Concilio que ha llegado a los altares.

## **El ocaso de sus días**

El 23 de julio de 1870, en compañía del P. José Xifré, Superior General de la Congregación, llegaba el Arzobispo Claret a Prades, en el Pirineo francés. La Comunidad de Misioneros en el destierro, en su mayoría jóvenes estudiantes, recibió con gran gozo al fundador, ya enfermo. Él

sabía que su muerte era inminente. Pero ni siquiera en el ambiente plácido de aquel retiro le dejaron en paz sus enemigos. El día 5 de agosto se recibió un aviso. Querían apresar al señor Arzobispo. Incluso en el destierro y enfermo, el P. Claret tuvo que huir. Se refugió en el cercano monasterio cisterciense de Fontfroide. En aquel cenobio, cerca de Narbona, fue acogido con gran alegría por sus moradores. Su salud estaba completamente minada. El P. Jaime Clotet no se separó de su lado y anotó las incidencias de la enfermedad. El día 4 de octubre tuvo un derrame cerebral. El día 8 recibió los últimos sacramentos e hizo la profesión religiosa como Hijo del Corazón de María, a manos del P. Xifré. Llegó el día 24 de octubre por la mañana. Todos los religiosos se habían arrodillado alrededor de su lecho de muerte. Junto a él, los Padres Clotet y Puig. Entre oraciones Claret entregó su espíritu en manos del Creador. Eran las 8,45 de la mañana y tenía 62 años. Su cuerpo fue depositado en el cementerio monacal con una inscripción de Gregorio VII que rezaba: «Amé la justicia y odié la iniquidad, por eso muero en el destierro».

**Para orar:**

## **ORACIÓN DEL SERVICIO**

Señor: enséñanos a administrar los talentos  
que nos diste cuando nos llamaste a servirte.

Que seamos resistentes a las críticas de otros  
y no nos molestemos por pequeñeces,  
por necesidades o por tonterías.

Que aprendamos con humildad de los fracasos,  
que nos recuerden la necesidad de hacer más.

## ORACIÓN

Señor ayúdanos a descubrirte en el trabajo,  
en la diversión, en la oración  
y en el rostro de las personas que nos rodean.

Señor: danos mucho trabajo que te glorifique  
y las fuerzas necesarias para lograrlo.

Señor: enséñanos las bondades de trabajar unidos,  
sumando esfuerzos, ayúdanos mutuamente,  
cubriéndonos la espalda, dando y recibiendo ayuda.

Señor: destierra de nosotros el afán de protagonismo,  
todo deseo de figurar, toda pretensión de buscar el reconocimiento,  
líbranos de la tentación del mal del mundo.  
Que nuestra única recompensa sea servirte como tú te mereces.

### **Para pensar y dialogar:**

Actuar, arriesgar, dejarse afectar... premisas para seguir caminando y encontrar y transmitir la felicidad y la Buena Noticia, ¿Estoy en esta clave?

¿A que me llaman las múltiples actividades de servicio que realizó y promocionó el P. Claret?

¿Cómo entiendo el servicio desde mi ser Claretiano?

PODEMOS TERMINAR LEYENDO JUNTOS LA ORACIÓN APOSTÓLICA.



# V. «Que te alabe y te haga alabar»

ADRIÁN DE PRADO POSTIGO, CMF



## 1. Introducción

### 1.1. En las fuentes de la espiritualidad claretiana

Superados el pudor y las reticencias iniciales, y fiado en obediencia de la petición del General de la Congregación, Antonio Claret dio a luz en el ocaso de su vida un texto autobiográfico singular, en el cual quedaron retratados su itinerario vital y, sobre todo, su perfil creyente. A lo largo del escrito, el ardiente Claret interrumpe la narración de los hechos en múltiples ocasiones, se detiene un tanto a la vera del camino y contempla aquello que está escribiendo desde la atalaya de una existencia adensada por el peso de los años y transfigurada por el paso la gracia. A veces lo hace para ponderar las distintas formas en que Dios se ha ido manifestando a lo largo de su trayectoria; otras, para exhortar enfáticamente a sus misioneros; en ciertos momentos, para dejar constancia de las inspiraciones, propósitos y empresas nacidos de su apostolado o de sus ejercicios espirituales, y, las más de las veces, para dirigirse en oración hacia lo alto. En esta última moción se hace patente que, al contar su propia historia, Claret está relejendo su vida ante Dios (*coram Deo*) y como conducida por Dios

(*Deo duce*). De hecho, los textos en clave oracional son tantos y tan significativos que consiguen otorgar el tono, el tempo y la perspectiva al conjunto de la *Autobiografía*, en mucha mayor medida de lo que lo hacen las reflexiones parenéticas, las peripecias vitales y las anécdotas históricas. Tan es así que quien se asoma al testamento escrito de Antonio Claret acaba por tener la sensación de saber mucho más del corazón del santo que de los proyectos y andanzas del hombre.

No todas las oraciones que jalonan la *Autobiografía* de Claret presentan el mismo cariz ni todas han conocido idéntica suerte en la tradición posterior. Como es lógico, del rico caudal salido de la pluma del santo sólo unos pocos textos se han ido decantando hasta el punto de ser reconocidos como expresiones redondas y casi insuperables de la espiritualidad claretiana. Entre ellos, ocupa un lugar de honor el célebre «papelito» que, según el deseo de Claret, todo misionero debía copiar y llevar consigo a modo de recuerdo permanente de lo nuclear de su vocación de Hijo del Inmaculado Corazón de María. Papelito nada ingenuo, por cierto, pues constituye a la vez un vívido autorretrato del Fundador y todo un programa de vida —muy pensado y muy osado— para sus hijos. Junto a este texto matricial, la tradición claretiana ha valorado la llamada *Oración filial y apostólica* de Claret como su otro gran tesoro escrito. Se trata de unas pocas líneas que, emparentadas en lo nuclear con las de la *Definición del misionero*, revisten sin embargo una naturaleza distinta. Aquéllas aparecen como colofón al capítulo XXXIV de la *Autobiografía*, en el que se relatan el nacimiento y los primeros pasos de la Congregación. Es evidente que Claret, que también se dice esta fórmula a sí mismo, no la concibe exclusiva ni primordialmente para sí, sino que la escribe a modo de *speculum missionarii*, como faro y carta de navegación para cada uno de los que deseen acoger su proyecto evangelizador. Por su parte, la *Oración filial y apostólica* sella el largo capítulo XII, que versa sobre «los estímulos que me movían a misionar, que fue (sic) el ejemplo de los Profetas, de Jesucristo, Apóstoles, Santos Padres y otros Santos». Es éste un pasaje de la *Autobiografía* mucho más personal. Un Antonio emocionado recoge en él el ejemplo de aquellos varones cre-

yentes —lo volverá a hacer enseguida con las mujeres— cuyas vidas lograron avivar el fuego de la misión en su propio corazón, sirviendo, pues, de acicate para su particular celo apostólico. Tras un cúmulo vibrante de nombres e historias ejemplares, Claret suspende su pluma y se vuelve hacia sus entrañas de misionero, como buscando el hontanar de su sed evangelizadora. Encuentra entonces un deseo, quizá el único que transió su existencia fiducial. Y deja que dicho anhelo se exprese en forma de plegaria menesterosa y confiada. Porque todo deseo está siempre pendiente de cumplimiento y, cuando es tan alto, sólo Dios puede colmarlo cabalmente con su auxilio. Así, a través de una súplica sencilla y espontánea, el santo nos permite contemplar su «más profundo centro» y nos adentra de su mano en una experiencia que, siendo intransferible, se torna a su vez accesible para cualquier creyente. De suerte que Claret nos lega en la Oración filial y apostólica una plegaria intimísima y universal al mismo tiempo: quizá la más personal y la más común de todas las suyas.

## 1.2. ¿Una palabra genuinamente claretiana?

La *Oración filial y apostólica* de S. Antonio M<sup>a</sup> Claret está construida sobre dos series de ruegos. La primera de las mismas queda vertebrada por cuatro verbos —*conocer, amar, servir y alabar*— que tienen como sujeto al orante y, como término, a Dios mismo. Dado el carácter fontal de esta oración y habida cuenta de la fortuna que ha corrido en nuestra Congregación, dichos verbos parecen llamados a condensar los perfiles más genuinos de la espiritualidad del santo. Pero es posible que no todos ellos trasluzcan con la misma nitidez lo más característico de la entretela creyente de Claret. Es cierto que, tomados en su conjunto y desde un punto de vista genérico, dichos verbos ofrecen un retrato certero del misionero de Sallent. Ahora bien, desde una perspectiva más específica —estrictamente carismática—, hay que admitir que la última de las impetraciones de Claret emplea un verbo relativamente inusual en él: «que os *alabe* y os *haga alabar*». Un verbo que, al contrario de lo que ocurre con los otros tres, puede provocar cierta extrañeza entre nosotros. Al menos a priori, *conocer, amar* y *servir* a Dios —y los correlativos *hacer conocer, hacer amar*

y *hacer servir* a Dios— encajan con toda suavidad en la experiencia espiritual más propia del Fundador. A quienes admiramos su figura y su legado en la Iglesia, su religiosidad profunda y sus inquietudes evangelizadoras, nos resulta muy sencillo contemplar al P. Claret desde estas tres expresiones matriciales, que casi podrían emplearse a modo de «títulos apostólicos». Al fin y al cabo, Antonio fue un buscador y predicador infatigable del Señor («que os *conozca* y os *haga conocer*»), un misionero ardiente de la caridad divina («que os *ame* y os *haga amar*») y un servidor fiel y eficaz de la Palabra y de María («que os *sirva* y os *haga servir*»). Sin embargo, quizá nos cueste algo más reconocer a Claret bajo el signo de la alabanza. No se trata de negarle al Fundador esta expresión de la fe, que es de suyo inherente a la existencia cristiana. Pero sí nos parece que, para comprender el fondo de la petición laudatoria de la *Oración filial y apostólica*, resulta oportuno valorar si Claret transitó la senda de la alabanza hasta el punto de convertirla en un rasgo peculiar de su fisonomía espiritual, como lo fue paradigmáticamente de la de otros santos, como el *po-verello* de Asís.

## **2. Claret, misionero de la alabanza, cantor del Evangelio**

### **2.1. Dos pequeñas florecillas utobiográficas**

Si tomamos como base lo que dejó escrito, lo primero que salta a la vista es que los términos «alabar» y «alabanza» juegan un papel menor en los textos de Claret, sobre todo si se compara con la abrumadora presencia de la tríada «conocer», «amar» y «servir» en sus múltiples combinaciones. Y no siempre se emplea el verbo «alabar» con la fuerza teologal que tiene en la *Oración filial y apostólica*. Pero sí hallamos dos lugares en la *Autobiografía* perfectamente asimilables a dicha plegaria, por el uso conjunto de los cuatro verbos y por la carga semántica que los mismos adquieren. Se trata de dos textos en que Claret añade la alabanza al conocimiento, el amor y el servicio para caracterizar lo más genuino de la relación del ser humano con Dios, uno en clave oracional y otro más discursivo.



Al concluir el capítulo VII, Claret pondera las bondades que la Virgen María le ha procurado en su vida, se duele de no haber sabido reconocerlas y decide consagrarse a su servicio en estos términos: «Madre mía, quiero amaros de aquí en adelante con todo fervor; y no sólo os amaré yo, sino que además procuraré que todos os conozcan, os amen, os sirvan, os alaben» (Aut 55). Hay en esta intención mariana de Claret un paralelismo palmario entre lo que él se propone para sí — amar a María con todo fervor — y lo que piensa procurar para el prójimo — hacer que todos conozcan, amen, sirvan y alaben a la Virgen —. De forma que *conocer*, *amar*, *servir* y *alabar* son para el Fundador, según su concepción personal de la existencia cristiana, una suerte de desarrollo espiritual explícito de lo que el *amor* — a María y, por extensión, a Dios — dice condensadamente. Pero no sólo. Por el tono de la oración, el momento en que Claret la introduce en la *Autobiografía* y su tenor, bien podemos colegir que se está esbozando en ella todo un programa de vida cristiana y de evangelización misionera. Un programa acorde con la vocación más alta del ser humano, que brota de su misma condición de criatura. Es justamente este aspecto vocacional primario lo que es puesto de relieve por Claret en el segundo fragmento emparentado con la *Oración filial y apostólica*, a saber: «Y, como somos criados para conocer, amar, servir y alabar a Dios, he pensado que, para llenar un clérigo todos sus deberes necesitaba saber de canto eclesiástico, y al efecto he escrito y dado a luz un cuaderno [en] que con la mayor brevedad y facilidad se enseña el modo de cantar y alabar a Dios» (Aut 327). Aunque la ocasión por la que Claret escribe estas líneas es muy circunstancial — la publicación de un libro sobre canto religioso —, el motivo radical de esta y otras empresas de Claret, como su empeño en la instrucción musical de los seminaristas de El Escorial, es el más profundo que cabe pensar: ayudar al ser humano a realizar en plenitud aquello para lo que ha sido creado en gracia. Una vocación que incluye de modo muy importante, como se puede observar, la alabanza al Creador.

En los escritos que acabamos de considerar, Claret no concibe la alabanza deslindada de los otros tres modos de la relación con Dios

—el conocimiento, el amor y el servicio— ni la estima especialmente por encima de ellos. Pero resulta curioso que, en ambos textos, ponga un cierto énfasis en la necesidad de alabar al Señor. Es muy evidente en el segundo caso, donde Claret da cuenta de lo que ha decidido a llevar a cabo para enseñar «el modo de cantar y *alabar* a Dios». Pero tampoco es difícil percibir el subrayado de la alabanza en el primero de los fragmentos citados, si se repara en el contexto en que aparece la susodicha oración. Claret está narrando su «primera devoción a María Santísima», recordando las muchas y grandes finezas de su corazón para con él y, ante tamaña solicitud, se confiesa desagradecido: «¡Oh María, Madre mía, qué buena habéis sido para mí y qué ingrato he sido yo para Vos!» (Aut 55). Aun cuando Claret pueda haber exagerado un tanto sus faltas al contar la historia de su vida, lo cierto es que el sentimiento de ingratitud para con la Virgen representa para él un déficit en el ejercicio cristiano de la alabanza. Al fin y al cabo, toda falta de reconocimiento de la bondad divina termina por traducirse en una ausencia de encomio hacia el Creador. Dicho más llanamente: en su plegaria y sus propósitos, Antonio estaría admitiendo que a lo largo de su existencia la disposición para alabar a Dios ha sido en él muy pobre, habida cuenta de la magnanimidad con que el Señor se le ha hecho presente de mil y un modos. Dios ha estado grande con Claret desde siempre y parece que él echara de menos a cada paso haber tenido un alma con mayor capacidad para cantar Sus grandezas. ¡Él, que casi desde niño había sido heraldo del Evangelio del amor de Dios...!

Sea como fuere, estas dos simples calas en la *Autobiografía* ponen de manifiesto que no es necesario forzar los pocos textos explícitos de Claret sobre la alabanza, ni tampoco acudir a muchos otros menos transparentes, para hallar una *inclinación laudatoria* en la espiritualidad de quien los escribe. De hecho, bastaría con hacer una lectura pausada de la *Autobiografía* en esta clave para vernos abrumados por la pluma de un santo apasionado que, por un lado, transmite el deseo sincero —y quizá a veces frustrado, si nos fijamos de sus palabras— de alabar al Señor por su inmensa grandeza; y, por otro, jalona cuanto dice de continuas exclamaciones y loas a la prodigalidad de Dios. Ja-

más falta en sus ojos la admiración —«¡Bendito seáis, Señor!», «¡Bendita seáis, Madre!»—, ni están nunca sus labios huérfanos del «¡oh!».

## 2.2. El sentido de la alabanza en la vivencia fiducial de Claret

Tal y como Claret la concibe, la alabanza no es un movimiento aislado o solipsista del corazón creyente hacia Dios, sino que brota de una experiencia fontal, amplia e integradora y, al tiempo, la suscita. Como todo en Claret, se debe situar la alabanza en el conjunto de una vivencia de fe integral: alabar es para Antonio un modo peculiar de entrar en diálogo con el Señor. Pero los perfiles de esta veta espiritual no se explican por sí solos, sino que conviene contemplarlos a la luz del resto de mociones y prácticas espirituales, interiores y exteriores. Por esta razón y retomando el pequeño ramillete de textos en que Claret habla directamente sobre ella, cabe comprender el sentido que el santo confiere a la *alabanza* en función de su respectiva vinculación con el *conocimiento*, el *amor* y el *servicio* cristianos. Veámoslo sucintamente.

### a) *Conocer y alabar*

Antonio Claret fue un creyente inquieto por crecer en la virtud y permanentemente preocupado por procurar una recta formación, para sí y para sus hermanos. Su itinerario de búsqueda interior y su interés por la instrucción cristiana a todos los niveles sitúan el *conocimiento* en el foco de su vida espiritual. Un conocer que es a la vez gustar la vida de Dios en uno mismo y aplicar la razón al mayor entendimiento de su voluntad y al mejor atencimiento a su servicio. En ningún caso aboga Claret por un modelo de vida cristiana fríamente intelectualizado, como si la experiencia creyente fuera asimilable a una aventura especulativa entre otras posibles, sino que él explora y propone un camino de profundización en las verdades radicales de la fe y un proceso de transformación personal a la luz del rostro del Señor, que se deja conocer.

Desde esta visión de las cosas, tanto el conocimiento de Dios como el estudio de las realidades naturales deberían redundar siempre en la alabanza del Creador. De no ser así, ni el primero sería au-

téntico ni el segundo fructuoso, pues Dios, que constituye la fuente y el término de nuestro saber, no presenta los perfiles de un objeto mundano aprehensible, sino que reviste los excesos de un amor infinito y entrañable. Un amor que nos sobrepasa desmesuradamente y, a la vez, íntimamente nos sobrecoge. De suerte que la intelección cristiana del misterio de Dios demanda, para ser completa, *introspección* del propio corazón que ha sido amado por toda la eternidad, *apertura* al Espíritu Santo que actualiza en nosotros el amor del Hijo en cada presente y *sobreexcedencia* laudatoria hacia el Padre, que nos amará más allá de toda medida cuando se rasguen los velos de este mundo que pasa y lo conozcamos no ya en figura, sino en visión. Conocer y conocerse. Conocerse y conocerlo. Conocerlo y alabarlo. El saber sobre Dios empieza y termina por el canto.

Explicando el Padrenuestro a los infantes, afirma Claret: «En todas las cinco partes del mundo hay personas que conocen y alaban a Dios Señor Nuestro. He aquí, pues, lo que pedimos con esta primera petición, santificado sea el tu nombre, que de todo el mundo sea siempre bendito y alabado. (...) Alábalo tú con especialidad, hijo mío, porque gusta mucho de las alabanzas de los niños; y si oyes alguna blasfemia contra su nombre, procura desagraviarlo, aunque no sea más que elevando tu corazón a Dios y diciendo: Alabado sea Jesucristo: Ave, María purísima» (*Catecismo explicado*, 177). Como cabe observar en estas palabras, Claret lee la primera de las peticiones del Padrenuestro en el sentido de la alabanza, haciendo patente su deseo de que Dios sea *conocido* y *alabado* por todos. Y no es baladí que lo haga justamente cuando se dirige a los niños: Claret procura encender en quienes están a las puertas de la fe tanto el conocimiento de Dios como el canto de bendición al Señor que supone la alabanza. Porque, en verdad, entre el conocimiento de Dios y el canto agradecido se da una relación circular: sólo se alaba lo que se conoce, pero sólo quien alaba puede empezar a conocer.

La alabanza, pues, sigue al conocimiento del Señor y a la vez lo promueve. Por un lado, al entrar en relación con el Dios vivo y verdadero, el ser humano se siente movido a bendecir a Aquél en quien

se concentra toda la santidad: el conocimiento de Dios redundará en alabanza suya. Por otro, a quien se ejercita en loar a Dios se le abren las puertas de la sabiduría del Señor y de la relación salvífica con Él: la alabanza del Señor alumbrará su conocimiento. Por eso puede Claret enseñar a los niños tanto a conocer a Dios como a alabarlo. O mejor: a conocerlo para más alabarlo y alabarlo para mejor conocerlo. La alabanza es, si se quiere, el tono espiritual del hombre agraciado que se relaciona con Dios como Dios, en lo que Él es en sí antes de que nosotros podamos conocerlo y en cuanto Él hace por nosotros después que lo hemos conocido.

Además de haber sido regalado con este saber relacional del Señor que acabamos de describir, todo hombre está dotado de razón y capacidad contemplativa, de forma que puede escudriñar las obras de Dios y bendecirlo también en ellas y a través de ellas. Es ésta una gracia que acompaña al don de la fe y que requiere de una razón informada por la capacidad de autoconocimiento, reconocimiento y trascendimiento. De tal modo que la alabanza no se empobrezca ni se pervierta, quedándose encerrada en las cosas que se estudian o viéndose reducida a la visión pacata del hombre que las investiga, sino que apunte siempre hacia el Dios que crea y vivifica todo cuanto existe, permitiéndonos considerarlo todo y conocerlo a Él a través de todo.

Así lo expresa Claret en diversos lugares: «De todos sus conocimientos sacaré [el hombre] motivos para alabar a Dios. A la manera que los ángeles buenos, de quienes dice santo Tomás que conociendo las cosas criadas no se fijan en ellas, porque esto sería anocheecer en su conocimiento, sino que esto mismo lo refieren en alabanza de Dios, en quien como en su principio todas las cosas conocen» (*El colegial instruido*, 216). Aunque a nosotros no nos genere extrañeza, resulta notorio que incluso en el ámbito de la investigación más estrictamente científica, tan audaz, desconocida y problemática en su tiempo, descubra Claret posibilidades para el hombre cristiano. Cuando la fe logra iluminar la razón humana, lejos de recortar sus legítimas prerrogativas, permite relegar a un segundo plano la vanidad del hombre que estudia las realidades naturales y le concede anchura

de miras para atisbar al Creador en la huella de las criaturas, y prorumpir en encomios hacia lo alto. Así pues, «en esta indefinida ramificación de las ciencias naturales, la misma libertad e independencia tiene el católico que el impío e incrédulo, con la ventajosa diferencia para el primero, que, al estudiar y contemplar las cosas naturales, sabe encontrar en ellas, ver y alabar al Criador de todas» (*El ferrocarril*, 144). En consonancia con toda la tradición espiritual, Claret alerta de los peligros de la contemplación y el estudio de las realidades temporales, que son básicamente el ensoberbecimiento del hombre y la fascinación egoísta por lo percedero, pero no denuesta dichas manifestaciones de la existencia cristiana, sino que señala su justo lugar al encaminarlas hacia la alabanza del Dios Altísimo. Al fin y al cabo, lo que la razón conoce como indicio que apunta a lo divino, el corazón lo celebra como riqueza que desata la alabanza.

### *b) Amar y alabar*

Antonio Claret fue un hombre muy dotado, desde niño, en muchas facetas de la vida. Muy pronto se supo inclinado a vivir para la gloria de Dios pero tampoco tardó en sentir en su carne el aguijón de la propia gloria. El sagaz aprendiz de los menesteres del telar, tan bien considerado por sus maestros de artes y oficios en Barcelona, fue después el evangelizador creativo e incansable, que arrastraba con su sola predicación cientos de almas hacia las iglesias y cosechaba elogios aun en medio de las burlas y menosprecios más hirientes. Quizá por eso la alabanza fue para Claret una piedra de tropiezo cuando se cernía sobre él y una tabla de salvación cuando se dirigía hacia Dios. Hubo de arraigar en sí la virtud de la humildad y, sobre todo, hubo de aprender a madurar el amor. Como todo creyente, Claret se supo llamado a pasar del amor de sí al amor del Otro y de los otros; de la vanidad de sí a la alabanza del Señor.

Son incontables las ocasiones, a lo largo de la *Autobiografía* y otros escritos, en que el santo llama al olvido de sí mismo y al enaltecimiento de Dios. Y resulta muy significativo que, incluso en la última etapa de su vida, siendo ya confesor de Isabel II, Claret siga haciendo hincapié en la

necesidad de crecer en este sentido. Así puede verse en los capítulos XV y XVII, donde el obispo Claret recoge propósitos de vida y ejemplos que le movían a la práctica de las virtudes. Quizá el texto más claro a este respecto sea el que sigue: «Propongo andar siempre a la presencia de Dios y dirigir a Él todas las cosas, no buscando jamás mi alabanza, sino y únicamente la mayor gloria de Dios, a imitación de Jesús, a quien procuraré siempre imitar, pensando cómo se portaría en tales ocasiones» (Aut 648). Amar a Dios es tanto como trabajar por la alabanza de su gloria; amar al hombre, tanto como afanarse en acercarle la salvación del Señor; amarse rectamente a sí, tanto como buscar la propia santificación por el Hijo en el Espíritu. En todos los casos —también en el último— el amor exige una renuncia a los propios intereses y procura al ser humano una integración excéntrica de sus afectos y mociones, llevando el foco de su interés más allá de su yo, hacia Dios o hacia los hermanos.

De todas las formas en que puede entablarse el diálogo de amor del hombre con Dios, quizá ninguna como la alabanza pone en acto este descentramiento de uno mismo ante la primacía divina. Hasta el punto de poder incluso reconvertir las lisonjas que se reciben en una confesión gozosa de la bondad del Señor, que obra sus maravillas en nosotros y con nosotros. Al remitir toda gloria personal a Dios, el hombre se conoce mejor a sí mismo, confiesa mejor a Dios, queda liberado para amar y dispuesto para servir. La alabanza es, por tanto, una forma sublime de portar sobre sí el amor de Cristo y de configurar el propio amor a imagen del Suyo. Es una forma bellísima de andar y amar en verdad. Así lo procuró siempre Claret, como prueban estas palabras suyas: «Yo también me ofrezco gustoso a Jesús, por si se quiere valer de mí (...) con el bien entendido que los honores y alabanzas que me tributen, pensaré que no son para mí, que soy el burrico, sino para Jesús, cuya dignidad, aunque indigno, llevo» (Aut 669). Antonio lo sabía bien y jamás dejó de repetírselo interiormente: la alabanza aporta al amor el reconocimiento agradecido y exultante del Amante; el amor embaraza a la alabanza de gratitud hacia el Amado y de verdad para con uno mismo. Para que esta simbiosis sea fecunda, son necesarios la vigilancia enamorada, la sencillez de corazón, la prontitud en el servicio, el aprecio sincero de los

demás, la recepción admirada de los misterios de la vida de Cristo y el éxodo humilde hacia la Verdad, la Bondad y la Belleza supremas. Alabar es esa suerte de reverencia amorosa y festiva ante Dios que consiste en aprender a decir *Tú* incluso cuando decimos *yo*.

### *c) Servir y hacer alabar*

Antonio Claret fue un misionero tan entregado a su propia vida interior como a suscitar la pasión por Dios en sus hermanos. Y no cejó jamás en ambos empeños, que en realidad son uno solo. La propia estructura de la primera parte de la *Oración filial y apostólica*, con acciones espirituales y apostólicas *ad intra* y *ad extra* en paralelo, muestra este doble movimiento diastólico y sistólico del corazón creyente de Claret. En lo que se refiere a la alabanza, Claret vuelve a desarrollar esta manera de entender la vivencia de la fe y su transmisión al mirarse en el ejemplo del gallo: «El gallo canta en las horas de día y de noche. Yo debo alabar a Dios en todas las horas del día y de la noche. Y además debo exhortar a los otros para que lo hagan» (Aut 664). También el conocimiento, el amor y el servicio están llamados a propagarse a todos los hombres, pero la alabanza, como el canto, parece más propensa si cabe a extenderse en todo tiempo y por todos los espacios. Por eso, no es de extrañar que Claret insista en hacer que Dios sea alabado por doquier. Y tampoco que lo haga recomendando más que ningún otro medio el del apostolado de la palabra, la predicación y la publicación de libros populares: «Alabemos todos a Dios y cantemos eternamente sus divinas misericordias, y, al propio tiempo, animémonos cada día más en poner por obra los medios de que Dios se vale para convertir a los pecadores, que son hojas, libritos y predicación» (Aut 708).

La unión no casual de la loa, la prédica y la prensa, nos descubre un nuevo perfil de la espiritualidad evangelizadora del santo y, muy particularmente, de su comprensión de la palabra como elemento central en el surgimiento y el crecimiento de la fe. A tenor de lo que dice en los textos que acabamos de transcribir, para Claret, hablar y escribir sobre Dios representa un medio privilegiado en orden a des-



pertar y mover los corazones de sus contemporáneos. Pero no sólo eso y quizá tampoco principalmente eso. La palabra que pronuncia el misionero es, antes que cualquier otra cosa, respuesta exultante y agradecida a la Palabra de Dios que es pronunciada sobre él. Subir al púlpito o poner a rodar el engranaje de la imprenta representa un modo privilegiado y eficacísimo para alabar a Dios y para hacerlo alabar. Porque, en último término, la conversión personal de quien predica y la de quienes reciben su palabra no son, sin más, un fruto pragmático de una acción apostólica, sino que, a ojos del Señor y en su significación más honda, constituyen ya en sí una primera exclamación de alabanza a Su nombre —quizá la más radical y la única realmente decisiva—. Así pues, que Claret sea reconocido unánimemente como un servidor eximio de la Palabra nos informa no tanto de su labor como editor y predicador infatigable, de sus dotes para la instrucción y la oratoria o de su predilección por un método concreto de evangelización, sino, sobre todo, de su ardor creyente y su *determinada determinación* en hacer de su palabra una alabanza ininterrumpida del Señor de la gloria.

Después de este recorrido por el acervo espiritual de nuestro Fundador y miradas las cosas con verdad pero también con hondura, quizá esta súplica fontal —«que te alabe y te haga alabar»— no pueda explicar por sí sola la entraña del carisma que Claret vivió y nos legó a sus misioneros. Sin embargo, qué difícil comprender sin ella la inmensa gratitud y admiración de Antonio hacia el Señor, su apasionamiento por las cosas del Padre, su anhelo de seguir a Jesús en humildad y servicio, su apertura emocionada y valiente al Espíritu, su consagración decidida al Corazón de María y su preocupación por que todos los hombres descubrieran y cantaran eternamente las maravillas del Dios vivo y verdadero. Quizá el rumor de la alabanza sea más bien la melodía y no tanto la letra de su vida. Pero, con esa misma intensidad y viveza que otorga la música al poema, así la alabanza levanta y envuelve en júbilo el relato de la existencia misionera de S. Antonio María Claret, cantor del Evangelio.

### **3. Vivir en el canto. Sugerencias para crecer claretianamente en la experiencia de la alabanza**

Cuando se logra encarnar en la propia cotidianidad, la moción laudatoria de la fe adquiere el sesgo de lo espontáneo, de lo indeliberado, quizá en mayor grado que el que presentan el conocimiento de Dios, su amor y su servicio. Por su misma naturaleza responsiva, admirativa y exclamatoria, la alabanza está llamada a brotar en el corazón del creyente con la inmediatez de un suspiro instintivo y maravillado. Sin embargo, para llegar a esta vivencia originaria de la alabanza es necesario haber cultivado primero los resortes espirituales que la posibilitan. Sin una conversión interior profunda, el grito de júbilo incalculado en que consiste toda alabanza se vuelve casi un imposible y necesariamente efímero, pues difícilmente cantan los labios sin descanso lo que el corazón es incapaz de percibir perennemente.

Teniendo como trasfondo la experiencia de san Antonio María Claret y, junto con ella, el testimonio bíblico, riquísimo en este particular, trataremos de exponer ahora cuáles son las cuerdas que hemos de afinar en el *instrumentum fidei* para que nuestro corazón alcance el *sensus spiritualis* de la alabanza. Dicho más llanamente: ¿cómo podemos aprender a vivir en el canto, inspirados por la partitura que fue escribiendo el Fundador a lo largo de su existencia?

#### **3.1. Relacionarnos con Dios como Dios. La alabanza como glorificación**

De los diversos modos que el ser humano tiene a su disposición para entrar en relación con Dios, unos ponen el énfasis en el hombre que reza y sus circunstancias (sus búsquedas, sus descubrimientos y sus decisiones); otros, en la situación del mundo y de la comunidad orante (sus dolores, sus deseos y sus necesidades); y algunos sitúan el foco de la relación en Dios mismo (Sus acciones, Su voluntad y Su ser en sí). Entre estos últimos, las tres veredas más transitadas por los creyentes son las de la adoración, la alabanza y la acción de gracias, cada una con sus peculiaridades propias. En último término, todas

ellas comparten, aunque en grados y configuraciones distintos, la centralidad máxima de Dios como Dios. Quizá las más gratuitas y genuinas de estas modulaciones de la amistad con Dios —si es que cabe hablar así— sean las de la adoración (*proskynein*) y la alabanza (*ainein*). La acción de gracias (*eucharistein*), por su parte, suele representar bien el movimiento que nos despierta a la adoración y/o alabanza de Dios, bien la consecuencia inmediata de ambas: porque agradece la forma en que Dios se le llega, el creyente se postra en adoración o se alza en alabanza; porque lo adora y lo alaba, el hombre de fe termina dando gracias a Dios por su presencia y sus beneficios.

Cuando el ser humano recibe el don de saberse y sentirse ante el misterio de Dios infinito, ante su santidad eterna, ante su gracia desbordada, ante su misericordia irrestricta, ante su majestad gloriosa, ante su bondad entrañable... entonces, la desmesura ínsita en el misterio divino provoca en el orante un *gesto de adoración*, de total dependencia («¡Señor mío y Dios mío!»), y una *palabra de alabanza*, de asombro exultante («¡Quién como Tú!»). En esos momentos, todo el peso de la relación está puesto en Aquel que detenta la primacía del amor y que, por su prodigalidad sin medida, ha querido acercarse al ser humano tal cual es; en Dios, que nos sobrecoge en la entraña y nos sobrepasa en el horizonte; en el tres veces Santo, cuya luz sobre nosotros nos hace caer de rodillas (adoración) o saltar de gozo (alabanza).

Bien mirada, toda aclamación laudatoria de la fe es posible porque lo que Dios es en sí *irradia* en su gloria, de suerte que la reverencia profunda de adoración de Aquel que *vive eternamente* puede convertirse en el grito jubiloso de alabanza de Aquel que *resplandece ante nosotros*. El espíritu se alegra de que Dios sea y de que haya querido *mostrarse* como es. Y la alegría se expresa en forma de exaltación, de gloria, de canto. Un canto que es a la vez muy libre y muy exigente, puesto que no está limitado por la poquedad humana (nace de la grandeza de Dios y a ella se dirige) pero requiere del hombre una fidelidad máxima al misterio en cuanto misterio (brota de la gloria de Dios y ha de estar a su altura). Jubileo y excelsitud son insolubles en la alabanza, de modo que el hombre no sólo ha de gustar el gozo de que Dios sea

y se manifieste como Dios, sino que también ha de tratarle como tal, honrando su inmensidad más allá de toda imagen distorsionada o insuficiente de lo divino. Ha de *maravillarse* con fruición y, en su deleite, cantar con fidelidad la *maravilla*.

Así pues, la alabanza saca al hombre de sí, lo arrebatada hacia el ámbito de lo santo y lo impele a manifestar externa y alegremente aquello infinito que tiene ante sí y que le estremece. Aunque nuestras necesidades y frustraciones nunca desaparecen del todo ni es nuestra oración siempre tan gratuita, lo cierto es que, cuando entramos en la corriente laudatoria de la fe, nos desembarazamos —siquiera por un instante— de todo lo penúltimo, para admirar y cantar a Dios como Dios. Se desdibujan los motivos, los problemas, las preocupaciones, las miserias, los intereses, la tiranía de la eficacia y la duda. Nada de esto entra ahora en juego cuando nos relacionamos con Dios desde la alabanza. O, más bien, estando todo ello presente, queda trascendido por Aquel que realmente importa. En rigor, en la alabanza no *acudimos* a Dios, sino que nos dejamos acudir por Dios: Él esplende su gloria sobre nosotros (¡Santo, Santo, Santo! [cf. Is 6],) y nosotros le devolvemos nuestro humilde rostro glorificado por Su propia luz (¡Aleluya! [cf. Ap 19], ¡Gloria! [cf. Sal 29]).

De algún modo y en la medida en que se nos concede, en la alabanza ofrecemos a Dios una respuesta que tiene la misma naturaleza que Su presencia: *glorificamos* a quien es Señor de la *gloria*. Dios ha volcado sobre nosotros todo el peso de su inmensa riqueza (*kabod*) en la creación («El cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento pregona la obra de sus manos» [Sal 19,1]), en la *historia* («La gloria del Señor se posó sobre el monte Sinaí» [Éx 24,16], «La gloria del Señor llenaba el templo» [1Re 8,11]) y, de modo cimero, en su Hijo encarnado, *Jesucristo* («La luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es imagen de Dios» [2Cor 4,4]). Es por Cristo como Dios nos otorga su gloria plenamente y, por eso, es también en Cristo en quien nosotros podemos glorificar a Dios con nuestra alabanza.

Toda alabanza cristiana es, pues, necesariamente cristocéntrica, y a través de Jesucristo nos conduce al Padre en el Espíritu. Al fin

y al cabo, Él es la Luz de Dios por excelencia, su manifestación insuperable. Por esta razón, dice la Escritura en uno de sus pasajes más densos y hermosos que hemos de cantar a Dios en tanto nos ha bendecido y destinado en Cristo «para que la gracia que derramó sobre nosotros, por medio de su Hijo querido, se convierta en himno de alabanza a su gloria» (Ef 1,6). En sentido estricto, si podemos entablar con Dios una relación de alabanza en que Él sea plenamente Dios —en sí y para nosotros— y nosotros le tratemos como tal, es gracias a la doble mediación descendente y ascendente de Cristo. La fuerza de la alabanza cristiana radica en esta inclusión por gracia en la relación que Jesucristo tiene con el Padre. De tal modo que, por un lado, Cristo nos hace llegar la majestad de Dios en palabra de hombre (*mediación descendente*) y, por otro, nosotros, que hemos recibido su Espíritu Santo, podemos asociarnos a Su voz para cantar con timbre humano lo que quisiéramos decir con cadencia divina (*mediación ascendente*). De ahí que la gran alabanza eucarística de la Iglesia concluya con la exclamación: «Por Cristo, con Él y en Él, a ti Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos».

Como hemos tenido ocasión de señalar, la vida y los escritos de Claret participan plenamente del espíritu de la alabanza, pues Antonio no dejó jamás de ponderar la majestad de Dios en Cristo y de maravillarse por Él, con Él y en Él. El término «alabanza» no abunda en sus textos, pero sí el vocabulario de la acción de gracias y, con enorme fuerza, el sentido de la glorificación de Dios. Tan es así que el empeño de glorificar al Señor ha sido reconocido por la Congregación como el primer elemento de su fin primordial: «El objeto de nuestra Congregación es buscar en todo la gloria de Dios» (CC 2). Quizá la tensión misionera de nuestra vida como claretianos, que es constitutiva y característica de nuestro ser en la Iglesia, se vea a veces amenazada por un desequilibrio en los modos de relación con Dios, de manera que los acentos recaigan mucho más en la «salvación de los hombres» o la «propia santificación» que en la glorificación de Dios. Obviamente, las tres expresiones remiten, en último término, a una experiencia única

integral e integradora, y no se pueden dar por separado sin pervertirse. Pero cada una de ellas, a su modo, señala un aspecto específico de nuestra fe y nuestra vocación. Cabría preguntarse, pues, si hemos asumido individualmente y como familia el don carismático de la alabanza. O si lo hemos hecho con la intensidad de Claret, en quien el gozo y el canto de la maravilla de Dios no eran menores que el servicio apostólico más directo. Porque el misionero no sólo está llamado a invocar a Dios en su necesidad, sino también a contemplarlo en su gratuidad; no sólo a recibir su misión y sus beneficios, sino también a dejarse impregnar de su ser y su presencia; no sólo a contar a Cristo, sino también a cantar con Él al Padre.

### **3.2. Caminar en nuestra verdad alegremente. La alabanza como reconocimiento**

Al sacarle de la estrechez de su horizonte personal y hacerle centrar su mirada en la inagotable riqueza divina, la alabanza no sólo sitúa al ser humano en el trance de tener que relacionarse con Dios como Dios, sino que también lo aboca a considerar su propia vida desde una perspectiva más cabal, más realista y más humilde. De suerte que, al cantar las grandezas de Dios y proclamar su majestad, el hombre se hace también consciente de sí mismo, de quién es él en lo profundo, de cuáles son los auténticos perfiles de su realidad.

El creyente que alaba al Señor descubre su propia contextura humana y espiritual no sólo por contraste con el Dios infinito sino también por semejanza con el Hijo encarnado. Se le torna vívida en la conciencia cuál es su valía como interlocutor de Dios y su debilidad como criatura tentada de ensimismamiento. En la alabanza conoce el hombre que es capaz de elevar su voz hasta los cielos, pero sabe también que no lo es siempre ni por sus solas fuerzas, sino que, en verdad, su garganta es débil y torpe para la el gozo si Dios no le agracia, si no le concede el don del asombro que da lugar al canto entusiasmado. Así pues, estas dos verdades que configuran el corazón humano —su excelsitud y su pobreza— se vuelven transparentes al creyente versado en alabar a Dios, porque al cantar las grandezas de

su Nombre, el ser humano se mide irremediabilmente con Dios (y, entonces, se ve pequeño e inmerecedor de tan gran don) pero también con Jesucristo (y, de esta forma, comprende cuán alta es la condición en que ha sido creado y para la que ha sido salvado).

En este sentido, quizá no haya mejor camino para andar en la propia verdad que el que dibuja la alabanza en medio de nuestras circunstancias y quehaceres cotidianos. La humildad, tan ansiada y trabajada por Claret, puede irse adquiriendo de muchos modos y desde múltiples experiencias vitales. Pero no todos ellos producen el mismo resultado espiritual. Cuando se avanza en humildad siempre se pasa por momentos punzantes de reconocimiento de la propia incapacidad y el propio pecado. Pero no es lo mismo llegar a este reconocimiento por la comparación con los otros o por un fracaso sobrevenido —por poner sólo un par de ejemplos— que por la alabanza a Dios. Y esto, al menos, por dos razones: por un lado, porque el canto laudatorio dirigido a Dios redundaba en un testimonio a favor del hombre; y, por otro, porque la alabanza permite al ser humano vivir su realidad maculada en el horizonte de la alegría evangélica. Expliquémoslo brevemente.

En primer lugar, la proclamación jubilosa de la soberanía de Dios supone una defensa del ser humano, la mayor que puede pensarse. A la luz de la majestad divina se hace palpable la gran desproporción que hay en el hombre entre el bien, que es primordial, y la *cerrazón*, que es secundaria. Hemos sido pensados por Dios en gracia, y esta es nuestra verdad primera y fundamental como seres humanos. Una verdad mucho mayor y más importante que todas las desgracias que nos suceden, todos los límites que sufrimos y todo el pecado que arrastramos. Miradas las cosas desde la música de la alabanza, cuanto más esplendente se muestra la entraña divina más refulgen la bondad y la dignidad humanas. Lejos de suponer una merma de lo que el hombre es y puede llegar a ser, Dios afirma más la grandeza del hombre cuanto más presente está la suya. De hecho, en Jesucristo, el hombre se revela como el gran milagro de Dios, el lugar personal donde Su voluntad y Su acción han alcanzado un punto insuperable, el reflejo más excelso del amor que Él es en sí. Así pues, alabar a Dios

en espíritu y en verdad es tanto como dar testimonio del ser humano en Jesucristo, de los hijos en el Hijo. Y no hay humildad más cabal que la que empieza a vivirse desde aquí.

Bajo la mirada de Dios es además más sencillo salir del juego iniciado por el que, tratando de ser humildes, exigimos a los demás una altura humana y/o cristiana que ni siquiera nosotros tenemos. Como dijo M. Blondel con intuición genial, suele ocurrir que juzgamos nuestro propio ideal como si fuera nuestra práctica real y la práctica de los demás como si fuera su ideal. La razón es que los listones los ponemos nosotros. Y también el modo y el rigor con que deben aplicarse: calibramos nuestras acciones y las del prójimo con la exigencia de un rasero que hemos fabricado nosotros mismos. ¡Qué distinto resulta llegar al reconocimiento de la propia verdad desde el canto agradecido a Dios! ¡Qué distinto mirarnos y mirar a otros desde lo que Él es y hace por nosotros, sin ocultar las sombras, mas sin obviar tampoco la fuerza y la primacía de la Luz!

Pero aún hay un segundo motivo por el que cabe afirmar que la humildad se experimenta mejor en el seno de la alabanza. En el canto agradecido a Dios, el reconocimiento lúcido que el hombre hace de sí mismo es segundo con respecto a la confesión exultante de Dios (está siempre en referencia a ella) y, justamente por esto, la humildad no se abre paso bajo el signo del temor o el pesimismo, sino bajo el signo de la alegría y la esperanza, que son constitutivas de toda loa. Junto con el aprecio de Dios y el conocimiento de sí, la alabanza trae consigo la gratitud y la alegría, lo cual colorea con el gozo del Evangelio todo lo que uno es, vive y sabe sobre sí. Sea cuál sea su situación y descubra lo que descubra en su interior, el hombre que aprende a alabar a Dios lo afronta todo y se contempla a sí mismo bajo la suave luz de la alegría. Pues el júbilo profundo de la fe no desaparece al entrar en contacto con nuestras miserias, sino que permanece como don divino en medio de ellas, permitiéndonos conocer con verdadera humildad aquello que somos. Por eso exclama el salmista, esperanzado: «Dichoso el pueblo que sabe alabarte; caminará, oh Señor, a la luz de tu rostro. Tu nombre es su gozo cada día, vive entusiasmado con tu justicia» (Sal 89,16).



S. Antonio María Claret, apóstol de Dios agraciado sobremedida, procuró y aconsejó la humildad como la primera virtud misionera necesaria para hacer fruto, después del amor. Parece evidente que la ascesis tenía en su época mucho mejor predicamento que en la nuestra, de modo que la consecución de las virtudes se asociaba necesariamente a ella, también en el caso de la humildad. No obstante, Claret fue extraordinariamente sensible a las bondades de Dios para con Él, a la soberanía divina sobre su realidad humana. De modo que, incluso cuando predica la humildad para sus misioneros y para sí, el Fundador lo hace remitiéndose laudatoriamente a Dios: «¡Bendito seáis, Dios mío, que tanto cuidado habéis tenido de mí!» (Aut 354), «¡Oh Dios mío, qué bueno sois! Estas inspiraciones santas me dabais para que os imitara y fuera humilde. ¡Bendito seáis, Dios mío! ¡Oh, si a otro le hubierais dado las gracias y auxilios que a mí, qué otro sería de lo que soy yo!» (Aut 356).

Claret pide y propone la humildad, pero no a la vista de sus fallas o sus deseos, sino a la luz de la magnanimidad de Dios para con él. En el fondo, Claret se conoce a sí mismo porque conoce a Dios. Se reconoce en el amor de Dios. Y recibe, también cuando contempla la realidad pecadora de su propia existencia, la alegría del Señor: «Conocí que en esto consiste la virtud de la humildad, esto es, en conocer que soy nada, que nada puedo sino pecar, que estoy pendiente de Dios en todo: ser, conservación, movimiento y gracia; y estoy contentísimo de esta dependencia» (Aut 347). Nosotros, que somos sus misioneros, y que estamos permanentemente tentados por la vanidad, quizá debiéramos recuperar la centralidad espiritual que tenían las virtudes apostólicas para Claret y, muy particularmente, la experiencia gozosa en el Señor que suscita y sostiene el crecimiento en las mismas. La de la alabanza es sin duda una senda privilegiada para entrar en la vivencia de la humildad, para caminar en nuestra verdad alegremente.

### **3.3. Recibir la bondad, cantar el bien, propagar lo bueno. La alabanza como bendición**

El cambio de mirada que la alabanza provoca sobre quien la vive se proyecta también sobre cuanto le circunda. Es éste uno de los aspectos más revolucionarios del modo de relación con Dios basado en la alabanza: al recibir la bondad divina, dejarse impresionar por su maravilla y cantar el Bien que Dios es en sí mismo, el ser humano se ve capacitado para propagar lo bueno. Porque ya no considera al mundo y a los hombres con miras estrechas, sino que los contempla desde arriba y desde dentro: como amados en la creación, redimidos en la historia y plenificados en la gloria. De suerte que la alabanza logra renombrar y recrear la realidad, no desde el enfado, la murmuración, la crítica o la queja, sino desde la admiración, la misericordia, el gozo y el prodigio.

En su canto laudatorio, el ser humano, a imagen de su Señor, pondera la realidad con benevolencia, la bendice y bendice a Dios por ella. Cuando la alabanza se resuelve en bendición (*eulogia*), el hombre participa por gracia en un modo de ser y obrar que, *sensu stricto*, le pertenece sólo a Dios. Él es quien ha creado el universo, vivifica con su Espíritu a toda criatura, acompaña con su palabra y su presencia la historia humana, otorga la plenitud de sus dones y su alianza en Jesucristo y nos permite pregonar en la Iglesia la sobreabundancia de los bienes futuros. Dios es, en fin, quien bendice al mundo, pues únicamente Él puede, al menos en principio, hablar con de la tierra *in excelsis*. Pero el ser humano ha sido creado no sólo en la bendición sino también para ella: Dios le ha hecho capaz de alabar y, por ende, capaz de retornar a los cielos el don de la misma bendición divina. En la alabanza, el hombre proclama que en Dios está el principio de toda vida plena y lo bendice, se reconoce a sí mismo como bendecido por Dios y prolonga la bendición del Señor a cuantos lo rodean: «El rey, volviéndose, bendijo a toda la asamblea de Israel, que se mantenía en pie, y dijo: “Bendito sea el Señor, Dios de Israel, que con su mano ha cumplido lo que había prometido con su propia boca”» (1Re 8,14-15).

Incluso la palabra poderosa del rey Salomón en el solemne discurso

ante su pueblo es palabra pequeña y pobre, palabra humana. Pero ha sido investida por la magnanimidad de Dios hasta el punto de convertirse en palabra redonda de una doble bendición: bendición hacia Aquel que es fuente de riqueza y bendición hacia quienes necesitan ser confirmados en la bondad de la relación con Dios. El cambio de mirada y de posición existencial que procura la alabanza, llamándonos a ser sujetos activos de bendición, no ha de traducirse en un juicio ingenuo sobre la realidad o de una suerte de infantilización espiritual que incapacita para el realismo de la vida cotidiana. Pero, ¿acaso es más objetivo quien carece de la pasión de la alabanza? O, ¿es menos solidario quien se atreve a bendecir al mundo a pesar de las tragedias? Muy al contrario. El mismo discurso de Salomón, que comienza con una magnífica y arrebatada alabanza, da cuenta de cómo el rey es perfectamente consciente de la situación del pueblo, se compadece de él e intercede por él ante el Señor: «Salomón se puso ante el altar del Señor, frente a toda la asamblea de Israel, extendió las manos al cielo y dijo: “Señor, Dios de Israel, no hay Dios como tú arriba en los cielos ni abajo en la tierra (...). Escucha las plegarias que tu siervo y tu pueblo Israel entonen en adelante en dirección a este lugar. Escucha desde el lugar de tu morada, desde el cielo; escucha y perdona”» (1Re 8,22-23.33).

Como se puede observar, la alabanza y la bendición no sustituyen al dolor de los pecados ni vuelven inútil la petición de auxilio, pero sí los resitúan en su justo lugar. Igual que al alabar a Dios el hombre reconoce Su majestad y la desproporción que hay entre sus obras y las nuestras, así también al cantar las bendiciones del Señor, el ser humano resitúa y reinterpreta su modo de comprender el mundo, las dificultades de la vida, los problemas y defectos propios y ajenos. En la alabanza, el ser humano habla bien de la creación e invita a la creación a hablar bien de Dios (cf. Dn 3,51ss); habla bien de sus hermanos y les concede espacio para crecer en la bondad, para abrirse a la salvación. Y reaviva con su boca las palabras que el Espíritu Santo repite sin cesar en cada corazón, las palabras que verdaderamente nos transforman: «Eres precioso a mis ojos, eres estimado y yo te amo» (Is 43,4), «Toda hermosa eres, amor mío, y sin ningún defecto» (Cant 4,7).

Comprendida y acogida de esta forma, la alabanza constituye mucho más que un grito puntual y casi involuntario de quien se siente sobrecogido por Dios en un momento concreto de su vida. La alabanza ha de ser más bien, como hemos visto en Claret, la melodía que recorre ininterrumpidamente toda la existencia de un cristiano, el tono espiritual de los creyentes en Cristo, la disposición benévola y agradecida de quien camina con su Dios. De tal modo que es posible y deseable alabar y hacer alabar a Dios en toda circunstancia, por más que existan siempre razones para la desesperanza o la apatía. Cuando no encontremos en el corazón motivos para la alabanza, unámonos a la creación entera que en Cristo alaba al Padre y unámonos también al Padre en su alabanza al mundo a través de Cristo. S. Agustín expresó este ideal espiritual con belleza sublime:

«Bendeciré al Señor en todo tiempo; su alabanza (esté) siempre en mi boca. Lo dice Cristo, dígalo también el cristiano, porque éste forma también parte del cuerpo de Cristo. Cristo se hizo hombre para que el cristiano pueda ser ángel que diga: “Bendeciré al Señor”. ¿Cuándo bendeciré al Señor? ¿Cuando te haga algún bien? ¿Cuando abunden los bienes del siglo? ¿Cuando abunde sobremano el trigo, el aceite, el vino, el oro, la plata, la servidumbre, el ganado? ¿Cuando permanezca intacta y robusta la salud mortal? ¿Cuando todas las cosas que hagas se desarrollen y nada perezca por muerte prematura? ¿Cuando rebosa la felicidad por todas partes de la casa y nos rodeen todos los bienes, entonces bendecirás al Señor? No, en todo tiempo. Luego, entonces, y cuando estas cosas según las circunstancias y el azote del Señor Dios nuestro, se trastornen, perezcan, nazcan menos y las nacidas mueran. Acontece esto, y de aquí dimana la escasez, la necesidad, el trabajo, el dolor y la prueba. Pero tú que cantaste: “Bendeciré al Señor en todo tiempo; su alabanza (esté) siempre en mi boca”, bendícele cuando te dé estas cosas y cuando te las arrebatase. Porque quien da, las quita; pero él no se aleja de quien le bendice»<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> S. AGUSTÍN, *Obras de S. Agustín XIX. Enarraciones sobre los Salmos* (1º), BAC, Madrid 1966, 486-487.

No hay ninguna situación que avale nuestra queja, por más legítima que parezca en el plano humano, pues, en último término, en lo secreto y escondido, toda situación cae bajo el amparo de la bondad divina. Tampoco existe ninguna persona que merezca nuestro desprecio, por más que nos cueste encontrar para con todos una mirada generosa y compasiva. El canto jubiloso de la alabanza tiene vocación de perennidad en la experiencia cristiana, aunque no siempre podamos entonarlo con la fuerza que quisiéramos. Pero sabemos que en Cristo, dicha fuerza no mengua por los siglos de los siglos. Claret también lo supo y lo vivió con asombrosa fidelidad: a la luz de las maravillas de Dios, fue capaz de percatarse de la aparente perdición del mundo, pero no trató a los hombres con mirada condenatoria, sino misericordiosa. La *benedicencia* para con el prójimo fue para él una traducción directa de la alabanza del Señor. Y puede serlo también para nosotros y para nuestras comunidades. Aplacar la murmuración y el espíritu ceniciento, considerar a los hermanos bajo el prisma divino y alentar en todos el deseo de bendecir al mundo y a los hombres redundaría, sin duda, en una encarnación más auténtica y radical del carisma que nos legó Claret.

### **3.4. Redimensionar el ministerio de la Palabra. La alabanza como santificación**

Quizá los puntos espirituales más importantes que debemos tener en cuenta para llegar a rezar con Claret «que te alabe y te haga alabar» son los tres que ya han quedado expuestos. Pero existen aún dos cuestiones más que quisiéramos poner de relieve, una en clave práctica y otra en clave escatológica. La primera de ellas nos ayudará a concretar en un aspecto específico la experiencia carismática de la alabanza; la segunda, a ensanchar todo lo posible el horizonte de nuestra aclamación, pues lo que hoy vivimos en gracia estamos llamados a recibirlo en plenitud de gloria.

Hemos tenido ocasión de comprobar cuán estrechamente unidos estaban en la experiencia apostólica de Claret la alabanza y el ministerio de la Palabra. En primer lugar y sobre todo porque el ministerio es, an-

tes que nada, nuestra palabra de respuesta agradecida a la Palabra que Dios pronuncia sobre nosotros cada día. En este sentido, los misioneros claretianos, que somos «servidores de la Palabra» en muy distintas formas y trabajos, hemos de serlo primordialmente bajo el signo de la adoración, la gratitud, la bendición y la alabanza. No somos ministros de la Palabra cuando predicamos, publicamos, anunciamos, enseñamos, estudiamos, aconsejamos, confesamos, etc., sino cuando en todo ello alabamos agradecidamente al Señor y buscamos ardientemente que Dios sea alabado de todos. Lo cual ha de imprimir necesariamente un marchamo de júbilo, gratitud y reverencia en todo nuestro ser y nuestro obrar misioneros. Un marchamo que sólo se recibe en la relación íntima gozosa con el Dios que nos ha llamado a su servicio; es decir, en el empeño sostenido por alcanzar la propia santificación.

Entre sus contemporáneos, la predicación de nuestro Fundador llamaba la atención. La centralidad de la experiencia del amor y la vehemencia laudatoria de su verbo hicieron de él un creyente atractivo y fructífero para los hombres de su tiempo, justamente porque dicha experiencia y dicho verbo no los tomaba prestados de otros, sino que los iba acrisolando en la fragua de su propio camino de santidad. Quizá no estaría de más, en estos tiempos convulsos y ajetreados, que sus hijos espirituales redescubriéramos la importancia y las exigencias de la relación con Dios en primera persona, de manera que pudiéramos redimensionar también en perspectiva laudatoria el ministerio de la Palabra que ejercemos por gracia del Señor. Cabría preguntarse, a este respecto, cómo nos acercamos a la Escritura y cómo la damos a conocer, en qué tono espiritual rezamos el Oficio («salmos y cánticos inspirados») o desde dónde celebramos la Eucaristía.

Citamos estos tres aspectos particulares —Escritura, Oficio divino, Eucaristía— no porque sean los únicos, sino por su especial calado en la vida de la Iglesia y, sobre todo, por su naturaleza singularísima. Los tres representan un testimonio jubiloso del Dios de Jesucristo y, al entrar en ellos por el postigo de la alabanza, adquieren un enorme relieve para el creyente. Nadie niega ni oculta el sentido moral, doctrinal, social o comunitario que todos ellos pueden tener ni hay por qué situar estos

aspectos en un segundo plano. Sin embargo, ¡cuánto cambiaría nuestro servicio a la Palabra si, antes de lanzarnos a aplicar los pasajes de la Biblia a nuestros avatares concretos, entráramos en la corriente de alabanza que la Biblia es en sí con respecto al Dios que en ella se testimonia de modo privilegiado! ¡Cuánto se rejuvenecería nuestra amistad con Dios si los salmos dejaran de ser plegarias petrificadas de gentes antediluvianas para entonarse como auténticos cánticos nuevos de alabanza que resuenan inundando el templo! ¡Cuán transparente no se volvería el misterio eucarístico si cada día nos incluyéramos con Cristo de corazón en su sacrificio de alabanza!

### **3.5. Canción de la cuna e idioma de la patria. La alabanza como salvación**

La alabanza es *melodía del camino*, pero también *canción de la cuna e idioma de la patria*. El espíritu de alabanza es suscitado por Dios en nosotros no porque Él lo necesite, sino para nuestro propio beneficio; esto es, para que adelantemos en la fe mientras recorremos el camino de la vida. Lo dice muy hermosamente el Prefacio común IV que rezamos en la eucaristía: «En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Pues, aunque no necesitas de nuestra alabanza, es don tuyo que seamos agradecidos; y aunque nuestras bendiciones no aumentan tu gloria, nos aprovechan para nuestra salvación. Por Cristo nuestro Señor».

Pero nuestra salvación y la de los hombres de todo el mundo no es sólo *camino* que hay que recorrer aclamando a Dios, sino también *don* ya entregado por Él (canción de la cuna) que por Él ha de ser colmado (idioma de la patria). Por tanto, la salvación no depende últimamente de nosotros (aunque nunca se da sin nosotros) y tampoco empieza ni termina en este mundo. La alabanza, que por su misma naturaleza escapa a todo reduccionismo utilitarista o pelagiano, nos ayuda en el sendero de la existencia pero, sobre todo, nos introduce en el *don primordial* de Dios que será «*sobre-don*» consumado en la vida eterna. Nos permite contemplar nuestra realidad y la de todos

nuestros hermanos en un horizonte realmente hondo, trascendente. Y expresa la verdad de nuestro corazón en sus términos definitivos, tanto por lo que somos desde siempre en Dios como por lo que seremos para siempre con Él. De suerte que la protología y la escatología, hermanadas por Dios en Jesucristo pero muy olvidadas en la experiencia espiritual de los cristianos contemporáneos, encuentran en la alabanza un punto desde el que incidir concretamente en la existencia de los que aún somos *viatores*.

En este sentido, alabar a Dios es recuperar para la vida cotidiana, por un lado, el designio amoroso en que hemos sido pensados por Él desde antes de la creación del mundo; y, por otro, el aleluya jubiloso que Jesucristo nos tiene reservado en la morada de su Padre. Al fin y al cabo, ¿qué fue el *Magnificat* que María entonó en la tierra sino el reconocimiento alegre del don original de Dios para con ella y el anuncio entusiasmado de la plenificación a que la humanidad será conducida en el futuro absoluto? Alabemos pues, a Dios, con melodía gozosa, los que vivimos ahora bajo la intercesión del Corazón Inmaculado de la Bienaventurada Virgen María. Y hagámoslo con la gratitud inmensa de quien proclama a un tiempo la canción de la cuna, la melodía del camino y el idioma de la patria.

#### **4. Algunas pistas para la meditación personal y el compartir comunitario**

En todo lo expuesto hasta aquí hemos tratado de hacer un esfuerzo de comprensión profunda de lo que la alabanza significa para la fe, acudiendo tanto la experiencia carismática de nuestro Fundador como al sentido último que la alabanza tiene a la luz de la revelación cristiana. Al mismo tiempo, hemos ido jalonando la reflexión, quizá en ocasiones un tanto abstrusa, con indicaciones más concretas y sugerencias prácticas para la vivencia claretiana de la alabanza en nuestras comunidades. Con todo, por si este objetivo no se hubiera conseguido satisfactoriamente y conscientes de la limitación de cuanto ha quedado dicho arriba, ofrecemos ahora algunas pistas para la meditación personal y el compartir comunitario en torno a la experiencia de la alabanza:



- La alabanza representa un modo peculiar de nuestra relación con Dios en la fe. Cuando alabamos a Dios, reparamos en su infinitud, su magnanimidad, su misericordia, su maravilla. Y le agradecemos jubilosos que Su rostro resplandezca sobre nosotros en un torrente de Luz desbordada.

*Dedica un tiempo tranquilo de oración dejando que tu espíritu reciba la grandeza de Dios, que tu corazón se alegre con Él y que brote en ti el canto agradecido. Pueden servir de cauce para ello —y también para una lectio divina comunitaria— cualquiera de los salmos de alabanza o alguno de los muchos himnos y cánticos que se hallan en la Escritura, a saber: los cánticos de Moisés y los israelitas (Éx 15,1-21; Dt 32,1-14), el cántico de Ana (1Sam 2,1-11), el cántico de Salomón (1Re 8,14ss), el cántico David (1Cro 29,10-20), el cántico de Tobit (Tb 13,1-17), el cántico de Judit (Jdt 1,20), los cánticos de Isaías (Is 12,1-6; 42,10-17; 61,10-62,5; 66,10-14), el cántico de Jeremías (Jr 31,1-14), el cántico de Azarías (Dn 3,24-45), el cántico de los tres jóvenes en el fuego (Dn 3,52-88), el cántico de Habacuc (Ha 3,1-19), el cántico de María (Lc 1,46-55), el cántico de Zacarías (Lc 1,67-79), el cántico de Jesús (Lc 10,21-24), el himno de Efesios (Ef 1,3-10), el himno de Filipenses (Flp 2,6-11), el himno de Colosenses (Col 1,12-20), los cánticos del Apocalipsis (Ap 4,6-14; 11,16-18; 12,10-12; 15,1-4; 19,1-7).*

- La alabanza ofrece una luz singular desde la que entendernos a nosotros mismos. Nos permite reconocer la grandeza de nuestra condición como hijos de Dios, creados y salvados en Cristo. Y, desde esta mirada amable sobre nuestro ser más íntimo, la alabanza nos permite también resituar nuestros límites y nuestro pecado, ayudándonos a crecer en humildad.

El P. Claret supo contemplar su vida retrospectivamente con un espíritu alegre y agradecido. Escribe tú también tu particular autobiografía espiritual desde los perfiles de la alabanza:

- *recorre las diferentes etapas de tu vida, rastreando y agradeciendo los beneficios que el Señor ha tenido para contigo;*
  - *cae en la cuenta de Su presencia ininterrumpida en tu vida, a la vez altísima y cercanísima;*
  - *recuerda la alegría que ha inundado tu corazón en los instantes en que has sido capaz de reconocer Su voz y le has respondido con tu canto.*
  - *Puedes compartir alguno de estos momentos y el poso que dejan ahora en ti en la reunión comunitaria.*
- La alabanza nos convierte, nos transforma y nos concede una sensibilidad especial para mirar y tratar a los demás, desde la bendición, la bondad y el servicio. La realidad y nuestros hermanos, que pueden ser recibidos y juzgados por nosotros de muchos modos, recobran su dignidad si reparamos en la gloria de Dios que se refleja en ellos. La alabanza nos vuelve capaces de percibir esta gloria y de tratarlos desde ella, por ella y hacia ella. Para entrar en este dinamismo espiritual, son imprescindibles el empeño por crecer en la santidad personal y el deseo de llevar a otros y al mundo el fuego misionero de la alabanza.

Tómate el pulso con respecto a este particular y deja entrar en ti la fuerza de Dios para convertir tu corazón y mirar a los demás bajo el prisma de la esperanza:

- *cuál es tu compromiso concreto y diario para con tu camino de crecimiento en la vida misionera, qué haces para adelantar en el seguimiento gozoso del Señor;*
- *qué necesitas pedir a Dios para que aumente en ti el gozo de la alabanza y la mirada esperanzada sobre la realidad;*
- *qué tipo de juicios sueles emitir con respecto a tus her-*

manos cotidianamente, cuál es el sentimiento profundo que tienes en tu corazón para con ellos;

- cómo puedes invitar a quienes tienes cerca a contemplar a Dios desde la gratitud y la alabanza, etc.
- La alabanza está llamada a ser el tono espiritual de nuestra vida y misión. No es un carisma exclusivo de ciertos movimientos eclesiales y tampoco es una realidad ajena a nuestra tradición espiritual. Pero, como casi todo en la vida cristiana, el don de la alabanza no se recibe en abstracto, sino que requiere —y, a la vez, suscita— la puesta en marcha de las propias actitudes y de acciones concretas.

Proponte algún medio específico y diario para despertar o acrecentar en ti y en tu comunidad la vivencia de la alabanza:

- *acércate a la Escritura sin prosa y sin prisa, a través de una escucha desinteresada de la Palabra de Cristo y con un oído abierto a la sorpresa de Dios;*
- *dedica el tiempo primero de tu oración a reconocer la grandeza del Señor, a gustarla en toda su anchura y a alegrarte hondamente por ella;*
- *recréate en las palabras fontales de la alabanza, repitiéndolas despacio en tu corazón: oh; bendito seas, Señor; aleluya; quién como Tú; gracias; Señor mío y Dios mío; gloria a Dios; alabad al Señor, siervos suyos;*
- *escribe tu oración personal de alabanza, desde lo que tú mismo percibes y recibes del Señor y con tu propia manera de darle gracias y bendecirle por ello;*
- *dedica un tiempo reposado cada semana a contemplar y saborear las maravillas de Dios a través de aquello que a ti personalmente te conecta más directamente con su belleza y su inmensidad: la música, el arte, la naturaleza, el silencio, etc.;*

- *prepara de vez en cuando el rezo comunitario del Oficio divino desde el cariz de la alabanza y trata de rezar los salmos como expresiones vivas y cauces privilegiados de la alabanza;*
- *ruega a Dios que te conceda el anhelo espiritual de incorporarte al sacrificio de alabanza de Cristo en la Eucaristía;*
- *pídele asimismo el coraje de anunciar su Palabra en tu labor apostólica con toda su riqueza, también con el canto agradecido de las bendiciones del Señor.*

## VI. «Que todos los justos perseveren en gracia»

BONIFACIO FERNÁNDEZ GARCÍA, CMF



La dimensión apostólica forma parte de la identidad vocacional del P. Claret. Como sabemos, el título de misionero apostólico expresa el sentido de su vida. Es un hombre habitado y movido por la misión. La dimensión apostólica configura su vida personal, sus experiencias y sus decisiones. Y obviamente también su oración. Esta breve plegaria es una muestra. Me corresponde fijar la atención y meditar sobre la expresión. «*Que todos los justos perseveren en gracia*».

### 1. Estructura

Para hacernos cargo del alcance de la parte de la plegaria que meditamos, es preciso considerar, aunque sea mínimamente, la estructura de la misma. Se pueden distinguir dos partes, tras la invocación inicial:

- La oración está dirigida al Padre, con el matiz de pertenencia «Padre mío», que se repite dos veces.
- La primera parte se refiere a la relación interpersonal y

apostólica con Dios Padre. Expresa esta relación con cuatro verbos conocer, amar, servir y alabar, seguidos de los correspondientes hacer conocer, hacer amar, hacer servir, y hacer alabar por todas las criaturas.

- La segunda parte es oración por los demás incluyendo: los pecadores, los justos y todos los encaminados a la gloria.

## **2. Todos los justos**

Por el contexto parece claro que esta expresión denomina a las personas que han salido de la situación del pecado y han entrado en la vida de la gracia. Resulta difícil rastrear la resonancia emocional y moral que esta expresión «todos los justos» tuvo en los labios y el corazón de nuestro fundador. Podemos suponer que, en su mente, ser justo es, sobre todo, una categoría moral: el bautizado que cumple los preceptos de Dios y de la Iglesia, que es honrado ciudadano y buen cristiano. Los justos se contraponen a los pecadores. Seguramente nuestro fundador, en cuanto gran lector de la Biblia, había meditado muchas veces el Sal 37, que contrapone la retribución temporal de los justos y de los malos; y también el salmo 73 que contrapone la felicidad efímera de los malos a la paz y amistad divina de los justos.

Para nosotros la expresión «que todos los justos perseveren en gracia» tiene resonancias nuevas; no en vano nos separan muchos años de historia eclesial y social. En el imaginario colectivo de hoy, ser justo tiene que ver con el compromiso por la justicia social. Justas o injustas son las sentencias de los jueces; justos o injustos son los contratos laborales y los comportamientos sociales, las leyes de los parlamentos... En el texto de la oración, sin embargo, se vinculan los justos y la gracia: «que todos los justos perseveren en gracia». Esto nos muestra que hay una relación intrínseca entre justicia y gracia. Dicho de otra manera, que la justicia a la que se refiere tiene una vertiente teológica, y no es sólo una categoría moral.

En la teología y la espiritualidad actual entendemos que existe una vinculación estrecha entre la fe y la justicia de Dios, entre la identidad

cristiana y lucha contra la injusticia. El Dios justo se revela como justificación de nuestra vida, es decir, como liberación y comunión, como fraternidad y filiación.

### **3. La justificación por la fe**

La doctrina de la justificación por la fe representa el corazón de la experiencia cristiana (Rm 1,16; 3,21-31). La polarización de la Reforma Protestante y del Concilio de Trento sobre el papel de la fe y el papel de las obras en la justificación ha impedido verlo como un proceso unitario. Después de acentuar durante siglos la divergencia, hemos descubierto que no hay contradicción entre las dos interpretaciones.

En el acontecimiento de Cristo se pone de manifiesto que Dios nos justifica gratuitamente; que la justificación es un don, es una iniciativa de Dios. Él emprende una historia de amor y de alianza con nosotros; quiere cautivarnos y hacernos plenamente felices.

Por nuestra parte, como seres humanos, tenemos la gran capacidad de escuchar, acoger y entender los signos de la iniciativa del Dios amor. La mejor y más alta capacidad que tenemos consiste en ser dialogantes con Dios. Lo más profundamente humano en nosotros es la apertura a Dios, a invocarlo y necesitarlo. Somos más por lo que podemos recibir que por lo que podemos dar.

Esta índole personal del ser humano hace posible la actitud de la fe en cuanto confianza, apertura fundamental y acogida de la gracia. La fe es la forma concreta de la justificación, que es don gratuito.

En consecuencia la lógica del don invita a una respuesta. La fe es activa. La justificación por parte de Dios requiere, por parte del creyente, la actuación por la caridad. La imitación de Dios es el estilo de vida filial y fraterna.

La doctrina de la justificación por la fe traduce la experiencia y la obra del mismo Jesús en términos postpascuales.

## 4. El Dios que desborda la ley

El final histórico de Jesús fue la crucifixión. Jesús murió ejecutado como consecuencia de su condena a muerte. Se trata de una condena a muerte por motivos religiosos y por motivos políticos. Ambas dimensiones estaban presentes tanto en la instancia judía como en la romana.

Este hecho histórico de la crucifixión de Jesús tiene causas históricas. No podemos entenderlo sólo como una necesidad de Dios para reconciliar su justicia y su amor. Los relatos de la pasión aducen varios motivos de la condena a muerte. En realidad, había motivos fundamentales. Jesús entró en un conflicto radical con el judaísmo de su tiempo. En el fondo se trata de un conflicto sobre la experiencia y la imagen de Dios. Para Jesús, Dios es mucho más que la ley; no se deja encerrar en ella. El Dios amor desborda los límites de la ley; ama a todos; también, y especialmente a los pecadores, a los excluidos que no cumplen o no pueden cumplir la ley. El cumplimiento de la ley no es la condición necesaria para recibir la gracia de Dios. Es la consecuencia de la gracia experimentada. Dios no nos ama porque somos justos; nos ama para que podamos ser justos y buenos.

En la experiencia y la oración de Jesús, Dios Padre es amor gratuito y universal, es amor difusivo y transformador. Sana la condición humana frágil y esclavizada por el temor a la muerte. Ama a los pecadores; acoge a los excluidos; rompe las barreras de la ley. No está prisionero de la «justicia distributiva»; la suya es la justicia «salvífica»; lo suyo es el amor y la misericordia.

Y esto es «un escándalo» para la mentalidad de muchos contemporáneos de Jesús.

El conflicto entre la propuesta de Jesús y la mentalidad judía del tiempo es radical. El Dios de Jesús no cabe dentro del marco de la mentalidad oficial judía de su tiempo. Rompe los esquemas al uso.

- Es el Dios amor, que perdona; Padre que invita; fuerza que sana; esperanza que disipa nuestros temores; reconciliación de nuestras lejanías y perdón de nuestros pecados.



- Es el Dios de los hombres y para los hombres.
- El Dios cuya causa es la causa de los hombres.
- El Dios cuyo reino es el bien, la salvación, la felicidad de todos los hombres y mujeres.
- El Dios que da, antes de exigir; que no oprime sino que libera; que en lugar de condenar, salva; en lugar de castigar, perdona; en lugar del derecho, hace valer la gracia.
- El Dios que exige radicalmente, porque da gratuitamente; que es gracia, antes que ley (Mt 25,24-30).
- Es el Dios incómodo, peligroso. Un Dios así no se lo inventa uno, no se reduce ser una mera función de salvación humana. No es un Dios «útil», pero tampoco superfluo.

## 5. La perseverancia

«Perseverar en gracia» es la expresión que utiliza nuestro Fundador. Los catecismos nos familiarizaron con esta expresión. También nos resulta familiar aplicada a la vocación: «perseverar en la vocación». Probablemente en la mente y el alma del P. Claret, perseverar en gracia implica el ejercicio de la vida cristiana: la oración, la frecuencia de los sacramentos, el cumplimiento de los mandamientos, la vida ascética. Parece poner el acento en el mantenimiento y no en el crecimiento de la gracia.

Para nosotros, en cambio, orar con estas palabras hoy nos evoca la urgencia del crecimiento personal y espiritual. No es cuestión de perseverar donde se está, como si fuera un lugar. La teología actual maneja un concepto dinámico y personal de la gracia. Se trata de un don de Dios; tiene la finalidad de transformar nuestra vida, es decir, sanar nuestras fragilidades y perfeccionar nuestras capacidades. Por utilizar términos tradicionales en esta materia, la gracia creada es inseparable de la gracia increada. El regalo de la gracia no es como un objeto; es personal. Jesucristo mismo es nuestra gracia. Y nuestra justicia. Y nuestra paz. Por eso perseverar en la gracia es perseverar en el estilo de vida de Jesús; es seguir sus actitudes y alcanzar sus sentimientos de Hijo.

Desde ahí se explica que actualmente hayamos enriquecido la dimensión de la perseverancia en la gracia. Hablamos de conversión continua, de fidelidad creativa, de crecimiento personal y espiritual, de la formación continua, del itinerario carismático. Estamos habituados a escuchar expresiones como: El cristiano no nace, se hace; somos aprendices de cristiano durante toda nuestra vida; en el discipulado de Jesús no se entra para llegar a ser maestro, se permanece siempre discípulo. La vida cristiana es un aprendizaje continuo.

## **6. Perseverar y resistir**

Unirnos a la oración apostólica del P. Claret implica avivar la conciencia del primado de la gracia de Dios en nuestras vidas. Pero este primado lo vivimos en la fragilidad de la existencia mortal. La vida nueva la llevamos en la vieja condición; el trigo está todavía amenazado por la cizaña. Nuestra condición humana no se deja evangelizar sin resistencia. Todos tenemos la experiencia de esas dificultades. Se plantean en distintos planos:

En nuestra relación con Dios, hacemos progresivamente la experiencia de su transcendencia, es decir, de su silencio, de su alteridad que exige nuestro des-centramiento y des-interés. Nuestra fe está siempre amenazada de increencia, nuestra confianza mezclada de dudas e incertidumbre. La vivimos como un proceso de purificación. La fe es capacidad de soportar las dudas.

Con respecto a nosotros mismos, la perseverancia incluye capacidad de resistencia ante las lentitudes de nuestra propia evangelización. Tengamos la edad que tengamos, hacemos la experiencia de que los pecados capitales están en nosotros y no se dejan erradicar. Pasamos por crisis de decepción, experimentamos el escándalo de lo poco que el evangelio va transformando nuestra vida personal y nuestras relaciones fraternas. Es preciso resistir a la tentación de las prisas, del cansancio espiritual y vital...

Con respecto a la vida apostólica, la perseverancia activa en la gracia implica seguir siendo hombres habitados por una gran misión a

pesar de la escasez de los frutos visibles. En la sociedad occidental actual, la misión cristiana choca con la indiferencia de muchos, con la hostilidad de bastantes, con la falta de pasión por parte de los mismos cristianos. Estamos viviendo tiempos de disminución. Perseverar implica resistir al desánimo y afirmar la belleza y la felicidad que conlleva la relación con Jesucristo.

## **7. La gracia y las obras**

La experiencia fundamental cristiana es experiencia de la gracia. La justificación y sentido último de nuestra vida reside en el amor. El amor es el sentido del ser. El Dios amor confiere sentido a toda la realidad. Somos justificados por el amor.

Por otra parte, la verdad es que vivimos en una sociedad del rendimiento y de la competitividad. Socialmente se valora a las personas por lo que tienen, por lo que valen, por lo que hacen. La práctica de la vida cotidiana contrasta con la experiencia fundamental; nos valoramos por lo que hacemos, sabemos, podemos. Ya estamos seguros de que vivir los consejos evangélicos significa ir en contra de esa tendencia. El peligro reside en dejarnos contagiar por la mentalidad que sobrevalora el poder, el saber, el tener. Es un peligro muy real. Se concreta y visibiliza en el papel que, en la práctica, otorgamos al hacer. En la vida comunitaria terminamos justificándonos por lo que hacemos; lo que sabemos hacer constituye el motivo por el que estamos en una comunidad o en otra, por el que recibimos un destino u otros. En la medida en que ese criterio fuera el determinante, estaríamos experimentando que nuestra vida se justifica por las obras. El activismo estaría servido.

La verdad es que este riesgo es tanto más alto cuanto la vida fraterna se reduce a la dimensión funcional, perdiendo la dimensión evangélica de profundidad. Esa sería una de las razones por las que, con frecuencia, sentimos una dificultad grande ante los cambios. Ese mecanismo se manifestaría también a la hora de dejar actividades y tareas en otras manos, en el relevo generacional. Nos resistimos a envejecer. Cuando por razones de edad, de salud, de capacidad, uno se queda sin poder hacer, tiene la sensación de que ya no cuenta, ya no existe.

Meditar la Oración Apostólica de nuestro Fundador en este pasaje que estoy comentando, puede ayudarnos a mantener viva la conciencia de la gracia. Todo es gracia. Nuestra vida se justifica y cobra sentido por el amor que recibimos y por el amor que damos.

## **8. Para la reunión comunitaria**

### **8.1. Icono bíblico**

Como icono evangélico se puede partir de Mc 7,32-34: **Effetá**, la curación del tartamudo sordo. Su puede partir también de cualquier otro relato de curación de los sentidos.

Se trata de milagros históricos de Jesús. Pero, al mismo tiempo, tienen un fuerte significado simbólico. Él nos cura a nosotros cuando acudimos a él. Y esa curación no es un hecho puntual sino un proceso que requiere nuestra respuesta, nuestra acogida progresiva. Somos como los sordos y mudos del evangelio; no podemos comunicarnos adecuadamente; no podemos escuchar con el corazón ni hablar de nuestra identidad vida real con transparencia. Jesús obra el milagro y nos sigue diciendo: **Ábrete**.

### **8.2. El viaje de la cabeza al corazón**

El itinerario espiritual se puede describir como una peregrinación, como un viaje. La vida misma lo es. Si lo concretamos más. Podemos describir el crecimiento espiritual como un viaje de la cabeza al corazón; es un viaje largo, difícil, pero apasionante. Se trata de que las convicciones de nuestra mente lleguen a configurar nuestras emociones y comportamientos, nuestros afectos y también nuestros sentidos. El crecimiento espiritual afecta a nuestra forma de ver, nuestra de escuchar y a nuestra comunicación.

Y este proceso de transformación tiene una doble dimensión: la relación con Dios y la relación fraterna. Existe un paralelismo entre la forma como escuchamos, vemos, nos comunicamos con los demás, y la forma como escuchamos, vemos, nos comunicamos con Dios.

Para tomar conciencia de cómo va nuestro viaje, tanto desde el punto de vista personal como desde el punto de vista comunitario, podemos tener en cuenta algunas características de este camino teniendo en cuenta el punto de partida y el punto de llegada.

- De la productividad activista a la fecundidad.
- Del miedo a la confianza.
- De la dispersión a la concentración.
- Del ruido al silencio.
- De la agitación al sosiego.
- De la opacidad a la transparencia.
- Del resentimiento a la gratitud.
- De la agresividad a la ternura.
- De la exclusión a la inclusión.
- De la tristeza a la alegría.

### **Preguntas para la reflexión personal y diálogo:**

- ¿En cuál de estos aspectos me veo más reflejado?
- ¿En cuál de ellos siento con más insistencia la llamada a mejorar?



## VII. «Que todos los pecadores se conviertan»

ANTONIO BELLELLA CARDIEL, CMF



El nº 233 de la Autobiografía de San Antonio María Claret contiene la llamada *Oración apostólica*. Con este número se concluye el capítulo XII de la segunda parte, que recoge los testimonios de quienes, con sus vidas, obras y palabras, inspiraban a Claret en su tarea evangelizadora. Tras honrar la memoria de esta *nube de testigos* (Hb. 12,1; Autob. 214-232), Claret invoca a Dios con una plegaria breve y concisa que expone con toda sencillez un plan de vida y misión.

La oración se divide en dos secciones. Ambas comienzan con una invocación: «*Oh Dios y Padre Mío*», «*Padre mío*»; ambas arrancan de una súplica imperativa dirigida a Dios «*Haced*», «*Dadme*». La primera sección pone el acento sobre el *hacer* del misionero, que tiene su origen en Dios y es expresión de su voluntad; la segunda subraya la obra divina, el *dar* de Dios. Al final los temas son siete: cuatro encuadrados en el *hacer* (conocimiento, amor, servicio, alabanza) y tres centrados en el *dar*, en lo que de Dios se recibe según la propia condición (conversión, perseverancia, salvación). Los siete temas, en conjunto, caracterizarían la acción del evangelizador según Claret; una obra que, por su propia naturaleza, es humana y divina, es activa y pasiva, es creativa y receptiva, es gracia y es tarea.

<b>ORACIÓN APOSTÓLICA – Autobiografía 233</b>		
<b>PRIMERA PARTE</b>		
<b>Invocación</b>	<b>Imperativo</b>	<b>Obra humana</b>
<b>Oh Dios mío y Padre mío</b>	Haced	Conocimiento
		Amor
		Servicio
		Alabanza
<b>SEGUNDA PARTE</b>		
<b>Invocación</b>	<b>Imperativo</b>	<b>Obra divina</b>
<b>Padre mío</b>	Dadme	Conversión (para pecadores)
		Perseverancia (para los justos)
		Eterna Gloria (para todos)

El texto completo de esta plegaria no sólo sintetiza e invita a aplicar las enseñanzas y actitudes de los maestros e inspiradores de la evangelización del P. Claret, sino también subraya la acción de Dios y los efectos positivos de una misión que quiere mover corazones, cambiar vidas y lograr que las personas sean más humanas y el mundo más justo. Ambas partes de la plegaria se complementan, están unidas y son la expresión de un único empeño. Curiosamente, en el ámbito de la familia claretiana, a menudo esta oración se ha rezado mutilada. De hecho en muchos lugares solo se recita la primera parte, se repiten los cuatro verbos, insistiendo en las actitudes fundamentales que proponen y en el trabajo personal interior y exterior que plantean<sup>1</sup>. Ahí se da por terminada la invocación, olvidando el resto del texto: tanto la sentida petición que el Fundador dirige a Dios -«*Dadme Padre mío*»-,

<sup>1</sup> Si se escribe en Google *Oración apostólica San Antonio María Claret*, normalmente la búsqueda solo genera la primera parte de la plegaria.



como las gracias que el Santo pide con insistencia para los destinatarios de la actividad misionera, y que serían el fruto de la misma.

¿Por qué se ha relegado la segunda parte de esta plegaria? ¿Por qué precisamente se han dejado de lado las expresiones que destacan la acción de Dios, el premio divino a la misión bien hecha? ¿Por qué, al tiempo que se ha subrayado el intenso carácter evangelizador del carisma claretiano, no se ha afirmado con la misma fuerza que la obra de evangelización es una acción del Espíritu y que se realiza no tanto por lo que el misionero hace y hace hacer, cuanto porque Dios toca los corazones y los conduce a una nueva existencia? Si se recuerda lo que afirma la Iglesia, *Lex orandi lex credendi*, estas preguntas no pueden dejarse caer, sino más bien responderse con claridad y sencillez.

Esta reflexión se centra en la primera frase de la segunda parte, la referida a la *conversión de los pecadores*, y solo pretende ayudar a recordar este aspecto tan presente en la acción evangelizadora del Fundador como quizá postergado en la práctica pastoral de hoy.

## **1. Conversión y pecador: dos términos complejos en dos tiempos distintos**

Se dice que en el cristianismo de los orígenes se bautizaba a los convertidos, mientras que, por el contrario, en la Iglesia de los siglos posteriores el modo de proceder consistía más bien en convertir a los bautizados. Por consiguiente, muchos esfuerzos pastorales se centraban en cristianizar a quienes siendo miembros de la Iglesia no vivían como tales. En el siglo XIX, en el contexto evangelizador en el que se movía el P. Claret, el pecador era un bautizado alejado de la fe, un cristiano que había elegido el mal camino y que, movido por la predicación y los buenos ejemplos, en un momento dado volvía al redil de la Iglesia. Convertirse no significaba abrazar una fe desconocida hasta entonces, sino asumir de nuevo los compromisos bautismales, practicar con esmero los mandamientos y participar asiduamente en los sacramentos, hasta transformarse en un miembro activo de la Iglesia, comunidad salvífica por excelencia. En pocas palabras: retomar la ob-

servancia fervorosa de los deberes religiosos después de un tiempo de pecado o de indiferencia.

Claret vivía en una sociedad heredera de una tradición cristiana consolidada que tendía a apartarse de la práctica religiosa; en parte porque las estructuras de evangelización necesitaban renovarse, en parte porque las circunstancias sociales estaban cambiando y las instituciones antiguas se tambaleaban. Este mundo que oficialmente comenzaba a alejarse de Dios es descrito por el P. Claret como hambriento de la Palabra divina. La conversión se producía cuando esta Palabra tocaba el corazón de una persona hasta entonces retirada de la vida cristiana. El hecho de predicar era fundamental para Claret porque despertaba al alma dormida, pero la conversión no se producía sin una asistencia especial del Espíritu, por eso en la segunda parte de la oración apostólica, pedía a Dios que premiara sus esfuerzos con la gracia de convertir al pecador.

Hoy las palabras *pecador* y *conversión* no están de moda, no forman parte de los términos de la cultura dominante, ni en la consideración de muchos creyentes presentan un perfil definido. La persona es muy celosa de su autonomía, se resiste a aplicar a su vida un código de conducta que juzga de otro tiempo y a considerar como erróneo aquello que, naciendo de su propia iniciativa, le procura una satisfacción inmediata aunque no responda a un criterio ético definido. La conversión no se mira positivamente como una posibilidad de encaminar un proceso de existencia renovada, sino como una trampa sutil que esconde un conjunto de prescripciones obligatorias que restan libertad al individuo. Se ha perdido, por otra parte, el sentido del pecado; se habla más del fracaso, de la infelicidad, de la frustración, del desengaño, del destino hostil, de los condicionantes sociales que obligan a actuar de un modo concreto....; conceptos estos que muchos no relacionan con el profundo sentir religioso del ser humano. Decir pecador en algunos contextos suscita hilaridad; hablar de conversión parece propio de tiempos ya superados.

Sin embargo la experiencia cotidiana y concreta de la negatividad personal y social sigue siendo hoy tan fuerte como en otro tiempo; y el deseo de transformación y de cambio está presente en los hombres de

hoy. Quizá se rechazan las listas de preceptos y pecados, y se miran con desconfianza los principios morales indiscutibles; con todo, las grandes coordenadas en las que se debate el ser humano se siguen repitiendo: verdad-mentira, luz-tinieblas, odio-amor, vida-muerte. El anhelo de veracidad, coherencia y autenticidad es tanto o más intenso que antes. La confusión, el desasosiego y el arrepentimiento forman parte de la cotidianidad de personas que parecen ajenas al hecho religioso.

Hay un vínculo que conecta el hoy secularizado con la experiencia claretiana original. Se ha conservado el testimonio de un sacerdote contemporáneo del P. Claret que afirma que el misionero popular ponía en relación la conversión y la perseverancia en el bien con el texto de Jn. 10,10: «*He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia*». Para que tengan vida: *que todos los pecadores se conviertan*. Y la tengan en abundancia: *que los justos -los convertidos- perseveren en gracia*. Es interesante constatar este nexo, porque para Claret el hecho de convertirse no se ciñe estrictamente a la aceptación de un código de conducta, sino a tener vida y al encuentro con el que es la Vida<sup>2</sup>. Lo que se predica al hablar de la conversión no es la introducción voluntarista en un camino penitencial, sino la gracia de conocer al mismo Jesús que regala vida, da la vida y es la Vida<sup>3</sup>. Profundizar en este camino solo es *abundar en la Vida*.

## 2. Preparar la conversión

En la mente del Fundador parece claro que la conversión es un evento salvífico iluminado por la Palabra divina, un encuentro que parte de una intimidad personal transformada (*metanoein* – renovarse interiormente, adquirir una nueva mente y un nuevo corazón), e invi-

---

<sup>2</sup> El párroco de Igualada (Barcelona); población donde Claret predicó (Cfr. *Autob.* 454). La noticia sobre este hecho se conserva en el Arxiu Pairal de Vic.

<sup>3</sup> «*El Dios que buscamos durante toda la vida con temor y esperanza existe y es como Jesucristo. La irrupción de esta realidad en la propia vida como verdad y certeza significa conversión; como dice el Evangelio, significa que toda la vida se orienta de una manera nueva, encuentra el propio camino*»: JOSEPH RATZINGER, *Annunciatori della Parola e Servitori della vostra gioia. Teologia e spiritualità del Sacramento dell'Ordine*, Opera Omnia XII, LEV, Roma 2013, p. 528.

tada a cambiar de ruta (*convertere* – volver, hallar el propio camino, orientar los pasos hacia Dios). Asimismo, para Claret, el pecado no es únicamente un desorden moral, una infracción de un código legal, sino la falta de amistad con Dios, la negación del camino de la vida, en definitiva, un mal para el hombre que opone resistencia al bien y es capaz incluso de destruirse a sí mismo.

¿Cómo llegar a tener conciencia de esta realidad? ¿Se comprenden hoy estas expresiones? ¿Todavía puede darse por supuesto que todos las aceptan? Algunos términos resultan difíciles de entender no tanto porque no se sepa lo que significan, sino porque faltan las condiciones para interpretarlos adecuadamente, dándoles su justo significado. A la falta de claridad de ideas se suma la existencia de prejuicios, cosa que dificulta mayormente la tarea de anunciar el Evangelio o la propuesta de un estilo de vida conforme con el proyecto del Reino. Quizá antes de hablar de conversión propiamente dicha sea necesario trabajar a nivel personal y pastoral tres dimensiones que preparan el espíritu para acoger este proceso de gracia:

## **2.1. Despertar el sentido del Misterio**

La Primera carta de Pedro habla de la necesidad de construir un edificio espiritual (1Pe. 2,5), reconociendo y cuidando desde el primer momento la existencia de la dimensión interior en la propia vida y suscitándola en el alma de los hermanos. La novedad de vida requiere aceptar la presencia del Misterio en la existencia personal y para ello hay que buscar, ir más allá, sabiendo que hay realidades que escapan al propio control y solo encuentran una explicación en la apertura humilde a la profundidad. Cuando el hombre no tiene conciencia del misterio, o cuando la ha perdido por influjo de la cultura dominante, difícilmente puede entender la llamada a la conversión. El misterio cristiano no es un arcano indescifrable. Claret descubre muy pronto que este misterio es Amor y se revela en un Dios Padre que quiere el bien -la vida, la salvación- de sus hijos; ahí está el origen de su predicación y ahí está también la motivación fundamental del estímulo a convertirse.

## 2.2. Despertar el ánimo de transformación

La invitación filosófica a «*conocerse a sí mismo*» no es una mera destreza intelectual, sino el primer paso en un camino de cambio personal que no quiera ser ficticio o superpuesto. Si la conversión no toca la base humana elemental, poniendo al «yo» en actitud de autoanálisis sincero, difícilmente podrá pasar de un cúmulo de buenas intenciones a la postre inauténticas. Este «yo», cuando es tocado por la gracia, es capaz de profundizar en un conocimiento interno iluminado por Dios e iniciar un camino de transformación y discernimiento que se concreta en las tres metas que San Ignacio propone pedir a Nuestra Señora en el número 63 del libro de los Ejercicios Espirituales: «*la primera, para que sienta interno conocimiento de mis peccados y aborrescimiento dellos; la 2ª, para que sienta el dessorden de mis operaciones, para que, aboresciendo, me enmiende y me ordene; la 3ª pedir conocimiento del mundo, para que, aboresciendo, aparte de mí las cosas mundanas y vanas*». La transformación para San Ignacio afecta por tanto a la identidad profunda, a la actividad personal y a la mirada a la realidad circundante. Convertirse es entrar en un proceso de acercamiento crítico al propio ser desde lo que Dios quiere y cómo Dios propone.

## 2.3. Despertar el deseo de aprender

El Misterio solo se percibe y la transformación solo se realiza cuando se observa el silencio y se ejercita el arte de la escucha. Aprender a callar y a saber escuchar no solo son dos actitudes profundamente religiosas, sino también dos procesos de sanación interior y exterior que posibilitan la conversión. En la carta a los Romanos (Rm. 10,14-15), San Pablo refiere el arduo camino que debe hacer la Palabra, motor de la conversión, para ser aprendida y transmitida. El primer paso consiste en escucharla de los labios de quien la predica. En un segundo momento, el oyente de la Palabra debe ser educado en el arte de la adoración, como ámbito que va más allá de la eficacia inmediata<sup>4</sup>. En la

---

<sup>4</sup> Cfr. *Discurso del Papa Francisco al XXV Capítulo General de los Misioneros Claretianos*. Roma 11 de septiembre de 2015.

adoración profunda Claret aprende y escucha interiormente la Palabra que anuncia y, solo después, predica la conversión y consigue que el Espíritu toque los corazones más endurecidos.

Las parábolas de los Evangelios hacen caer en la cuenta de que la llamada de Jesús a la conversión intenta en primer lugar despertar en el hombre el deseo de contemplar el misterio de Dios, de purificar el propio yo y de escuchar sin prejuicios. Animado por este modo de ser y hablar del Maestro, Claret dice: «*desde un principio me encantó el estilo de Jesucristo en su predicación. ¡Qué semejanzas! ¡Qué parábolas! Yo me propuse imitarle con comparaciones, símiles y estilo sencillo*» (Autob. 222). Ninguna llamada de atención religiosa consigue su efecto si los corazones del emisor y del receptor son duros, prejuiciosos y miran con arrogante superioridad la llaneza con la que Dios se dirige al hombre. Jesús insiste en la necesidad de volver a ser como niños para convertirse, perseverar y salvarse; es decir, para entrar en su Reino.

### 3. Vivir el camino de conversión

El Papa Francisco se define como un «*pecador a quien el Señor ha mirado*»<sup>5</sup>. Pocos hablan hoy de un grupo de cristianos pecadores frente a una clase de fieles convertidos, quizá por este motivo la palabra conversión se ha desdibujado en la percepción de muchos. En otro tiempo se subrayaba con fuerza la necesidad de una ruptura, un salto cualitativo, que mostrara con claridad el ‘acontecimiento conversión’; ahora se insiste en la necesidad de poner en marcha un proceso vital (camino) que permita una transformación exterior e interior paulatina pero definida. Una nueva andadura que, sin imponer grandes cortes, revele que se ha producido la *caída del caballo* y que han desaparecido *las escamas de los ojos* (Hch. 9,1-9). En ningún caso, la voluntad de conversión puede vaciarse de contenido en un proceso difuminado e infinito, que evite de hecho una toma de postura comprometida. El deseo de vivir según el Evangelio debe ser creíble y ratificarse con actitudes visibles y efectivas.

---

<sup>5</sup> ANTONIO SPADARO, *Uomini e donne che illuminano il futuro. Sette slide della Vita Consacrata secondo Papa Francesco*, en *La Civiltà Cattolica* 11/2 (2015) 157.

No se puede olvidar que las primeras palabras que Jesús pronuncia en los Evangelios son precisamente una invitación a convertirse: *Convertíos porque está cerca el Reino de Dios* (Mt. 4,17; Mc. 1,49). La proclamación del Reino va unida al anuncio de la conversión<sup>6</sup>. Acto seguido, la propuesta de Jesús se articula a grandes rasgos en tres etapas: la primera consiste en salir de sí mismo, en renunciar, en perder para ganar (Mt. 10,39; 16,25); la segunda implica hacer camino con Jesús y transformarse por la renovación de la mente (Rm. 12,2); el tercer momento implica pasar como Él haciendo el bien (Hch. 10,38). Este recorrido abarca toda la vida y debe ser vivido con radicalidad; no permite componendas fáciles ni incoherencias calculadas. Quien ha encontrado el tesoro en el campo, *siente la urgencia de abandonar la vida de pecado y vivir la novedad de la gracia*.

### **3.1. La vocación, camino de conversión, camino de salir de sí mismo**

Abraham es invitado a salir de su tierra (Gn. 12,1), y tras él un buen número de patriarcas y profetas. El mismo Jesús deja Nazaret para ir al desierto, dando así inicio a su predicación. Ni Abraham ni Jesucristo hablan de conversión cuando abandonan su casa y comienzan un nuevo recorrido; sin embargo, a partir del siglo IV, con el desarrollo del monacato, se empieza a aplicar la palabra conversión al momento de la decisión vocacional. San Benito va más allá, invitando a sus monjes a hacer voto de conversión de costumbres en obediencia a la Regla. Para el monje *«el momento mismo de la vocación coincide con una conversión de vida, con un cambio de valores y con la toma de conciencia de la propia indignidad ante la riqueza de la misericordia de Dios. La voz de Dios llama al hombre a la vida eterna; no es una llamada a despreciar el mundo sino a vivir en plenitud la propia vocación de hijos de Dios, a dar la propia vida para recibirla renovada por el Señor. La vida en plenitud que es alegría, misericordia, amor, salvación, libertad»*<sup>7</sup>.

---

<sup>6</sup> Cfr. CMF, *Directorio Espiritual*, p. 109.

<sup>7</sup> LUIGI D'AYALA BALBA (ed.), *Il cammino del Monaco*, Qiqajon, Bose 2009, p. 125-126.

Claret vive su inquietud vocacional como un verdadero camino de conversión (*Autob.* 66-82), que se sella con el inicio de una nueva etapa con perfiles muy definidos. Claret de hecho experimenta que sale de sí, *deja el mundo*, para no perder su alma, para no malograr su vida (Mt 16,26). Este es un paso necesario que debe dar cada misionero, porque cada miembro de la familia claretiana en cuanto persona vocacionada está llamado a transformarse. Vivir el don vocacional como un camino de conversión significa estar siempre dispuesto a salir de sí. Sería algo así como iniciar un proceso de desintoxicación: desintoxicarse del ansia de poder y de tener, del odio, del miedo, de la envidia; ser arrancados del ciclo de la muerte y de los muertos para poner el propio ser en el camino de la Vida. Y así, aprender a amarse y a amar de verdad, porque solo el amor redentor del Dios hecho hombre puede desintoxicarnos, ya que sólo Él ha transformado en amor el veneno del mundo<sup>8</sup>. Salir de sí mismo es quizá la conversión más cotidiana y necesaria; y..., también la más difícil.

### 3.2. Hacer camino con Jesús

El índice analítico de las Constituciones no recoge la palabra *conversión*. La norma fundamental claretiana no acentúa la conversión como una nota específica de la vocación-misión congregacional, quizá lo haga para evitar que la vida misionera aparezca como una opción voluntarista que se despliega en una serie de rasgos y estrategias -de imposiciones veladas- que facilitarían la vida común y posibilitarían la acción apostólica. No obstante, el camino de conversión del misionero es presentado como un regalo de la gracia que conduce a la configuración con Cristo<sup>9</sup>, y por eso el progreso en la vida misionera<sup>10</sup> lleva consigo el esfuerzo por «*llegar a la plena madurez de Cristo*» (Ef. 4,13; CC. 51).

Jesús inicia su camino superando la tentación y el misionero, conver-

---

<sup>8</sup> Cfr. JOSEPH RATZINGER, *Annunciatori della Parola...*, p. 543.

<sup>9</sup> CMF, *Constituciones*, Capítulo VI.

<sup>10</sup> CMF, *Constituciones*, Capítulo VIII



tido al Evangelio<sup>11</sup>, está llamado en primer lugar a abandonar cualquier tentación: «*Hay tentaciones contra la vida espiritual, como estilo de vida orientado a la configuración permanente con Cristo con Jesucristo; tentaciones contra la pobreza, [la castidad], la obediencia, contra el servicio desinteresado a los demás, contra la disponibilidad apostólica, contra la caridad intra-comunitaria y extra-comunitaria, contra la opción por los pobres y por la justicia. (...) Hay etapas de la vida que suponen para los misioneros un tiempo peculiar de prueba y tentación*»<sup>12</sup>.

Jesús se despoja de su rango, predica el Evangelio desde la humildad más intensa, tomando la forma de siervo (Fil. 2, 5-9; CC. 41), por eso el misionero debe examinarse a diario de humildad. Jesús es manso, misericordioso como el Padre (Mt. 5,4; CC. 42); el misionero necesita la mansedumbre como fuerza activa, creativa, como una forma de desenmascarar la ira, como un camino de compasión<sup>13</sup>. Jesús, sobre todo, es caridad y entrega, la conversión más necesaria del misionero es la conversión al amor (CC. 40; Autob. 438). Cuando Claret dice con San Pablo que le urge la *Caridad de Cristo* (2Cor 5,14) no está haciendo una declaración hueca, sino afirmando que quiere amar como Cristo ama y anunciar con obras y palabras ese amor.

### **3.3. Pasar haciendo el bien (Hch 10,32)**

Un pequeño relato rabínico dice que el río Jordán alimenta dos lagos, el primero está vivo y el segundo muerto. El lago vivo recibe y da agua, el lago muerto solo la recibe. Quien esconde y se reserva el don de Dios más pronto que tarde pierde su talento. Un antiguo formador gustaba repetir que cualquier conversión solo era creíble si afectaba al tiempo y al dinero. Parece claro que la renovación de la vida no es auténtica cuando se consume en la búsqueda de autosatisfacción y conformidad interior. La conversión se concreta en acciones, en gestos claros y determinantes que indican que *la salvación ha llegado*

---

<sup>11</sup> Claretiano evangelizado y evangelizador afirmaba la MCH en 1979.

<sup>12</sup> CMF, *Nuestro proyecto de vida misionera. Comentario a las Constituciones*, II, (preparado por JOSÉ M<sup>º</sup> VIÑAS y JOSÉ C.R. GARCÍA), Roma 1991, p.757.

<sup>13</sup> Cfr. *Ibidem*, pp. 611-613.

a casa (Lc. 19,9). Al contrario que Zaqueo, buena parte de los que se consideran discípulos del Maestro a menudo reconocen que se produce un cortocircuito entre lo que se experimenta interiormente, se piensa y declara, y lo que en la vida concreta se hace y procura.

Para Jesús, es evidente el nexo entre el anuncio del Reino y los gestos salvíficos y transformadores; y desde el principio invita los suyos a involucrarse de lleno en su actividad profética (Mc. 3,14-15); a buscar el Reino y su justicia (Mt. 6,33); a proclamar bienaventurados a los pobres, los limpios de corazón y los constructores de paz (Mt. 5,3-11); a compadecerse de los que no tienen pan (Mc. 8,2); a salir al paso de quien tiene hambre, sed, padece soledad o está enfermo (Mt. 25,35-45); a predicar que la salvación es para todos (Jn 3,16-17; 1Tm 2,4); a amar a Dios viendo al hermano (1Jn. 4,20); en definitiva, a amar hasta dar la vida (Jn. 15,13)<sup>14</sup>.

Los gestos del Reino no siempre son bien entendidos o aceptados; a veces no dan los frutos ni generan los éxitos que cabría esperar. Por eso, el anunciador del Evangelio tiene que convertirse a una última actitud: la de considerar la fecundidad no desde sus criterios sino desde los de un Dios que sin hacer ruido continúa escondiéndose entre los entresijos de la historia, vestido a menudo con el manto de la impotencia.

#### **4. Predicar la conversión**

La reflexión concluye donde comenzó, recordando y subrayando las palabras de Claret: «*Dadme Padre mío que todos los pecadores se conviertan*». Claret sabe bien que él no convertirá a nadie. El misionero solo anuncia, predica la conversión pero él no convierte, porque transformar el corazón es obra del Espíritu y *cada uno se convierte cuando se deja tocar por Dios. Dios no obliga ni coacciona, solo ama. El misionero intuye que si él no se ha convertido, no está convertido, su antitestimonio puede obstaculizar la obra del Espíritu. Lo propio*

---

<sup>14</sup> La primera parte de la Declaración del XXV Capítulo General del 2015, *Testigos-Mensajeros de la alegría del Evangelio*, indica con claridad dónde y cómo el Misionero claretiano está llamado hoy a *pasar haciendo el bien*.

del evangelizador es aprender bien el oficio de sembrar<sup>15</sup>, primero en la propia tierra y, después, yendo por todo el mundo invitando a los hermanos a abrir el corazón, esponjar el alma y encontrar el profundo sentido que todo lo sostiene.

---

## Plegaria final a María

*«Por tanto, Madre Mía, (...) dignaos, os suplico, dar a todos la gracia de la conversión, pues que sin esta no haríamos nada, y entonces enviadme y veréis como se convierten. Yo sé que daréis esta gracia a todos los que de veras la pedirán; pero si ellos no la piden, es porque no conocen su necesidad, y tan fatal es su estado, que ni conocen lo que les conviene, y esto cabalmente me mueve aún más a compasión. Por tanto, yo, como primero y principal pecador, la pido para todos los demás y me ofrezco como instrumento para su conversión».*

### *Autobiografía 160-161*

(Extracto de una de las oraciones escritas en el Noviciado de Roma)

---

<sup>15</sup> En *los Propósitos de los Ejercicios de 1863*, Claret se ofrece a Dios para la *conversión de los pecadores*: Cfr. *Autob.* 788. Predicar para Claret era una obra espiritual, no solo un ejercicio de oratoria sagrada.



## VIII. «...y todos consigamos la eterna gloria. Amén»

CARLOS MARTÍNEZ OLIVERAS, CMF



¡Oh Dios mío y Padre mío!,  
haced que os conozca y que [os] haga conocer;  
que os ame y os haga amar;  
que os sirva y os haga *ser[vir]*;  
*que os alabe y os haga alabar de todas las criaturas.*  
*Dadme, Padre mío, que todos los pecadores se conviertan,*  
*que todos los justos perseveren en gracia*  
*y todos consigamos la eterna gloria. Amén.*<sup>1</sup>

La oración filial y apostólica del P. Claret es más que una oración. Se trata, más bien, de un programa de vida y de misión. Una *hoja de ruta* que el apóstol Antonio Claret se propone para sí y para quienes quieran compartir su carisma. De hecho, la nota que acompaña este número de la Autobiografía reza así: «Esta hermosa “oración apostóli-

---

<sup>1</sup> SAN ANTONIO MARÍA CLARET, *Autobiografía y escritos complementarios*. Edición del bicentenario preparada por José María Viñas y Jesús Bermejo, n° 233 (Buenos Aires, Editorial Claretiana, 2008) 238. En el texto, en adelante, citaremos con la abreviatura «Aut».

ca”, que sintetiza de modo sencillo pero admirable el carisma claretiano, ha sido y sigue siendo muy apreciada y utilizada por la Familia Claretiana» (Aut 233, nota 177). Nos encontramos, pues, con una síntesis del carisma claretiano, un condensado de espiritualidad y experiencia del Espíritu en la más pura forma original. Cada frase es un océano de posibilidades de profundización. Nos detenemos en glosar la última parte que expresa el deseo colectivo de alcanzar la salvación, implica un compromiso y que queda ratificada con la fuerza del *amén*: «...y todos consigamos la eterna gloria. Amén».

## 1. Eternidad: esperanza y motor misionero

Conocemos bien lo que significa *eternidad* para Claret. Es una de sus primeras experiencias que, con tan sólo cinco años, marcará su itinerario espiritual: El *siempre, siempre, siempre...* (Aut 8) del joven Antonio es un pensamiento recurrente relacionado siempre con su ternura y compasión (cf. Aut 10-11) y su estremecimiento ante lo que pudiera ser el destino final de los pecadores. Y, al mismo tiempo, se convierte en motor apostólico para trabajar infatigablemente en todo tipo de actividad (*púlpito, confesionario, libros, estampas, hojas volantes, conversaciones familiares...* [Aut 9]). Lo que fue aquella experiencia de gran madurez, a pesar de la corta edad, se convierte en *leitmotif* de vida misionera: «Esta idea de la eternidad desgraciada, que empezó en mí como desde los cinco años con muchísima viveza, y que siempre más la he tenido muy presente, y que, Dios mediante, no se me olvidará jamás, es el resorte y aguijón de mi celo para la salvación de las almas» (Aut 15)<sup>2</sup>. Así lo ratifica más adelante con el lenguaje de la

---

<sup>2</sup> Quizá más tarde leería la concepción sobre el tiempo de San Agustín: «¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé. Lo que si digo sin vacilación es que sé que si nada pasase no habría tiempo pasado; y si nada sucediese, no habría tiempo futuro; y si nada existiese, no habría tiempo presente. Pero aquellos dos tiempos, pretérito y futuro, ¿cómo pueden ser, si el pretérito ya no es y el futuro todavía no es? Y en cuanto al presente, si fuese siempre presente y no pasase a ser pretérito, ya no sería tiempo, sino eternidad. Si, pues, el presente, para ser tiempo es necesario que pase a ser pretérito, ¿cómo deciros que existe éste, cuya causa o razón de ser está en dejar de ser, de tal modo que no podemos decir con verdad que existe el tiempo sino en cuanto tiende a no ser? (San Agustín de Hipona, *Confesiones*, XI, 14, 17)».

época que ponía su acento de un modo especial en el tema de la condenación para hacer surgir más fuerte el contraste del cielo. De este modo, en el mismo número donde recuerda las palabras de San Pablo que luego presidirán su escudo episcopal (*Caritas Christi urget nos*), nos describe la imagen de él mismo colocándose a las puertas del infierno para impedir que los pecadores puedan condenarse y, por el contrario, logren alcanzar la salvación<sup>3</sup>. No quiere nada en este mundo sino la divina gracia de Dios y alcanzar la gloria celeste: «¡Oh Dios mío! Yo no quiero nada de este mundo; no quiero más que vuestra divina gracia, vuestro santo amor y la gloria del cielo» (Aut 636).

«*Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad*» (1Tim 2,4). Esta mirada de salvación escatológica se encuentra, pues, bien arraigada en el P. Claret y puede convertirse en buen referente para sus Misioneros adaptándola adecuadamente a las personas, tiempos y situaciones con los que la nueva evangelización nos interpela. Este deseo de salvación universal pasa por Jesucristo, único mediador de salvación entre Dios y los hombres: «Porque Dios es único, como único es también el mediador entre Dios y los hombres: un hombre, Jesucristo, que se entregó a sí mismo para redimir a todos» (1Tim 2,5-6). El card. Ratzinger, en el año 2000, indicaba que uno de los cuatro contenidos fundamentales de la nueva evangelización habría de ser la *vida eterna* (junto a la conversión, el Reino de Dios y Jesucristo). El mensaje cristiano es en realidad muy sencillo: hablamos de Dios y del hombre, y así lo decimos todo. Pero al hablar del hombre no podemos olvidar que, después de creados para Dios, nuestra alma estará inquieta hasta que no descansa en Dios (S. Agustín). Esta dimensión escatológica es un elemento central de toda verdadera evangelización. La bondad de

---

<sup>3</sup> «La caridad me urge, me impele, me hace andar, me hace correr de una población a otra, me obliga a gritar: Hijo mío, pecador, mira que te vas a caer en los infiernos! ¡Alto, no pases más adelante! Ay, cuántas veces pido a Dios lo que pedía Santa Catalina de Siena. Dadme, Señor, el ponerme por puertas del infierno y poder detener a cuantos van a entrar allá y decir a cada uno: ¿Adónde vas, infeliz? ¡Atrás, anda, haz una buena confesión y salva tu alma y no vengas aquí a perderte por toda la eternidad!» (Aut 212).

Dios es infinita, pero no la debemos reducir a un mensaje edulcorado y empalagoso, sin verdad. Sólo creyendo en el justo juicio de Dios, sólo teniendo hambre y sed de justicia (cf. Mt 5,6), abrimos nuestro corazón, nuestra vida, a la misericordia divina. Sólo así podemos hacer que otros se pongan en camino para abrirse a esa misericordia y avanzar hacia la salvación.

## **2. Así en el cielo como en la tierra: liturgia y compromiso**

### **2.1.La liturgia: celebrar el cielo en la tierra**

Esperamos la gloria eterna, pero no de una manera pasiva. Nuestra fe en el cielo supone celebrarlo en la tierra. Y hay una forma de anticipar ese cielo en nuestra vida peregrinante: celebrar la liturgia. Sin temor a exageraciones, podemos afirmar que el mundo ortodoxo está transido por un gran deseo del Reino eterno. La expresión más sensible de este deseo es la liturgia ortodoxa. Cuando la Iglesia ortodoxa se congrega para celebrar la *divina liturgia*, percibe que ha entrado en el ámbito de lo eterno. La liturgia —así lo remarcan siempre los teólogos ortodoxos— es un anticipo del cielo en la tierra, una verdadera manifestación de la gloria —doxa— divina<sup>4</sup>. Si nos desplazamos al ámbito occidental, como ya apuntara magistralmente el beato John Henry Newman, al decir que los sacramentos confieren la gracia que significan, esta gracia no es sino la gloria en el exilio a la espera de poder experimentar un día la gloria como la gracia en la patria (*Grace is glory in exile, glory is grace at home*). Cada vez que celebramos un sacramento en el fondo anticipamos, de algún modo, aquellas realidades celestes y eternas que estamos llamados a vivir con Dios para siempre: la configuración e incorporación plena a Cristo, la reconciliación total, el banquete del reino de los cielos, las bodas del Cordero... Hay una breve oración, atribuida a Santo Tomás, que rezamos como antifona del Magnificat de las segundas Vísperas de la solemnidad del

---

<sup>4</sup> Los iconos aparecen como «ventanas de eternidad» que se abren para que los fieles contemplen las realidades futuras. Por eso, todo en ellos debe irradiar luz como signo indicativo de la gloria del Reino por venir.



Santísimo Cuerpo y Sangre del Señor:

*Oh sagrado banquete en que Cristo es nuestra comida,  
se recuerda el memorial de su pasión,  
el alma se llena de gracia  
y se nos da la prenda de la gloria futura<sup>5</sup>.*

Reproducía así lo que luego quedaría reflejado más sistemáticamente en la Suma Teológica acerca de la triple dimensión de todo sacramento: puesto que se trata de un signo conmemorativo (la pasión de Cristo), un signo demostrativo (que confiere la gracia en el momento de la celebración) y un signo anticipatorio-*prognosticum* (que nos hace vivir en el presente y nos prepara para las realidades futuras eternas). Se trata siempre de sacramentos que presagian/prefiguran/dan a conocer de antemano las realidades futuras. Previvimos, preanunciamos, preparamos aquí y ahora lo que un día estamos llamados a vivir y gustar de modo completo, sin velo. Quizá deberíamos hacernos más conscientes de esta dimensión cada vez que celebramos alguna liturgia, especialmente la sacramental. Tomar conciencia de ello nos puede ayudar a trabajar por ese deseo de Claret de alcanzar todos la gloria eterna y transmitirlo a aquellos con quienes compartimos la vida y la celebración.

## **2.2 Trabajar por el Reino: adelantar el cielo en la vida cotidiana**

Además de celebrar la gloria, creer y esperar en la salvación para todos no supone hacerlo de un modo abstracto y pasivo, sino que implica comprometerse aquí y ahora con las realidades temporales, trabajar por hacer crecer el Reino y hacer de nuestra experiencia de Dios un ejemplo activo: decir con nuestras obras lo que cree nuestra fe (Sant 2,14-18): «La fe cristiana, operosa en la caridad y fuerte en la esperanza, no limita, sino que humaniza la vida; más aún, la hace

---

<sup>5</sup> *O sacrum convivium! in quo Christus sumitur; recolitur memoria passionis eius; mens impletur gratia; et futurae gloriae nobis pignus datur. Alleluia.*

plenamente humana»<sup>6</sup>. Frente a la paradoja de la modernidad que ha proclamado a los cuatro vientos que era necesario matar a Dios para que el hombre fuera libre, la historia ha demostrado que sólo donde Dios es afirmado, allí el hombre es elevado en su dignidad y ayudado en su autorrealización como ser humano. Dios no es el rival de nuestra vida, sino el garante de nuestra grandeza. Es equivocado pensar que la fe en la vida eterna quite importancia a la vida en la tierra. Al contrario, sólo si la medida de nuestra vida es la eternidad, también esta vida en la tierra es grande y su valor inmenso.

Este trabajo, con mucha frecuencia, vendrá acompañado por las dificultades y las contrariedades, pero ello sabemos forma parte intrínsecamente del mensaje cristiano: «Quien busca la gloria de Cristo y no busca la cruz de Cristo, no busca a Cristo» (San Juan de la Cruz). La cruz y la luz, la muerte y la resurrección forman parte de un único misterio de vida y de sentido: el Misterio de Jesucristo, imagen visible de Dios invisible.

¿Celebro los sacramentos con un horizonte escatológico? ¿Cómo los vivo personalmente y cómo ayudo a otros a celebrarlos? ¿Qué contenidos predominan en mi predicación o en aquella que escucho? ¿Cómo es mi trabajo comprometido con los demás? ¿Aunque no lo verbalice aparece de algún modo el horizonte del cielo y la salvación?

### **3. Valor escatológico de la vida consagrada**

En ocasiones, nuestra actividad normal y cotidiana nos hace olvidar importantes dimensiones de la vida que hemos asumido como consagrados. La inmediatez de muchas cuestiones urgentes nos impide una mirada alta y profunda de las cuestiones realmente importantes. La vida religiosa posee un valor escatológico extraordinario (además de otros como el cristológico, el profético o el pneumatológico). Esta dimensión se encuentra destacada de un modo especial en relación con una función de la memoria (tradición) del ministerio ordenado o el compromiso con las realidades temporales de los seglares. «El voto

---

<sup>6</sup> Benedicto XVI, *Audiencia general* (17 de diciembre de 2012).

de profesión es una manera de presentar la resolución escatológica única de seguir en Cristo a Dios que llama a su obra de salvación»<sup>7</sup>. Este aspecto es el más claro y repetido a lo largo de la historia. La vida consagrada se halla estrechamente ligada con la escatología. La vida según los consejos evangélicos, tal como aparece visiblemente en la Iglesia, «muestra como signo a la Iglesia en cuanto que es sociedad que tiende hacia un fin escatológico situado en el más allá y sobre todo porque la gracia de Dios se ha apoderado victoriosamente de ella» (K. Rahner). El papa Benedicto XVI así se lo recordaba a los superiores religiosos, explicando que el sentido de la vocación religiosa

«conlleva, ante todo, buscar a Dios, *quærere Deum*: por vocación sois buscadores de Dios. A esta búsqueda consagráis las mejores energías de vuestra vida. Pasáis de las cosas secundarias a las esenciales, a lo que es verdaderamente importante; buscáis lo definitivo, buscáis a Dios, mantenéis la mirada dirigida hacia él. Como los primeros monjes, cultiváis una orientación escatológica: detrás de lo provisional buscáis lo que permanece, lo que no pasa»<sup>8</sup>.

Podemos señalar dos aspectos que muestran claramente la dimensión escatológica de la opción vital por el seguimiento del Señor desde la consagración: por un lado, aparece como una institución que continúa el profetismo del Antiguo Testamento, mostrando el sentido de la historia que, a la vez, lo sobrepasan con su predicación meta-histórica. Por otro lado, los monjes continúan de una forma incruenta el martirio de los primeros cristianos que trascendieron la historia derramando su sangre por Cristo. Los antiguos monjes describieron como un segundo bautismo no sólo el martirio, sino también la profesión religiosa. Si el martirio ha sido considerado siempre como

---

<sup>7</sup> PH. LÉCRIVAIN, *Una manera de vivir. Proponer la vida religiosa hoy*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2010, 70.

<sup>8</sup> BENEDICTO XVI, Discurso a los Superiores de la USG y UISG, 26 de noviembre de 2010. A continuación marcaba los lugares donde realizar esta búsqueda: los hermanos, los pobres, la Iglesia, la Eucaristía y la Palabra y finalizaba afirmando: «Sed siempre buscadores apasionados y testigos de Dios».

un sacramento (*baptismus sanguinis*)<sup>9</sup> y la vida religiosa tiene en sí una connotación martirial, de alguna manera también poseerá una cierta dimensión sacramental en el sentido que manifiesta, como aquellos mártires de la primitiva Iglesia y los actuales de nuestro tiempo, la entrega absoluta, decidida, incondicional de la existencia a Dios hasta derramar la sangre y entregar la vida por causa de la fe. Así lo entendió la Iglesia antigua al conceder al martirio un cierto carácter sacramental que lo une con la Eucaristía y comprender a la vida religiosa en continuidad con el martirio.

De este modo, el «maximalismo escatológico» de los monjes aparece como despertador para todos los fieles. La relación historia y escatología es iluminada por la vida consagrada porque permite comprender que la transfiguración del mundo y el bienestar de los hombres, no dependen, en primer lugar, de las condiciones exteriores de la vida ni en el esfuerzo humano, sino en la comunión con el Dios trinitario. La vida consagrada «anticipa de alguna manera la realización escatológica a la que tiende toda la Iglesia» (VC 14).

En los últimos meses el papa Francisco ha querido colocar su pontificado bajo el acento del gozo que brota de la fe cristiana (*Evangelii gaudium*)<sup>10</sup>. En esa línea, ha querido también poner la alegría como una característica fundamental de la vida del religioso (Testigos

---

<sup>9</sup> En los primeros siglos de su historia la Iglesia ya comenzó a considerar la no necesidad expresa de la efusión del agua bautismal (*baptismus fluminis*) para alcanzar la salvación. Los catecúmenos que, a causa de su fe, derramaron su sangre por Cristo se identificaban plenamente con el misterio pascual de su muerte y resurrección y los consideraba bautizados en la sangre del Señor (*baptismus sanguinis*). Más adelante la Escolástica desarrolló la teoría de un bautismo de deseo (*baptismus fluminis*) para considerar la salvación de determinados casos en los que habiendo querido recibir el Bautismo, hubiera sido imposible. Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, III, q. 66, a. 12: «Utrum baptismus sanguinis sit potissimus inter tria baptismata».

<sup>10</sup> Exhortación apostólica postsinodal sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual (2013). También lo había hecho el papa BENEDICTO XVI al convocar el Año de la Fe: «también hoy es necesario un compromiso eclesial más convencido en favor de una nueva evangelización para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe» (Carta apostólica *Porta fidei* [2011], n. 7).

de la alegría)<sup>11</sup>: «Donde hay religiosos hay alegría»<sup>12</sup>. Se trata, precisamente de un rasgo que brota de su dimensión escatológica y que pertenece a la entraña misma de la condición religiosa: «religiosos y religiosas son los hijos de la resurrección y por esto son mensajeros de una alegría que no engaña. Si aparecen taciturnos ya no son verdaderos mensajeros, sino infelices descarriados incapaces de guiar a los demás»<sup>13</sup>.

Si la vida religiosa participa de una cierta naturaleza sacramental, ha de anticipar también algún tipo de realidad. En este sentido, podríamos hablar de la vida religiosa como aquella realidad que preludia la vida futura, preanuncia la gloria venidera y hace de recordatorio al resto de los fieles cristianos de aquella *vita venturi sæculi* que recitamos cada domingo en el Credo. «La vida religiosa es manifestación permanente de su fe inquebrantable en Cristo y en los bienes futuros del Reino consumado»<sup>14</sup>. La vida consagrada, marcada por la dimensión escatológica, recuerda a todos los creyentes la vida futura, las realidades celestes a las que estamos llamados. Es, en cierto modo, un «sacramento», un signo escatológico donde sus votos, de alguna manera, señalan y apuntan las realidades eternas: confianza plena en la providencia; anticipo del amor universal, resurrección de la carne; y obediencia ciega a Dios esperando y confiando en el cumplimiento de sus promesas hasta la consumación de su designio sobre cada uno de nosotros.

---

<sup>11</sup> FRANCISCO, Carta apostólica a todas las personas consagradas en el inicio del Año de la Vida Consagrada, *Testigos de la alegría* (2014).

<sup>12</sup> FRANCISCO, *Testigos de la alegría*, II. 1. Se trata de una constante en su palabra a los consagrados: «Quería deciros una palabra, y la palabra era alegría. Siempre, donde están los consagrados, los seminaristas, las religiosas y los religiosos, los jóvenes, hay alegría, siempre hay alegría. Es la alegría de la lozanía, es la alegría de seguir a Cristo; la alegría que nos da el Espíritu Santo, no la alegría del mundo» (FRANCISCO, *Auténticos y coherentes*, Papa Francisco habla de la belleza de la consagración, [Encuentro con los Seminaristas, los Novicios y las Novicias, Roma, 6 julio 2013], en: *L'Osservatore Romano*, lunes-martes 8-9 julio 2013, CLIII (155), 6; la cita viene repetida en la Carta circular de la CIVCSVA, *Alegraos. Palabras del Magisterio del papa Francisco*, 2014).

<sup>13</sup> G. PHILIPS, *La Iglesia y su misterio*, II, 178.

<sup>14</sup> S. M. ALONSO, *La vida consagrada. Síntesis teológica*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1992, 162.

¿Hasta qué punto tomo conciencia de esta realidad tan importante que subyace a mi consagración? ¿Cómo se manifiesta exteriormente? ¿Cómo los votos me ayudan a dar cuerpo a esta dimensión? ¿Mi trabajo misionero posee un horizonte escatológico nítido? Son preguntas que nos podríamos hacer alguna vez y tratar de responderlas personalmente en ámbito de silencio y oración; y quizá comentarlas en alguna ocasión con alguien de gran confianza.

#### **4. Actitudes para buscar la salvación de todos: gratitud y humildad**

La oración apostólica y su *celo* por el *cielo* se inscriben, fundamentalmente, en la experiencia que Claret tiene de Dios Padre. Dios Padre es, para Claret, el Dios que lo protege y acompaña, es Aquel a quien debe servir y cuya voluntad sobre él es siempre el criterio último de referencia. Se siente llamado en diversos momentos y situaciones a trabajar por su gloria. Concebirá su ministerio como un esfuerzo para que Dios sea conocido por todos y para que los pecadores que se han alejado de la casa del Padre se conviertan y se salven. Claret tiene especial experiencia de la providencia de Dios y de la búsqueda del cumplimiento de su voluntad. Tiene especial valor la afirmación de la paternidad de Dios en momentos de persecución, atentados o cuando se siente limitado en sus posibilidades de hacer llegar a muchos su palabra misionera: «Yo, en medio de estas alternativas, pasaba de todo: tenía ratos muy buenos, otros muy amargos [en] que me fastidiaba la misma vida. Y entonces mi único pensar y hablar era el cielo, y esto me consolaba y animaba mucho» (Aut 465). Así se desarrolla y se marca a *fuego misionero* y con *sangre martirial* su experiencia espiritual del *Patris mei*.

Como misionero apostólico siente que Dios ha puesto la salvación de muchas almas en sus manos. Arde en deseos de salvarlas para Dios. Se siente su instrumento: «Cómo yo he escrito tantos y tan diversos libros, yo no lo sé. Vos lo sabéis, Dios mío; digo mal, sí lo sé. No soy yo quien ha escrito, sois Vos, sí, Vos sois, Dios mío, que os habéis servido de este miserable instrumento para esto, pues no tenía

saber, ni talento, ni tiempo para esto; pero Vos, sin yo entenderlo, me lo proporcionabais todo. ¡Bendito seáis, Dios mío!» (Aut 324). El P. Claret *robaba el sueño de la noche y el descanso del día* (así se lo escribe a Caixal) para poder escribir y cumplir con todas sus obligaciones, porque su celo por la salvación de las almas era más fuerte que su cansancio y su necesidad de dormir. Describamos sintéticamente dos sentimientos-actitudes que acompañaron la vida del P. Claret en su objetivo de buscar la salvación de todos los hombres.

*Gratitud.* En varias ocasiones agradece sus dones a Dios Padre y deja claro que su vida, ministerio, sufrimientos... son exclusivamente para la gloria divina: «¡Bendito seáis, Dios mío, que me habéis enriquecido con ese don, que es vuestro y no mío, pues conozco que de mí ni una palabra puedo decir, ni un pensamiento bueno puedo tener! Todo sea para vuestra gloria» (Aut 299); «¡Bendito seáis, Dios mío, por haberme dado salud y robustez y demás para sostener tan grande y continuo trabajo!» (Aut 305). La gratitud es una cualidad humana que nos hace conscientes de que la mayoría de las cosas materiales y cualidades espirituales que tenemos, en gran parte, las hemos recibido. Esa actitud nos coloca ante los demás no como superiores, sino como hermanos; no como propietarios, sino como administradores de la multiforme gracia que Dios nos ha concedido (cf. 1Pe 4,10).

*Humildad.* Claret escribe abundantemente de esta virtud-actitud en la Autobiografía porque es algo que le va marcando durante su vida. Tiene experiencia de ella, contempla sus frutos y lucha para vivirla lo mejor posible. Se trata de una humildad que ha de imitar la de Jesús (Aut 356), es hija de la pobreza (Aut 666) y es la primera virtud para hacer fruto apostólico (cf. Aut 304-356). Un fruto misionero que ha de llevar a todos a apartarlos del pecado y conducirlos por la senda de la salvación eterna.

El claretiano tiene siempre muy presente el objeto de la Congregación que se sitúa en el frontispicio de nuestras Constituciones: «buscar en todo la gloria de Dios, la santificación de sus miembros y la salvación de todos los hombres del mundo, según nuestro carisma misionero en la Iglesia» (CC 2). Gratitud y humildad pueden ser dos

buenas sendas para trabajar en esta clave misionera de compromiso con los hombres y mujeres de nuestro tiempo en su realidad cotidiana, pero con el horizonte de alcanzar la eterna bienaventuranza donde contemplaremos a Dios, sin velo, cara a cara, en una dicha y un gozo inenarrable (cf. 1Cor 12,13).

## 5. Amén

La oración apostólica concluye con el *amén*. Si el inicio era la *invocación* a Dios (¡Oh Dios mío y Padre mío!), el final no puede ser sino la *doxología*, la alabanza y el agradecimiento. Al final de esta reflexión podemos hacer nuestras las palabras de Pablo dirigidas a la comunidad de Corinto (2Cor 1,22): «el amén con que glorificamos a Dios lo decimos por medio de Él», Jesucristo, el Hijo de Dios. Porque Él es el *sí* de Dios a la humanidad. Jesucristo «no ha sido un sí y un no; en Él todo ha sido sí» (2Cor 1,19) y nosotros estamos llamados a unirnos a toda la Iglesia en el gran *amén* a Dios. La obediencia de Jesucristo, fuente de vida, exige por medio del Espíritu nuestro *amén* a Dios Padre. En este *amén*, por medio de Cristo, glorificamos a Dios, que concede el Espíritu a nuestros corazones como una señal de su fidelidad. Por eso, estamos llamados en Cristo, bajo el ejemplo de San Antonio María Claret, a dar testimonio del plan de Dios (cf. Lc 24,46-49), un testimonio que debe incluir también para nosotros la obediencia hasta el final del *proyecto-sueño* de Dios sobre nuestra vidas, creyendo, trabajando y esperando para que un día *todos alcancemos la eterna gloria. Amén.*



## IX. El «amén» del P. Claret

ÁNGEL ESTEBAN GONZÁLEZ, CMF



### 1. El sentido espiritual del «amén» en la oración apostólica.

Si quisiera resumir en un acróstico el sentido espiritual del Amén de la Oración Apostólica del P. Claret lo haría de este modo:

**A**-mor

**M**-isericordia

**É**-ntrega

**N**-egación-N-ovedad

**A**... El Amén de Claret encerraba la A del AMOR. Cuando Claret pronunciaba el amén con los labios, y más aún con el corazón, la hacía con y por amor: Amor a Dios y amor a los hombres. Era una razón suficiente y radical. El amor era un impulso irresistible; «esa máquina de vapor» que le arrastraba a realizar por amor lo que el Amén contenía. El Amén de Claret era un amén amoroso.

**M**... El Amén de Claret llevaba la M de la MISERICORDIA. Cuando Claret pronunciaba el amén, ponía toda su confianza en la Misericordia y en la Providencia del Padre Dios. Por eso no dudaba en pronunciar ese amén, creyendo que, en su misericordia, el Señor lo acogía y lo haría fructificar. Sabiendo también que el Padre misericordioso tendría providencia del mismo Claret. El amén de Claret era un amén misericordioso.

**É**... El Amén de Claret encerraba la E de la ENTREGA. Cuando Claret lo pronunciaba, lo pronunciaba poniendo todo su ser a disposición de Dios. El Amén llevaba el sello de la ofrenda personal en aquello que Dios o la obediencia le pedían o en aquello que Claret suplicaba a Dios sometiéndolo a la voluntad divina. Ese amén lo pronunciaba Claret con un singular acento. El de la fidelidad a la realización del amén. El amor de Claret era un amén entregado.

**N**... El Amén de Claret encerraba la N de la NEGACIÓN y de la NOVEDAD. La entrega de sí mismo y de su propia voluntad para dar paso a la Novedad de Reino. Para Claret, aquello que representaba la petición o el acontecimiento era primordial, era una NOVEDAD en y para el Reino de Dios. ¿Cómo no decir «Amén»? Eso es lo que contaba. Claret se negaba a sí mismo y solamente existía para dar vida a la petición; para hacer nuevos los contenidos del Amén. El amén de Claret era un amén para la novedad en el Reino.

Y si esto es así, ¿Cómo Claret no va a decir amén a que él conozca más, ame más, sirva más, y alabe más a su buen Dios y Padre?....

Y si esto es así, ¿Cómo Claret no va a decir amén a que todas las criaturas conozcan más y mejor, amen más y mejor, sirvan más y mejor y alaben más y mejor, a su Dios y Padre?

Y si esto es así, ¿Cómo Claret no va a decir amén a que todos los pecadores se conviertan, a que todos los justos perseveren en gracia y a que él y los demás hermanos consigan la eterna gloria?

Es pues justo y necesario decir siempre y en todo lugar: ¡AMÉN, AMÉN, AMÉN!

¿Podríamos nosotros pronunciar nuestro AMÉN al estilo y al ritmo de Claret?

## 2. El Cuándo

En muchas ocasiones y en muchas circunstancias de su vida, Claret, tuvo que decir AMÉN a las insinuaciones de Dios y a la Obediencia a sus Superiores.

- Amén a la llamada de Jesús Eucaristía, cuando estaba jugando con los otros niños
- Amén a la conversión, «De qué sirve al hombre ganar todo el mundo si.....»
- Amén al ingreso al Seminario y a aceptar la vocación sacerdotal.
- Amén a la vocación de misionero apostólico
- Amén a llevar a cabo la fundación de la Congregación de Misioneros, Hijos del Inmaculado Corazón de María.
- Amén al nombramiento como Arzobispo de Cuba
- Amén al requerimiento de la Reina Isabel II para ser su confesor.
- Amén al mandato de retirarse del lado de la Reina.
- Amén al mandato de volver al lado de la Reina
- Amén a las muchas persecuciones que tuvo que soportar en su vida.
- Amén a otras realidades que permanecen silenciosas o silenciadas.
- .....

Podríamos concluir afirmando que la vida de Claret estuvo cuajada de AMENES

## 3. Las raíces de su Amén

El amén de Claret tenía unas raíces profundas que le daban seguridad y consistencia.

Leyendo despacio su autobiografía podemos constatar en dónde

se fundamentaba su AMÉN. He aquí las que creo que son las fundamentales.

**3.1. Amén enraizado en su fe profunda** en la Santísima Trinidad, con un relieve singular en Dios Padre. Claret pide la fe a Dios «y Dios se la concede.» Y hasta tal punto la vive «que está dispuesto a dar la vida por defenderla». Claret pronuncia con fuera el Amén porque para él la fe le da luz, le da fuerza, le da vida. Además creer y que otros crean es un motivo determinante para decir Amén. Es un motivo apostólico. Claret quiere conocer más a Dios y darlo a conocer, como expresa en su oración apostólica. El Amén de Claret fue un Amén creyente.

### **3.2. Amén enraizado en la Divina Providencia.**

Toda lo confió a Él su Dios, a Él su Padre. Por eso su Amén tuvo seguridad. Por eso no dudó en pronunciarlo aun cuando le costara. Claret pronunció siempre el amén dejándose conducir por la divina Providencia. Para él la divina Providencia le otorgaba seguridad aun en las circunstancias difíciles y hasta dramáticas. Le proporcionaba valentía apostólica. Claret confiaba en ella y no tenía miedo. El Amén de Claret fue siempre un Amén confiado en la Providencia.

### **3.3. Amén enraizado en la «Gloria de Dios».**

Claret aceptó todo cuando se le propuso, fueran mociones interiores, fueran revelaciones divinas, fueran propuestas de las Autoridades Eclesiales, teniendo siempre en perspectiva la gloria de Dios. En su Autobiografía se deshace dando gloria a Dios y alabándole. Claret posee como don el celo devorador por la gloria de Dios. Todo por Dios, «todo para la Gloria de Dios». Siempre «proclama la gloria de Dios». Siempre «proclama a bondad de Dios» La «gloria de Dios lo es todo para Claret». Claret no duda ni un instante en decir Amén cuando se trata de glorificar a Dios. No es extraño que su oración apostólica pida a Dios alabar lo él mismo y hacer que otros lo glorifiquen y lo alaben. El Amén de Claret fue un Amén para la gloria de Dios.

### **3.4. Amén enraizado en el Amor-Caridad.**

Claret tiene «necesidad de amor», «hambre y sed de amor». Claret lo pide y el Señor «le promete el divino amor». Claret ama a Dios Padre, a Jesucristo, al Espíritu, a María la Madre, a la Iglesia, a los seres humanos. El amor de Claret es un amor universal. Y por amor, siempre por amor, está dispuesto a realizar lo que sea necesario. Ese amor le empuja irresistiblemente a decir Amén. No es extraño que en la Oración apostólica Claret pida amar más a Dios y hacer que los demás lo amen. El Amén de Claret es un amén amoroso.

### **3.5. Amén enraizado en la Obediencia humilde.**

Él dice que «la obediencia es necesaria». Porque cree en ella y en su eficacia, la ama, y no desea a hacer nada sin ella. La obediencia es como su estrella polar. Claret la busca. La obediencia es también para Claret como su brújula. Claret va donde la brújula de la obediencia le conduce; el hace lo que la brújula de la obediencia le indica.. Misiona en las ciudades o en los pueblos a donde el Obispo le envía Su Amén se sitúa con seguridad, con confianza, con esperanza, con valentía allí donde la Obediencia le sitúa. No es extraño que en su oración apostólica Claret se considere el siervo de Dios; y quiera servirlo y hacer que los demás le sirvan. El Amén de Claret es un Amén humilde y obediente.

### **3.6. Amor enraizado en la Palabra de Dios.**

Palabra del Dios que ama. Palabra del Dios que redime. Palabra del Dios que salva. Claret habla de «la excelencia de la divina Palabra» Claret ama esa Palabra que es vida. Es pues, una Palabra que hay que vivirla, que hay que anunciarla, propagarla, en todo tiempo y en todo lugar y por todos los medios posibles, oportuna e importunamente. Y por amor a esa Palabra, y como transfigurado e impulsado por ella, dirá Amén a cuanto convenga para que esa Palabra sea más conocida y llevada a la vida. Por eso dice Amén a ser Misionero Apostólico. Amén a escribir libros, Amén al catecismo, Amén a las hojas volantes... Amén a ser andariego con la Palabra en el hatillo y sobretodo en el corazón. Amén a dar la vida por fidelidad a la Palabra. El Amén de Claret, sellado por la palabra, es un Amén misionero.

## 4. Conclusión

- **Este es el Amén de Claret.** Claret lo pronuncia con determinación buscando con él, como dice en su oración apostólica, que «todos los hombres se salven, que los justos perseveren, y que todos gocemos de la vida eterna»

**¿Podría ser nuestro Amén como el Amén de Claret?** ¿Amén verdaderamente creyente? ¿Amén confiado en la Divina Providencia? ¿Amén para la gloria de Dios? ¿Amén amoroso? ¿Amén humildemente obediente? ¿Amén misionero?...

Tendremos que pedirlo con fe y confianza, poniendo a nuestro Padre Fundador como intercesor.

## X. Apéndice. «Amén» <sup>1</sup>

JOSÉ ANTONIO GARCÍA-MONGE, SJ



«Sí, vengo pronto. Amén. Ven Señor Jesús» (Ap 22,20).

«AMÉN». De la raíz hebrea 'MN, que significa ser firme seguro, leal. En sentido material: llevar en brazos a un niño pequeño. Se asocia a servidor (un servidor de quien uno se puede fiar) a alianza, a apoyo... Decir «AMÉN» significaría: «Esto es verdadero, de esto me fío, de esto estoy seguro, aquí puedo apoyar mi vida entera».

Deja que la palabra «Amén» anide en tu corazón y brote de tus labios, confiando, acogiendo la vida como Palabra creadora del Dios-con-nosotros. Pase lo que pase, el Señor será mi Dios, por su gracia y misericordia. Amén. En la letanía de tu vida, con sus dolores y gozos, añade la palabra «AMÉN», no por rutina o inercia, sino por «la fe que actúa por el amor».

---

<sup>1</sup> GARCÍA MONGE, J. A.. *Unificación personal y experiencia Cristiana*. Sal Terrae, pp. 335-340. Se introduce aquí este texto porque condensa bien el amén final que concluye la oración apostólica. Quien lo desee haría bien en estudiar la experiencia del Amén en san Antonio María Claret.

«Se postraron y adoraron al Dios sentado en el trono y dijeron: ¡Amén, aleluya!» (Ap 19,4).

La palabra AMÉN es una palabra muy gastada, devaluada: a veces parecemos estar programados para decir rutinariamente AMÉN al poder establecido.

Vamos a ver la palabra AMÉN al menos con un doble significado: como «*emet*» («verdad», «así es») y como «fidelidad», «seguridad», «consistencia». Es importante recuperar esta palabra, tan significativa en la experiencia creyente. Necesitamos gracia para poder decirla.

La palabra AMÉN es una de las últimas palabras de la revelación bíblica. En Apocalipsis 22,20 se anuncia: «Sí, voy a llegar enseguida»; y la respuesta es: «Amén» («Lo que acabas de decir es seguro, es firme; lo harás, porque eres fiel. La palabra que acabas de decir es tan segura que sobre ella puedo edificar mi confianza»). El AMÉN constata la consistencia de esa palabra dada: lo que has dicho es seguro y puesto a prueba; sé que va resistir. También en Apocalipsis 19,4 se lee: «Se postraron los veinticuatro ancianos y los cuatro vivientes rindiendo homenaje a Dios, que está sentado en el trono, diciendo: «¡Amén! ¡Aleluya!».

El amén es esa confianza básica dado a la visto y contemplado. Para decir AMÉN tenemos que ver la historia, el mensaje, escuchar la palabra, ver a las personas y contemplar a Dios dándonosos detrás de esos acontecimientos, palabras y personas; y a veces eso no nos encaja fácilmente. Decir AMÉN sin entender es fiarse muchísimo.

La palabra «*emet*» se utiliza en hebreo para significar la acción de llevar en brazos a un niño pequeño. El niño que descansa se apoya tanto en el corazón de quien lo lleva en brazos, que lo ama, como en la fuerza de esos brazos que lo sostienen. Decir amén es decir: me dejo llevar por ti, Señor, como un niño se deja llevar en brazos de su madre. Es la confianza de creer que quien me lleva en brazos me ama y es fuerte, es sólido, no me va a dejar caer.

El participio de este verbo, «*neman*», está asociado en la Biblia



al servidor fiel que da seguridad. Dios es alguien tan fiel que puedo decirle AMÉN con los ojos cerrados: aunque yo no sea fiel, tú sí lo eres. También se emplea el AMÉN para expresar la relación de alianza, para expresar no tanto quién es Dios, cuanto la fidelidad que manifiesta Dios en su actuación para con su pueblo. En la relación de alianza, Dios se compromete a ser Dios, y el pueblo a ser pueblo de Dios; lo cual no es fácil. Pero, de la misma manera que Dios es fiel para ser mi Dios, me dará la posibilidad de creer que yo puedo vivir como pueblo de Dios. Digo AMÉN a Dios, que me da la oportunidad de vivir como un hombre o una mujer libre.

También el AMÉN en la Biblia tiene que ver con la fe, porque «creer» tiene que ver con «apoyarse en alguien que te da seguridad». Decir AMÉN es decir: «tengo confianza absoluta, me fío plenamente de ti» (con sentimientos que no se fían, pero uno es más que sus sentimientos), «yo soy quien tú quieres que yo sea».

Hay un juego de palabras de las raíces del AMÉN en Isaías 7,9: «Si no tenéis fe [si no os atrevéis a fiaros, a apoyaros], no permaneceréis». Es decir, nunca vais a experimentar que sois sostenidos; no vais a saber vitalmente que aquel en quien os atrevisteis a confiar es capaz de sostener vuestra vida. Si no tenéis fe, no vais a tener el gozo de enteraros de que podéis dejaros llevar en brazos de Dios.

Decir AMÉN significaría, por tanto, mucho más que «así sea»; significa: esto es verdadero, de esto me fío, de esto estoy seguro, aquí puedo apoyar mí vida entera. El AMÉN no es sólo aceptación de lo que me dicen, sino que lo que me dicen de parte de Dios genera en mí una confianza, una seguridad, una paz muy sólidas. El AMÉN transforma una palabra pequeña en PALABRA DE DIOS.

Decir AMÉN no es resignación sumisa ni dependencia gregaria, sino deseo exclamado, confianza en el Otro, sabiendo creyentemente que lo que se nos propone para decir nuestro AMÉN es bueno, amoroso, liberador, justo, dichoso.

Decimos AMÉN a nuestra propia dicha. AMÉN no es una palabra litúrgica, sino existencial. El AMÉN hace profética, eficaz, toda palabra de

Dios. Realiza lo que anuncia, y lo realiza despertando una pequeña colaboración en nosotros que es la confianza de fiarse de su palabra. Me fío tanto que quiero empezar a vivir sabiendo que esta vida se apoya en Ti. Creí; por eso vivo. La vida que vivo se explica porque construyo mi vida sobre la Piedra Angular a la que he dicho AMÉN. Tu palabra es piedra sobre la que puedo apoyar mi existencia; por eso digo AMÉN.

El AMÉN revela también la dignidad humana, la dignidad de hombre o de mujer. Lo que hace Dios en la historia, lo hace contando con nosotros, consultándonos. Cuando deja un silencio en la historia, es para que tengamos tiempo de decir AMÉN. No le decimos AMÉN al dolor, sino a la vida, muchas veces enmascarada en el dolor. No decimos «acepto esto», sino «Te acepto en esto». Esto, a pesar del rostro que tenga, no podrá hacer que me equivoque a la hora de saber de tu amor hacia mí. Te estoy diciendo AMÉN a Ti, aunque las apariencias me inviten a no decirlo.

AMÉN es una renovación de la alianza. Cuando se habla a Dios en nombre de la comunidad, mi oración necesita de tu AMÉN, porque la alianza es comunitaria.

Decir AMÉN es afirmar que eso que dices, pides o deseas sea hecho en nombre de Nuestro Señor Jesucristo. El AMÉN es al Dios revelado por Jesús; la confianza no la pongo en el cura ni en la Iglesia, sino en el Dios de Jesús.

El AMÉN en la oración es expresión de una cierta pasividad: «hágase» no es «haré». Me fío de que tú harás lo que dices. Hágase en mí acción tu presencia...

«Por todo lo que ha pasado, GRACIAS; a todo lo que ha de pasar, AMÉN». En el fondo, es como decir: en lo presente, en lo pasado y en lo futuro, me fío de Ti; me dejo llevar como un niño en los brazos por Ti.

El AMÉN definitivo sólo podemos decírselo a Dios y a su reinado. Me fío de que esta historia de pecado, de confusión, de dolor, va a ser una historia de felicidad para todos. El AMÉN es un canto de confianza en la

vida creada por Dios y que después, a veces, va por vericuetos tortuosos, difíciles... Pero el amén es la palabra final de la revelación... Me fío.

¿Qué es la oración? Es una explicitación del AMÉN, de la confianza. Es una pirueta humana en la que me dejo construir sobre la solidez del amor. Mis pensamientos, valores, conductas... se apoyan en Ti y reciben consistencia de Ti. Podemos vivir apoyándonos en lo que nos dicta la cultura dominante, o en lo que dice una persona importante, o en lo que nos dictan nuestras culpabilidades... Yo elijo vivir apoyándome en Ti como la fuente de mi existencia. La oración es un modo de decir «creo y me apoyo en Ti, porque tu amor no es una palabra vacía, sino una energía transformadora».

## **1. Ejercicios de meditación en torno a la palabra «amén»**

### *a) En el camino de tu vida*

Imagina que vas a hacer un largo camino. Es el camino de tu vida. Recórrelo con la memoria y con el corazón.

1. Al ir recorriendo tu propio camino existencial, te vas encontrando mensajes escritos, frases, palabras de Dios... Ahora vas preguntarte si quieres decir AMÉN a esos mensajes; si te permiten abandonarte a la luz que arroja ese mensaje sobre tu camino; si puedes seguir caminando fiándote de esa palabra, abandonándote en brazos de tu Padre Dios.
2. Después de los mensajes, en este camino de tu vida cae en la cuenta de qué acontecimientos te indican también que puedes fiarte de Dios, que puedes decirle AMÉN.
3. En tu camino se cruzan personas: algunas pasan de largo, con otras tal vez haces largas jornadas...; todas ellas son signos, son transparencia de Dios, en quien puedes confiar.
4. En ese camino aparece un caminante que quizá tardas en descubrir. Es Jesús de Nazaret, que camina a tu lado y te revela que Dios sí confía en ti.

### *b) Descubrir los cimientos de la propia casa*

Descubre cuáles son las realidades sobre las que sientes que se mantiene tu vida, aquellas realidades que consideras como la columna vertebral, los cimientos de tu casa...

### *c) Decir AMÉN al pasado, al presente, y al futuro*

1. Pide la gracia de orar, de poder decir AMÉN; es decir, pide una entrega confiada, creyente, abandonada en Dios. Un AMÉN a Dios, que aparece en tu vida a través de diversas mediaciones: personas, acontecimientos, palabras...
2. Di primero AMÉN a tu pasado, sobre todo a algún acontecimiento del mismo que te haya resultado más difícil de asumir, y di: AMÉN... «No sé muy bien cómo manejarlo pero me fío de Ti».
3. Di ahora AMÉN a tu presente, a la realidad actual que tienes entre manos.
4. Di ahora AMÉN a tu futuro.
5. Cae en la cuenta de cómo te sientes diciendo AMÉN, abandonándote al amor incondicional de tu Dios, el Dios de Jesús.

### *d) Regalar amén a otros*

1. Imagina que el Señor ha puesto en tus manos varios AMÉN, es decir, varios actos de energía confiada, de abandono seguro, de apoyo tierno y agradecido... Mira a tu alrededor qué personas de tu entorno, que caminan junto a ti en la vida, necesitarían tener un AMÉN en el corazón y en los labios que decir a Dios para el crecimiento de su vida.
2. Cae en la cuenta de que tú tienes varios AMÉN y los vas a ir regalando a personas; varios AMÉN que son confianza, verdad, gozo profundo... Cae en la cuenta de a quién de tu entorno cercano o lejano regalarías un AMÉN que le ayudara a vivir de un modo más humano su vida.

## **Decir amén a Jesús**

1. Imagina ahora que el mismo Jesús, en el umbral de su anuncio del Reino, pide que confíes en él, que le digas AMÉN a él. Necesita tu fe y tu confianza. Mira si eres capaz de decir AMÉN a Jesús.
2. Cae en la cuenta de qué es lo que te impide ahora decir con todo tu corazón y todas tus fuerzas ese AMÉN a Jesús; qué es lo que te distrae de Él.
3. Descubre también qué te impulsa a fiarte para hacerle sitio, para arriesgar un AMÉN incondicional.



# CONTENIDOS

## Presentación. Orar apostólicamente

7

*José Ramón Sanz Ortiz, cmf*

## PRIMERA PARTE INTRODUCCIÓN HISTÓRICO-BIOGRÁFICA

### La «oración apostólica» de claret, oración autobiográfica

*Severiano Blanco Pacheco, cmf*

17

<b>1. Larga prehistoria de esta oración</b>	20
1.1. Las potencias del alma dirigidas a Dios	20
1.2. La fórmula entra en los catecismos	22
1.3. En los catecismos de san Antonio M <sup>a</sup> Claret	24
<b>2. De pinceladas sueltas a un cuadro coherente</b>	26
2.1. Una trilogía/tetralogía muy utilizada por claret	26
2.2. Oración por los pecadores y por los justos	29
<b>3. Que os conozca y os haga conocer</b>	31
3.1. Deseoso de conocer a Dios y lo de Dios	31
<i>a) Formación teológica de Claret</i>	31
<i>b) La otra "fuente de información" sobre Dios</i>	35
3.2.- Deseoso de darlo a conocer	38
<b>4. Que os ame y os haga amar</b>	45
4.1. Siempre deseoso de crecer en amor a Dios	45
4.2. Trabajando porque todos amen a Dios	52

<b>5. Que os sirva y os haga servir</b>	54
5.1. «Una vida al servicio del evangelio»	54
5.2. Procurando que otros sirvan a Dios	58
a) <i>Que todos cumplan sus deberes</i>	58
b) <i>Estimulando a los sacerdotes</i>	60
c) <i>Creando asociaciones apostólicas sacerdotales</i>	64
d) <i>Incorporando seculares al apostolado</i>	67
<b>6. Que os alabe y os haga alabar</b>	68
6.1. Que os alabe	70
6.2. Que os haga alabar	74
a) Para comenzar: lucha contra la anti-alabanza	75
b) <i>Inculcando una forma peculiar de oración</i>	77
c) <i>Por la dignidad del culto y, en especial, del canto litúrgico</i>	78
6.3. «Os haga alabar de todas las criaturas»	81
<b>7. Que los pecadores se conviertan y los justos perseveren en gracia</b>	85
7.1. Que los pecadores se conviertan	87
7.2. Que los justos perseveren en gracia	98
<b>8. Horizonte universal: la eterna gloria</b>	103

## **SEGUNDA PARTE MEDITACIONES**

<b>I. «¡Oh Dios mío y Padre mío!»</b>	
<i>Aquilino Bocos Merino, cmf</i>	111
<b>1. Una primera aproximación</b>	111
<b>2. El itinerario de crecimiento espiritual de Claret</b>	112
<b>3. La Autobiografía como referencia</b>	113
3.1. Claret escribe para nosotros	113
3.2. «La oración apostólica»	116



<b>4. Trasfondo de la exclamación «Dios mío y Padre mío»</b>	117
4.1. La búsqueda de la gloria de Dios	117
4.2. Dios es mi Padre	118
4.3. Padre mío y Padre de todos los hombres	120
<b>5. Resonancias en nuestra vida misionera</b>	122
5.1. La imagen de Dios	122
5.2. Humildad y reconocimiento	123
5.3. Compasión y el celo apostólico	124
5.4. La confianza y la entrega	125
<b>II. «Que os conozca y os haga conocer»</b>	127
<i>Pablo Largo Domínguez, cmf</i>	
<b>1. «Haced»: la llave que abre la primera secuencia de peticiones</b>	130
<b>2. El binario «conocer»—«hacer conocer»: aguas arriba hasta los orígenes</b>	131
<b>3. «Que os conozca»</b>	132
3.1. El conocer humano y la tarea de la búsqueda	133
3.2. El Dios buscado que ha salido y sale al encuentro	134
<b>4. «Que os haga conocer»</b>	137
4.1. Diagnósticos sumarios del tiempo presente	138
4.2. La pregunta humana y la convicción del misionero	141
<b>5. Darlo a conocer. Preguntas y respuestas básicas</b>	142
<b>Conclusión</b>	145
<b>III. «Que te ame y te haga amar»</b>	147
<i>José Cristo Rey García Paredes, cmf</i>	
<b>1. Experiencia de Claret</b>	147
1.1. El presupuesto: la compasión	147
a) <i>Profunda y espontánea</i>	147
b) <i>Ante las desgracias espirituales</i>	148

1.2. El eje: la cordialidad, el amor	150
a) <i>Evangelizar «cordialmente»</i>	150
b) <i>El amor es un don</i>	151
<b>2. Actualidad espiritual del tema (raíces bíblicas y teológicas)</b>	153
2.1. El mandato misionero: amar	153
2.2. Los impulsos: «Hombres que arden en caridad» (XXIV Capítulo General)	154
2.3. Desafíos	155
<b>3. Pistas para la reunión comunitaria</b>	155
3.1. Puntos para contemplar y compartir	155
3.2. Textos de Claret	156
<b>IV. «Que te sirva y te haga servir»</b>	157
<i>Julio César Rioja Bonilla, cmf</i>	
<b>1. Vamos a ver: situándonos</b>	157
<b>2. Vamos a juzgar: qué te sirva</b>	162
<b>3. Vamos a actuar: «y te haga servir»</b>	166
3.1. La vida misionera de claret	169
3.2. Para orar	178
3.3. Para pensar y dialogar	179
<b>V. «Que te alabe y te haga alabar»</b>	181
<i>Adrián de Prado Postigo, cmf</i>	
<b>1. Introducción</b>	181
1.1. En las fuentes de la espiritualidad claretiana	181
1.2. ¿Una palabra genuinamente claretiana?	183
<b>2. Claret, misionero de la alabanza, cantor del Evangelio</b>	184
2.1. Dos pequeñas florecillas autobiográficas	184
2.2. El sentido de la alabanza en la vivencia fiducial de Claret	187
a) <i>Conocer y alabar</i>	187
b) <i>Amar y alabar</i>	190
c) <i>Servir y hacer alabar</i>	192

<b>3. Vivir en el canto. Sugerencias para crecer claretianamente en la alabanza</b>	194
3.1. Relacionarnos con Dios como Dios. La alabanza como glorificación	194
3.2. Caminar en nuestra verdad alegremente. La alabanza como reconocimiento	198
3.3. Recibir la bondad, cantar el bien, propagar lo bueno. La alabanza como bendición	202
3.4. Redimensionar el ministerio de la Palabra. La alabanza como santificación	205
3.5. Canción de la cuna e idioma de la patria. La alabanza como salvación	207
<b>4. Algunas pistas para la meditación personal y el compartir comunitario</b>	208
<b>VI. «Que todos los justos perseveren en gracia»</b>	213
<i>Bonifació Fernández, cmf</i>	
<b>1. Estructura</b>	213
<b>2. Todos los justos</b>	214
<b>3. La justificación por la fe</b>	215
<b>4. El Dios que desborda la ley</b>	216
<b>5. La perseverancia</b>	217
<b>6. Perseverar y resistir</b>	218
<b>7. La gracia y las obras</b>	219
<b>8. Para la reunión comunitaria</b>	220
8.1. Icono bíblico	220
8.2. El viaje de la cabeza al corazón	220
8.3. Preguntas para la reflexión personal y diálogo	221

## **VII. «Que todos los pecadores se conviertan»** 223

*Antonio Bellella Cardiel, cmf*

- 1. Conversión y pecador: dos términos complejos en dos tiempos distintos** 225
- 2. Preparar la conversión** 227
  - 2.1. Despertar el sentido del Misterio 228
  - 2.2. Despertar el ánimo de transformación 229
  - 2.3. Despertar el deseo de aprender 229
- 3. Vivir el camino de conversión** 230
  - 3.1. La vocación, camino de conversión, camino de salir de sí mismo 231
  - 3.2. Hacer camino con Jesús 232
  - 3.3. Pasar haciendo el bien (Hch 10,32) 233
- 4. Predicar la conversión** 234
- Plegaria final a María 235

## **VIII. «...y todos consigamos la eterna gloria. Amén»** 237

*Carlos Martínez Oliveras, cmf*

- 1. Eternidad: esperanza y motor misionero** 238
- 2. Así en el cielo como en la tierra: liturgia y compromiso** 240
  - 2.1. La liturgia: celebrar el cielo en la tierra 240
  - 2.2. Trabajar por el Reino: adelantar el cielo en la vida cotidiana 241
- 3. Valor escatológico de la vida consagrada** 242
- 4. Actitudes para buscar la salvación de todos: gratitud y humildad** 246
- 5. Amén** 248

## **IX. El «amén» del P. Claret** 249

*Ángel Esteban González, cmf*

### **1. El sentido espiritual del «amén» en la oración apostólica** 249

### **2. El cuando** 251

### **3. Las raíces de su amén** 251

3.1. Amén enraizado en su fe profunda 252

3.2. Amén enraizado en la Divina Providencia 252

3.3. Amén enraizado en la «Gloria de Dios» 252

3.4 Amén enraizado en el Amor-Caridad 253

3.5 Amén enraizado en la Obediencia humilde 253

3.6 Amor enraizado en la Palabra de Dios 253

### **4. Conclusión** 254

## **X. «Apéndice» Amén** 255

*J. A. García-Monge, sj*



«Si me preguntases solo un pequeño consejo sobre la contemplación, te diría que practiques el significado de una palabra: amén. Si me preguntases cómo podrías meditar, cómo deberías relacionarte con Dios, cómo podrías orar, te susurraría, “Amén”. Si yo recuerdo una sola cosa al final de mi vida, espero que sea amén.»

“Con amén, tus palabras y acciones se rinden a la presencia de Dios. Amén no significa estar pasivamente; no significa que tú no actúas frente a la injusticia. Amén significa confiar que tú no puedes confrontar la injusticia tú sólo, que necesitas dejar tus esfuerzos, y programas estar en Dios. Con la entrega profunda del amén estás más en sintonía con Dios, estás de su lado, la fuente de una acción más libre y sostenida. Cuando dices “amén” a medida que practicas el así sea, Dios toma el mando. A medida que practicas “amén” Dios está contigo en todo lo que haces, incluyendo tus acciones para confrontar la injusticia. En el cristianismo amén “que así sea” “dejarlo así” – expresa el espíritu de la oración contemplativa o de la contemplación.»

**David Frenette:** *The Path of Centering Prayer.*



